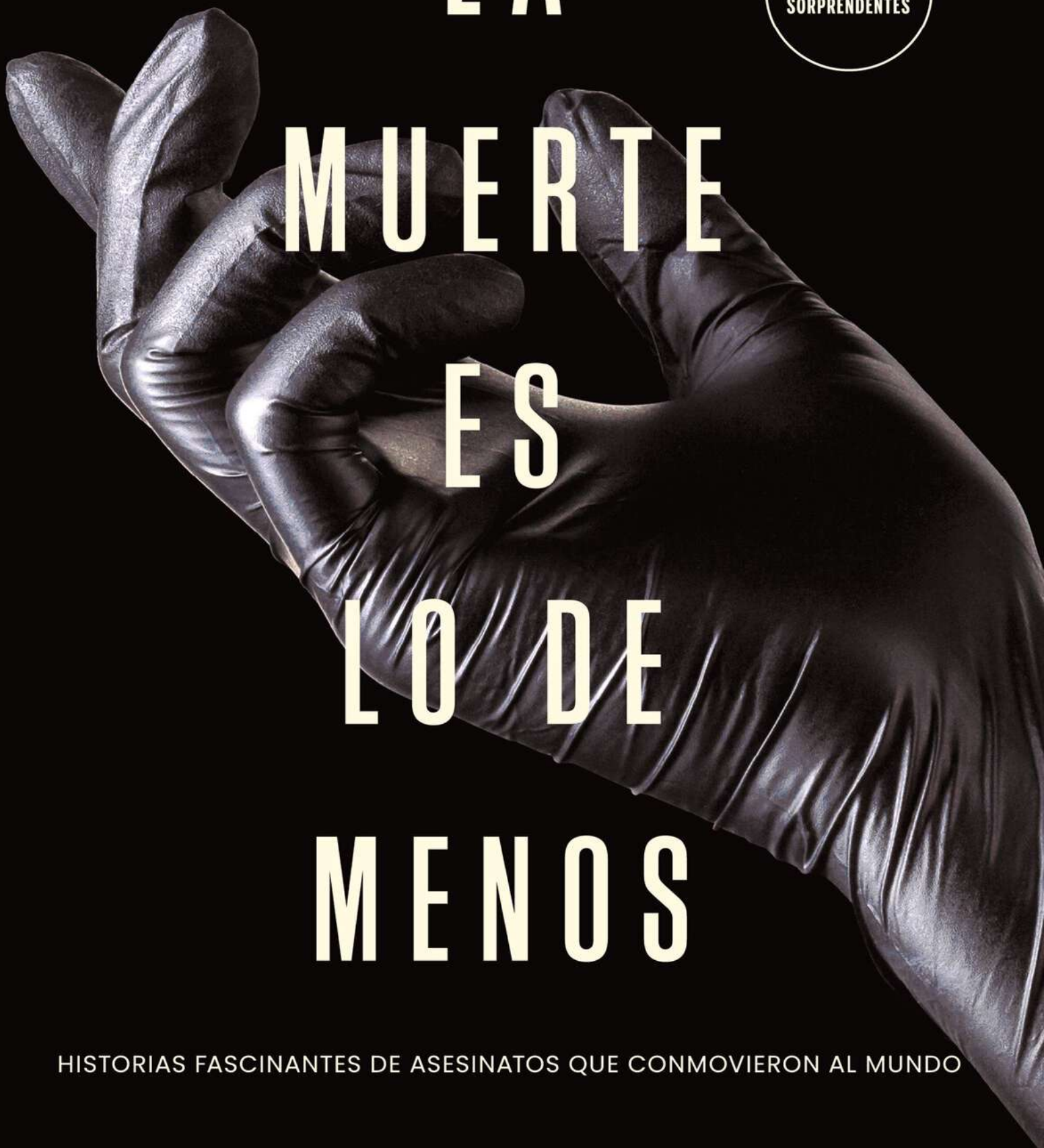
RICARDO CANALETTI

LA MUERTE ES LO DE MENOS

SERIE CRÍMENES SORPRENDENTES



HISTORIAS FASCINANTES DE ASESINATOS QUE CONMOVIERON AL MUNDO

RICARDO CANALETTI

LA MUERTE ES LO DE MENOS

HISTORIAS FASCINANTES DE ASESINATOS
QUE CONMOVIERON AL MUNDO

SUDAMERICANA

Carrera de transatlánticos

Las señoras entraron en la amplia oficina cubierta con revestimientos de madera y decorada con cuadros de altos funcionarios —que habían fallecido hacía años— puestos en hilera uno al lado de otro. Las mujeres tenían cara de pocos amigos, como los personajes de los cuadros. Sus edades eran indefinidas, y sus figuras, imponentes. Muy antipáticas, las dos lucían una tez artificialmente blanca, casi pálida, para diferenciarse de aquellas proletarias que no tenían más remedio que presentar una piel oscurecida, a veces verdosa, a causa del trabajo que les impedía disfrutar siquiera de un rayito de sol, allá a principios del siglo XX. Las faldas —ajustada en una de ellas y un poco más amplia en la que parecía ser más joven— les tapaban las botitas y casi tocaban el suelo. La que aparentaba ser mayor llevaba la pollera más cerca del piso, casi lo rozaba. También se notaban las nuevas tendencias de la moda en la mujer de menos edad, con una

silueta menos encorsetada que la de su compañera. Las dos se habían peinado de modo que el cabello les cubriera las orejas. Impresionaban en ellas sus sombreros, cuyas alas anchas llegaban casi hasta los hombros. Los adornos que cubrían las copas y parte de las alas eran variados, ya que llevaban plumas, flores y tules. Sin ninguna duda llamaban la atención, y las miradas se dirigían indefectiblemente hacia sus caras y sus cabezas.

Además, una de ellas, la que aparentaba ser más joven, llevaba una capa larga de terciopelo azul oscuro, y la otra, un tapado de color bordó, ambos abrigos con cuellos de piel. Las señoras se negaron a quitárselos ante el ofrecimiento de los funcionarios. Eran mujeres altas y robustas, que a pesar de vestir a la última moda tenían un aire vulgar que no disimulaban, se consideraban distinguidas. Las dos quisieron sentarse en las sillas que les ofrecieron, pero los apoyabrazos pronto se convirtieron en una molestia, pues al querer acomodarse se dieron cuenta de que esas piezas —en lugar de servir para descansar los brazos—, en realidad, les impedían hacerlo. No alcanzaron los asientos a pesar de que sus posaderas estuvieron cerca. Fue una fortuna que no quedasen atoradas, porque las consecuencias habrían sido impredecibles. Con un gesto de disgusto regresaron a la posición erguida y solicitaron, exigieron, un asiento apropiado para su comodidad. “¡Qué descaro no saber atender a unas damas!”, se quejó la que parecía de mayor edad, que acaso por eso llevaba la voz cantante.

Sin perder tiempo movieron el sillón del superintendente, más amplio, y entre dos trajeron otro de una oficina cercana. Los policías permanecieron parados. Una vez arrellanadas, las

mujeres bajaron un poco los cuellos de sus abrigos y se acomodaron el sombrero para que no pareciera que afrontaban una ventisca. Al fin se abrieron la capa y el tapado porque comenzaban a sentir calor. El hecho de que sus bustos sobresaliesen a pesar de tanta tela —sobre todo en el caso de la que llevaba el tapado bordó, es decir, la de más edad— se debía a una combinación de dos factores bien definidos, uno relacionado con el desarrollo físico y el otro con la acción del corsé, un elemento que ya no estrechaba la cintura como en otras épocas, pero que continuaba elevando los pechos, que alcanzaban, de esta manera, una dimensión sobresaliente. Los caballeros de la Policía se cuidaron de emitir comentarios, gestos y miradas. Ellas observaban desdeñosamente a las personas que las recibieron. De no ser por la desaparición de su amiga, jamás hubiesen pisado esas oficinas que consideraban inmundas. Pero no les quedaba otro remedio. No podían encarar una investigación por su cuenta porque no eran más que damas preocupadas por el destino de Cora o Elmore, como la conocía su público.

Ese 31 de marzo de 1910, Louise Smythson, la señora del tapado bordó, y Vulcana, nombre artístico de la atleta y artista de Gales, Kate Williams, la mujer de la capa de terciopelo azul oscuro, llegaron a las oficinas de Scotland Yard para denunciar que Cora Crippen, su amiga del alma, estaba desaparecida, y Cora no era una mujer que tuviera la costumbre de desaparecer. Al rato de estar con ellas, algunos policías, como el agente Johansson, reconocieron a Vulcana. Aunque ella estaba con su atuendo de calle, el hombre se acordó de su espectáculo y de sus demostraciones de fuerza, mostrando unos bíceps desarrollados que cualquier varón quisiera tener.

—Señora, ejem… —comenzó el superintendente.

No fue un buen comienzo. La onomatopeya para aclararse la garganta provocó que el rostro de Louise, la señora de más edad, se endureciera. No le gustaba que los hombres hiciesen "ejem" en su presencia. En todo caso, tenían que tomar un vaso de agua antes de empezar a hablar. Louise Smythson era sin duda la de peor carácter y la más disgustada por estar en las oficinas de la Policía.

—Señora —repitió el policía—, ¿cuánto hace que usted vio por última vez a la señora Crippen? —Las dos se miraron y, en lugar de Smythson, respondió Vulcana.

—Bueno, a Belle Elmore la vimos… —intervino Vulcana.

—Perdón, ¿a quién?

—A Belle Elmore, por supuesto, o acaso usted no conoce a Belle Elmore, la gran artista de *music hall* —contestó Smythson, siempre enojada.

—No.

—Ella se llama Cora Crippen y su nombre artístico es Belle Elmore —agregó aún más fastidiada la señora Louise Smythson.

Amigas desde jovencitas, Louise y Cora eran carne y uña hasta que un hombrecito, de profesión dentista, se cruzó en el camino de Cora. Era tan delicado en sus modales y flojo en su apariencia que Louise pensó que no reunía las condiciones para satisfacer a su amiga, de porte parecido al suyo. Ese hombrecito se llamaba Hawley Harvey Crippen y, para colmo, ni siquiera era británico, sino estadounidense, algo así como un indio que dominaba el inglés. Al menos los irlandeses,

creía Louise, a pesar de ese dialecto bárbaro que utilizaban, “eran de por allí”. En fin, dentista de profesión, Louise sabía que Cora había aceptado el matrimonio porque estaba convencida de que su personalidad dominante podría con el pequeño señor. Pero lo que Louise intuía acerca de lo somático resultó acertado, o sea, el físico contundente de Cora era demasiado para ese alfeñique. Su amiga le confesaba que a veces él se ahogaba entre sus pechos o no la soportaba encima y que debía acostarse para que Hawley se perdiera entre sus muslos. A decir verdad, no era gran cosa el chiquito, ni con su atributo, que pasaba inadvertido, ni con su lengua, que apenas cosquilleaba. Sin embargo, la divina Belle lo necesitaba, al menos para que le hiciera sentir ese hormigueo que, según le contaba a Louise, la excitaba para completar la tarea por su cuenta, porque el pobre Crippen no podía con su alma y menos con la voluptuosidad de su esposa, que lo avasallaba hasta hacerlo desaparecer de la escena.

Sin ponerse colorada, Cora les contó a Louise y a Vulcana que alguna vez hasta había mirado con condescendencia al cochero que los llevaba del teatro a su casa, al menos era fornido, aunque también pequeño. Aun así, la hermosa Belle hubiese sido incapaz de una infidelidad. Crippen era otra cosa, agregaba ella, un hombre más bien pasivo, para nada apasionado, al que temía partirle el espinazo. Había conocido a hombres de apariencia debilucha, pero que se convertían en felinos insaciables cuando se hallaban frente a Belle Elmore. Lástima, Hawley era otra cosa. El alcohol lo dormía y la cocaína lo volvía estúpido.

Ahora, Louise y Vulcana estaban allí, frente a los policías, incapaces de contar ni media palabra de estas intimidades y

mucho menos de la sugerencia, que aquella le había hecho a su amiga, de que ese hombre no era para ella, ni de pie ni acostado. La preocupación actual de las dos denunciantes era que Cora no estaba, no contestaba sus cartas, tampoco la habían encontrado en su casa. Todo había sido inesperado, repentino.

—Señora Smythson y señora Vulc…, perdón —el policía se puso rojo. Vulcana se dio cuenta de que se le había escapado su nombre artístico.

—Kate Williams.

—Perdón. Señora Williams y señora Smythson, ¿cómo saben ustedes que su amiga no ha realizado un viaje? —preguntó, ya con cierto temor, el superintendente.

—Me lo hubiera dicho, por supuesto. Bueno, esta es una historia complicada. Ella realizó un viaje, o al menos eso dicen —respondió Louise.

—Señora, no entiendo.

—Yo le cuento, Louise —le dijo Vulcana a su amiga y luego se dirigió al inspector—: Hace unos meses, no podemos precisar cuántos, fui a verla a su casa. La había admirado en el *music hall,* pero no tuve ocasión de acercarme al camarín a causa de la cantidad de gente que la esperaba para homenajearla. En su casa me dijeron que, así, de improviso, había realizado un viaje a los Estados Unidos. Inaudito. Ella jamás, de buenas a primeras, hubiese dejado el *music hall* para un viaje semejante. Lo que llamó la atención fue que ninguno de sus conocidos, empezando por nosotras, sabía de ese viaje y, lo peor, que nadie supo de ella cuando llegó, ¿me explico? Por lo menos, en una situación como esta, hubiese dejado la

dirección de los Estados Unidos, en donde se encontraría. No somos salvajes que nos vamos así como así.

—Señoras, ¿cómo supieron ustedes que su amiga había viajado a Norteamérica?

—De una manera muy peculiar —contestó Louise—. El día 2 de febrero llegó a la Asociación Femenina de Music Hall una carta en la que contaba sobre el viaje. Casualmente, ella era la tesorera de esa entidad. En esa carta escribió que había tenido que irse repentinamente por la enfermedad de un familiar que, le digo, señor inspector, nadie sabía que tuviera. Y de paso renunciaba a su cargo en la asociación. Todo muy extraño, comprenderá, pues… —hizo una pausa para observar sus manos pálidas, en las que las venas parecían pintadas— no podíamos relacionar la urgencia de la partida con la renuncia a su puesto. No sé si me explico.

—Usted dice que la renuncia les hizo sospechar.

—Por supuesto —prosiguió Louise—. Por más delicado que estuviese su familiar, en algún momento ella debía regresar. No tenía nada que hacer en los Estados Unidos, salvo esa noble tarea de cuidar a un pariente enfermo. Su vida y su carrera estaban acá. Esa renuncia nos hizo pensar que no volvería. ¿Por qué? Ay, señor inspector, es todo tan sospechoso… Y, además, su propio marido, Hawley, envió esa carta a la asociación.

—No entiendo.

—Ay, le explico —interrumpió Vulcana—. Según ella, la urgencia del viaje era tal que le dejó encargado a su marido que remitiese la carta.

—Es decir que la misiva no provenía de Norteamérica…

—Claro. ¿Me permitiría usted tomar un poco de agua? —le suplicó Louise, como si su enojo anterior, quizá temor, hubiese desaparecido. La conversación hizo que se soltara.

—Por supuesto, señora Smythson —dijo el inspector, haciéndole un gesto a uno de sus hombres, que salió de inmediato—. Entonces debemos buscar a la señora en Norteamérica, hasta donde entendí.

—No, señor —respondió Vulcana—, porque un mes después de aquella carta, no enviada sino entregada, Hawley me dijo con aire funesto que Cora se había enfermado y que estaba muy grave. ¡Usted comprenderá! Viaja de improviso a ver a un pariente enfermo ¡y se enferma ella! ¿Es que hay una peste en América? —exclamó indignada, abriendo sus ojos y levantando con énfasis sus cejas marrones, casi rojizas.

Por primera vez desde que comenzó la charla, el inspector se detuvo a observar por un momento los brazos de la señora. “Efectivamente, si me toma de atrás con el brazo y el antebrazo, me estrangula en un instante”, pensó. Vulcana siguió con su relato.

—Quisimos saber más del estado de nuestra amiga, y Hawley nos contestó que en breve tendría más noticias. Yo pensé: “Caramba, ¿por qué el marido no viaja enseguida para ver a su esposa?”.

—¡Eso, eso! —agregó Louise.

En ese momento entró en la oficina el policía con una jarra de agua y un vaso. La señora Smythson lo observó con desprecio porque había colocado sus dedos dentro del vaso.

Servida el agua, el vaso quedó allí. Louise miró con atención cada movimiento del policía para que no quedaran dudas de su falta de urbanidad. Levantó después la cabeza y mirando al inspector continuó con su denuncia.

—Le decíamos que pensábamos en su marido y en la falta de interés por saber de primera mano cómo estaba su mujer, sin necesidad de esperar ninguna carta, ¡con lo que tardan en llegar!, pero justamente el tiempo nos hizo dudar más. Me explico. A la semana de conocer la noticia de que mi querida Belle estaba enferma, vino a mí otra vez Hawley y me dijo, con esa cara insípida que lo caracteriza, que mi amiga tenía una pleuroneumonía. Y según me explicó después un médico conocido, porque yo de asuntos médicos no conozco mucho, podía ser mortal, pues la inflamación de la pleura, que cubre los pulmones, y de los propios pulmones, es un problema respiratorio muy grave. Me asusté mucho… —aclaró y miró a Vulcana— nos asustamos mucho y le preguntamos a Hawley qué pensaba hacer. Él se quedó en silencio, y entonces yo me enojé y le dije que no podía abandonar a su suerte a su propia esposa, que tanto había hecho por él, un pobre dentista. Él hizo de cuenta que no había escuchado nada. El 24 de marzo, sí, el 24 de marzo, el muy caradura envió un telegrama, ¡un telegrama!, a una amiga en común, porque con nosotras las cosas no habían quedado en buenos términos —advirtió y miró fijo a Vulcana—, anunciándole nada menos que… ¡Ay, qué dolor!

—Señora, tome un poco de agua —le dijo el inspector.

—No, no —respondió Louise al recordar los dedos del policía dentro del vaso—. No. Ya me repongo.

—¡Ay, pobre Cora! —se sumó Vulcana.

—El telegrama… ese telegrama… —continuó Louise entre sollozos— ese telegrama decía que mi bella y querida Belle había muerto… Usted entiende, ¡muerto! —Vulcana sacó un fino pañuelo y se lo apoyó en una narina y luego en la otra. Louise continuó: —El muy miserable de Crippen, dos días después, puso una nota necrológica en la revista semanal de teatro. Atiéndame, inspector, yo lo pensé bastante antes de venir aquí, pero esta sucesión de acontecimientos no es para nada normal —dijo Louise y buscó por primera vez un pañuelo para enjugar rápido sus lágrimas, antes de que le dejaran surcos en su pálido maquillaje. El inspector aprovechó la pausa para preguntar:

—Señoras, ¿dónde vivía el matrimonio?

—En el número 39 de Hilldrop Crescent, en el norte de Londres.

—Es decir que ¿todo lo que ustedes y las amigas de la señora Crippen saben sobre su suerte tiene como única fuente al propio doctor Crippen?

—¡Sí! —respondieron al mismo tiempo.

—Si toda la información provenía del doctor, ¿alguna vez les dijo dónde residía su mujer en Norteamérica?

—No. Nunca —respondió Vulcana, acomodándose su cuello de piel que ya le daba mucho calor—. Ni siquiera explicó quién era ese pariente enfermo, qué médico la atendía, tampoco si murió en una casa o en algún hospital. Lo único que sabíamos nosotras, sus amigas, era que Belle tenía parientes en las afueras de la ciudad de Nueva York, pero

cuando le preguntamos a Crippen nos dijo que estaba en las afueras de California. Usted sabe que estamos hablando de una punta a otra de ese país.

—¿Y entonces? ¿Viajó a Norteamérica a organizar el funeral de su esposa?

—Ja, para nada. Mire, inspector —dijo firme Louise—, antes le había dicho a Ethel que…

—Perdón, ¿quién es Ethel?

—Ethel Le Neve, la amiguita de Crippen, de la que él ha dicho que es su secretaria. Ese caradura de Crippen… Ay, perdón, el marido de Belle le dijo que no podía costear por mucho tiempo el tratamiento de la enfermedad de su mujer. Dígame, inspector, usted que es un hombre de mundo… —El policía levantó el mentón como dándose importancia, después de todo era muy reconocido en Scotland Yard por sus numerosos casos esclarecidos. —¿No le parece que decir algo por el estilo es condenar a la pobre Belle a su suerte? ¿Qué quiso decir con que no podía pagar más? ¿Que se las arreglara y que si tenía que morir en la calle que ocurriera así? Y eso no es nada —aclaró la señora Smythson, que no paraba de dar información—. Además le comentó a Ethel que Belle le había dicho (vaya a saber cómo) que, si moría, quería que sus restos fueran cremados y enterrados en Gran Bretaña. ¿Cremados? ¡¿Se da usted cuenta?! Y, digo yo —siguió la señora Smythson mirando la pared, casi como si hablara con su espejo—, ¿también cremaría el broche de brillantes que siempre llevaba Belle? Porque ese broche yo se lo vi a Ethel…

El inspector era Walter Dew. Su primer caso había sido el de los crímenes atribuidos a un asesino sin nombre que mataba

prostitutas, al que los periodistas llamaron “Jack el Destripador”. Es decir, no fue un comienzo halagüeño. Ya hacía un año que era detective cuando apareció el cadáver de Mary Ann Nichols, la primera víctima de Jack. Este fue el único caso que no pudo resolver. De amplia frente y bigotes espesos, Dew era un hombre muy elegante. Le decían “Paño azul”, porque su mejor traje lo reservaba para sus horas de servicio como policía. Era de hablar mucho con los delincuentes, siempre indagaba sobre los motivos de los delitos que cometían y se lo conocía por la comprensión que demostraba hacia ellos. Ahora tenía entre manos una desaparición primero y una muerte después, con muchas dudas. Debía seguir el rastro de Belle Elmore.

—Señora Smythson y señora Williams, quisiera saber si cuando la señora Elmore le avisó a su marido que iba a ir a los Estados Unidos para atender a ese pariente enfermo…

—Creo habérselo dicho o… Bueno, como sea —se adelantó Louise Smythson—. No, el dentista Crippen nos ha dicho que ella no le avisó a nadie, ni siquiera a él.

—Raro, ¿no? Quiero decir… que no le dijera a su marido que iba a cruzar el océano. Y quisiera saber… ¿Belle Elmore les comentó alguna vez a ustedes su deseo de ser incinerada en caso de muerte?

—En absoluto.

—Usted, en algún momento de esta conversación, llamó a Crippen como “ese caradura” y después se corrigió…

La señora Smythson se sonrojó, como un chico al que hubiesen descubierto haciendo una travesura. Sin embargo, de

inmediato cambió su semblante y su palidez desapareció. Ahora estaba roja de furia.

—Ese hombre… Ese hombre tiene una amante. Usted me entiende, ¿no?

—No.

—Que viven en la misma casa de Belle. Esa amante es la secretaria del dentista.

—Belle, hasta donde ustedes nos cuentan, murió en Norteamérica. La vida personal de Crippen no me interesa. Puede ser un desagradecido o un desalmado o un infiel o un canalla, pero no un delincuente.

—Le voy a contar algo más, inspector…

—Dew, Walter.

—Inspector Dew —repitió Vulcana—, Crippen salió con esa señorita a cenar, a reuniones sociales, al teatro y, ¿sabe otra cosa?, ella luce joyas de nuestra amiga Belle, que él antes había empeñado y ahora rescató para que las luciera su amante.

—Señora Williams… Señora Smythson… Entiendo sus preocupaciones, sus sospechas, su angustia, pero todo lo que me han contado no es suficiente para iniciar una investigación. Veo que entre el dentista y Belle Elmore ya no había ninguna relación afectuosa y veo que, frente a la desgraciada muerte de la señora, este hombre pronto ha olvidado el luto y ha decidido vivir la vida con su secretaria, una mujer joven, sin pudor alguno. Pueden ustedes considerar que es un hombre de la peor calaña, pero no hay indicios de que estemos frente a un delincuente. Por lo menos, no con la información que ustedes

gentilmente nos han suministrado. Díganme, si Belle y Crippen ya no tenían vínculo alguno, ¿por qué ella no intentó divorciarse?

—Ja, como si fuese fácil obtener el divorcio en este país —respondió Louise mientras Vulcana sonreía.

—Señoras, la impresión que tengo es que acaso ella haya huido de Crippen.

—¡Inspector! —saltaron las dos amigas—. ¿A usted le parece normal la actitud de ese pequeño dentista? —preguntó indignada Vulcana Williams—. ¡Y todas sus contradicciones!

—Es evidente que miente —agregó Louise Smythson.

—Además, si fuese por lo que Belle nos contó de su vida con este hombre, como le dijimos antes, el que debía huir de la casa era él —remató Vulcana.

—Señoras —Dew se levantó de su silla—, la fuga de Belle y luego su muerte repentina pudieron ocasionarle un estado de *shock*.

—El *shock* lo tenía él cada vez que Belle lo abrazaba, je, un *shock* por falta de aire de ese pequeñín… —advirtió Louise Smythson, que estaba a punto de perder la compostura—. Pero, por favor, inspector, no me haga reír, Crippen con *shock*… *Shock* porque Belle era demasiada mujer para él…

—¡Ja! —exclamó Vulcana.

Lo único que quedó en limpio de esta tensa reunión fue que la señora Smythson se retiró más enojada que al principio y con la confirmación de que no se podía confiar en la Policía de su país, mientras que Vulcana, tan furiosa como su amiga, recién al salir se dio cuenta de las miradas que despertaba en

los policías. Por otro lado, Dew se quedó con el pensamiento de que en el mundo del *music hall* había demasiada histeria para un dentista apocado como Crippen.

El pequeñín, como lo bautizaron las amigas de la Belle Elmore, había nacido en 1862 en Coldwater, Michigan, hijo único de un comerciante de lencería, el negocio familiar que había fundado su abuelo Philo, un hombre severo y muy religioso que todos los domingos llevaba a su nieto a misa y luego del almuerzo le leía la Biblia durante horas. Hawley había estudiado en la escuela de medicina homeopática y se graduó en 1884 en el Hospital Homeopático de Cleveland, en Ohio. Como su idea era radicarse en Inglaterra, debió viajar a Londres para realizar algunos cursos que le permitieran revalidar su título. Estuvo en el Hospital Real de Bethlem, donde se especializó en trastornos de la mente y vio que el hidrobromuro de hioscina tenía un notable efecto calmante para los pacientes que padecían fuertes dolores intestinales o urogenitales y que también se lo suministraban a los locos violentos. Se enamoró de la hioscina y al volver de Inglaterra se enamoró de la irlandesa Charlotte Bell, una chica que estudiaba enfermería y que —para su entera satisfacción— había sido criada en un convento.

Su vida transcurría sin sobresaltos. Establecidos en San Diego, del matrimonio con Charlotte nació Hawley Otto en 1888. Pero la alegría no duró mucho. En 1892, cuatro años después del casamiento, Charlotte, embarazada de nueve meses, murió durante una excursión a Salt Lake City. La causa de su muerte fue lo que la ciencia médica luego llamaría “ataque cerebro vascular”. El feto tampoco sobrevivió. El

pequeño Otto fue a vivir a la casa de los padres de Crippen en San José, California.

Hawley era un espíritu inquieto, hasta podría decirse dicharachero. A pesar de que habían pasado pocos meses desde la muerte de Charlotte, su interior bullía encaminado a una nueva aventura amorosa con una persona muy alejada de su quehacer cotidiano: una coplista, oficio no muy bien visto por entonces, que lo colmaba al punto de experimentar escalofríos que jamás había sentido con una mujer. Nada de todo esto dejaba traslucir el semblante del buen doctor. A la vista de todos, incluso en su propia intimidad, era un hombre seco, inexpresivo, sin gracia alguna, con un aire de estar siempre en otro lugar. Un interior que lo llevaba a realizar actos impensados, siempre con la misma cara insípida, acoquinada y verde, pues ese era el color de su tez, cualquiera fuese la luz que lo iluminara. Sus padres se enteraron, mucho tiempo después, de que su hijo, luego de morir Charlotte, había abierto un consultorio en Nueva York y había comenzado un romance con una jovencísima cantante de *music hall*. La había conocido a raíz de una consulta por un quiste en los ovarios. Ella se enamoró de su aspecto distinguido, de su modestia y formalidad y de la seguridad económica que le ofrecía. Él, por su parte, de la abundancia y el ímpetu de esa chica que quería ser una gran artista.

¡Ah, la Belle Elmore! No siempre fue la Belle Elmore. Tenía más bien poco talento como cantante. Quería subir la gran escala y consagrarse en la ópera. Quién podía decirle que no a esa mujer exuberante, mucho menos un fabricante de estufas que le costeó un departamento en Brooklyn y le pagó clases de canto. Su profesor solía decirle, pues apenas era una

jovencita, que sacara la voz del pecho, amplio y tentador, antes que de la garganta, gruesa pero de sonido agudo aunque suave. Cambió su nombre. Una cantante de ópera, y mucho menos una de *music hall*, no podía llamarse Kunigunde "Cora" Mackamotzki, tal su verdadero nombre, natural de Brooklyn, Nueva York. Desde que el fabricante de estufas absorbía la envolvente irradiación del cuerpo de Kunigunde, ella pasó a llamarse Cora, Cora Turner. Con ese nombre, y en pleno desarrollo físico, la conoció el tímido homeópata Hawley Crippen en el frío quirófano de Brooklyn. Se casaron en Nueva Jersey el 1º de septiembre de 1892. Ella, con ancestros en algún lugar del centro de Europa, tenía 19 años, y él, 30. Cora debió volver al médico, pero esta vez debieron operarla para extirparle los ovarios. La relación de pareja se resintió, pues no pudieron asumir que no podrían tener hijos. Fue el prematuro principio del fin. Crippen se las arreglaba como podía para mantener su casa. Arreglaba una pierna rota o empastaba un diente con algunas hierbas machacadas, como un viejo egipcio le había enseñado cuando recorría los muelles de Nueva York.

¡Esas hierbas machacadas le dieron la idea! ¡Ese era el extraordinario descubrimiento! Hablando de medicamentos, Crippen vislumbró la forma de alcanzar el éxito. El negocio no estaba en curar a nadie, pues los servicios profesionales eran muy caros, sino en vender medicamentos "naturales". Hacia 1894 se convirtió en un vendedor de remedios y especialista en odontología y alcanzó con rapidez una posición económica que jamás hubiese imaginado cuando comenzó con su verborrea médica. Sin embargo, con los años, su esposa empezó a decir que el proyecto había sido de ella, y no de él, y

que era un cuento lo de las hierbas machacadas para empastar un diente, explicaba que en el teatro había conocido a distintos curanderos y expertos en pócimas milagrosas que le hablaban de sus fabulosas recaudaciones. Algunas instituciones médicas de los Estados Unidos calculaban que los últimos años del siglo XIX se habían gastado setenta y cinco millones de dólares en remedios naturales. La publicidad hacía también su trabajo en este sentido, ya que se afirmaba que los productos "naturales" curaban bronquitis, catarro, asma, laringitis, tos, resfríos, ronquera, que purificaban la sangre, energizaban los nervios, sanaban la gota, el escorbuto, la erisipela, la escrófula, el reumatismo, el lumbago, los dolores del ciático y tantas otras dolencias, hasta psiquiátricas, fuera que se llevara la sustancia en ungüento o en píldoras. De una forma o de otra, por lo común, estos "remedios" contenían opio o cocaína. Los pobres compraban y se hacían adictos.

Cora le dio una lección a su esmirriado esposo acerca de cómo sobrevivir en un mundo feroz. Si debía ser curandero, se tragaría sus estudios y sus decencias y pondría todo su esmero en preparar remedios caseros lo más prolijamente etiquetados. Y si le divertía, podría ser también un dentista. Crippen no tenía la fuerza de voluntad para defender sus principios frente a Cora. Se hizo medicastro y sacamuelas y se asoció con otro "profesor" en brebajes "originales", llamado Munyon, que ya hacía tiempo que trabajaba en el rubro. Cora le aconsejó que no le ganara el ego y que por nada del mundo pusiera su nombre junto al de Munyon, pues sin compartir cartel iba a ganar dinero de todas formas. Le aconsejó que dejara que el otro se expusiera.

Cora era la cajera de la Munyon's Homeopathic Home Remedy Company. Por su parte, ella no descuidaba sus actividades. Cambió su apellido por Motski para intentar abrirse paso en el vodevil. Sus esfuerzos con el canto fueron titánicos. Poco a poco fue abandonando su idea de hacer carrera en la lírica, y su dedicación se volcó de lleno al *music hall,* donde no desentonaba del todo, pero tampoco se destacaba. El derrumbe de sus aspiraciones artísticas la llevaron a beber más de la cuenta. Era la típica persona que bebía para olvidar sus penas, por no haber nacido con el don del canto ni del oído ni de la gracia ni de la danza ni de la gracilidad. Engordó. Sus pechos alcanzaron dimensiones llamativas y su figura ya rechoncha despertó la imaginación de los críticos, que la llamaban "la Brooklyn Matzo Ball", por las bolas de Matzah, una sopa judía askenazi. Su carácter se agrió, se convirtió en una mujer mandona, tirana, aun más inescrupulosa.

¡Todo fue tan rápido para los dos! Crippen viudo, pero vuelto a casar. Cora o Corina se abría paso en el *music hall*, más a los empujones que otra cosa, lejos de la figura y de la personalidad que había cautivado a Crippen cuando la conoció en aquel quirófano. Para 1898, Kunigunde había dejado de ser Cora Turner y también Motski para su público y había pasado a llamarse Belle Elmore. Tuvo la virtud de brillar entre sus colegas artistas, por su compañerismo, pero jamás ante el público.

En 1898, Crippen se trasladó a Londres, siempre como agente de la Munyon's Homeopathic Home Remedy Company, y Belle se unió a él poco después. Londres podía ofrecer oportunidades lucrativas para ambos. Belle renovó su

esperanza de agradar a los británicos, mucho más cultos, decía, que esos salvajes norteamericanos, y pensaba que tal vez en esas tierras se le diera el gran momento en salas de música, mientras que Crippen trabajó como vendedor de pastillas "naturales" que todo lo curaban. Pero la naturaleza resulta igual en todos lados. Crippen era un pusilánime, y su mujer, ya definitivamente para él, una persona insoportable, alcohólica, maleducada y déspota. Ella les contaba a sus amigas que estaba insatisfecha con Crippen porque ni siquiera en la intimidad lograba satisfacerla. Les contó a las más cercanas y a las no tanto —pues Cora era de hablar de su intimidad como si relatara la vida de otro— que había probado un producto llamado hioscina —que Crippen había promocionado como afrodisíaco— y que a veces se lo colocaba en la vagina, pero según sus conocimientos era un depresor sexual.

Crippen no soportaba estar con esa mujer obesa, gruñona, adicta al alcohol, infiel y abusiva. Le molestaba sobremanera, además, que ella se le tirara encima cuando se le ocurriera, a falta de algún amante. ¡Cómo le molestaba tenerla arriba de él! A Crippen le desagradaba que Cora eligiese esa posición porque no se sentía cómodo, sino atrapado y asfixiado, a veces literalmente. El golpe final a la relación lo dio un ex boxeador, Bruce Miller, que se convirtió en amante de Cora. El tipo, más divertido que Crippen, actuaba en los escenarios como hombre orquesta, pues tocaba a la vez la armónica, el banjo y la batería. Cora le contó sin ambages a Crippen sobre su nuevo amor, que según ella era el hombre que había buscado toda la vida. En 1904, Miller se fue a Norteamérica y Cora hizo lo imposible para reunirse con él, pero no lo logró.

Todo había terminado adentro, pero no fuera del matrimonio, es decir que mantenían la apariencia de la convivencia, aunque en la casa casi no se hablaban. El profesor Munyon, el de los remedios naturales, con quien Crippen mantenía una relación amistosa, le decía siempre que Cora era una mujer voluble y que no debía permitir que le causara tantos problemas. Munyon era una de las pocas personas, o acaso la única, a quien Crippen le confesaba, entre sollozos, su humillación al sentir la presencia del boxeador Miller en la casa. Crippen buscaba estar el mayor tiempo posible fuera de allí para alejarse de las borracheras de su mujer y de los gemidos de los amantes.

Puso su cabeza en el negocio de la venta de medicinas y se asoció a una nueva firma de pastillas naturales, aunque después de un año el negocio resultó un fiasco. Entonces probó fabricar él mismo sus pastillas, a las que bautizó "Amorette", aptas para curar muchas enfermedades. En 1901 se asoció con el Instituto Drouet, que se dedicaba a la producción y distribución de tratamientos para la sordera. De hecho, vendía emplastos que se pegaban detrás de las orejas y decía que era un remedio seguro contra la sordera. Era una gran fuente de dinero. Drouet gastó hasta treinta mil libras esterlinas en promocionar esos emplastos. Crippen compartió toda su ganancia con Cora, a la que no le faltó un solo penique. El dispendio de dinero fue de la misma magnitud que la repercusión del caso cuando se conoció que se trataba de una de las mayores estafas en la historia de la medicina inglesa. Crippen pudo salir indemne de este entuerto, gracias a que su nombre no estaba asociado al de Drouet. Y además

logró algo que, para entonces, en 1903, parecía imposible para él: encontró el amor.

A Crippen le gustaban las chicas jóvenes. Diez años le llevaba a Cora cuando la conoció en Brooklyn y veinte a Ethel Le Neve al conocerla en el Instituto Drouet. Ethel se había cambiado su apellido por pura veleidad, para dar una apariencia de misterio y distinción. Al verdadero apellido, Neave, lo transformó en Le Neve. Quedaba mejor. Vivía en Camden Town con los suyos. Su hermana mayor era empleada en el Instituto Drouet, pero dejó el trabajo al contraer matrimonio, y su puesto fue ocupado por Ethel, que pasó a desempeñarse como secretaria de uno de los doctores, Crippen.

Ethel era muy amable con el doctor, quien poco a poco fue venciendo su timidez y le contaba algunos detalles de su desgraciada vida matrimonial; hechos y circunstancias que a ella le encantaba escuchar y le hacían sentir compasión por el pequeño Crippen. Se encariñó, quiso ayudarlo, hablaba mucho de cómo las desgracias se habían ensañado con él, primero al perder a la pobre Charlotte y luego al conocer a la malvada, sí, malvada Cora. Ethel se enamoró de Hawley, y ya nadie los separaría. Al fin, Crippen había encontrado al amor de su vida, una vida que transcurría entre las borracheras de Cora y sus extravagancias. Cora se había vuelto insoportable para varios, entre ellos para su propio amante, el boxeador Miller, que decidió alejarse de ella y sus locuras e irse a los Estados Unidos. Desde entonces, Cora se volvió más insufrible. Crippen jamás se peleó con ella, al contrario, frente a los desprecios más hirientes seguía cumpliendo con su papel, que se limitaba a mantenerla en lo económico.

A pedido de ella, se empeñó para comprarle una colección de joyas que Belle Elmore lució delante de sus amistades. Nada había cambiado entre ellos. Al contrario, estas deferencias de Crippen lo único que provocaban en Belle era profundizar el desprecio que sentía hacia su marido. Buscaba fastidiarlo de todas las formas posibles. Con el asunto de las joyas, él le explicó que por un tiempo debía tener cuidado con los gastos, pensaba que ella lo dejaría tranquilo a causa del exorbitante desembolso que había realizado para que pudiera tener y mostrar sus benditas alhajas. Ocurrió todo lo contrario, enseguida le exigió que renovara su vestuario completo. Sola, con su amante lejos y el infeliz de su marido cerca, le quedaban las reuniones sociales y el alcohol. Concurría a cuanto evento hubiera en la ciudad, frecuentaba a sus amigos del *music hall*, iba a los espectáculos, gastaba a manos llenas o a cuenta porque ella era la Belle Elmore, tesorera de la Asociación Femenina de Music Hall, y se codeaba con artistas famosos de su época, como la inglesa Marie Lloyd, una de las mejores cantantes, comediantes y actrices de entonces, una mujer que había realizado giras por Europa y América, con gran habilidad para el doble sentido y las insinuaciones que, aunque le valieron algunas críticas, le hicieron ganar mucho dinero y fama.

Los espectáculos de *music hall* eran muy populares, a tal punto que cada ciudad tenía el suyo y en las más pobladas había hasta tres compañías dedicadas a este género. Los de mejor categoría estaban en Liverpool, Leeds, Holborn y Glasgow. Marie Lloyd había actuado en todos ellos, al igual que George Formby Sr. y George Robey. Pero para Cora Crippen no había nadie igual a Marie Lloyd, a quien admiró

siempre, a pesar de que, cuando ella llegó a Londres desde América y debutó en el teatro, la propia Lloyd la criticó por su falta de voz y de gracia.

En 1905, por iniciativa de Cora, la pareja Crippen se mudó al número 39 de Hilldrop Crescent, en el distrito londinense de Holloway. Para entonces, el matrimonio estaba prácticamente en las últimas. Vivían casi separados por completo; él se entregaba a su amistad cada vez mayor con Ethel, y Cora se dedicaba a su carrera como presentadora de espectáculos de *music hall* y a sus amantes. Era una casa amplia, de tres plantas, con un alquiler anual de poco más de cincuenta y ocho libras. Como el salario de Crippen, cuando ganaba uno, era de 3 libras a la semana, parecía extraño que eligieran ese lugar y que la señora pudiera permitirse comprar pieles de zorro y joyas y aun así ahorrar algo de dinero.

A fines de enero de 1910, Crippen tenía unas pocas libras sobregiradas en el banco, pero había seiscientas libras en depósito y más de la mitad estaba a nombre de su esposa. Cora continuó con su carrera como animadora de *music hall* y logró cierto éxito en los salones provinciales, pero se hizo muy conocida y popular en ciertos círculos teatrales, por su personalidad extravertida y, a veces, desfachatada. Fue descripta como vivaz y agradable, aficionada a la vestimenta y a la ostentación, con acento neoyorquino y cabello oscuro que tiñó de color castaño rojizo. Católica, convirtió a su esposo a esa fe. A diferencia de su esposa, Crippen iba por la vida en puntas de pie, elegante en la vestimenta, con una frente alta y calva, un pesado bigote color arena y ojos bastante prominentes detrás de unos anteojos con montura dorada. Cora invitaba a sus amigos artistas a la casa, y a ellos no les pasaba

inadvertida la enorme diferencia que había entre la exuberante y exagerada Belle y su tímido y cortés marido. Un año después, sin decirle nada a Crippen, ella aceptó inquilinos en su amplia casa. No era tanto por el dinero, que guardó para sí de todos modos, sino que lo hizo más que nada para tener a alguien con quien hablar y de quien ocuparse. Los primeros en aprovecharse de las amplias habitaciones fueron cuatro estudiantes alemanes. Uno de ellos, William Ehrlich, pronto fue la nueva simpatía de Cora. El muchacho se comportaba como un caballero y hasta comentaba entre sus amigos que era injusto el trato degradante que ella le daba a su marido delante de todos, incluso destacó que, a pesar de ello, el buen doctor nunca perdió la serenidad. “El doctor debía ser dueño de un extraordinario control sobre sí mismo para soportar durante tanto tiempo aquellos ruines sarcasmos”, comentaba William.

La misma cara apagada y resignada mostró Crippen cuando un día de 1906, al regresar a su casa, encontró al estudiante William, que tanto se compadecía de su situación, en la cama con su mujer. Crippen solía decirle a Ethel que Cora iba y venía por la casa con toda libertad, hasta desnuda, aun delante de sus invitados, y hacía lo que quería, pero que todo eso a él no le importaba en absoluto. La esperanza del doctor dentista boticario era que su mujer se fuera de una vez por todas de la casa para encontrarse en Norteamérica con el ex boxeador Miller. Sin embargo, eso no ocurrió. Cora había logrado ser un personaje habitual en el ambiente artístico de Londres y, aunque jamás lo confesara, Crippen para ella era un estúpido, pero un estúpido que le daba todos los gustos. Hombres había muchos y, después de todo, ella siempre había sentido temor por el temperamento de Bruce Miller; no fuera cosa que

volviera a los Estados Unidos y su vida pasara a ser mucho más dura al lado de un tipo que, si se encontraba en las malas, sería capaz de levantarle la mano.

Ya en la última época, Cora y Crippen no se hablaban. Solo en presencia de extraños cruzaban las frases habituales. Era 1908. Crippen estaba ocupado de lleno en trabajar en The Yale Tooth Specialists, una empresa que había creado junto con un socio estadounidense llamado Gilbert Rylance, un odontólogo de verdad con diploma que lo certificaba. Crippen hacía de dentista, aunque no lo era. En consecuencia, para mantenerse dentro de la ley, su tarea en la empresa era la de llevar la economía, pero no ejercer la especialidad. Rylance no quería tener problemas legales. Sin embargo, el padre de Ethel Le Neve aseguraba que la realidad era otra. Crippen sí ejercía como dentista junto a Rylance y hasta con la ayuda de Ethel. Incluso realizaba extracciones, una práctica en la que comenzaba a hacer sus primeras experiencias.

Cora no era tonta y se había dado cuenta de que entre su marido y Ethel había algo más que compañerismo. Le molestaba sobremanera que "el pequeño insecto" se atreviera a meterle los cuernos y, también, que abordara la odontología en perjuicio de aquello que les había dado una posición financiera sólida, es decir, la venta de remedios naturales. Ella notaba que todo podía irse al diablo, por eso debía ponerle freno a esa Ethel, estaba convencida de que ella le había metido en la cabeza a Crippen que dejara la homeopatía y se dedicara a arreglar dientes y también estaba segura de que de esa forma irían a la quiebra. Apenas llegó a esa conclusión, lo que hasta entonces había sido indiferencia por la relación entre Crippen y Ethel se convirtió en un profundo odio hacia la muchacha,

profundo y violento. Comenzó a llamarla "la pequeña mecanógrafa en busca de fama". El cambio de actitud de Cora no pasó inadvertido para nadie.

Ethel estaba deprimida por esta situación. Amaba a Hawley, pero se sentía desgraciada. Comenzó a decirle a su amante que su situación había sido tolerable hasta ese momento, pero que él debía tomar una decisión trascendental, tenía que dejar a Cora. Ya no le alcanzaba con estar casi todo el día con su querido, porque a la noche él dormía en Hilldrop Crescent. Vivió lo que para ella fue una vida desventurada, mientras no dejaba de insistirle a Hawley en lo que debía hacer para que fueran felices. "No puedo soportar verlos juntos. En esos momentos soy consciente de mi situación", decía Ethel.

Las cosas no se movieron de su lugar hasta 1909. Ethel quedó embarazada y creyó que era una bendición que acabaría con todos los problemas porque, aunque Cora se quedara en la casa y no se fuera a buscar a Miller, estaba convencida de que por fin su Hawley la abandonaría para irse a vivir con ella y el bebé. Pudo haber sido, pero Ethel tuvo un aborto en marzo de 1909. Cora hizo correr de inmediato la voz, entre sus amistades del *music hall*, de que Ethel había abortado por despecho y, a la vez, que iba a ser difícil identificar al padre. Ya no era Crippen el blanco de sus difamaciones, sino que comenzó a lanzar dardos contra "la pequeña mecanógrafa".

—¿Creés que soy tonta, que no sé que te enredaste con esa mecanógrafa pequeñita? ¡Ya no te soporto más, Hawley! ¡Me voy a ir! —le advirtió, furiosa, a su marido. Crippen pensó que tocaba el cielo con las manos. Al fin, después de tanto sufrimiento, la mujer que alguna vez había amado, pero que ahora tanto odiaba, lo dejaría en paz. Cora continuó: —Pero,

no creas que te voy a dejar todo servido a tu disposición. Vos no sos nadie sin mí, y a eso quedarás reducido, a nada. Retiraré todos nues… Pero ¿qué digo? Retiraré todos mis ahorros. Se ve que no vas seguido al banco, ¿no? ¡Ya desde diciembre tengo aquel resguardo! Lo sacaré del banco, o te pensabas que… —dijo ella, encolerizada, pero se contuvo—. No hace falta que sepas más.

Era diciembre de 1909. Cora les contó a sus amigas que Crippen, fiel a su carácter, pensaría que un mecanismo para eliminarla debía ser limpio y discreto. Un mes después de que ella amenazara con irse, no había cumplido su promesa, pero él comenzó a poner en marcha su plan.

Los primeros días de enero de 1910, el doctor fue a la droguería donde solía comprar, llamada Williams & Borroughs, en New Oxford Street, cerca de su trabajo, pero allí no tenían tanta cantidad de la sustancia que necesitaba y, al final, la hioscina llegó a Inglaterra nada menos que desde la empresa alemana Merck, la química y farmacéutica más antigua del mundo, fundada en el siglo XVII. Crippen fue el 19 de enero a buscar la hioscina y firmó el registro de venenos, como exigía la reglamentación.

El 31 de enero invitó a sus amigos Paul y Clara Martinetti a cenar en la casona de Hilldrop Crescent, y luego jugaron a un tradicional juego de cartas británico, el *whist*. Los triunfos eran lo que menos le preocupaba a Hawley. Hacía meses que en la cabeza tenía una idea rotunda como su mujer: cómo deshacerse de ella. No había pensado en irse de la casa, sino en matarla y huir con Ethel. Su desafío era descomunal, pensaba, pero estimulante: hacer desaparecer a una mole. Él, con sus débiles bracitos. En algún momento —aún impreciso

—, Hawley le dio de beber un té con hioscina a su esposa, delante de los Martinetti. Su intención era que ellos la vieran un tanto mareada, así tendría testigos de que Belle Elmore se sentía mal por esos días. Sin embargo, la dosis no fue suficiente y los invitados no advirtieron nada del otro mundo cuando se fueron. Los Martinetti se retiraron a la una y media. Fueron los últimos que vieron a Belle Elmore con vida. Hawley no podía hacerle tomar el medicamento por la fuerza.

Ya lo había dicho el médico y químico suizo Paracelso hacía siglos: "Todas las cosas son veneno y nada es sin veneno, solo la dosis hace que una cosa no sea un veneno". La dosis para matar a Belle debía ser toda la que había comprado. Es de suponer que Belle, de buenas a primeras, se derrumbó. El malestar que quiso que vieran los Martinetti no ocurrió a tiempo, lo cual significaba que acaso sus planes originales no se habían cumplido. Una muerte de buenas a primeras era difícil de explicar, y la toxicología había avanzado mucho. Pensó que habría investigaciones y que era mejor no exponerse. ¿Entonces? Belle debía desaparecer. ¿Quién no sabía de su amor por el ex boxeador Miller que se había ido a los Estados Unidos? ¿Quién la buscaría en Norteamérica? Para que su plan funcionara, debía reducir el volumen de Belle Elmore. Al día siguiente, 1º de febrero, Crippen empeñó un anillo de diamantes y un par de aros por 80 libras esterlinas. A la vez, cuando Ethel Le Neve llegó a su trabajo, encontró una nota de Hawley, escrita a máquina: "B. E. se ha ido a América… Volveré ahí más tarde para preparar una grata velada". Había transcurrido un día desde la desaparición de Cora, cuando Ethel pasó la primera noche en la casa de Hawley. No dudó un instante de la explicación que le había

dado su enamorado acerca del destino de Cora: lo había abandonado para ir a buscar en Norteamérica a ese boxeador Miller.

El 3 de febrero de 1910, el secretario del Music Hall Ladies Guild recibió dos cartas con la firma "Belle Elmore", fechadas el 2 de febrero de 1910. La señora Crippen había renunciado a su cargo de tesorera honoraria, pues había sido llamada desde Estados Unidos porque uno de sus familiares estaba enfermo de gravedad. Las cartas no estaban escritas a mano por ella. La señora Martinetti visitó a Crippen más tarde ese día y lo reprendió por no haberle hablado directamente sobre la repentina partida de su amiga. Él le contestó que habían estado ocupados empacando. "Hacer las maletas y llorar", respondió la señora Martinetti. Crippen luego empeñó más anillos y un broche por ciento quince libras esterlinas.

Ya el 12 de marzo, Ethel se instaló en la casa de la calle Hilldrop Crescent. Desde entonces, el humor de Crippen cambió de la noche a la mañana. Ethel se veía feliz, y los dos comenzaron a hacer locuras tales como mostrarse juntos por todos lados. Luego de aquel 31 de enero de 1910, era como si Cora Crippen o Belle Elmore jamás hubiese existido. Todos los pasos que dio la pareja de amantes fueron alucinantes, disparatados. Por ejemplo, asistieron al baile del Criterion Theatre, del West End, ubicado en Piccadilly Circus, donde se vieron con todas las amistades de Belle Elmore. Si alguna locura faltaba, era que Ethel luciera orgullosa el broche "Sol naciente" de Belle. La pareja no tenía ningún empacho en pasear por Holloway Road y hasta en irse de vacaciones a Dieppe y a Boulogne-sur-Mer.

El 24 de marzo de 1910, víspera del Viernes Santo de ese año, llegó un telegrama para la señora Martinetti: "Bella murió ayer a las 6 de la tarde". Había sido enviado desde la estación de trenes Victoria, en Londres, antes de que Crippen y Le Neve partieran hacia Dieppe. Muy bien que digamos no les cayó a los conocidos e íntimos de Belle. Pensaron lo peor porque veían lo peor; es decir, su amiga desaparecía de buenas a primeras y su marido, a quien consideraban un menguado, se había convertido de pronto en otra persona y se daba la gran vida, con su amante, a la vista de todos.

Las señoras Smythson y Williams llevaron a la Policía la preocupación de todo el círculo cercano a Belle Elmore. Querían que investigaran a ese sinvergüenza de Crippen. En la primera ocasión que fueron a Scotland Yard, ellas no tuvieron suerte. Para el inspector Dew no había ningún caso que debiera ocupar a la fuerza policial.

Tres meses después de que Vulcana y Louise hablaran con Dew, el señor John Nash y su atractiva esposa, Lil Hawthorne —principal protagonista de las pantomimas *El gato con botas* (1903-1904) y *La bella durmiente* (1904-1905), ambas en el Prince's Theatre de Bristol—, fueron a Scotland Yard a denunciar lo mismo, pero no ante Dew, sino que se dirigieron a una jerarquía superior a la del inspector. Nash y su esposa eran amigos personales del superintendente Frank Froest, de Scotland Yard, y le pidieron que investigaran la desaparición de Cora. Dijeron que volvían de los Estados Unidos, donde habían concurrido a espectáculos de *music hall*, y al regresar a Inglaterra se encontraron con la noticia de que una de las coplistas más conocidas, Belle Elmore, había muerto justo en el país que acababan de abandonar.

Era imposible; si hubiera estado Belle en Norteamérica, ellos se habrían enterado por dos razones: una, por su personalidad, ya que ella que se habría relacionado de inmediato con el ambiente artístico al cual pertenecían, y dos, porque por eso mismo les habrían comentado que ella estaba allí. No ocurrió ni una cosa ni la otra. Toda esa cuestión les parecía muy extraña. No estaba en los Estados Unidos ni en Inglaterra. Hablaron incluso con Crippen, y les pareció tan sospechoso todo lo que les dijo —además de los rumores de sus frecuentes apariciones con una bella señorita— que decidieron ir a hacer la denuncia por la desaparición de su amiga.

Si hubiese sido por Dew, no habría movido un dedo, tal como hizo ante la presentación de las señoras Smythson y Williams. Pero esta vez recibió una orden directa de Froest para ocuparse del tema, es decir, para encontrar a Belle Elmore, y sería mejor que lo consiguiera, porque de lo contrario reflotaría su desidia al dejar pasar la denuncia que le habían hecho meses antes aquellas mujeres. A pesar de todo, Dew era un tipo complicado, a quien ni siquiera el mismísimo rey Eduardo hubiese arreado así nomás. Recibida la orden, esperó una semana para ir a ver a Crippen. De mal humor, el detective fue hasta el número 39 de Hilldrop Crescent. Era el viernes 8 de julio de 1910. Dew subió las escaleras hasta el portón de entrada y golpeó. Nada. Volvió a golpear un poco más fuerte. Nada. Se dio vuelta y miró la calle. Después miró a su ayudante, que ante esta situación puso cara de resignación. ¡Qué otra cosa podía hacer el pobre!

Dew volvió su vista hacia un lado y otro de la calle. Era una zona tranquila. Nada. En ese momento, Crippen estaba

trabajando en el centro de la ciudad, pero Scotland Yard no lo sabía. A Dew este caso nunca le había gustado. Insistió en decirle al policía que lo acompañaba que para él no había motivo para la investigación, y encima, cuando iba —obligado — a hablar con el testigo principal, no lo encontraba. Su mal humor lo llevó a golpear la puerta con la palma de la mano abierta, y nada. Pero de pronto oyó algo, vio que la puerta se abría y apareció una jovencita bonita, de agradables modales, que lucía un broche de brillantes que el detective recordaba que había sido mencionado por la primera denunciante, la señora Smythson. A Dew no le pareció extraño que la secretaria de Crippen estuviera en su casa en lugar de estar en su consultorio, asistiéndolo. Bueno, no pensó más en eso y le pidió la dirección donde podía encontrar al médico homeópata, dentista y, de vez en cuando, arregla huesos y vendedor de medicamentos.

Fue con su ayudante a New Oxford Street y allí conoció al hombre del que había escuchado hablar pestes. Luego de los saludos de protocolo, Dew se formó de inmediato una buena impresión del doctor, quien en ese momento no tenía un paciente para atender, los hizo pasar a su escritorio y se mostró dispuesto a contarles todo lo ocurrido con su esposa. Frente a estos amables gestos de colaboración, Dew se convenció de que no tenía nada que hacer allí, importunando al médico en su trabajo. Apenas comenzó a hablar, tocaron a la puerta; era un hombre con un problema dental. La entrevista con Dew se desarrolló desde entonces entre paciente y paciente, que concurrían a realizarse tratamientos dentales. Hasta le tocó oír la extracción de un diente o de una muela, nunca supo, y los gemidos suplicantes de una mujer, que le hicieron fruncir el

ceño al experimentado inspector. Prefería agarrarse a trompadas con una pandilla entera de los barrios bajos, antes que enfrentar las convulsiones y los alfilerazos propios del dolor de dientes. Entre un cliente y otro, Crippen volvía a su escritorio y le contaba, a retazos, sobre Belle Elmore.

—Sí, la señorita que ustedes vieron en mi casa es ahora la dama con la cual comparto mis días —confesó Crippen, con relación a Ethel Le Neve.

—¿Cuándo conoció a su…? —Dew no sabía cómo llamarla.

—Antes de la muerte de mi esposa, inspector —afirmó el dentista, como si fuese la cosa más normal del mundo—. Mucho antes —subrayó.

—Debo suponer que las relaciones con su esposa no eran buenas antes de su desaparición —dijo Dew, ruborizándose por lo obvio de la pregunta.

—Eran pésimas, diría, inspector. Pero cada uno ahora está como debe estar.

—¡Crippen! ¡¿No tiene compasión frente a la muerte de su mujer?!

—No me malinterprete, doctor. Ella está muy bien. No crea en los rumores que echan a correr sus amigas de Londres. Belle estaba en Norteamérica cuando nuestro matrimonio finalmente se fracturó. Se fue allí, y ahora está viviendo con un antiguo amante que conoció en el *music hall*.

—¿Sabe usted cómo se llama ese señor?

—Bruce Miller.

—Pero, doctor Crippen —comenzó Dew con la intención de ordenar la información y sus ideas—. Yo estoy aquí porque hay denuncias de las sospechosas circunstancias de la desaparición de su mujer. Note usted que dije "desaparición". E incluso usted expresó que cuando estaba en los Estados Unidos, cuidando a un pariente enfermo, ella murió, aunque nadie ha podido explicar cuál ha sido la causa. Ahora, usted me dice que está viva y disfrutando de la vida con un nuevo hombre. ¿Es que acaso mintió sobre su muerte? ¿Por qué? Esto sí que es muy sospechoso, amigo Crippen.

En ese momento, ya cerca de las cuatro y media, sonó nuevamente el llamador. Otro paciente. Crippen se disculpó, pero les aseguró a los policías que sería la última vez que atendería, porque entendía que la situación era muy singular. Dew estaba nervioso. Le parecía que tenía delante a un mentiroso y que se comportaba como si no hubiera incurrido en ningún comportamiento impropio. Pasaron veinte minutos cuando se abrió la puerta del despacho y regresó el dentista.

—Lo siento tanto, inspector. Quiero ser lo más claro posible con usted. Lo entiendo —dijo Crippen, como un padre se refiere al hijo que no ha entendido la lección—. ¿Usted se imagina a un hombre en mi posición diciéndole a sus conocidos y amistades, al círculo de profesionales que frecuento, que se convierten en un momento en personas muy cercanas, que mi matrimonio es un fracaso? No es mi temperamento ni mi carácter. No ventilo mis cosas, pero la situación era evidente. Luché contra mí mismo; lo que le quiero decir es que fui invadido por una terrible vergüenza, ¿entiende usted el bochorno, la ignominia? No lo pude soportar. Y sí, confieso, inspector Dew, inventé su muerte para

ocultar el derrumbe matrimonial que es peor que la muerte. Si me permite decirlo, y usted es un hombre de gran experiencia, para proteger también la reputación de Belle entre sus amistades.

—Crippen, debemos inspeccionar su casa —cambió el tono por otro más firme—. Debe acompañarnos ahora.

El registro que hicieron Dew y su ayudante en la casa de Hilldrop Crescent fue superficial. Recorrieron las habitaciones, notaron una fragancia floral en todas ellas, acaso a causa de la mano de la nueva ama de casa, que los acompañaba aquí y allá, y nada sospechoso encontraron. En un momento, Dew se quedó a solas con Ethel y le preguntó si ella sabía dónde estaba Cora. Ethel admitió que su novio le había contado que no estaba muerta y que se enojó mucho con él por haber dicho esa mentira. Pero estaba convencida de que la coplista se hallaba en los Estados Unidos, tal como le había dicho su querido cuando decidió contarle la verdad. Al cabo de una hora, aproximadamente, los policías se despidieron de Crippen. Dew estaba desconcertado. Entendía los reparos morales del hombre en contar lo mal que andaba su matrimonio, pero también consideraba que inventar la muerte de su mujer para no revelarlo era demasiado.

—Doctor Crippen, es necesario que usted se ponga en comunicación con su esposa, quiero decir con Belle Elmore, y aclaremos esto de una vez por todas.

—¿Le parece?

—Por supuesto, doctor. Haber dicho que ella había muerto, incluso a su propia… este… —no sabía cómo denominar a Ethel— eeeh… a la señorita Ethel, ha sido un terrible error de

su parte que hay que subsanar de inmediato. ¿Usted sabe dónde vive en Norteamérica?

—No. Pero pondré un aviso en la prensa estadounidense.

Dew se dio por satisfecho. Crippen firmó su declaración en la que constaba el registro de su casa, y los policías se fueron. En el aviso de búsqueda, Crippen escribió pidiendo noticias de Kunigunde Mackamotzki; es decir, Cora Crippen o Belle Elmore). Ese viernes 8 de julio, Dew y su colaborador se habían pasado ocho horas investigando el caso. El sábado y el domingo, Dew estuvo leyendo y releyendo la declaración de Crippen. Le atraían los personajes de esta historia, aunque seguía pensando que no había ningún delito que investigar. Coincidía en que el matrimonio del dentista y de la coplista había sido un error para los dos. Echaba humo de su pipa y sonreía pensando que para Crippen había sido una equivocación por exceso. Demasiada mujer para él y, además, de un ambiente que nada tenía que ver con el suyo. Conoció a Ethel demasiado tarde. También había sido un error para Cora, pues era incontable la cantidad de amantes que llevaba a su casa, estuviese presente o no su marido, información que sus amistades se habían encargado de soslayar.

La Policía obtuvo algunos nombres de los jovencitos —porque eran jovencitos los elegidos— que Belle Elmore había agasajado en su casa durante diez años. La entendía a ella, insatisfecha, algo grosera, descarada, mandona, y lo entendía a él, abrumado, insatisfecho, temeroso, condescendiente, sumiso, obsequioso. No podían estar juntos. El dentista le había caído bien. Incluso ese fin de semana, con la aprobación de Ethel, habían ido a almorzar a un restaurante italiano, y Dew recordaba ese encuentro.

El dentista había comido como si regresara de un ayuno y con una actitud completamente despreocupada. El lunes 11 de julio, Dew volvió a la casa de Crippen, pero esta vez nadie respondió a sus llamados. Fue a su consultorio y tampoco lo encontró. Los vecinos le aseguraron que no había aparecido en todo el día. Dew sintió que Crippen, con sus buenas maneras, le había tomado el pelo y comenzó a pensar por primera vez que quizás el dentista, bien instruido, un conservador persuasivo y sagaz, fuera además un buen constructor de fachadas.

El inspector hizo traer a obreros y con una dotación de policías y de forenses ordenó que se registraran los tres pisos de la casona y sus nueve habitaciones. Si bien tiraron abajo alguna pared, no encontraron nada. Pero faltaba el jardín. Se tomaron un respiro porque hacía calor. Cavaron cerca de los rosales, arrancaron flores y excavaron todo el terreno. Nada. Dew aguardó al día siguiente. Esperaba que se presentara Crippen —de quien no se sabía dónde había pasado ese lunes — y entonces pensaba hacerle un interrogatorio más agudo. Pero tampoco el martes se tuvieron noticias del dentista. El inspector se reunió con sus hombres y decidieron darle un vistazo al único lugar de la casa que no habían revisado, una pequeña carbonera que estaba al fondo de un pasillo corto que comunicaba la cocina con la puerta trasera. Había que ensuciarse, pues la carbonera era polvorienta, como no podía ser de otra manera. En una esquina había carbón amontonado y en la otra, troncos apilados.

El propio Dew metió la mano y, como pudo, palpó las uniones del material, entonces advirtió que el cemento era viejo y que algunos ladrillos se separaban como si nada. De

esa manera descubrió una capa de arcilla debajo del piso. Comenzaron a cavar y apenas a los quince centímetros de profundidad debieron echarse atrás y buscar aire fresco. El olor insoportable que salía de allí hizo que en la mente de Dew y en las de los demás saltara la misma presunción: había un cadáver. "¡Maldito Crippen!", pensó el inspector. Con pañuelos en sus caras, siguieron excavando y llegaron hasta un hueco que estaba ocupado por una masa de restos humanos. Vieron huesos, pero pocos, pues la mayor parte del cuerpo no se había descompuesto con la cal que lo cubría. Se distinguían algunas formas. Dew les ordenó a sus hombres que se detuvieran. Estaba convencido de que "eso" era lo que había quedado de Belle Elmore. Enseguida les pidió a sus ayudantes que llamasen al patólogo forense sir Bernard Henry Spilsbury, un hombre que había ayudado a resolver crímenes resonantes y cuyas intervenciones en los tribunales eran legendarias, a pesar de que rondaba los 30 años.

Dew ya tenía un caso criminal, a una pareja como sospechosa de asesinato y, por el momento, fugitiva.

El primer y único encuentro de Dew con Crippen hizo comprender al doctor que debía abandonar su casa de Hilldrop Crescent. La razón que le dio a Ethel para convencerla de que ya no debían vivir allí fue que las amigas de Cora, esas de la Asociación Femenina de Music Hall, empezaban a murmurar mentiras y calumnias sobre ellos. Le dijo a Ethel que tampoco podía ir a su trabajo porque sus compañeros harían preguntas malintencionadas. Les quedaba un camino: escapar y comenzar una nueva vida en otra parte. Ethel estuvo de acuerdo. Quería dejar de vivir con el peso del recuerdo de Cora.

Mientras Hawley y Ethel hacían sus planes para huir, pesaba sobre ellos una orden de captura. Dew debía tener pruebas concluyentes de que ese cuerpo en la carbonera de la casa de Crippen era el de Cora. El asunto era cómo identificarlo. Del cuerpo solo quedaba el torso, pues Crippen había seccionado los brazos, las piernas, los órganos genitales y la cabeza. ¿Dónde estaban? Los forenses hallaron un bigudí, esa lámina que se utiliza para ensortijar el cabello. Aún conservaba un mechón de color castaño oscuro en la raíz y rubio en las puntas. Sus amigas afirmaron que Cora se teñía el cabello con agua oxigenada. Era una pista positiva. Además, hallaron una cicatriz en el abdomen, coincidente con la operación que le habían hecho años atrás para extirparle los ovarios. El siguiente hallazgo ya no dejaba dudas del asesinato: se descubrió la presencia de hioscina. Dew conoció de inmediato que Crippen había adquirido, semanas antes de la desaparición, cinco gramos de hioscina en la droguería que frecuentaba. También sabía que Crippen conocía la droga desde 1833, cuando vio que la suministraban a locos furiosos.

Además, los cortes de los huesos del torso constituían la obra de un experto. Era cierto que Crippen no tenía experiencia como cirujano, pero sí tenía conocimientos teóricos, o sea que tranquilamente pudo haber descuartizado a su mujer. Pero había algo más. El torso estaba cubierto por los restos de un pijama que llevaba una etiqueta de la marca Jones Brothers, lo cual significaba que solo pudo ser adquirido después de que el matrimonio se mudara a Hilldrop Crescent, pues en esa zona quedaba la casa Jones Brothers. Lo más increíble de todo era que Crippen hubiera cometido un error que jamás se perdonaría: confundir la cal viva con cal. No le

había echado al cuerpo cal viva, sino cal común. Ninguno de los policías y forenses tenía duda de que ese torso había pertenecido a Cora Crippen, como tampoco de que su marido la había matado.

El parte oficial del expediente que se abrió por el crimen de Cora Crippen dice sobre estos trabajos que se descubrieron en el sótano: "Restos humanos encontrados el 13 de julio. Órganos correspondientes a tórax y abdomen extraídos en una masa. Cuatro trozos grandes de piel y músculo, uno de la parte inferior del abdomen con una cicatriz de operación anterior de 4 pulgadas de largo, más ancha en el extremo inferior. Imposible identificar el sexo. Hyoscine, 2,7 gramos. Cabello en el rizador de Hinde con raíces presentes. Cabello de 6 pulgadas de largo. La etiqueta de la chaqueta del pijama para hombre dice Jones Brothers, Holloway, y un par de pantalones de pijama".

Nunca se ha podido establecer si la muerte de Belle Elmore fue en la sala, en la escalera, en su dormitorio. En algún lugar debió ingerir todo el veneno, que primero la dejó inconsciente y después la mató. Tampoco se conoció jamás dónde Crippen procedió al prolijo descuartizamiento, cómo se encargó de la sangre, qué pasó con todos los restos que no se encontraron.

Dew dio vía libre para que la prensa conociera el caso y sus detalles, con el propósito de que los ayudara a encontrar a Crippen y a Ethel. El 26 de marzo, la revista *Era* publicó la nota necrológica de Cora Crippen. Dew confiaba en que las publicaciones pondrían nerviosa a la pareja y que esta cometería algún error que revelara su escondite. El *Daily Chronicle* hablaba de que Dew recibía a diario mucha información sobre el posible paradero de Crippen y Ethel, que

los habían visto en Essex, en Liverpool, en Willesden, en el expreso Dieppe-París, en los Pirineos. Se decía que Cora Crippen o Belle Elmore había sido envenenada, mutilada, y que su marido era un ser depravado que había querido hacer creer que ella se había ido a Norteamérica. El caso Crippen era ya muy popular y todo el mundo hablaba de él, fue una sacudida sensacional, igual que las catastróficas previsiones sobre el paso de un cometa llamado Halley, que se esperaba para mayo y que, según afirmaban algunos expertos, acabaría con la Tierra. No faltaban motivos de inquietud por aquel entonces, pero mientras que nadie interpeló a la Justicia por el cometa —ya que después de todo se trataba de un fenómeno cósmico inevitable, acabara o no con la especie humana—, el crimen de Crippen llegó hasta el secretario de Estado, Winston Churchill, quien fue interpelado por la bancada laborista que quería saber cuál había sido la actuación de la Policía hasta ese momento y si era verdad, como se decía, que Scotland Yard no le había dado al asunto la importancia que merecería cuando recibió las primeras denuncias sobre la desaparición de la víctima.

Al mismo tiempo, en los Estados Unidos, una íntima amiga de Cora, madame Ginnett, iba al puerto a vigilar a los pasajeros que desembarcaban de los transatlánticos, y en Inglaterra, el padre de Ethel, que odiaba a Crippen con todas sus fuerzas porque lo consideraba un degenerado que había engañado los sentimientos de su hija, pensaba que la pareja estaría en Francia y que Crippen, con su aspecto amanerado, estaría disfrazado de mujer.

La pareja tenía un plan de escape que elaboró antes de abandonar la casa de Hilldrop Crescent. El asunto sería

exactamente al revés del imaginado por el padre de Ethel. Crippen no se disfrazaría de mujer, sino que sería Ethel la que se disfrazaría de varón, o, mejor dicho, de muchachito. No fue más que la continuación de una manera de proceder que Crippen había utilizado toda su vida; es decir, siempre de contramano, hacía lo que no sabía hacer. No sabía de medicina y fue médico; no sabía de odontología y fue dentista; no sabía de venenos y quiso envenenar —nunca se supo cómo asesinó a Cora y nunca se sabrá si la hioscina que compró fue el elemento que mató a su mujer—. En la huida utilizó el mismo método. Le quiso dar a su novia la apariencia de varón y se equivocó en todo. Le cortó muy mal el cabello a su amante, porque él no sabía cortar el pelo, y quedó como si le hubieran arrancado mechones con los dientes. Compró un traje de varón, pero la vestimenta era de un talle muy pequeño para el físico de Ethel, que ya era menudo, así que quedó vestida de modo ridículo.

Huyeron a Liverpool para tomar el tren al puerto de Harwich, un lugar histórico porque desde allí había partido el *Mayflower* hacia Norteamérica en 1620. La pareja embarcó a la noche hacia Holanda. Habían transcurrido cuatro meses desde la necrológica de Cora en la revista *Era* y casi dos meses del paso sin consecuencias del cometa Halley. Faltaba resolver el asunto Crippen. Cuando llegaron a Rotterdam, advirtieron que todo el mundo se daba cuenta, pues era muy notorio el desarreglo que tenía Ethel en su cabello. Crippen la envió a un barbero, pero de todas maneras era preferible que usara sombrero. El que habían preparado lo olvidaron en el barco y compraron uno de paja. En ese momento no había nadie siguiéndolos, de lo contrario los hubiesen atrapado

enseguida. Crippen se afeitó su bigote. Llegaron luego a Bruselas y se alojaron en el Hotel de las Ardenas. Pasaron diez días en ese lugar. A Crippen se le ocurrió volver a Inglaterra, esperar un año y zarpar hacia los Estados Unidos. Solo lo hizo cambiar de opinión algo que vio en el diario. Era el anuncio de una travesía de Amberes a Quebec. Decidió que esa sería la vía de escape. Compró los pasajes en camarotes de segunda clase. El buque partía el 31 de julio de 1910.

Crippen leía todos los periódicos y días después de adquirir los boletos leyó una noticia que esperaba, pero no en ese momento. Arrugó el diario, se lo puso debajo del brazo y con la cara demudada fue a ver a Ethel. Le mostró la noticia. Habían descubierto el cuerpo de Cora y a ellos los buscaban por todos lados. Ethel se puso a llorar. No pensó en otra cosa que no fuera un futuro desdichado. Hawley fue hacia la compañía naviera a cambiar los boletos del 31 de julio para el 20 de julio, pero debió adquirirlos en primera porque los de segunda estaban agotados. Pero no cambió, por supuesto, los nombres falsos que había dado: John Philo Robinson y John Robinson. Este último era el nombre falso de Ethel, que se haría pasar por el hijo de Crippen. Acordaron pasar lo más inadvertidos que fuera posible. No hablarían con nadie salvo lo mínimo indispensable, aunque sabían que debían mezclarse con los pasajeros y también con la tripulación. No podían faltar tampoco a la cena que ofrecía el capitán del navío a los pasajeros de primera clase. Estaban convencidos de que la suerte estaría de su lado. Se dieron ánimos y, sobre todo, seguridades de que el disfraz de Ethel la haría pasar por un muchacho. Cuando se inició el viaje hacia Canadá a bordo del buque *Montrose*, Crippen y Ethel estaban muy nerviosos y

asustados, pero después de diez días de navegación recuperaron poco a poco su confianza en que todo saldría bien.

El inspector Dew no tenía la menor idea de dónde podía estar Crippen. Sin embargo, tuvo un golpe de suerte. Henry George Kendall, capitán del buque *SS Montrose*, de Canadian Pacific, conocía el caso del crimen de Belle Elmore por haberlo leído en los periódicos. Recordaba las fotografías del *Daily Mail* sobre los prófugos. A poco de zarpar, lo primero que dijo Kendall fue: "Vi a dos hombres que iban de la mano. Me acerqué y hablé con el hombre mayor. Me di cuenta de que en la nariz tenía la marca que produce el uso continuo de anteojos y de que acababa de afeitarse. Volví a mi cabina y leí en los diarios la descripción que hacían de Crippen".

También le llamó la atención la levita gris y el sombrero blanco de ala ancha, una vestimenta inadecuada para un viaje transatlántico. Al capitán no se le pasó por alto el acompañante de ese señor, con facciones tan delicadas que uno se lo imaginaba vestido de mujer. Se dio cuenta enseguida de que era una mujer disfrazada de hombre… sin mencionar las caderas anchas, que se notaban más por los pantalones ajustados. Kendall, a quien le encantaban los casos criminales, su seguimiento y jugar un poco al detective, tuvo otro acierto. El tipo que decía llamarse Robinson —es decir, Crippen— le dio un apretón de manos a quien decía ser su hijo —en realidad, Ethel—, pero el capitán observó que no fue un apretón sino una caricia. Kendall decidió seguirles la corriente. Los invitó a almorzar y durante la comida encontró un pretexto para ausentarse por un rato, fue directo a la cabina de los Robinson y halló un corpiño de mujer, y desde ese momento no les quitó los ojos de encima. "Fui al comedor, me

senté a su lado y vi que los modales del chico en la mesa se parecían a los de una mujer, además de que su vestimenta le quedaba tan desajustada que parecía evidente que se trataba de un disfraz. Más tarde me puse de espaldas a ellos y dije: 'Señor Robinson'. Como me imaginaba, tuve que decir el nombre varias veces antes de que se diera la vuelta y me dijera: 'Disculpe, capitán, no lo había oído'. Él era muy bien educado, tenía muy buenas maneras. Decía que llevaba a su hijo a California por un problema de salud. Pero un día el viento le levantó la chaqueta y vi que llevaba un revólver. Desde ese momento, yo también llevé uno siempre encima". El capitán no tenía ninguna duda de que se trataba de la pareja buscada por aquel homicidio de Belle Elmore.

A Crippen lo perdió la tecnología. Unos años antes se había inventado el telégrafo, un sistema que permitía mandar mensajes codificados a larga distancia con señales eléctricas mediante comunicaciones de radio. Y en el *SS Montrose* del capitán Kendall había uno. Así fue como el capitán envió un mensaje en código morse a la Policía de Londres, por el cual le informaba que tenía sospechas de que Crippen y su pareja estaban entre los pasajeros del barco con identidades falsas. Y agregó que la pareja de Crippen tenía un disfraz de varón y se hacía pasar por su hijo.

"Recuerdo al señor Robinson destacando la maravillosa invención que era el telégrafo", aseguró Kendall. El buque se encontraba a ciento treinta millas marinas al oeste de Cornwall (unos doscientos cuarenta kilómetros) cuando el capitán ordenó al telegrafista Llewellyn Jones que enviara un radiograma o marconigrama —como se llamaba entonces a los mensajes de la telegrafía sin hilos, en honor a su inventor,

Guillermo Marconi— a los armadores que estaban en Liverpool para que a su vez le avisaran a Scotland Yard que no tenía dudas de que los fugitivos que buscaban por el crimen de Belle Elmore estaban a bordo de su barco rumbo a Canadá.

La noticia llegó a Scotland Yard el 22 de julio. Todo el mundo sabía que Crippen y su novia estaban en el *Montrose*, pero ellos ignoraban que habían sido descubiertos. Kendall mantuvo reservada la información, así que tampoco lo sabían los otros pasajeros, solo el capitán y algunos miembros de la tripulación, que se encargaron de vigilar sus movimientos. Atraparlos dependía de la rapidez con la cual Dew pudiese conseguir un buque para llegar antes a Canadá. Lo que iba a ocurrir era inédito, es decir, una carrera de transatlánticos. Dew averiguó cuál era el buque más rápido disponible. Le dijeron que el *SS Laurentic*, que zarpaba el 23 de julio. Debía embarcarse ese día y tendría chances de alcanzar e incluso sobrepasar al *Montrose* porque el *Laurentic*, de las líneas White Star, era mucho más veloz. Aunque este le llevaba tres días de navegación, la travesía del *Laurentic* hasta Canadá duraba cuatro días menos. El problema era que había que comprar el pasaje y, hasta que Scotland Yard obtuviera la autorización para el gasto, Dew y sus hombres debían esperar y perderían la oportunidad.

Churchill, cansado de las críticas al gobierno por este caso, aceleró todos los trámites con la propia empresa naviera y, finalmente, el superior de Dew firmó la autorización por escrito. El día 23 el inspector partió de Liverpool. A este operativo se lo llamó “Operación esposas”. Todo se hizo con tanto secreto que la mujer de Dew no sabía hacia dónde se había embarcado su marido. ¿Y si el capitán Kendall se

equivocaba? Mientras Dew seguía con su carrera para alcanzar al *Montrose*, los policías interrogaron al empleado que vendió los pasajes en Amberes a la pareja sospechosa, y este identificó a Ethel Le Neve y a Crippen cuando le mostraron las fotografías.

La carrera por mar era frenética y apasionante. Todos los días, los diarios informaban la ubicación de uno y otro transatlántico. La carrera se seguía en los dos continentes, menos en el *Montrose*. Crippen y Ethel no sabían que, gracias a un capitán de transatlántico con alma de detective y al telégrafo, iban a ser atrapados y que por ellos se estaba desarrollando una persecución en el océano entre dos gigantes del mar. Nunca más ocurriría una situación como esa. Siguiendo una ruta paralela, los diarios ingleses informaban que el barco de Dew se aproximaba al *Montrose*. El día 25 un mensaje del periódico *Daily Mail* le informó al capitán Kendall que Scotland Yard estaba ya en camino. El día 27 de julio el *Laurentic* pasó al *Montrose*.

El capitán sabía lo que pasaba porque los diarios ingleses le informaban por telégrafo la posición del *Laurentic*, y él les pasaba datos sobre el comportamiento de los sospechosos. Actuaba como un cronista privilegiado, pues enviaba informes sobre la pareja. La telegrafía sin hilos había vencido las distancias. Por medio del capitán Kendall, los lectores sabían que Crippen ahora se estaba dejando crecer la barba y que, según las palabras enviadas por el capitán, “cada día tenía más aspecto de granjero”. Y también que el comportamiento de Ethel demostraba, sin duda, que era una mujer vestida de varón. El capitán insistía en llamarlos por sus nombres falsos, pero llegó un momento en que Crippen ya casi no respondía

cuando le decían Robinson. Ethel, en su papel de hijo de Robinson, lo justificaba diciendo que el frío había afectado su audición y por eso no respondía. Por las conversaciones que refería el capitán por radiogramas, durante todo el trayecto, Crippen se mostró confiado y relajado.

Crippen tenía un presentimiento. No se trataba de su futuro inmediato. Ni él ni Ethel tenían la menor idea de que habían sido descubiertos. No. El presentimiento de Crippen era acerca del futuro en Canadá. Su estado de ánimo se derrumbó cerca de la llegada. Un par de días antes de arribar a Father Point, un distrito de la ciudad de Rimouski, al este de Quebec, en la desembocadura del río Saint Lawrence, le dio a Ethel todo el dinero que llevaba. Le dijo, con el tono más amargado que jamás había escuchado la chica, que al llegar a Canadá la abandonaría. Ella abrió los ojos, asombrada, pero antes de que dijera una palabra, Crippen le indicó que se fuera a Toronto y allí consiguiera un trabajo como secretaria. Ethel no sabía qué decir. Tuvo un pensamiento positivo. Para ella, Hawley quería adelantarse para buscar un lugar donde vivir. Pero no encajaba… Todo era muy extraño para Ethel, que había jugado su destino al permanecer con Crippen. Ella no sabía que él había escrito una carta que decía:

> Ya no puedo soportar más el horror que me invade a toda hora, no veo salida y el dinero se está acabando. Estoy pensando en tirarme por la borda esta noche. Sé que he destrozado tu vida, pero espero que algún día llegarás a olvidarme. Con mis últimas palabras de amor. Tu H.

¿De verdad Crippen quería suicidarse después de todo lo que había hecho para estar junto a Ethel? ¿Había escrito esa

carta como un reflejo más de su personalidad débil y dependiente? Quería que ella, al llegar a Canadá, viera esa carta y se abrazara a él. Ya tenía preparado todo. Un capitán amigo suyo estaba dispuesto a ocultarlo cuando el barco arribara. Todo era muy extraño. ¿Él se ocultaría hasta conseguir empleo y casa? ¿Y dejaría sola a su amada? ¿O acaso ya no le importaba Ethel? Crippen era una persona muy compleja. Si ella había dejado de interesarle, ¿para qué toda esta aventura? Las amigas de Cora aseguraban que Crippen era un granuja que, como no sabía hacer nada bien, le había tomado el gustito al papel de víctima.

El barco finalmente llegó a Father Point. Dew lo estaba esperando, vestido con su uniforme de botones dorados. Llegó hasta la nave mientras los periodistas se quedaban en el bote del práctico. Una vez a bordo, rodeado por policías canadienses, miró a derecha e izquierda hasta que le señalaron dónde estaba Crippen. Se digirió hacia él:

—Buenos días, señor Crippen —saludó y se quitó la gorra —. ¿Me conoce? Soy el inspector Dew, de Scotland Yard.

Crippen reconoció enseguida al oficial que lo había interrogado en su casa apenas tres semanas atrás. Le preguntó por qué estaba allí y manifestó que, si era por él, quería saber los motivos del arresto. Dew iba por responderle cuando Crippen, de golpe, se dirigió a uno de los policías canadienses y le sacó de las manos la orden de captura.

—¡Dios mío! ¡Asesinato y mutilación! —exclamó y extendió las muñecas para que lo esposaran. Se acercó a Dew, que dudó en retirarse hacia atrás o permanecer en su lugar. Al

final se quedó quieto. Crippen le habló casi al oído: —No lo lamento. La ansiedad ha sido demasiada.

En este instante se comprobó con total certeza que a Dew este caso le importaba un comino. Acaso sería que aún le quedaba la espina por el destripador de Whitechapel que no pudo atrapar, o por algún otro motivo desconocido, acaso su rechazo al ambiente del *music hall*, a los espectáculos casi circenses… Quién sabe. Para Dew el caso estaba terminado desde que le puso la mano encima a Crippen. Su único interés no era presentar pruebas sólidas contra su sospechoso, sino que la prensa no se la tomara en su contra a causa de la lentitud, pereza y desidia que había demostrado durante los primeros meses de este caso, es decir, desde que las señoras Smythson y Vulcana fueron a visitarlo.

El 31 de julio de 1910, Ethel también fue detenida. Entonces el dentista se enteró de todo lo que había ocurrido durante la travesía, de que el capitán Kendall se había dado cuenta enseguida de quiénes eran y que había mantenido comunicación telegráfica con Londres, informando todo lo que ocurría a bordo. Al descender del buque, el capitán se acercó. Crippen lo miró con desprecio y lo insultó. También maldijo el barco. Casi veinte días permaneció en una cárcel de Montreal, hasta que su extradición estuvo lista. Volvió con su novia a Inglaterra en el *Megantic*. Los mantuvieron separados casi toda la navegación, salvo un breve momento en el cual les permitieron estar juntos con los ojos de los policías fijos en ellos.

Él se mostraba muy preocupado por la situación de Ethel. Insistía en dos cosas: él era inocente y no había matado a su mujer, aunque entendía que, a raíz del repentino viaje de Cora

a Norteamérica y de su muerte, pudieran ponerlo en el lugar de quien debe dar explicaciones. Pero no a Ethel; ella no tenía que explicar nada. Según Crippen, cuando llegaron a Liverpool el 28 de agosto, una multitud los esperaba. Querían lincharlo. Dew bajó con Crippen a su lado y, en ese momento, un muchacho corrió hacia ellos blandiendo un bastón con la intención de romperle la cabeza al dentista. Lo contuvieron a tiempo. Atrás venía Ethel, cubierta por un velo azul. A las 14:20 tomaron el tren hacia Londres. Otra multitud se reunió en la estación, tan agresiva como la del muelle de Liverpool, amenazante y hasta burlona. Se les reía en la cara mientras había gritos del estilo: "¡Que los cuelguen!", "¡Malditos asesinos!". Finalmente llegaron a la comisaría de Bow Street.

Sin duda, era el asunto criminal del que hablaba todo el mundo a ambos lados del Atlántico. Canadienses, estadounidenses, europeos no salían de su asombro por la utilidad que había tenido el telégrafo para atrapar a un criminal y por la extraordinaria carrera marítima que se había emprendido. No obstante, el público no veía las enormes dificultades que comenzarían. El juicio no sería sencillo. Ya había abogados que decían que la identificación del cuerpo iba a levantar tal polémica que quizá Crippen sacara provecho a su favor. ¿Era Cora Crippen? ¿Así se establecería por un pedazo de piel que decían que era del estómago con un pliegue que podía ser de una cicatriz? Para algunos era muy poco, para otros sobraba para ejecutar al dentista.

El juicio resultaría apasionante. Un día después de la llegada a Londres, el fiscal Travers Humphreys pidió que la pareja permaneciera detenida durante una semana más. El abogado de Crippen era Arthur Newton, un hombre

desconocido para el acusado, que se había presentado por su cuenta para ganarles de mano a otros muchos que pretendían tener la publicidad única que les daría ese juicio y, con ello, fama y clientes, es decir, dinero. Newton los madrugó a todos, ya desde que Crippen esperaba en Montreal ser extraditado a Inglaterra. Lo que no sabía Crippen era que estaba tomado del brazo del mismísimo diablo, por lo menos para la defensa de sus intereses. Newton no creía en absoluto en la inocencia declamada del dentista, sino todo lo contrario, y consideraba que el de Cora Crippen había sido nada menos que un "asesinato profesional", calculado, meditado, ejecutado con precisión de cirujano, justamente. A Newton le importaba un comino el resultado del juicio, deseaba que le permitiera ser conocido y le proporcionara los clientes necesarios para pagar sus deudas en las carreras de caballos.

En aquel entonces había algo a lo que los abogados no le daban ninguna importancia: los periódicos. Y había trascendido que Crippen había confesado, lo cual no era cierto. El "defensor" tenía una reputación bien ganada de abogado deshonesto. Nada nuevo bajo el sol, pero cuando el público esperaba grandes nombres, grandes análisis, grandes exposiciones, aparecían, una vez más, tipos como Newton. Hacía cinco años había estado preso seis semanas por tratar de convencer o amenazar, para que abandonara el país, a un testigo clave en un caso que llevaba. Con estos antecedentes, se puso a contar billetes antes que a pensar la estrategia que usaría para buscar que a Crippen no lo mandaran a la horca. Tal vez con otro abogado el dentista hubiese tenido una buena defensa, con este inmoral no. Un defensor canalla y un acusado cabeza dura le dieron el broche de oro a este caso.

Había otros abogados que podrían haberlo ayudado, pero en este sentido, Crippen no tuvo suerte. El mejor de todos en esa época era Edward Marshall Hall, pero estaba de vacaciones.

Newton sabía que, si actuaba solo, lo único que haría sería acompañar a Crippen hacia la horca, y trató de ponerse en contacto con alguno que lo ayudara, pero no logró un acuerdo con ninguno sobre los honorarios debido a las altas pretensiones del caradura. De todos modos, el tipo no era tonto y sabía que no tenía capacidad para una defensa como esa. Fue a la carrera a ver a Alfred Tobin. Con él, en no más de diez minutos llegaron a un acuerdo. Crippen seguía sin tener suerte con sus abogados, porque Tobin tampoco tenía la habilidad o el conocimiento para encarar su defensa. Tobin sería el encargado de llevar el peso principal en esa tarea y, de entrada, más allá de sus limitaciones, contaba con una desventaja muy grande: el propio Crippen jugaba contra sí mismo.

Abatido por los titulares y artículos de la prensa, que poco menos lo pintaban como un salvaje, y por el hecho de que todos lo creían culpable, el pequeño dentista alimentó su desgracia dando su condena como un hecho, es decir que no se esforzó en defenderse. Sabía que lo defendían los peores y también que el fiscal de la Corona sería Richard Muir, de impecable reputación. Él mismo se hizo a la idea de su cuerpo colgando de la soga. Menos el crimen, admitió todo: su infidelidad y otras conductas inapropiadas de las que lo acusaban. Ni él ni los incapaces de Newton y Tobin pensaron en plantear un homicidio accidental o por imprudencia.

Solamente hubo un punto al cual Crippen no renunció, mantenía con firmeza que el cuerpo aparecido en la carbonera no era de Cora. Pero solo él lo sostenía, porque sus defensores

no lo plantearon. Había una cuestión que podía aprovecharse y también se dejó escapar. Era un punto que nadie había tenido en cuenta al preparar el juicio: el investigador del caso, el inspector Dew, se había mostrado apático después de la carrera en transatlántico y la captura de Crippen. De manera inexplicable, tardó en presentar las pruebas de cargo, y el propio fiscal Muir debió exigirle que se apurara porque él debía preparar su alegato acusatorio. Mientras, las solicitudes para ocupar un lugar en la sala de audiencias llegaron a cuatro mil y solo se concedieron setecientas. Finalmente, el 18 de octubre se inició el proceso en Old Bailey. No enjuiciarían a Crippen y a Ethel al mismo tiempo; se decidió que después del juicio de Crippen comenzaría el de ella, que ya tenía como defensor al abogado más joven del King's Counsel, Frederick Edwin Smith, que si bien, excepto esta defensa, no tuvo una carrera destacada en la administración de justicia, sí en cambio se destacó en la política.

En el juicio de Crippen todo dependía de la prueba médica, es decir, de aquella que demostrara que el torso hallado en la carbonera de la casa de la calle Hilldrop Crescent era el de Cora Crippen. Por eso, el testimonio crucial en el caso sería el del patólogo Bernard Spilsbury. La situación era curiosa. Quienes pensaban que esos restos no eran de Cora se enfrentaban con la pregunta que no tenía respuesta: ¿de quién era, entonces, ese torso? No se trataba de un descubrimiento arqueológico. A nadie se le ocurría que Crippen fuese un asesino habitual que andaba escondiendo cadáveres en su casa, o que alguna vez hubiera matado a alguien que no fuera su mujer y la hubiera descartado en la carbonera luego de un

sucio trabajo de descuartizamiento. Todo esto parecía una locura.

Entonces, si se seguía la triste historia de este matrimonio que jamás debió concretarse, como decían las amigas de Cora, pero que duró muchos años, no había otra conclusión más que asignar ese torso a la infeliz de Cora Crippen. Buena dialéctica, argumentos sólidos y otro interrogante que hería de muerte cualquier estrategia de Crippen: ¿dónde estaba Cora? Una sola evidencia física podía ser decisiva. Y en ese momento apareció el joven Spilsbury.

La prensa, el *Daily Mail* y el *Daily Mirror* no cejaban en su intento de que el caso Crippen fuera la novela británica. Hasta ofrecían dinero a todo aquel que tuviese algún dato sobre el caso para mantener vivo el interés del público, reiteraban la carrera de transatlánticos, los disfraces de los acusados, la prueba del cabello hallado junto con el torso, el misterio de la cabeza desaparecida. ¿Dónde está la cabeza del cadáver? Los periódicos tenían un público que había crecido en los últimos años a causa de la escolarización de los niños de 5 a 12 años, posible gracias a la sanción de la Ley de Educación, de William Forster, en 1870, que ponía el acento en tres cosas: escribir, leer y contar. Los trabajadores consumían cuanto pasquín pudieran comprar, y los periódicos establecidos también se sumaron a esa ola, aunque debieran resignar calidad y decencia. Crippen fue difamado antes de que lo arrestaran, cuando estaba ridículamente disfrazado en el barco *Montrose*.

Cualquier cosa que hiciese, un movimiento de su mano, un giro de su cabeza o una ceja levantada, era motivo de interpretaciones diabólicas. Hasta su pasividad era para la

prensa sinónimo de fría y calculada malicia. No tenía escapatoria a la diatriba, hiciese lo que hiciese. La prensa de los Estados Unidos también seguía el caso con entusiasmo, aunque los estadounidenses tenían su propio crimen del siglo, el del famoso arquitecto Stanford White, asesinado en la terraza del Madison Square Garden, que él mismo había construido, por el esposo celoso y medio loco de la primera supermodelo que apareció en este mundo. Pero los norteamericanos no hallaron un cadáver descuartizado y, sobre todo, los protagonistas del drama local tenían apariencia de gente normal. Crippen era Crippen, y Cora, esa mujer inmensa que desafinaba como loca, era Cora, y una carrera entre buques de pasajeros era una carrera entre transatlánticos. Y el telégrafo usado por primera vez en un caso criminal. Ellos, los estadounidenses, por algo eran colonia para muchos británicos.

La defensa tenía un argumento que no utilizó, acaso para no dañar más la imagen de Crippen. Este era un médico con escasos conocimientos de medicina. Conocía algunas sustancias y su aplicación de acuerdo con la práctica que había visto en hospitales, como el Bethlem, de Londres, el primer hospital psiquiátrico de Europa. En fin, era un hombre sin mayores conocimientos de casi nada. Un dentista por observación. Newton y Tobin pensaron que exponerlo de esa manera, como un médico de mentira, sería demasiado. Sin embargo, antes de quedarse sin argumentos pusieron sobre el tapete el asunto de la hioscina, porque un médico hubiese elegido cualquier otra sustancia mucho más eficaz para provocar la muerte que esa para calmar el dolor de estómago, aun habiéndola aplicado para una situación tan disímil como la de calmar los calores del deseo sexual.

Sin entrar en tanto detalle de si era médico o no, sus defensores dijeron que si Crippen hubiese querido matar a su mujer no habría elegido la hioscina. En consecuencia, él no mató a su mujer con hioscina. Por lo tanto, él no la mató. Además, ¿dónde se había visto a un envenenador que hubiera descuartizado a su víctima? Cuando se presentó Spilsbury, la defensa de Crippen intentó esta ofensiva, la única razonable de todo el juicio. ¿Quién mata con hioscina? Sus conocimientos de medicina eran suficientes para saber que no debía usar hioscina si quería envenenar a alguien, sobre todo porque las huellas de esa sustancia permanecen en el cuerpo mucho tiempo después de su administración. ¿Cómo iba a ser tan tonto para querer matar con hioscina? Era como firmar su condena. La hioscina estaba en su casa porque Cora era una ninfómana, y sus deseos sexuales se traducían en violentos acometimientos que él, y el público podía verlo, no estaba en condiciones físicas de soportar y mucho menos de satisfacer.

Crippen sabía que ese fármaco era un inhibidor sexual en caso de deseos severos. Cuando le preguntaron si el día que se la vio por última vez él le había suministrado el medicamento, contestó que sí, pero diluido en una cantidad de agua conveniente solo para calmar su apetito sexual, que afloró apenas se fueron los Martinetti de su casa.

—Si tan baja fue la dosis que le suministró —intervino el fiscal—, ¿dónde está el resto del producto que compró?

—No sé. Tal vez lo usé en el consultorio odontológico.

El jurado lo miró con desconfianza.

¿Por qué la fiscalía decía que el torso era de Cora Crippen? Porque el patólogo Bernard Spilsbury concluyó que una

cicatriz en un pequeño trozo de piel de los restos era parte de la intervención quirúrgica que le hicieron cuando le extirparon los ovarios. Era una cicatriz, enfatizó, y no un pliegue de la piel, como sostuvo la defensa. El espectáculo en ese punto alcanzó un extremo horroroso. El juez, el honorable presidente del Tribunal Supremo, lord Richard Everard Webster, primer vizconde de Alverstone, quien era conocido por su indulgencia hacia los prisioneros, en un momento durante el juicio cambió definitivamente su postura hacia Crippen y apoyó al fiscal Muir. El público se movió en sus asientos. La sala parecía ondular con el acontecimiento que se había anunciado.

¡¿Así que toda la identificación dependía de un trozo de piel?! ¿Y Crippen? ¿Qué hacía mientras hablaban de este asunto? Nada. Se mantenía impasible. Fue entonces que los murmullos ya no pudieron acallarse. Se ordenó que los trozos de carne sacados de la carbonera de la casa de la calle Hilldrop Crescent, colocados en un plato de sopa, fueran exhibidos al jurado para su examen. Entre ellos estaba también el que contenía el pliegue que era parte de la cicatriz. El plato, rebosante de restos, pasaba de una mano a otra, aunque el verdadero espectáculo era la cara que ponían los jurados y también el propio juez. El fiscal miraba sus papeles, y los defensores, a Crippen, que miraba hacia adelante con la vista perdida. Los periodistas no paraban de anotar y anotar. Levantaban y bajaban la cabeza. Veían las expresiones de los jurados, de asco, miedo, repulsión.

Uno que otro ponía cara de perito, pero pasaba rápido el plato con la “evidencia”. Si alguno guardaba en su mente la más mínima duda sobre la culpabilidad de Crippen, ese plato se la quitó por completo. La prensa haría luego fantasiosas

descripciones sobre ese momento, sombrío, incómodo, repulsivo, en el cual quedó sellada la condena de Crippen.

Si hacía falta algo más, sin duda lo hubo, y fue el golpe de gracia de la fiscalía. Aseguró que Crippen, de manera turbadora, se había deshecho del cuerpo de su esposa. Después de matarla le quitó los huesos y las extremidades con habilidad y los quemó en la estufa de la cocina. Afirmó que sus órganos se disolvieron en ácido en la bañera y que su cabeza fue colocada en un bolso y arrojada por la borda durante el viaje de un día a Dieppe, Francia. Por supuesto, no había una sola prueba de esto, sino la mera especulación del fiscal.

El juicio llegó al cuarto día. El jurado se retiró a deliberar y después de veintisiete minutos volvió con un veredicto. Declaró a Crippen culpable de homicidio premeditado. El juez dijo: “Se ordena que tú, Hawley Harvey Crippen, seas conducido de aquí al lugar de donde has venido, y de allí al de la ejecución, para ser colgado hasta que sobrevenga la muerte”. Crippen solo dijo: “Insisto en que soy inocente”. Lo encerraron en la cárcel de Pentonville.

Luego le tocó el turno a Ethel. El juicio en su contra comenzó seis días después, el 17 de octubre, ante el mismo juez, pero todo fue muy distinto. Ethel estuvo defendida por Frederick Edwin Smith, más tarde lord Birkenhead, que comenzó poniendo las cartas sobre la mesa. No pretendió ocultar lo inocultable, que ella había sido la amante de Crippen. La acusación insistía en que la depresión que Ethel había sufrido en la época de la muerte de Cora estaba motivada por su complicidad en el asesinato. Cuando Smith interrogó a la señora Jackson, la primera casera de Ethel, quedó patente que la joven había estado deprimida antes de la

muerte de Cora y que luego se había recuperado. ¿No era compresible que hubiera ocurrido así al enterarse de que la mujer de su amante lo había abandonado?

Ethel Le Neve fue absuelta, y el juez lord Richard Everard Webster felicitó a Smith. Sin embargo, el abogado no recibió nunca una palabra de gratitud por parte de ella.

El 4 de noviembre rechazaron la apelación de Crippen, pero una misteriosa corriente de simpatía surgió a su favor. Se reunieron quince mil firmas para que fuese indultado. Winston Churchill, secretario del Ministerio del Interior, rechazó el indulto. Churchill había asistido como público al juicio de Crippen y también al de Le Neve.

Crippen se carteaba con Ethel y le daba consejos tales como que se cambiara el apellido por el suyo para mantener vivo el nombre Crippen. También le aconsejó que vendiera sus memorias, y se cree que él había dado el visto bueno para la venta de las fotografías que se publicaron en el *Lloyd's Weekly News* luego de la ejecución de la condena; en ellas, Ethel aparecía vestida con el mismo disfraz de varón que había usado para escapar en el transatlántico *Montrose*. Un mes pasó entre la sentencia y la ejecución. El último telegrama de Crippen a Ethel fue enviado por el propio director de la prisión, Mytton Davis, el martes 22 de noviembre.

Antes de las nueve de la mañana del 23 de noviembre de 1910, Crippen fue colgado por el verdugo jefe John Ellis y su ayudante William Willis. La ejecución no se anunció con el tañido de las campanas, porque otros tres prisioneros esperaban igual suerte. Poco después de las nueve fue anunciada la noticia a las personas reunidas en la puerta de la

prisión. Para ese momento, Ethel Le Neve, con otro nombre —señorita Allen—, se embarcaba en el *SS Majestic* con rumbo a Nueva York.

Poco después de que se cumpliera la pena capital, el fiscal Muir realizó una visita a los Estados Unidos, donde fue muy agresivo con la prensa. Un periodista le preguntó si pensaba que habría ganado su caso si Crippen hubiera sido juzgado en ese país. Muir respondió bruscamente: "Como no sé nada de la ley estadounidense, difícilmente pueda responder esa pregunta". A la noche, los titulares corrían: "El hombre que ahorcó a Crippen se jacta de no conocer la ley".

FINALES

Después de una escala en Nueva York, Ethel Le Neve llegó a Toronto, Canadá, donde consiguió trabajo como mecanógrafa. Había vendido sus memorias a la revista semanal *Lloyd's Weekly News*; el primer capítulo apareció el 6 de noviembre de 1910. Más tarde se publicó un libro. Un año después se la reconoció como heredera de los bienes de Crippen, valorados en 268 libras. En 1916, con su hermana Nina muy enferma, regresó a Gran Bretaña para atenderla en sus últimos momentos. Utilizó el nombre falso de Ethel Nelson. Luego de la muerte de Nina se casó con un contador de nombre Stanley Smith. Nunca le habló a su esposo sobre su relación con el doctor Crippen. Con Stanley tuvo dos hijos, un varón y una nena. Su marido murió en 1943 y ese mismo año la

escritora Ursula Bloom publicó su novela *Girl Who Loved Crippen*. Había sido su hermano Sidney el que reveló que Ethel Nelson era en realidad Ethel Le Neve, a cambio de treinta libras. Ethel murió en Dulwich en 1967 a los 84 años.

El inspector Walter Dew renunció el mismo día que le negaron la apelación a Crippen. Se hizo de unas cuantas libras, que incluso le dieron un buen pasar, cuando recibió indemnizaciones por las demandas de calumnias que entabló contra los periódicos que publicaron que había sido ineficiente en la búsqueda de Crippen, lo que le había dado al criminal la chance de salir de Gran Bretaña. Solamente un periódico le pagó 400 libras por daños y perjuicios. Con parte de ese dinero fundó una agencia privada de detectives en Camberwell. Murió en 1947.

Henry Kendall, capitán del *Montrose*, recibió 250 libras como recompensa por su participación en la captura de Crippen. Iba al mando del *Empress of Ireland* cuando se hundió el 29 de mayo de 1914, una tragedia que costó 1062 vidas, exactamente en el mismo lugar en el que Crippen había sido detenido cuatro años antes.

En la Cámara de los Horrores del museo de figuras de cera Madame Tussauds se exhibieron, ocho

años después del crimen, las estatuas del doctor Crippen y de Ethel Le Neve en la comisaría de Bow Street, escuchando los cargos que se les imputaban.

Luego de la ejecución de Crippen, un actor escocés llamado Sandy McNabb alquiló la casa del número 39 de Hilltop Crescent para transformarla en una serie de departamentos para gente de teatro, pero el proyecto no se pudo concretar. La casa quedó vacía y poco a poco se fue deteriorando. McNabb, al ver que el lugar se estropeaba, cambió de idea y la convirtió en el Museo Crippen. Sin embargo, los vecinos protestaron, horrorizados ante la idea de que el asesinato se perpetuara de ese modo en su barrio, y el actor desistió de la idea. En la Segunda Guerra Mundial, el edificio fue alcanzado por las bombas alemanas y quedó casi totalmente destruido. Allí, después de la guerra, se construyó un edifico de departamentos llamado Margaret Grace Bonfield House en honor a la primera mujer miembro del Consejo de Ministros.

UNA CARTA DE DESPEDIDA

Crippen escribió esta carta cuatro días antes de su ejecución.

Esta es mi última carta en el mundo. Después de esperar ansiosamente que se probara mi inocencia, veo que finalmente mi suerte está sellada y que ya no cabe esperanza para mí en esta vida.

Sobre mis desdichadas relaciones con Belle Elmore… Nuestra comprensión era nula: ella tenía sus propias amistades y diversiones y yo me sentía muy solo y bastante desgraciado. Entonces encontré el cariño y la comprensión de la señorita Ethel Le Neve.

Confieso que ante las leyes morales de la Iglesia y del Estado éramos culpables, y no defiendo nuestra actitud a ese respecto. Pero insisto en que este amor no era degradante ni degenerado.

Fue un gran amor. Ella me consolaba en mi triste situación. Su alma me parecía hermosa. Su lealtad, valor y abnegación eran de gran categoría. Por otra parte, había pecado: rompimos con la ley, pero fue mi pecado, no el suyo.

El amor de Ethel Le Neve ha sido lo mejor de mi vida, mi única felicidad, y en respuesta a este gran regalo yo he sentido una mayor benevolencia hacia los que me rodean y un gran deseo de ser mejor. Éramos un hombre y una mujer unidos en una absoluta comunicación de espíritus. Quizá Dios nos

perdonará porque fuimos como dos niños que, en medio de un mundo hostil, se aferran uno a otro para darse valor.

Por mi parte, he luchado por ser fuerte, aunque en algunas ocasiones sus visitas me han supuesto una agonía por el intenso deseo que me invadía y toda mi calma clamaba por tocar su mano y decirle esas cosas íntimas que se dicen un hombre y una mujer cuando se aman.

¡Qué dolor! Nos ha separado el férreo reglamento de la prisión, y los guardianes han sido testigos de nuestro dolor.

Estas son mis últimas palabras.

Ya no pertenezco a este mundo.

En medio del silencio de mi celda pido a Dios de todo corazón que tenga piedad de todos los corazones débiles, de todos sus hijos desdichados y de este, su pobre servidor.

La chica del columpio de terciopelo rojo

Alzó sus manos pequeñas y quiso tocarlo, pero estaba alto. Tenía una candorosa risita y daba pequeños saltos, descalza, cubierta por un velo colocado desordenadamente, como si fuese una túnica que cumplía la misión de aumentar el delirio que causaban sus tenues formas, esbeltas y delicadas, de jovencita de 16 años. Se llamaba Evelyn. Su amiga se puso a su lado y la imitó. Las dos se habían desprendido con delicadeza del hombre cuyos brazos rodeaban la cintura de ambas al mismo tiempo. Como si lo estuviese esperando, él sonrió con la mueca experta de un fabricante de fantasías al cumplir su deseo de verlas jugar con su columpio.

Pero su mirada embelesada era toda para Evelyn, a quien había llevado por primera vez a la habitación del columpio de terciopelo rojo, colocado en ese lugar amplio, con una cama

enorme de respaldo muy grande de madera negra con filigranas de oro, trabajado con figuras que representaban a Diana cazando. Los cortinados eran dobles con dibujos de antiguas cacerías, con colores fuertes para que la habitación permaneciera casi siempre en la semipenumbra. La luz entraba por los portones recién abiertos de esa estancia asombrosa, y también se filtraba un haz desde una de las ventanas cuyas dos cortinas estaban un poco más separadas que el resto. Había muebles fastuosos y exuberantes. Tenía su vista fija en Evelyn cuando de repente lo invadió un estupor que ninguna mujer había logrado provocarle, y había tenido a decenas en su vida.

La vio alzar sus manos buscando rozar el asiento de la hamaca forrado en terciopelo rojo y vio cómo sus pechos en punta permanecían firmes mientras se desplazaba el velo que la cubría. A manera de fondo, fuera de la habitación, se escuchaba un piano suave, poético. El hombre sintió un estremecimiento al verla jugar con su compañera a atrapar ese asiento alto. Evelyn no sabía que el engranaje de ese columpio podía hacer descender el esquivo asiento casi hasta el borde de la cama, y seguía con su intento de alcanzarlo, ya con el velo en el piso, blanca, de cabello largo y rojo como el columpio, los pies pequeños. Al verse sin el velo emitió una risita y se encogió avergonzada por su inesperada desnudez, al tiempo que miraba divertida a su amiga, que a saltitos se apresuró a recoger la prenda caída para lanzársela al hombre que solo tenía ojos para Evelyn. Este tomó la túnica y la puso en las puntas de sus dedos, extendió el brazo y esperó. Evelyn, sin abandonar su risita demoledora, se acercó caminando casi con los pies juntos y la tomó para echársela sobre su cuerpo, sin más arreglo que el necesario para que la cubriese apenas.

Eran ya las siete de la mañana; había sido una larga fiesta. Ella le había dicho antes a su amiga que ese señor era “extremadamente viejo”, pero de todas maneras no lo veía como un abuelo, aunque les daba regalos y las dejaba jugar, porque los abuelos eran muy serios y, en cambio, él les agradaba por su carácter alegre y travieso. Era como un chico grande, le decía Evelyn a su amiga. El hombre permitió que las chicas corrieran los pesados cortinados y dejó que jugaran en la habitación de los secretos.

Se trataba de uno de los caballeros más distinguidos y conocidos, de enormes bigotes horizontales que sobresalían a ambos lados de su cara como dos espadas y que se volvieron tan entrecanos como sus cabellos, porque consideraba una tontería, para un hombre de su posición, mantener un color de pelo de forma artificial. Tenía 46 años en 1900, y buena parte de su extraordinaria obra ya había sido cumplida. Amaba la belleza en todas sus manifestaciones. Amaba observarla, gozarla y hasta construirla. Este hombre, Stanford White, había sido el socio más ingenioso de la influyente firma de arquitectura McKim, Mead & White, que cofundó en 1880, una empresa que diseñó en especial mansiones de campo y de mar en sus primeros años, antes de ayudar a liderar una tendencia hacia el neoclasicismo.

White había construido, por ejemplo, el fabuloso Arco de Washington Square, el Bowery Savings Bank, el Madison Square Garden, concebido como un gran centro de entretenimiento, un lugar para conciertos, bailes, exhibiciones, obras de teatro, restaurantes, y una torre coronada por una estatua de Venus de magnífica y desvergonzada desnudez disparando una flecha con su arco. Era el arquitecto más

famoso del país y, a la vez, un libertino con gónadas fuera de control. En todo sentido, era un hombre de pura imaginación, que amaba sin límites la juventud femenina, ya desde que las pequeñas comenzaban a agitar su ánimo inquieto.

El tiempo no existía para él, lo consideraba una convención superflua. ¿Desde cuándo existía el Arco de Washington Square? ¿Desde que se apareció en su mente? Quizá, pensaba, desde mucho antes. Tal vez siempre estuvo allí hasta que el descubrimiento en su mente le produjo una inquietud deliciosa y ya no tuvo forma de frenar su ejecución. Él no era más que el destinatario de esa idea, un beneficiario que podía hacerla realidad y de esa manera ser feliz. ¿Tenía que esperar que esa idea madurase? No, de ninguna manera. Tenía que esperar que esa idea lo excitase. Con las jovencitas le ocurría lo mismo, aunque reconocía que esta última se trataba de una asociación egoísta, de la cual solo él podía complacerse. Pero el mecanismo era idéntico. ¡¿Qué importaba su edad?!

Había un tiempo de descubrimiento, la primera comunión entre la forma y su anhelo de poseerla. Ese era el momento para Stanford. No importaba cuánto llevase concretar la primera caricia. ¿Cuándo lo excitó la idea de la grandiosidad de una obra? La respuesta era inútil, como preguntar cuántas obras lo habían excitado. Todas las que lo habían excitado. Él era como su país. Tenía alrededor de 10 años cuando Estados Unidos inició esa carrera alocada y fabulosa que se llamaba *Gilded Age* (Edad Dorada). No se puede ser mezquino con la grandeza, y él no lo era con sus obras ni con sus jovencitas. Stanford estaba entre los elegidos que hicieron monumental, extraordinario, a su país, los Estados Unidos, los que le dieron un impulso tal que lo llevó a la cima del mundo con una

economía abierta, fulgurante, rebosante, que quedó cincelada para el porvenir en la carita de esa nena de 16 años que no podía alcanzar el asiento del columpio de terciopelo rojo, llamada Florence Evelyn Nesbit, y que se convertiría en la primera supermodelo que haya existido.

Fue un período inigualable, digno de la pluma de Scott Fitzgerald, que transcurría acompasado por el fenómeno musical del *ragtime*, ritmo precursor del jazz, que apareció, se instaló en el entretenimiento y produjo un fenómeno impensado, la extraordinaria venta de pianos.

La infancia de Evelyn en Tarentum, Pennsylvania, un lugar de minas de carbón y acerías, habrá durado hasta poco después de haber cumplido los 10 años, cuando su papá, el abogado Winfield Scott Nesbit, murió de repente a los 40. Ocurrió apenas un año después de que la familia se mudara a la cercana Pittsburgh, en 1893. Su madre, que le puso su propio nombre a su hija, Florence Evelyn, y su hermano Howard, dos años menor que la niña, tenían solo deudas. Fueron desalojados de su casa, y la madre, desesperada, vendió todas sus pertenencias para sostener un alquiler, lo que alcanzó para muy poco. La señora solicitó ayuda a sus familiares y fue con los niños a la casa de aquellos por un tiempo, porque no tenía ya ni siquiera para un alquiler. Como no podían vivir con los parientes para siempre, Evelyn madre decidió irse con sus hijos a Philadelphia porque le habían dicho que allí podría hacer dinero como diseñadora de vestidos. Comenzó con algo más modesto, como vendedora en uno de los locales de las grandes tiendas Wanamaker’s, empresa que le dio un gran impulso a la industria minorista. Estas tiendas fundadas en Philadelphia —que fueron los primeros almacenes en

colocarles una etiqueta con el precio a los productos— luego se expandirían por todo el país.

La preocupación para Evelyn madre consistía en que ella necesitaba emplear a sus hijos, pero eran menores. Mintió sobre sus edades, y los tres comenzaron a trabajar en esos locales con los mostradores dispuestos en círculos concéntricos, otra innovación de Wanamaker's. Su hija Evelyn ya entraba en la adolescencia y era una belleza que atraía las miradas de todo el mundo, incluso de las mujeres. Tenía ojos grandes y oscuros, una piel que parecía de loza blanca y una carita que mezclaba inocencia y mundanal experiencia, realzada por su cabellera color cobre. Tenía 14 años y no los parecía en absoluto.

Se dice que ella estaba parada en la vereda mirando una vidriera cuando una mujer se le acercó, fascinada por su belleza, y le consultó si estaba interesada en ser modelo para un retratista. Evelyn no dio una respuesta de inmediato, sino que fue a contárselo a su madre y le comentó que, según la señora de la calle, le pagarían un dólar por posar durante cinco horas. Su madre consintió sin dudarlo. Otra versión cuenta que, mientras atendía en el mostrador de Wanamaker's, un artista local, al verla, le propuso modelar para él. Evelyn, toda su vida, dejó que corrieran las dos historias. Pero fue modelo.

Aún no era "Evelyn", sino que todavía la llamaban Florence, como en su casa, su primer nombre y también el primero de su madre. Sus retratos se acercaban a su fascinante belleza, y eso era suficiente para que otros artistas de Philadelphia le pidieran que posara para ellos. De inmediato, su madre se dio cuenta de que ese era el camino hacia una vida más confortable que la que habían tenido cuando su marido

vivía, y se dedicó de lleno a representar a su hija. Al inicio de la carrera, la madre desconfiaba de esos artistas, tenía un muy mal concepto de ellos y por lo tanto creía que debía estar muy encima del trabajo que le exigían a su hija. Una mujer de su época, con una educación inflexible, solo permitiría que su hija posase "a medias", no consentiría jamás que la viesen desnuda. Sabía de los chismes y habladurías de la gente y no iba a aceptar que su hija de pocos años fuese objeto de calumnias de ningún tipo. Jamás lo aceptó, pero Evelyn posó semidesnuda en varias ocasiones; los honorarios no eran los mismos cuando le solicitaban "posar del todo".

Fue su madre quien decidió que Philadelphia ya le quedaba chica a Evelyn y, en consecuencia, a toda la familia. En tanto gerente de su propia hija, arregló las cosas para triunfar donde había que triunfar, en la ciudad de Nueva York, y para ello mantuvo la misma gestión que venía desarrollando en la conducción de los negocios de su pequeña: no la dejaría desnudarse (por completo) y mantendría a rajatabla que Evelyn ya era mayor de edad, modificando su fecha de nacimiento para eludir las leyes laborales. Lo demás estaba bajo su control; o sea, tenía una hija hermosa y seductora y varias cartas de recomendación de artistas de Philadelphia. Su estrategia era conocer primero la ciudad y luego mandar a buscar a sus hijos, que habían quedado al cuidado de unos parientes.

En 1900, cuando los chicos llegaron meses después a Nueva York, su madre aún no había conseguido un trabajo para Evelyn y mucho menos para Howard; sin embargo, tuvieron suerte. Un eminente pintor de la ciudad, James Carroll Beckwith, se fijó en los retratos de Evelyn y decidió que debía

reproducir ese encanto, a tal punto que la llamó "esa ninfa perfectamente formada". Claro, había visto las reproducciones en las que la niña había "posado del todo". Era perfecta, desde la cara hasta los pies. El arreglo fue que posara dos veces por semana en su estudio de 57th Street. Beckwith no le ocultó a la madre de Evelyn que también daba clases en la Arts Students League, donde posaban modelos desnudos, pero tranquilizó a la mujer asegurándole que su hija no lo haría. Sin embargo, Evelyn posó desnuda, una vez al menos, para Beckwith en una pintura llamada *Miss N*. El pintor pudo retener a Evelyn solo para él apenas dos semanas, pues su éxito fue abrumador e inmediato. No solo la requirieron retratistas, sino también fotógrafos. En esas primeras semanas de 1900, Evelyn —a quien todavía la llamaban por su primer nombre, Florence— apareció retratada y fotografiada en periódicos, revistas, campañas publicitarias, calendarios, partituras. Pronto trabajó como modelo para Frederick Stuart Church, Herbert Morgan, Gertrude Käsebier, Carl Blenner y Rudolf Eickemeyer Jr.

Se transformó en la modelo del *glamour*, una *pin-up*, cuya imagen era reproducida en masa, y pasó a formar parte de la cultura popular. Evelyn o Florence se convirtió pronto en la "*it girl*", es decir, la chica del momento. Y, como no podía ser de otra manera por esos tiempos, también fue una de las "Gibson Girls" o "la Gibson Girl". Charles Dana Gibson fue un ilustrador de revistas populares cuyos trabajos tenían una trascendencia enorme; muy reconocido y adulado, sus creaciones poseían su propio *merchandising*. ¿Cómo debía ser una chica Gibson? La pregunta estaba hecha para que Evelyn la respondiera. Alta, independiente, divertida, con un chispazo de picardía, el reflejo de lo que significa femenino, como

indica Susan Meyer en su libro *America's Great Illustrators*. Según sus palabras, "con una camisa rígida, su suave cabello recogido en un moño, coronado por un gran sombrero de plumas; su falda fluida que subía por la espalda con solo un toque de bullicio… serena y patricia, bien educada… a menudo acechaba un destello de picardía en sus ojos". Sí, "picardía" había dicho, inocencia y experiencia; los estadounidenses amaban la combinación de ingenio y liberación y comenzaron a amar a la chica Gibson por excelencia, que el propio artista definió como "la chica norteamericana para todo el mundo". Los norteamericanos comenzaron a amar a Florence Evelyn Nesbit.

Gibson trabajaba para las principales publicaciones de Nueva York, en especial para *Vanity Fair*, *Harper's Monthly Magazine*, *Weekly Bazar*, una revista mensual de moda femenina, y también para *Life*. Gibson hizo un dibujo de Evelyn que tituló *The Eternal Question*, un retrato de perfil, con su abundante cabello formando un signo de interrogación. Evelyn también posó para el escultor George Grey Barnard, a quien inspiró para tallar su estudio *Innocence*, expuesto en la actualidad en el Museo Metropolitano de Arte. El triunfo de Evelyn llegó a un punto tan alto que, si se comparara con el suceso de las mejores modelos, se podría decir que ella fue, sin duda, la primera supermodelo de la historia.

Estaba en la cima del mundo cuando se le ocurrió ser actriz. Había una obra musical de argumento incoherente, pero muy de moda, llamada *Florodora*. Evelyn le dijo a su madre que desde ese momento ya no se haría llamar Florence, sino solo Evelyn, su segundo nombre, porque le parecía más atractivo y comercial. Con ese nombre quería hacer una audición para un

papel en el coro de *Florodora*, justamente la fama de esta obra, que por supuesto no pasaba por su argumento —infantil y sin sentido—, sino por el coro de jovencitos y muchachas hermosas que desfilaban en el escenario. No salían a danzar con poca ropa, todo lo contrario, llevaban elegantes vestidos, pero esas mujeres se convirtieron en un atractivo sexual para la época. Allí estaba Evelyn, y era toda una atracción que la modelo del momento fuera una de las seis chicas del coro. La obra arrasó en Broadway y para Evelyn resultó un placer estar en ella, ya que con sus 16 años era lo mismo modelar que dar saltitos en el escenario con diferentes disfraces. Aunque su papel era pequeño, su caudal de admiradores aumentó de manera considerable y, cada vez que finalizaba la obra, recibía varias propuestas de obsequiosos caballeros. Solo uno logró que ella aceptara su invitación, acaso a causa de su imagen paternal y a la vez dicharachera, un hombre de 46 años —diez más que la madre de Evelyn—, un reputado arquitecto de la ciudad o, para muchos, el hacedor de Nueva York, Stanford White. Casado y con un hijo tres años menor que Evelyn, Stanford era un declarado calavera a quien poco le importaban las apariencias, creía que estaban cubiertas por su fama de gran constructor.

Evelyn lo tomó verdaderamente como un papá, al menos al principio. No se le cruzó por la cabeza que las intenciones del buen señor fueran las de pretender su maravilloso cuerpo. White hizo lo que hace un pedófilo con dinero, le dio regalos carísimos y, con el consentimiento materno, llevó a Evelyn a fiestas de la alta sociedad, le presentó a multimillonarios, condes, políticos, gobernantes, ayudó a su familia, es decir, le dio mucho dinero a la madre de Evelyn, pagó la educación de

su hermano Howard en una escuela privada de Pennsylvania y le repetía una y mil veces a la mamá que su interés en ella era sano, puro, solo movido por la intención de guiarla para que no quedara deslumbrada por los fogonazos de los fotógrafos y la fama engañosa, sino que le sacara provecho a su renombre y pudiera tener una mejor vida.

White era un elegante y malicioso embustero. Cada palabra que pronunciaba sobre Evelyn iba acompañada en su mente por alguna de las ondulantes formas de la jovencita y por la mayor de las gratificaciones: su pubis. La madre miraba maravillada a Stanford. Después de la muerte de su marido había imaginado un oscuro porvenir, pero en ese momento podía ver que la fortuna le abría venturosos caminos, no solo a ella, sino a sus hijos. ¡Qué suerte había tenido al hallar a un hombre de buen corazón que quisiera apoyar la carrera teatral de su hija! Evelyn lo veía como a un tío bueno. Lo llamaba "Stanny". La señora Nesbit le decía "señor White".

En la ciudad, el arquitecto tenía varios departamentos que utilizaba para dar fiestas con sus amigos y con sus "pequeñas niñas". Eran residencias lujosas, tanto en el centro como en los alrededores. White creía que era el dueño de la ciudad y podía tener el lugar que quisiera, y si encontraba cualquier impedimento para ello, pues solo era cuestión de construirlo, así se tratara de una mansión, una villa, una casa más modesta, o de reformar un departamento hasta dejarlo irreconocible, o de levantar un edificio completo. A veces financiaba él mismo sus proyectos privados, y otras veces lo hacía su propio estudio o algunos de sus numerosos amigos influyentes de la bolsa o de la política, que también terminaban disfrutando de ellos.

White jamás cometería la imprudencia de invitar personalmente a sus niñas a visitar algunas de estas locaciones. Solamente intervenía en la coronación de la reina, pero jamás en la preparación de la ceremonia, que a veces llevaba algún tiempo hasta su culminación. Evelyn fue convocada a una de estas reuniones por un amigo del coro de *Florodora*. La reunión se iba a realizar cerca de la tienda de juguetes FAO Schwarz, también llamada "Casa de Papá Noel", una denominación que había sido un rotundo éxito de publicidad. Tenía juguetes y osos de peluche de tamaño natural, los más originales y costosos. Lo de FAO venía por las siglas del nombre de su fundador, el alemán Frederick August Otto Schwarz. Evelyn estaba encantada de ir por ese lado de la ciudad.

Al entrar en el edificio de Stanford notó que tendría la compañía de otra de las chicas de *Florodora*. White le alcanzó una copa de champán. Bebieron y se divirtieron hablando de lo exigente que era Gibson con su trabajo y también de las aspiraciones de Evelyn de seguir con el teatro, pero de abandonar *Florodora* porque ya la aburría mucho. White les propuso que se pusieran más cómodas, les trajo unas túnicas que, según él, eran como las que usaban las antiguas griegas y quiso que se las probaran. Habían comido bocaditos y luego salmón hasta que Stanford las invitó a acompañarlo hasta una habitación que —les dijo— parecía de ensueño, preparada para ellas, que eran unas niñas. Las tomó de la cintura y las llevó hasta una puerta que un empleado de librea les abrió solícito. Fue entonces cuando las dos conocieron el columpio de terciopelo rojo, ubicado a una altura que les exigía

esforzarse para llegar al asiento, lo que constituía una diversión para el gran arquitecto.

White no era un tipo que se comportara alocadamente. Sabía esperar y adaptar las circunstancias. Tenía la habilidad de influir en el futuro a causa su visión esclarecida de las cosas. Estaba tan seguro de todo que no se apuraba por nada, ni siquiera por poseer a la encantadora Evelyn, su mayor deseo en ese momento. Se acercó a la puerta entreabierta y le pidió a un criado que trajera los vestidos de las niñas. Una vez que el sirviente los dejó sobre un silloncito de terciopelo verde, White también se retiró con discreción de la habitación y dejó jugar a su antojo a las dos niñas, que no se habían dado cuenta de nada y recorrían todos los rincones de la estancia. Nada extraño ocurrió después. La preciosidad que había admirado lo empujó a ser diligente. Se dispuso a dominar las eventualidades, es decir, esas perspectivas que tan bien manejaba y que le permitían lograr todo lo que se proponía. Comenzó a aislar de manera paulatina a Evelyn de su familia, con apenas un par de jugadas. Le propuso a la mamá de la chica que sería conveniente que se mudaran al céntrico Hotel Wellington, por las comodidades que ofrecía.

No fue lo único. Enseguida, los Nesbit recibieron la oferta de que Howard, el hermano de Evelyn, se inscribiera en una academia militar fuera de la ciudad, pues de esa manera tendría el porvenir asegurado. Por supuesto que White se encargaría de hacer los arreglos del caso para que el muchacho fuese admitido. La pericia del arquitecto funcionaba como una pieza de relojería. Al mismo tiempo tomaba el té en los salones del Wellington con la mamá de Evelyn y se las ingeniaba para curiosear sobre la vida de los Nesbit en

Pittsburgh. Se maravilló al conocer las peripecias que habían pasado después de la muerte del jefe de la familia, sus penurias, el empleo en las tiendas Wanamaker's, hasta su llegada a Nueva York. Stanford seguía con agudo interés el relato de la señora hasta que, en un momento, aprovechando una breve pausa, le comentó, casi avergonzado, que en vista de la historia familiar no sería mala idea que ella hiciera una visita a sus parientes de Pittsburgh, sobre todo para contarles cómo habían logrado sobreponerse a la adversidad y acerca del futuro venturoso que tenían sus hijos. Seguramente, sus parientes sabrían del éxito de Evelyn y se alegrarían de que ella les demostrara que no los había olvidado, aunque por el momento su hija no pudiera acompañarla debido a sus ocupaciones. "¡Asombroso! ¡Una adolescente con tantas actividades!", exclamó Stanford. A la mamá de la chica le agradó la idea. Stanford podía ser muy convincente cuando quería, pero, además, esta vez la propuesta resultaba muy atinada.

Enseguida tranquilizó a la madre al manifestarle que él mismo y su personal se encargarían de cuidar a Evelyn, pues a todas luces ella lo veía como un protector, casi como un padre, dicho con el debido respeto. La mujer quedó encantada de haber encontrado a un amigo bondadoso como Stanford, que hasta le financiaba el viaje a Pittsburgh. Era a inicios de 1901. Antes de marcharse, Florence Evelyn Nesbit le dijo a su hija que quedaría al cuidado del señor Stanford y le pidió por favor que no hiciera ninguna travesura y que obedeciera a su protector.

Evelyn había quedado intrigada con el columpio aterciopelado. Quería saber por qué Stanford lo había colocado

en una habitación tan lujosa de aquel edificio, cerca de la juguetería FAO. Él estuvo tentado a responderle con una jerigonza técnica, pero no estaba en ese papel.

—¿Sabés que se puede colocar a la altura que vos quieras, incluso hasta el borde de la cama, así cuando desciende podés caminar directamente sobre la cama o zambullirte en ella?

Evelyn quedó maravillada y sorprendida. Y reiteró su interés en el motivo de haberlo colocado allí, algo tan lindo, con su asiento acolchado y sus colgantes forrados también en terciopelo rojo y hasta con florcitas de un color amarillo apagado cosidas una casi al lado de la otra. Stanford era divertido y casi se le escapa una sonrisa. Pensaba en un hombre haciendo columpios.

—Me gusta que mis amigos jueguen… —respondió el arquitecto—. Ay, chiquita… Yo soy feliz viéndolos divertirse. Mi papel es esperarlos. —Evelyn se dio por satisfecha. Un tío haría eso.

White invitó a Evelyn a su departamento en la torre del Madison Square Garden, pues iba a organizar otra de sus lujosas fiestas. Evelyn se sorprendió al llegar porque no había más invitados. Stanford le dijo, con una sonrisa y dos copas de champán en sus manos, que a él también a veces le fallaban las cosas y que, antes de que ella llegara, había recibido noticias de que la mayoría, por diferentes razones, no podría asistir. Pero estaban allí y qué mejor, entonces, que beber champán. Tendrían un banquete para ellos solos. Él cenaría con la modelo más hermosa del mundo. Evelyn se sonrojó. Estaba un poco desilusionada. Stanford era bueno, pero ella pensaba que podía divertirse con sus amigas. Esperaba que la velada no

fuera aburrida, aunque confiaba que a Stanford se le ocurriría algo divertido. Ella le propondría luego ir a ver un espectáculo. Él le había ofrecido tres copas de *champagne* Piper-Heidsieck mientras hablaban de su madre y de futuras presentaciones de la chica.

El arquitecto estaba en un solio enorme, con una mesita cerca en la que habían colocado una cubeta helada con la botella de *champagne*. Evelyn se sentó en un extremo —el más cercano al trono de Stanford— de un largo sillón de almohadones grandes, tan esponjosos y acolchados que se sentía que estaba sentada en una nube. Se encontraba comodísima, con las piernas cruzadas y su refulgente cintillo de oro que lucía a manera de diadema en su cabellera recogida, en combinación con su vestido de tafetán azul cuya tonalidad cambiaba según sus movimientos y la luz que lo alcanzaba; los hombros estaban cubiertos con encaje y llevaba un escote cuadrado que destacaba las cuatro vueltas de su collar de perlas de imitación.

A la cuarta copa, Stanford le pidió que se aproximara. Evelyn puso cara de no comprender. Estaba cerca, pero rápidamente se le ocurrió levantarse y sentarse en el brazo del enorme sillón, de manera que le bastaba pararse para quedar al lado del trono del arquitecto. No era habitual que Stanford le ofreciese una copa tras otra porque siempre le decía que nunca tomara más de una, ya que dañaría su apariencia y su carrera. Evelyn estaba algo mareada y poco le importaba que él le dijera que estaban bebiendo el *champagne* preferido de la reina Victoria. Un mayordomo se encargaba de reponer la botella, con tal discreción que su aparición y su salida eran fantasmales.

Stanford le dijo a Evelyn —que había vuelto a sentarse en los mullidos almohadones porque temía caerse del brazo del sillón— que iba a mostrarle las habitaciones del lugar. Tomó la botella y le ofreció la otra mano, y ella, risueña por la bebida, la apretó como si lo saludara. Stanford la tomó de la mano y la impulsó con suavidad. Cuando Evelyn se incorporó, le dio de beber de su propia copa y ella, mareada, tomó la cintura de Stanford para no perder el equilibrio. Se dirigieron, o mejor dicho, el arquitecto la llevó hacia una habitación-dormitorio que quedaba en un piso superior. Ella le preguntó si su edificio llegaba hasta el cielo, y él le respondió que llegaba hasta donde ella quisiera. Otra vez, Evelyn emitió esa risita que provocaba en Stanford un entusiasmo que lo llevó por primera vez a apretarle cintura. Cuando entraron, él le dio otra copa de champán. Evelyn vio que los cortinados eran verdes y que la habitación estaba llena de espejos, en todos lados, de todos los tamaños.

Se estaba por quedar dormida. Apenas divisó la cama, se acostó. A Stanford White le pareció que sus propias manos temblaban cuando desnudaba a Evelyn, totalmente relajada. Cada prenda que quitaba lo encendía más, hasta que finalmente, con su cabeza entre las piernas de Evelyn, rozó con su boca el pubis juvenil mojado de champán, que bebió con deleite mientras sus manos, con tierna firmeza, elevaban los glúteos de la jovencita para besar, libar y sorber la sustancia de la diosa. Evelyn se sentía entre sueños, suspirando y lamentándose. Cuando despertó, estaba junto a Stanford, ambos desnudos, y vio un poco de sangre en las sábanas. Evelyn comenzó a llorar, y él le dijo: “No llorés, gatito, ya

todo ha terminado. Ahora me pertenecés". Y le alcanzó un kimono.

Durante varios días a Evelyn le costaba poner en orden sus sentimientos. Qué había pasado en el dormitorio de Stanford. ¡En el dormitorio! Ella recordó a quienes le decían que él tenía un deseo insaciable de chicas jóvenes y sexo salvaje. Pero ¡si se comportaba como un tío bueno! De golpe abrió los ojos. Una persona podía ser muchas cosas a la vez. Y White era amistoso, abierto, encantador, culto, de un gran talento técnico y artístico, un perverso sátiro y un violador de jovencitas. Cuando tenía poco más de 30 años, junto con un grupo de arquitectos pedófilos de Nueva York, fundó el Sewer Club (club de la cloaca o alcantarilla) —aunque ellos bromearan entre sí llamándose con el eufemístico nombre de "La banda de los libertinos"—, un lugar para beber y para fornicar adolescentes. Las atraía el dinero y el poder de un tipo como White y permitían que mantuviera relaciones simultáneas con varias de ellas, a veces en diferentes días, otras en el mismo día, a la misma hora, en la misma cama. Evelyn se dio cuenta de lo obvio, o sea que Stanford seducía porque podía cumplir los deseos de cualquier chica, siempre que le reportara algún beneficio sexual. Ella seguiría siendo la "gatita preferida". Diría la modelo años después: "Me llevó a la habitación, recuerdo que bebí mucho champán y al otro día ya no era virgen".

White se disculpó, pero le dijo que no habían hecho nada diferente de lo que hacían los demás y que todo estaría bien siempre y cuando no le contara a nadie, en especial a su mamá. Y Evelyn obedeció. Ella entendía que Stanford había hecho algo contra su voluntad; sin embargo, nunca lo tomó

como un daño ni aun cuando años después, al referirse a su historia, se hablara de violación. Ella se sentía una chica engañada, seducida, pero no abusada. Al contrario, se convirtió en una de las amantes del arquitecto, que no dejaba de prodigar atenciones y obsequios a una lista interminable de modelos y actrices.

Durante los siguientes seis meses, ellos se vieron casi todos los días. Para su cumpleaños número diecisiete, en diciembre de 1901, Stanford le regaló un collar de perlas auténticas, tres anillos de diamantes y un conjunto de pieles de zorro blanco. Evelyn, en ese lapso, se hamacó las veces que quiso en el columpio de terciopelo rojo, semivestida o desnuda, con el engranaje de la hamaca dispuesto para que saliera de la silla directamente caminando sobre la cama. Fue un amor de medio año, durante el cual Stanford casi no visitaba a ninguna otra chica. La niña diría de él, ya siendo mujer: "Stanford White fue un gran hombre. Que me haya traicionado, que desde ciertos estándares morales fuera perverso y decadente, no ciega mi juicio".

Cuando terminó la obra *Florodora*, Evelyn ganó un papel en *The Wild Rose*, que acababa de llegar a Broadway. El productor George Lederer le hizo una entrevista y quedó maravillado por su belleza y por su estilo. A sus allegados les decía que había descubierto a una artista que sería una sensación. Evelyn firmó contrato por un año, pero lo mejor para ella fue que Lederer la sacó de la línea del coro y le dio un papel como protagonista, nada menos que el de la niña gitana Vashti. Stanford movió sus contactos y el mecanismo de publicidad comenzó a funcionar. Evelyn, a esta altura, ya se había dado cuenta de que iba quedando atrás la ardiente

relación sexual con Stanford, que ella ya no era la única chica que salía con el arquitecto —había ido anotando los nombres de las amantes en un cuadernito negro—, pero también entendía que él era un tipo que no olvidaba y que iba a seguir ayudándola en su carrera. Evelyn fue promocionada en las columnas de chismes y en los periódicos teatrales del día. El 4 de mayo de 1902, *The New York Herald* publicó un artículo de dos páginas sobre ella, realzado con abundantes fotografías, en el que promovía su figura como nueva estrella del teatro y relataba su ascendente trayectoria: se había iniciado como modelo, había integrado la línea de coro y había llegado a ser miembro clave del reparto. "Su rostro encantador solo puede ser visto de ocho a once de la noche", anunciaba al público el título del periódico. La cobertura de prensa invariablemente promocionaba sus encantos físicos y su potente presencia en el escenario; raras veces se mencionaban las habilidades de actuación.

Casi a mediados de 1901, en una de las fiestas de White en el Madison, Evelyn conoció a un joven de 21 años, John Barrymore, a quien le decían Jack, que trabajaba como dibujante en un periódico con un sueldo miserable. Era el hermano menor de los actores Ethel y Lionel; con el tiempo, él mismo se convertiría en uno de los mejores actores teatrales de su generación. Cuando White se fue de la ciudad a Canadá en un viaje de pesca durante dos semanas, Evelyn y John comenzaron a salir. Su mamá se enteró de la relación con ese zaparrastroso dibujante y le pidió a Stanford que interviniera y terminara con ese amorío. Evelyn no podía contra su madre y contra White. John le gustaba mucho, y ella se quedaba a pasar la noche con él cuando salían. Evelyn le contó a John que

había un plan urdido por su madre y por White para separarlos, pensaban enviarla a un internado en Nueva Jersey. Ella no sabía cómo evitar esa reclusión, consideraba que era como encerrarla en una penitenciaría. John le dijo que reuniera a Stanford y a su madre, que él haría un último intento.

Barrymore se presentó en la casa de Evelyn y delante de sus enemigos se dirigió a ella para preguntarle si quería casarse con él. Evelyn bajó la cabeza y luego miró a su mamá y a Stanford. Se volvió hacia John y le dijo que no. Evelyn ingresó en el internado, dirigido por Mathilda DeMille, la madre de quien en el futuro sería el famoso director de cine Cecil B. DeMille.

Todo el mundo estaba enamorado de Evelyn Nesbit. Los hombres que iban a ver *The Wilde Rose* lo hacían para admirarla a ella. Ramos de flores y regalos llegaban al camarín de la estrellita. Uno de esos hombres le envió flores las cuarenta noches que duró la obra en cartel. Era el "señor Munroe". Le enviaba, además de *bouquets*, cartas de amor, anillos, vestidos, siempre acompañados de una cartita en la cual le expresaba que la amaba y que quería invitarla a salir, a cenar o a almorzar, o llevarla a donde ella quisiera ir. El "señor Munroe" esperaba siempre la contestación y, las cuarenta noches, la respuesta amable de Evelyn fue que estaba profundamente agradecida por la constancia de ir a todas las funciones para verla, pero que debía declinar su invitación. El "señor Munroe" no era sino el excéntrico o, para muchos, el desequilibrado Harry Thaw, de la ciudad de Pittsburgh, heredero de una familia dedicada al negocio del carbón y de los ferrocarriles, con una fortuna aproximada de cuarenta millones de dólares.

Según su madre, Mary Sibbet Copley Thaw, Harry fue un dolor de cabeza desde que nació. Ni la fortuna familiar ni las influencias de su padre William lograron evitar que lo echaran de varias escuelas privadas de elite. Fue a la Universidad de Pittsburgh para estudiar abogacía, pero usó el dinero y los contactos de sus padres para pasarse a la Universidad de Harvard, en Cambridge, Massachusetts, donde su tiempo lo ocupaba bebiendo, drogándose, apostando y persiguiendo mujeres. Este sádico y violento, luego de ser expulsado de allí, se fue a Nueva York, donde se relacionó con los ricos y famosos de la comunidad. Se pasaba la mayor parte del tiempo mirando espectáculos de Broadway y tratando de relacionarse con las chicas del coro. En esa ciudad se enteró de la existencia de un hombre llamado Stanford White, un destacado miembro de la alta sociedad, muy sofisticado y popular entre las mujeres.

La popularidad de Stanford y su destreza con las damas provocaron celos y paranoia en Thaw. Para colmo, hubo un incidente que profundizó sus trastornos. Al parecer, Thaw estaba tratando desesperadamente de impresionar a tres chicas de un coro que no le prestaban la mínima atención cuando White, que estaba presente, se burló de sus intentos. En ese momento, las tres jóvenes se fueron. Cuando, al tiempo, Thaw vio a Evelyn, en su locura se puso el nombre de “señor Munroe” para que no lo descubriera su mortal enemigo, el arquitecto. Nunca hubo una buena relación entre ellos por una razón simple: White consideraba que un loquito como Thaw, es decir, una persona con claras evidencias de desequilibrio mental, no podía frecuentar los salones ni los clubes de categoría exclusivos para ricos, aunque él también lo fuera.

Thaw le tenía un odio feroz. Era la única persona que lo había humillado, el único que le había puesto límites. Para White, el loco de Thaw era un cero a la izquierda y por lo tanto no lo tomaba en cuenta en absoluto ni quería verlo entre los suyos. "A un bruto se lo puede educar, pero a un loco no", solía decir el arquitecto cuando le mencionaban que Thaw quería inscribirse como miembro de alguna sociedad exclusiva.

Thaw estaba en Nueva York, para desgracia de Stanford. Y perseguía hasta el cansancio a Evelyn, ya no le proponía que aceptara una invitación para ir a cenar, sino, directamente, matrimonio. Acaso el amor de Thaw por Evelyn estuviera motivado por su deseo de protegerla, según gritaba como loco, de un hombre indigno y malvado como White, pues todos conocían la relación que unía al arquitecto con ella. En 1902, al fin, Thaw tuvo recompensa a su insufrible insistencia y logró, por un intermediario, que Evelyn aceptara encontrarse con él. Sería en un restaurante, para merendar. No hizo falta una presentación formal, pues apenas Thaw ingresó en el salón y vio a la jovencita, una sonrisa de oreja a oreja lo delató. Para Evelyn seguía siendo el "señor Munroe". Y él fue a los tropezones al encuentro de su amada y se arrodilló a los pies de Evelyn, que no podía creer lo que estaba ocurriendo, mucho menos cuando el "señor Munroe" le besó el dobladillo de su vestido y declaró a los gritos que ella era "la chica más linda de toda Nueva York".

La merienda transcurrió más o menos de manera normal, con una expresión casi de susto en la cara de Evelyn por lo que pudiera hacer el tal "señor Munroe". Al poco tiempo supo que él era el inefable Harry Kendall Thaw, de profesión heredero de una millonada de dinero. A ella no le caía ni bien ni mal.

No le caía. Era un tipo neurótico, de un aspecto no muy agraciado, poseedor de una figura insulsa. La pobre muchacha no quería saber nada con Thaw y sus ojos desorbitados. La madre de Evelyn fue muy clara y enfática sobre esta relación. Le dijo a su hija que un casamiento con Thaw les aseguraba el porvenir, que no se trataba de que fuera lindo, feo, loco o cuerdo, sino de tener una vida sin sobresaltos, mejor aún, de lujos, y que, después de todo, bastaba verlo para darse cuenta de que ella lo dominaría a su antojo.

Evelyn estuvo a punto de decirle que sí, pero le contestó que lo pensaría. En abril de 1903, ella debió ser sometida a una operación quirúrgica por una apendicitis. Había que ver a Thaw al costado de la cama de la chica con sus manos temblorosas tomando las de ella y besándola a cada rato. Mientras Evelyn se recuperaba, la madre conversó con Thaw sobre el futuro de la pareja. Unos meses más tarde, él invitó a madre e hija a realizar un largo viaje por Europa. Después de andar de país en país, la señora Nesbit se sintió muy cansada y le pidió a Thaw que la enviara de regreso a los Estados Unidos. Evelyn y Harry quedaron solos en París. ¡Qué mejor ciudad para pedirle la mano a la mujer amada! Eso fue lo que hizo Thaw, y Evelyn volvió a decirle que no.

Él le suplicó que le diera las razones de su negativa, y ella le contó —años después confesaría que en ese momento había cometido el mayor error de su vida— toda su relación con Stanford White. Ella hablaba y, a cada capítulo de aquella novela, Harry se quedaba con la boca abierta, luego lloriqueaba, después temblaba. Le relató la noche en la que Stanford le dio champán, y cómo en una de las habitaciones con muchos espejos perdió la virginidad. Las únicas palabras

que salían de boca de Thaw eran: "¡Oh, pobre niña!". Y también: "¡Oh, Dios!". Lo que le dijo Evelyn sobre aquella noche en la que tuvo su primera experiencia sexual retumbaría en el desajustado cerebro de Thaw.

Semanas después visitaron un castillo en Austria. Ellos tomaron el *tour* que incluía pasar una noche en ese lugar enorme, frío y lúgubre. Esa noche, Evelyn dormía cuando de golpe se despertó por una presencia aterradora a su lado. Era Thaw, con los ojos fuera de sus órbitas, furioso, desnudo y con una fusta en la mano. Quitó las sábanas que cubrían a Evelyn y le pegó con la fusta hasta hacerla sangrar, sobre todo en las piernas, luego se le echó encima y la violó mientras insultaba permanentemente a Stanford White por pervertido e hijo de puta. Con un incidente de esta naturaleza, nadie pensaría que el matrimonio entre Evelyn y Harry sería posible. Regalos fastuosos a la madre de la joven, atenciones de todo tipo y un cambio radical en su actitud hacia la muchacha, todo ello durante dos años, permitieron que Evelyn y Harry se casaran el 5 de abril de 1905. Se mudaron a una mansión en Pittsburgh, donde vivía la madre de Thaw. Durante catorce meses, Evelyn se sintió como un pajarito encerrado en una jaula y no se cansaba de arrepentirse de haberle hecho caso a su madre.

En 1906, la pareja decidió hacer un viaje a Inglaterra. No había problemas de horarios ni de trabajo porque Harry no quería que Evelyn actuara, y él nunca había trabajado porque vivía del dinero de su madre. Así que zarparían el 28 de junio en un crucero de lujo desde el puerto de Nueva York. Ella estaba contenta porque abandonaría su "prisión" de Pittsburgh. Incluso convenció a su marido de pasar una semana en Nueva

York antes de partir hacia Inglaterra. Todo marchaba según los planes. Se hospedaron en el Hotel Lorraine de la Quinta Avenida. A las seis de la tarde del 25 de junio estuvieron bebiendo en un bar cercano al hotel y luego se fueron al Café Martin a cenar con dos amigos. En un momento, Evelyn contuvo su sorpresa porque vio que Stanford White y su hijo ingresaban en el restaurante. Ella estaba helada a pesar del día caluroso, pensaba en la reacción que tendría Thaw si viera a White allí mismo. Como ella —luego de ver a Stanford— se quedó muda y pálida, Harry le preguntó si se sentía bien. Evelyn, nerviosa, le pidió una pluma y en un papel garabateó: "El B estuvo aquí, pero ya se fue". Ella pensaba que su marido saltaría de furia, pero Harry se contuvo. Todo continuó con normalidad hasta después de la cena. Cuando fue a buscar su sombrero al guardarropa, se lo puso en la cabeza con tanta fuerza que rompió un ala. Al salir, Harry les dijo a su mujer y a sus amigos que había comprado entradas para ver un musical llamado *Mam'zelle Champagne*, que se estrenaba esa noche, con libro de Edgar Allan Woolf —quien años más tarde sería coguionista del film *El mago de Oz*— y el debut en Broadway de la actriz Maude Fulton. La obra se iba a representar en el teatro a cielo abierto del Madison Square Garden.

Ya en el lugar, nunca se supo cómo Harry Thaw se enteró de que White iría a ver la obra en algún momento. No lo haría al inicio, sino tal vez promediando el espectáculo. Thaw, de golpe, se puso frenético. Luego de dejar a su mujer y a sus amigos en sus asientos, varios testigos lo vieron en la parte trasera del teatro caminando como una fiera enjaulada. Después volvió con Evelyn. Alrededor de las once apareció el arquitecto, casi sobre el final de la obra. Se sentó donde

siempre, en una mesa pequeña a cinco filas del escenario. Thaw se levantó de su asiento. No tenía ninguna expresión. Evelyn, nerviosa, dijo que ya era hora de retirarse. Y empezó a salir del teatro hacia el ascensor junto con sus amigos, pero mientras ella conversaba con uno de ellos, Thaw salió corriendo y fue directo a la mesa de Stanford White. Un grupo de coristas cantaba "If I Could Love a Thousand Girls", Harry Thaw se paró a tres metros de distancia y sacó un revólver del bolsillo de su abrigo. Disparó y dio en el hombro de Stanford. Entonces se acercó a menos de un metro y disparó dos veces más; ambos tiros dieron en la cabeza del arquitecto. Thaw gritaba su triunfo con gran excitación: "¡Lo hice porque arruinó a mi esposa! ¡Lo tenía merecido! ¡Se aprovechó de la chica y luego la abandonó!".

Él gritaba, y todos gritaban y corrían hacia la salida, se tropezaban, unos caían sobre otros, las mesas caían con las botellas, los vasos. Pasaban los minutos y el caos continuaba, y allí seguía también Thaw, hasta que un policía le puso las manos encima. El gerente del lugar se subió a una silla y le gritó desesperadamente a la orquesta que siguiera tocando, cuando ya algunos de los músicos estaban bien lejos del escenario. Evelyn fue al encuentro de su marido: "Mirá el lío en que te metiste", le dijo. Thaw le respondió: "Probablemente salvé tu vida". A las tres de la mañana del día 26 de junio, Thaw entró en la prisión de Tobs acusado de asesinato. Evelyn escapó de la prensa y estuvo dos días en la casa de un amigo, sin pegar un ojo. Además, durante muchos años no se habló con su madre.

Los periódicos sensacionalistas machacaban sobre los detalles sórdidos de la relación de Evelyn con White y con

Thaw, e incluso algunos opinaban que el crimen estaba justificado y que Thaw era un hombre honorable porque había defendido el honor de su esposa. Resultaba evidente que no tenían la mínima idea de quién era. La atención fue tan grande y el público estaba tan hambriento de cualquier detalle relacionado con este asunto que se preveía un juicio sensacional. Se lo llamó "El juicio del siglo". Fue la primera vez que se utilizó esta expresión; en el transcurso del siglo XX habría muchos "juicios del siglo" en los Estados Unidos.

Mientras Evelyn y su mamá se separaron, Harry y la suya se unieron. Cuando la mamá de Harry, Mary Sibbet Copley Thaw, supo lo que había pasado, se dispuso a defenderlo con los dientes apretados a cualquier costo. Hasta llegó a decir que gastaría su fortuna de cuarenta millones de dólares para sacar a su hijo de la cárcel. Mujer dedicada a la filantropía, entre sus muchos contactos estaba uno de los más brillantes abogados de los Estados Unidos, Delphin Delmas, un hombre de baja estatura y de una enorme reputación, sobre todo en los tribunales de California, donde ejercía su profesión. Allí lo llamaban el "Napoleón del Colegio de Abogados de Occidente".

Delmas llevó a Nueva York a otros cuatro abogados para ayudar en la defensa de Thaw. También contrató a un equipo con algunos de los mejores psiquiatras del país. Los hechos eran sencillos de demostrar, y la cuestión consistía en saber qué táctica elegiría Delmas. La locura estaba al alcance de la mano, pero no, la señora Copley Thaw de ninguna manera aceptaría esa declaración. Le puso como condición innegociable a Delmas que no alegara locura. Mary Sibbet Copley Thaw buscaba con desesperación proteger a su familia

y no manchar la reputación de William, su marido, quien había tenido una prole de once hijos —incluyéndolo a Harry— entre su primer matrimonio y el segundo, con Mary. Ella no podía permitir que se dijera que los millonarios Thaw eran una familia de locos. Por aquel entonces la locura solía ser considerada un mal hereditario, entonces, la memoria de su difunto William podía resultar afectada.

La señora solo aceptaba como estrategia de la defensa que alegara que Harry había tenido un rapto de locura. Eso era diferente. También la matriarca le hizo una oferta a Evelyn: seguridad financiera a cambio de que ella declarara que Stanford White era un degenerado, pervertido abusador —esta acusación no era falsa— y presentara a Harry como un caballero con todas las letras —esta afirmación era falsa—. La señora Copley Thaw le impuso una condición: si su hijo resultaba condenado, Evelyn no recibiría un solo dólar, y por eso su testimonio debería ser muy convincente. Es decir que la joven sabía que, a pesar de haber trabajado más tiempo como corista y de no haber demostrado dotes actorales en su corto período como actriz de reparto, en su presentación en el proceso debía dar la mejor actuación de toda su vida.

El juicio comenzó el 23 de enero de 1907. Los cuatro abogados que secundaban a Delmas fueron John B. Gleason, Clifford Hartridge, Hugh McPike y George Peabody. Gleason habló ocasionalmente durante el proceso, pero Delmas quiso dirigir la mayor parte de la defensa de Thaw. El fiscal era William Travers Jerome, del distrito de Nueva York, que una vez se había desempeñado como juez y, según la prensa de la época, tenía la ambición de convertirse en gobernador algún día. Jerome sabía que el juicio de Thaw reuniría a muchos

periodistas de todos los Estados y también a gran cantidad de público. Ya había exagerado *The New York Times*: "El juicio de Thaw está siendo informado hasta los confines del mundo civilizado". Tenía todos los ingredientes para atrapar a cualquiera. La bellísima supermodelo que comenzaba su carrera artística; su marido rico que decía haber matado para defender el honor de su mujer; una víctima que había sido un personaje prominente de la ciudad, un hacedor y también un libertino; las dramáticas circunstancias del crimen y las luces de Broadway.

La madre de Thaw no solo quería salvar a su hijo de la silla eléctrica, la pena por asesinato, sino evitar que pasara el resto de su vida en un manicomio. Por lo tanto, desde el inicio del juicio, el abogado Delmas condujo la defensa con el objetivo de probar que Thaw estaba —y siempre había estado— cuerdo, menos esa noche del 25 de junio de 1906, cuando enloqueció temporalmente y disparó contra White. Delmas aprovechó la belleza de la joven para apelar a las emociones del jurado. Llamó a Evelyn Nesbit al estrado y le pidió que describiera los eventos de la noche en la que White la violó cuando era una jovencita.

—El señor White me pidió que fuera a ver la habitación trasera y pasó por unas cortinas —comenzó Evelyn, vestida con un traje azul marino con cuello de lino blanco y un sombrero de terciopelo negro decorado con violetas artificiales —, y la habitación trasera era un dormitorio. Me senté a la mesa, una mesita diminuta. Había una botella de champán, una botella pequeña y una copa. El señor White tomó la botella y llenó la copa de champán. Luego se acercó a mí y me dijo que terminara el champán, lo cual hice, y no sé si fue uno o dos

minutos después, pero empezaron a latir mis oídos, luego toda la habitación pareció dar vueltas. Todo se puso muy plano… Entonces me desperté, me habían quitado toda la ropa y estaba en la cama. Me senté en la cama y comencé a gritar.

—¿Qué le dijo White después de esa noche? —preguntó Delmas.

—Me hizo jurar que nunca le contaría a mi madre nada al respecto. Dijo que todo estaba bien —manifestó Evelyn, se detuvo y se secó las lágrimas con un exquisito pañuelo rosa bordado que sacó de la manga de su traje—. Que no había… no había nada más lindo que chicas jóvenes y nada más repugnante que gordas, y que yo no debía engordar nunca. — Cuando Evelyn contaba, el jurado se quedaba sin aliento en cada oración, se estremecía con cada revelación.

El fiscal Jerome, que había presentado una veintena de testigos presenciales que testificaban que Thaw había disparado a White a quemarropa, observó con frustración cómo Delmas hablaba pestes del trato que White le había dado a Nesbit. Luego, Delmas presentó el argumento de la defensa de la locura temporal al preguntarle a Nesbit sobre la reacción de Thaw al enterarse del incidente de la violación. Tanto Delmas como Nesbit evitaron cuidadosamente el tema de la inclinación de Thaw por el sexo sádico y las drogas.

—Se levantaba y caminaba de un lado a otro de la habitación por un minuto y luego se sentaba y decía: "¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!", y se mordía las uñas así y seguía sollozando —aseguró Evelyn, que tenía a todo el mundo encantado con su belleza, menos al fiscal.

Cuando llegó el turno de la fiscalía para interrogar a la testigo, Jerome buscó ensuciar la reputación de Evelyn.

—¿Es verdad que durante su actividad como modelo usted posó desnuda? —Jerome no quería perder tiempo. Las mejillas de Evelyn ardían.

—¡No! —casi gritó.

—¿Es verdad que en 1901 usted se fue sola con un hombre en un yate?

—¡No!

—¿Alguna vez usted, antes de revelarle a su esposo en París lo ocurrido con la víctima, Stanford White, reconoció que tener relaciones con un hombre mayor y casado estaba mal?

—Sabía que era indiscreto y vulgar, pero no logré apreciar totalmente su inmoralidad hasta que fui a París; allí le conté sobre mi relación con White y Harry me abrió los ojos acerca de la humillación a la que había sido sometida. Sentí en mí una hostilidad hacia Stanford White —admitió Evelyn, pero evitó usar la palabra "odio"—. Durante muchos meses, White nos mantuvo financieramente, a mí y a mi madre. Stanford White fue un gran hombre —afirmó, y muchos se miraron sorprendidos, en especial los que estaban sentados a la mesa de la defensa de Harry—. Fue muy bueno conmigo y muy amable. Cuando le conté esto al señor Thaw… dijo que eso solo volvía a White más peligroso. —Evelyn no dejó de sollozar en todo su testimonio.

Tanto el interrogatorio del defensor Delmas como el contrainterrogatorio del fiscal Jerome fueron extensos e incisivos y no dejaron sin indagar ningún aspecto de la vida

íntima de Stanford White y Evelyn Nesbit. Muchos entendían que lo que se había escuchado en el recinto del juicio podría ser demasiado para la sensibilidad pública. El juez prohibió la presencia de mujeres en la sala durante algunos testimonios de Evelyn, con la excepción de aquellas que trabajaban como periodistas. El presidente de los Estados Unidos, Theodore Roosevelt, recibió quejas de algunos ciudadanos por la cantidad de detalles indecentes publicados en los periódicos. El fiscal federal de Nueva York, Henry Stimson, advirtió a los diarios que evitaran el "asunto lascivo y obsceno". La prensa escrita era el único medio de comunicación, pues las primeras emisiones de radio comenzarían en la década de 1920.

La experiencia en la actuación de Nesbit complementó la capacidad legal de Delmas, pues al jurado se le presentó de modo magistral la imagen de una niña joven, bonita e inocente que le relata la historia de su abuso a su esposo, quien se indigna y luego se convierte en una furia asesina. En su argumento final, Delmas reiteró este resumen una y otra vez ante el jurado.

—Si Thaw es un loco, lo es con una especie de locura conocida desde la frontera canadiense hasta el golfo. Si ustedes, caballeros expertos, me piden que les dé un nombre, les sugiero que lo etiqueten como "dementia americana". Es esa especie de locura la que inspira a todos los estadounidenses a creer que su hogar es sagrado. Es esa especie de locura la que persuade a un estadounidense de que quien viole la santidad de su hogar o la pureza de su esposa o de su hija ha perdido la protección de las leyes de este Estado o de cualquier otro Estado.

La expresión “dementia americana” de Delmas hizo furor entre los abogados. Pero en verdad ya había sido utilizada hacía mucho tiempo. Era una estratagema de defensa que se había argumentado por primera vez para absolver al congresista Daniel Sickles del asesinato del amante de su esposa en 1859. También hubo juristas que la tomaron con ironía al definirla como una ingeniosa condición médica que aflige a los estadounidenses ricos y que les sirve de disculpa cuando matan a los ex amantes de sus esposas.

El fiscal Jerome instó al jurado a resistir los argumentos capciosos y emocionales de Delmas. No se trata de emociones, sensaciones, percepciones o demencia, sino de un hombre que absolutamente en sus cabales planifica llevar un arma para descargar sus proyectiles en otro hombre al que odiaba porque había supuestamente ofendido a su mujer cinco años antes, pero que, vaya paradoja, su mujer no detestaba.

—¿Absolverán a un asesino cobarde, deliberado y a sangre fría porque su esposa mentirosa tiene la cara de una niña bonita? —remató Jerome.

El juez James Fitzgerald le recordó al jurado que solo podrían encontrar a Thaw no culpable por razón de locura si él no podía entender en el momento del asesinato que sus acciones estaban equivocadas.

El 12 de abril de 1907, el jurado informó al juez Fitzgerald que no podía llegar a un veredicto y que estaban estancados: siete encontraban a Thaw culpable de asesinato en primer grado, y cinco votaron por no culpable por razón de locura. El juez Fitzgerald levantó la sesión del tribunal. Se debía hacer un nuevo juicio. Y este comenzó el 6 de enero de 1908.

Aunque Jerome todavía era el fiscal, Thaw tenía un nuevo equipo de abogados defensores: Martin W. Littleton, Daniel O'Reilly y Russell Peabody. Además, el juez Victor J. Dowling había reemplazado al juez Fitzgerald. Esencialmente, los mismos testigos, incluida Nesbit, testificaron como en el primer juicio. Sin embargo, ni Jerome ni la defensa se enfrentaron tan encarnizadamente por el tema de la locura temporal como lo habían hecho en el primer juicio. Quizás ambas partes hubieran decidido que se contentarían con un veredicto de no culpable por causa de enajenación mental, que pondría a Thaw en una institución mental, pero evitaría su ejecución. En consecuencia, esta vez el jurado, el 1º de febrero de 1908, después de un juicio de menos de cuatro semanas, encontró a Thaw no culpable por razón de locura.

El juez Dowling envió a Thaw al asilo para criminales insanos en Matteawan, Nueva York. Los juicios de Thaw habían llevado a nuevas alturas la defensa por demencia en un cargo de asesinato, en particular con el argumento de la "dementia americana" de Delmas en el primer juicio.

Harry Thaw pasó el resto de su vida entrando y saliendo de manicomios y tribunales. Se escapó de Matteawan y huyó a Canadá, pero pronto lo atraparon y lo enviaron a Nueva York. Liberado brevemente de los asilos por la actuación de innumerables abogados que aún conservaba su madre, Thaw fue arrestado en 1917 por secuestrar, azotar y violar a Frederick Gump, de 19 años, casi hasta la muerte, en Kansas City, Missouri. Su relación con Gump venía desde 1915. Thaw se había ganado la confianza de la familia Gump con el pretexto de que Frederick fuera a Nueva York para inscribirse en el Carnegie Institute. Hasta le había reservado una

habitación en el hotel. *The New York Times* informó que apenas llegó el chico al hotel, Thaw, armado con un látigo corto y fuerte —como el que había utilizado con Evelyn en París unos años atrás—, se le abalanzó para golpearlo y luego lo violó.

Después del asalto, Thaw huyó, pero fue capturado. En un principio trató de sobornar a la familia Gump, le ofreció pagar medio millón de dólares si se retiraban todos los cargos criminales en su contra. Finalmente fue juzgado. Lo declararon un sátiro chiflado y, bajo las influencias que tenía su madre, una mujer para entonces de 71 años, fue confinado al asilo Kirkbride en Philadelphia, donde lo mantuvieron bajo vigilancia. Recuperó su libertad en abril de 1924. Desde entonces apareció cada tanto en las noticias en relación con varias fiestas descontroladas, brutales, o demandas de coristas que lo acusaban de haberlas golpeado y azotado. Siempre le preguntaban sobre el crimen de Stanford White e invariablemente respondía: “No estoy arrepentido en absoluto. En las mismas circunstancias, lo mataría mañana”.

Su madre murió en 1929, y Thaw, el 22 de febrero de 1947, a los 76 años. En su testamento le dejó a Evelyn 10.000 dólares.

El 25 de octubre de 1910, Evelyn Nesbit tuvo un hijo al que llamó Russell William Thaw. Ella afirmó que la criatura era hijo natural de Harry Thaw, que había sido concebido durante una visita conyugal mientras él estaba en el Hospital Estatal de Matteawan. Thaw nunca lo reconoció como suyo.

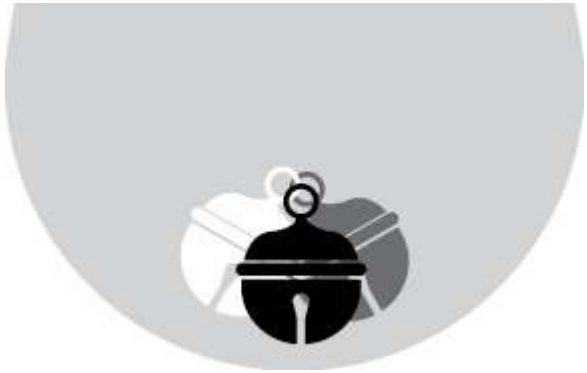
Después del segundo juicio a su marido, la familia Thaw dejó de darle apoyo financiero a Evelyn Nesbit. Se divorciaron

en 1915. Evelyn tuvo un modesto suceso trabajando en vodeviles y películas mudas, al menos en seis de ellas lo hizo con su hijo Russell. Se volvió a casar, esta vez con el bailarín Jack Clifford, pero él no soportó la fama de Evelyn y la dejó en 1918. Ya en los años veinte dirigió un salón de té en Manhattan, pero se volvió alcohólica y drogadicta. Se supo de ella muchos años después, ya en la década de 1940. Vivía en Los Ángeles y enseñaba cerámica y escultura. Evelyn Nesbit, la primera supermodelo de la era moderna, murió en un hogar de ancianos en Santa Mónica, California, en 1967, a los 82 años.

DOS PELÍCULAS

En 1955 se realizó una película, dirigida por Richard Fleischer, llamada *The Girl in the Red Velvet Swing* (La chica del columpio de terciopelo rojo). La actriz británica Joan Collins interpretó a Evelyn. La ex supermodelo de principios del siglo XX trabajó como "asesora técnica" y recibió 10 000 dólares. La película, según los críticos, resultó demasiado fantasiosa. La protagonista era corista, trapecista y luego esposa de un millonario celoso que no soportaba los romances juveniles de su mujer. Tuvo pésimas críticas. En cambio, el film *Ragtime*, de Miloš Forman, de 1981, contó los acontecimientos reales de principios del siglo XX, en especial el del triángulo Nesbit-White-Thaw, aunque de manera tangencial, dentro de un universo que retrataba esa época. Evelyn fue interpretada por la actriz

Elizabeth McGovern. En la película, Norman Mailer actuó en el papel de Stanford White. Además, dos leyendas de Hollywood, Pat O'Brien y James Cagney, realizaron su última aparición en el cine; el primero como el abogado Delmas, y el segundo como el comisionado de Policía.



Cascabelitos

Había nacido en Casa Pardina de Guaso, provincia de Huesca. Era una campesina que luego, al llegar a la ciudad, trabajó de sirvienta y que después, cuando vio un futuro tan chiquito como el del campo, a los 18 años, se convirtió en una prostituta de alta clase con quien todos los hombres querían acostarse. Nada ocurrió casualmente, sino que ella pensó cada paso, cada cambio de timón desde que salió de Boltaña hacia la ciudad. Decían que era una ferviente admiradora del Generalísimo Franco, pero uno de sus tres hermanos, Andrés, fue fusilado por republicano. De los otros dos, Ramona se quedó en Guaso y Quiteria se marchó a Barcelona y se casó con un albañil. Ella no haría nunca eso de casarse con un pobre, con un trabajador. Al contrario, por obra y gracia de su propia voluntad se convirtió en la mujer más conocida y codiciada de Barcelona. Cambió su nombre de María del Carmen Brotons Buil, el de la campesina y sirvienta, por el de

Carmen Broto, la “Cascabelitos”, pues así le decían desde que había adoptado un disparatado e impetuoso modo de vida.

Ya no usaba el pelo oscuro de la campesina y de la sirvienta porque en la oscuridad no triunfa nadie, se lo había teñido de un rubio furioso y usaba el vestido más ajustado. Le decían “la Verónica Lake”, aunque ella era más alta que la estadounidense y tenía el cabello igual de ondulado, pero más rubio, y también le decían “la Jayne Mansfield”, probablemente porque tenían un físico parecido y una altura de 1,65 metros o algún centímetro más; Cascabelitos era más sensual sin necesidad de tanto escote, a pesar de que ambas compartían ese toque de vulgaridad que acompaña la exuberancia.

Se podría imaginar que los periódicos catalanes informaron profusamente sobre lo que le pasó entonces. No, apenas dieron algunas noticias. En 1949 había ciertas reglas que nadie se atrevía a pasar por alto, por ejemplo, la de no abundar en reseñas escabrosas e indecentes sobre mujeres de la vida, en especial si compartían la vida suntuosa y calavera de la alta burguesía, en la que se mezclaban empresarios, vividores, hombres de despachos oficiales e incluso prelados… hasta se había hablado del mismísimo obispo. Esas degradaciones no eran compatibles con la España rígida, casi pétrea, del franquismo. Eran inventos, rumores, maledicencias para socavar la inflexible moral de una sociedad que cabía en un solo puño, literalmente. Pero ¡vamos, qué tanta alharaca, qué tanta alta burguesía si después de todo fueron tres cerrajeros los que asesinaron a Cascabelitos! ¿Y así se ha dejado? Solamente los farsantes, los puritanos y los hipócritas pueden, con su insalubre apatía, cerrar esta historia antes de que

comience, pues carecen del anhelo de conocer la verdad, aunque esta vaya surgiendo lentamente.

Carmen comenzó su carrera de Cascabelitos concurriendo a los más distinguidos salones, restaurantes y bailes. Su abrumadora personalidad le permitió cambiar esos vestidos mediocres del principio por una esplendorosa indumentaria que realzaba su presencia y, sobre todo, su belleza. Siempre vivió sola. Poco tiempo transcurrió antes de que se mudara a un departamento en la calle Padre Claret, número 16, junto al Paseo de San Juan. Al otro lado de ese paseo estaba el bar Alaska, casi su segunda casa, donde conoció a ese muchachito al que convirtió en su preferido, aire fresco para ella entre señores con esposa e hijos, hombres que en un santiamén ya tenían los pantalones bajos sin siquiera decir una palabra o melifluos de ministerio a quienes tuvo que enseñarles que no debían tocarle el culo en público.

De su favorito nunca esperó regalos ni nada parecido, sino su conversación ágil e ingeniosa, el halago justo, la sonrisa cautivante y esas críticas ácidas que solía largar hacia los adinerados de vida vacía y monótona. Él siempre le decía a Carmen que ella se había convertido en la razón de su vida, pues qué haría sin su compañía. Ella era más valiosa que todos aquellos amargos aburguesados, y Carmen lo miraba con ojos de enamorada y una sonrisa. Cuando lo escuchaba, se sentía en las nubes, feliz, le fascinaba este muchacho que, además, contaba unas bromas que la hacían desternillarse de risa. ¡Ay, este chico! Divertido, pícaro y sagaz a la vez, que le hablaba con una melodía que la arrollaba como si estuviera diseñada solamente para ella. Ese joven se llamaba Jesús Navarro Manau. Le daba pena dejarlo cuando debía cumplir con algún

compromiso con tal o cual señor, pero de él se llevaba el recuerdo de esa voz melodiosa y un beso en la mejilla.

Carmen, paso a paso, acumuló una pequeña fortuna y una hermosa colección de joyas. Tenía el defecto de ser muy confiada, es decir que iba a todos lados luciendo algunas de sus alhajas, así fuera que pasara la noche con algún caballero o se entretuviera con sus amigos. Los aros relucientes y algún hermoso colgante no podían faltarle. Simplemente, le encantaba llevarlos. Astuta, no tenía problemas con los policías. Tanto ella como varios agentes eran habitués del Alaska, y Carmen no dejaba de hablar con nadie que quisiera largar unas parrafadas. Todos sabían a qué se dedicaba, pero llegó a ser "la Carmen" o "la Cascabelitos", que salía con señores con los cuales era mejor no meterse. De manera discreta, Carmen les hablaba a los policías de sus simpatías por Franco, en una población en la que la lealtad al caudillo era una garantía y una manera de aproximarse a ellos.

Los seguidores de Carmen que buscaban sus favores aumentaban velozmente, y ella decidió dividir el día para satisfacer a todos. La festejaba lo más selecto de la burguesía, mandamases del régimen y peces gordos de cuanto comercio ilegal hubiera. Todos amaban a Carmen, y muchos se convirtieron en sus protectores. El empresario Ramón Pané le compró un departamento y la mantuvo durante un año y medio; Julio Muñoz Ramonet, uno de los hombres más ricos del país, le regaló otra casa. También Juan Martínez Penas, próspero promotor teatral, se paseaba con ella por todos lados, pero llegaba hasta la puerta del dormitorio, pues Carmen era para él una cobertura de su homosexualidad. Ah, y ella divertidísima.

Carmen iba a la cama con muchos, pero no todos se quedaban hasta el día siguiente. Con el único que estaba siempre dispuesta si él se lo proponía, aunque tuviese apenas un rato libre, era con Jesús Navarro Manau, al que veía casi siempre en los salones y en los bailes. Es que este chico vivía de eso. Era un parásito sinvergüenza que se aprovechaba de los demás. Un proveedor de cocaína y servicios sexuales a gente importante y, por supuesto, Carmen lo sabía y le complacía, pues entre ellos —podría decirse— se había creado una rastrera complicidad. Jesús Navarro Manau estaba por casarse con su novia de siempre. Era hijo de un hampón de poca monta llamado Jesús Navarro Gurrea, conocido como el "espadista", es decir, un delincuente que utilizaba una ganzúa para entrar en las casas. Su prontuario policial completaba varias fichas, así que los policías de la ciudad lo tenían bien calado. De hecho, no le perdían pisada, pues se decía que en el taller que tenía en su casa fabricaba ganzúas y palanquetas para violentar puertas y las vendía a sus viejos secuaces del Barrio Chino.

El hijo de este atorrante —Jesús Navarro Manau— era otro atorrante, pero no se dedicaba al robo ni a la estafa. Era un gigoló mantenido por hombres a los cuales les ofrecía sus servicios sexuales. Carmen, cuando lo conoció en el Alaska, quedó seducida por los modos, la simpatía y la verborrea de Navarro Manau y bastó que aceptara que la acompañase hasta su casa para que lo metiera en su cama.

Acaso la explicación de esta amistad era que los dos se dedicaban a lo mismo y veían las cosas de igual manera; sus clientes era personas que querían, deseaban con desesperación, ser estrujadas por ellos a cambio de un instante de sensual

satisfacción. Navarro Manau le contó a Carmen que era amante de un rico industrial barcelonés, con el que se acostaba regularmente, de igual modo que ella hacía con otros industriales, comerciantes y —si la voz del pueblo no miente — hasta con agentes policiales que la protegían de fiolos y sacacuartos. Eran, en fin, buenos amigos. Con el tiempo ya no se veían tan seguido, pero él la llamaba con frecuencia y la invitaba a ir al cine o a bailar, si no tenían otra cosa que hacer. Eran amigos.

Navarro Manau tenía dos clientes y un amor, aunque para él eran tres amores. Hacia 1948 mantenía una relación con su protector, el industrial Enrique Sallent, quien gastaba una fortuna en él. De Sallent provenía el dinero con el cual vivía, tenía casa, comía, estaba vestido a la última moda y se daba la gran vida. El otro cliente era Jaime Viñas Plá, cerrajero y empleado en el taller de su padre. Y el amor era una joven que vivía en la calle Conde del Asalto y se llamaba Pepita Esteve Montejo. En una palabra, este Navarro Manau era compartido por dos hombres y estaba enamorado de una chica que no sabía nada sobre lo que hacía su novio, o sea, no lo conocía en absoluto.

De acuerdo con la versión más difundida por entonces, en ese tiempo quiso terminar la relación con sus dos amantes/clientes. El gran problema para Navarro Manau era que debía enfrentarlos y decírselos en la cara. Cuando se lo comunicó a Sallent, el industrial amenazó con cortarle todos los víveres, ni un céntimo más vería de parte de él, se terminarían el buen vivir, las fiestas, la comida, la vestimenta, todo. Jaime Viñas Plá le profirió otro tipo de amenazas, le dijo que, si lo dejaba, directamente le hundiría una lima de acero en

el pecho; al parecer, su relación era más de amante que de cliente.

Pero Navarro Manau no le dio bolilla a ninguno de los dos y fue a hablar con su padre en busca de consejo, su deseo era casarse con Pepita. La reunión se produjo en un momento en que Navarro Gurrea andaba escaso de dinero, y eso a un ladrón le calienta la cabeza. Lo que le respondió fue: "Para casarse bien, hijo, hace falta dinero". El viejo truhan se atrevió a decirle que no había ningún problema si hacía falta que él saliera a robar para ayudarlo. Era lo que sabía hacer. Gurrea tenía tantas ganas de que su hijo aceptara que se salía de la vaina. A lo mejor fue en esta conversación, o en las que siguieron, siempre sobre el tema de obtener dinero para que Manau se casara con Pepita, cuando surgió el nombre, entre otros, de Carmen Broto y sus joyas, que lucía por todas partes. Las alhajas relucientes provocaban un efecto de atracción, pues poco a poco, al correr de los días, la única víctima de la que hablaban era la rubia platino Carmen Broto. ¡Había que robarle las joyas a Cascabelitos!

Gurrea saltaba en una pata y le dijo: "Ahí está la solución si seguís emperrado en casarte con Pepita. Te apoderás de las alhajas, y ya hemos resuelto el problema económico. Se las quitamos, las enterramos y ¡arreglado! Todo depende de planear bien las cosas y obrar con sangre fría". El ladrón siguió hablando del plan e hizo partícipe al amorcito de su hijo, su empleado Viñas Plá. El viejo Gurrea parecía emocionado porque veía fácil el golpe a una prostituta que ventilaba sus joyas por todas partes, por más famosa que fuera. "Será fácil. Vos conocés su casa, y entonces podemos entrar cuando ella esté afuera… O hay otro modo. ¡Podés conseguir

las llaves de su departamento!", exclamó Navarro Gurrea. Padre e hijo no hablaban de otra cosa. Surgió entonces una nueva variante. Manau invitaría a Carmen a salir una noche, con sus hábiles dedos de *"punguista"* le sacaría las llaves de la casa y se las daría a su padre para que el viejo Gurrea entrara y la desvalijara. Pero le dieron vueltas al asunto y, al final, Navarro Manau le dijo a su padre que no era buena idea. Le explicó al viejo que Carmen era una mujer con un carácter muy fuerte y que, cuando se enterara de que habían asaltado su casa, iba a recurrir a todas sus relaciones, sobre todo en la Policía, para que encontraran sus objetos de valor y, en consecuencia, a los ladrones.

Si desaparecían las llaves, los agentes entenderían que habían entrado con la llave verdadera y no con una copia, con lo cual Navarro Manau sería el principal sospechoso. Había que buscar un plan mejor. Y ese proyecto al final apareció. No se supo si por idea del padre o del hijo, pero sí que ambos estuvieron de acuerdo. ¡Había que matar a Cascabelitos! Acaso el propósito de asesinarla fuera de Jaime Viñas Plá. No quería perder el amor de Navarro Manau y se moría de celos cada vez que lo veía con Carmen. Para él sería muy bueno que ella desapareciera.

El viejo Gurrea habló mucho del plan con su empleado, y el borrador se fue afinando, tomando forma. Lo primero que debían hacer era sacar a Carmen de su casa, pues allí no podían cometer el asesinato. La invitarían a beber, que a ella le gustaba mucho, la embriagarían, después se la llevarían en un automóvil y la liquidarían. ¿Cómo la matarían? Alquilarían un vehículo y allí la apuñalarían. Pero abandonaron la idea del cuchillo enseguida. Era un procedimiento muy impresionante.

¿Cuántas puñaladas debían darle? Y al cuello. Sí, pero habría mucha sangre en el auto. Era un procedimiento muy sucio. Mejor pegarle con una maza en la cabeza y se acabó. Pensaron en dejar el cadáver cerca del Hospital Clínico porque, como Broto era una prostituta sin familia, quién la buscaría, quién haría una denuncia, a quién le importaría. Otra vez, Navarro Manau objetó la idea.

Como la conocía mejor que los otros dos, les dijo que Carmen era compañía de mucha gente poderosa que se preocuparía si desaparecía de buenas a primeras. Incluso conocía a muchos policías y altos jefes. Entonces, intercedió el viejo tunante, había que pensar en el huerto que él tenía alquilado en la calle Legalidad, que daba al fondo con su propia casa en la calle Encarnación. Allí la enterrarían y desaparecería para siempre. Este se convirtió en el plan definitivo. Estaba decidido. La tarde del 10 de enero de 1949, Jesús Navarro Manau llamó a Carmen y la invitó a salir esa misma noche. Los tres estaban apurados por sacarle las joyas de una vez y matarla. Pero no pudo ser porque Cascabelitos le respondió que tenía una cita y que regresaría tarde a casa. Le pidió dejarlo para otro día. Manau se jugó una ficha. Le dijo que él quería casarse con Pepita y que se lo estaba diciendo porque confiaba en ella, la única que lo sabía, y quería hablar de su situación, que lo tenía muy preocupado. ¡Quién mejor que ella para entenderlo y escucharlo!

Carmen aceptó reunirse esa noche. Le dijo que la esperase en el Alaska, como cuando eran amantes. Le reiteró que tenía una cita y que calculara que se desocuparía a eso de la una (ya el día 11). Él le contestó que, en vez de encontrarse en el Alaska, la esperaría en la esquina. Que le habían conseguido

un automóvil y que podían ir a beber por allí. El joven sabía mentir. Agregó que esa salida sería como en los viejos tiempos y también iba a servir de despedida. Apenas colgó, Manau llamó a su amante servil, Enrique Sallent, y le pidió si podía poner la firma para alquilar un automóvil. Enrique le dijo que no, que estaba muy enojado porque se iba a casar con su novia. Enseguida, Manau la contestó que no se enojara con él porque lo de la boda no era definitivo, pues había muchos inconvenientes para concretarla, el dinero, entre otros. Que por el momento era imposible realizarla y que la dejaría para más adelante, quizá para nunca, y entonces ellos podrían seguir como siempre. Enrique pareció revivir. Acompañó a Navarro Manau hasta el garaje Roca, de la calle París.

Con su garantía, le dieron al muchacho un Ford cuatro puertas, con una amplia capacidad en su interior, ideal para lo que pensaban hacer. Después se reunió en su casa con su padre y su otro querido, Viñas Plá, y les contó que a la noche se vería con Cascabelitos, acaso después de las doce, y que había conseguido un auto. De ahí, como si nada, se encaminó a la casa de su novia. Era un movimiento pensado para ganar tiempo. Fueron al cine. Cuando dejó a Pepita, se reunió con Viñas Plá, que lo esperaba en el automóvil alquilado en la calle Pintor Fortuny, según lo convenido, y se dirigieron hacia el Paseo de San Juan, junto al bar Alaska. Aunque no se pudo determinar con exactitud, debieron haber esperado mucho tiempo, porque los dos estuvieron a punto de irse más de una vez porque Carmen no aparecía.

Bueno, hay veces que las cosas no salen como uno las piensa. Carmen vivía de eso y tenía que sacar el mayor provecho de sus amantes. Sería para otra ocasión. Manau

estaba por arrancar el automóvil cuando en aquel instante otro auto se detuvo frente al número 16 de la calle Padre Claret, y Carmen Broto, arropada en su abrigo de astracán, bajó del vehículo y se despidió de Martínez Penas, empresario de Tívoli y uno de sus amantes. Esa noche, Carmen y Martínez Penas habían ido a cenar y luego al cine, pero cuando él le insinuó que hicieran el amor, ella se disculpó por esa vez y le pidió que la dejara pronto en casa. No se había olvidado de su amigo Jesús Navarro Manau. Carmen subió a su departamento, se arregló en el baño y al salir se puso de nuevo su abrigo.

La noche de invierno del 11 de enero de 1949 era muy fría, de eso no había duda alguna, y mucho más a las dos de la madrugada. Cascabelitos salió a la calle y otra vez se arropó. Al ver la señal de los faros, corrió hacia el Ford que conducía Navarro Manau y subió. Una vez en el interior se quedó sorprendida al ver a Jaime Viñas Plá en el asiento posterior. Nunca se sabrá la excusa que le dio su amigo acerca de la presencia de Viñas Plá. Habrá sido muy buena, como todas las mentiras de Manau, porque Carmen no descendió del automóvil de inmediato, pero sí instantes después. Si ella había dejado a un cliente para hablar sobre un problema o una situación que le concernía a su amigo Manau y lo tenía tan preocupado para pedirle semejante favor, no servía decirle una zoncera como: "¡Ay, recién Viñas Plá salió del Alaska y me vio!". Por eso, la explicación habrá sido muy buena, por lo menos para retenerla un momento en el auto. Es posible que Carmen supiera de la relación entre su amigo y el empleado y que hubiera sospechado algo oscuro. Otra posibilidad es que Manau hubiera comenzado a conducir antes de decirle por qué

diablos Viñas Plá estaba allí. Lo cierto es que Carmen quiso ir a beber a su lugar favorito, Alaska; en otras palabras, un lugar al que podía llegar sin automóvil.

Antes de que alguno pudiera decir algo, Carmen abrió la puerta del Ford, Marau debió detenerse y ella salió con paso apresurado hacia el boliche. Parece que la presencia de Plá no le gustó para nada, sobre todo porque Carmen y Viñas Plá no se podían ver. Pero estaba su amigo Marau en el medio y, ya en el local, la bebida comenzó a romper la frialdad entre ambos. Decidieron ir a otro lugar a seguir con la noche y las copas. Si bien la presencia de Viñas Plá pudo haber arruinado todo, al final de cuentas, Carmen se quedó con los dos. Y se estaba cumpliendo el plan criminal de hacerla beber hasta emborracharla.

Se piensa que hablaron del posible casamiento con Pepita porque se fueron a un bar de la calle Casanova para festejar la "despedida de soltero" de Marau. En un momento, luego de innumerables brindis, y ya bien entrada la madrugada del día 11, Carmen pidió que la llevaran a su casa. Los tres subieron al auto, y ella se acomodó en el asiento del acompañante. Apenas Navarro Marau lo puso en marcha y lo movió, Jaime Viñas Plá, animado por al alcohol, agarró la maza a su lado y de costado le descargó un golpazo en la cabeza a la pobre Carmen, bebida y desprevenida. Al llegar el golpe desde la izquierda, el lado derecho de la cabeza de Carmen se estrelló contra el vidrio de la ventanilla. Fue un impacto fuerte, aunque no tan brutal como el mazazo. ¿Y Carmen? Hecha una furia se dio vuelta, ensangrentada, insultando con las peores palabras a Viñas Plá, que entonces volvió a golpearla, pero de frente. Ella se cubrió con los brazos, pero bajó uno de ellos para tironear la

ropa de Navarro Marau, suplicándole que la protegiera, que la defendiera de esa bestia.

La violencia dentro del automóvil provocó que Navarro Marau pegara un volantazo y chocara contra otro vehículo que estaba estacionado. Miró a Carmen, y ella tuvo una expresión de alivio. Su amigo, su compinche, la salvaría de ese hijo de puta. Navarro Marau la tomó de los dos hombros con fuerza para que se quedara quieta y para que Viñas Plá pudiera pegarle unos buenos mazazos sin errarle ni darle de refilón. A ella se le cayó el mundo y vio que la muerte iba a atraparla en sus garras. Era lo último. Estaba frente al traidor de su ex amante cuando hizo fuerza hacia atrás con el hombro derecho y logró zafarse a medias, lo suficiente para abrir la puerta. Un esfuerzo más y pudo salir del auto mientras Marau la tenía sujeta del brazo izquierdo. Ella ya no tenía fuerzas, los golpes con la maza le habían hecho mucho daño, y su cara bonita ni siquiera se distinguía por la cantidad de sangre que caía de su cabeza. Era una mujer fuerte y siguió tironeado para liberar el brazo izquierdo y con un esfuerzo superior quedó fuera del automóvil, tendida en la calle.

Marau y Viñas Plá bajaron rápido para volver a subir a Cascabelitos, y estaban en eso cuando advirtieron que se acercaba un vigilante nocturno que había visto el choque con el automóvil estacionado. Con asombrosa sangre fría y antes de que el guardia llegara hasta ellos, Marau levantó la cabeza y le pidió que los ayudara a subir a la mujer al auto porque estaba borracha, y agregó que se había golpeado la cabeza al caerse del vehículo. El guardia propuso llevarla al Hospital Clínico, que estaba allí cerca, pero Marau, experto en el arte de improvisar, le contestó que tanto él como su amigo eran

médicos y preferían llevar a la dama a la clínica que tenían en Nuestra Señora del Coll.

Incluso inventó cómo se había producido el choque. Marau le explicó al vigilante —mientras terminaban de colocar a la inconsciente Carmen en el Ford— que la mujer alcoholizada se le había tirado encima y le hizo perder el dominio del vehículo, que fue a dar contra el otro estacionado. Como los daños no eran graves, el vigilante se inclinó por creerles y decidió ayudarlos a terminar de acomodar a la mujer en el automóvil. Marau y Viñas Plá se fueron a toda velocidad. Carmen recobró la conciencia. ¡Si lo hubiera hecho delante del vigilante! Pero ocurrió cuando se encontraba de nuevo en el auto, sola con los dos agresores. Se arrojó sobre Navarro Marau y le hundió las uñas en la cara. Desde el asiento de atrás, Jaime la agarró por el cuello y apretó con intención de estrangularla. Ella se desvaneció, y él pensó que la había matado porque Carmen profirió un quejido lastimero antes de quedar inmóvil. Y no volvió a moverse. Navarro Marau condujo hasta la calle Legalidad y estacionó frente a la valla del huerto.

Su padre, Navarro Gurrea, los esperaba impaciente. Apenas llegaron, el viejo delincuente les abrió la puerta. Gurrea quiso saber por qué se habían demorado tanto, y su hijo y su empleado le explicaron todos los incidentes: la larga espera antes de que apareciera Carmen, los mazazos, el choque con otro auto, la resistencia de ella, que su hijo probó mostrándole los arañazos que había recibido. El ladrón Gurrea se enfureció con los dos, pero evitó alzarles la voz. No era el momento ni el lugar para hacerlo. Entre los tres sacaron a Cascabelitos del automóvil y la arrastraron hacia el huerto. Entonces, Gurrea le

dijo a su hijo que se llevara el coche de inmediato, que lo dejara en cualquier lado y se fuera a la casa, adonde luego irían ellos. Lo último que vio Navarro Marau fue a su padre y a Viñas Plá llevando el cuerpo hasta la fosa que el bandido había cavado con anterioridad. Carmen aún no había sido colocada en la fosa cuando Gurrea se dispuso a quitarle sus alhajas. Fue entonces que pegó un salto porque advirtió que ella no estaba muerta, todavía respiraba. Gurrea se convirtió en un perro rabioso, mascullaba su furia, tomó con fuerza el mango de la pala y comenzó a darle palazos hasta rematarla, con la parte plana, con el filo, con la punta. Recién entonces, junto con Viñas Plá, le sacó todas las joyas —ahora llenas de sangre— que llevaba encima. Después arrojaron el cuerpo dentro del agujero, envuelto en su abrigo de astracán, y le echaron tierra encima.

Simultáneamente, Navarro Manau fue hasta la calle Escorial, donde había dejado el automóvil. Se quedó un largo rato, acaso repasando lo ocurrido en las últimas horas. Había resultado ser un miedoso, porque especulaba con lo que le pasaría si todo se descubría. Su miedo se convirtió en pavor cuando el auto no arrancó, tal vez por el frío o por el choque. El vehículo hizo una explosión tan potente que de inmediato aparecieron unos cuantos vigilantes y serenos del lugar, que para calentarse el cuerpo acostumbraban reunirse en un portal alrededor del fuego que prendían en un barril. Cuando Manau los vio ir hacia él, bajó del coche y salió corriendo hacia la esquina de la calle Legalidad, dio la vuelta a la manzana y llegó hasta su casa. Lo esperaban su padre y Viñas Plá, que habían llegado mucho antes que él.

A causa de tanto ruido, la mamá de Jesús Navarro Manau, doña María Manau de Navarro, se había levantado de la cama. Se alarmó al ver sangre en las ropas de su hijo y también en las de Jaime Viñas. Pero su marido le dijo que no temiera, que esa sangre se debía a una pelea que tuvieron los muchachos a la salida de un bar, y que nadie había resultado herido de gravedad. La mandó de vuelta a la cama. Los tres se lavaron y se cambiaron la ropa. Viñas Plá le entregó las joyas a Navarro Manau. Tenían previsto que este viajara a Mallorca, porque allí conocían a un comprador que podía pagarles un buen precio por las alhajas. Los reducidores de objetos robados nunca hacen preguntas. El padre le dijo que viajara lo antes posible porque no faltaría mucho para que notasen la ausencia de Carmen y, cuando comenzaran a investigar la desaparición de la Cascabelitos, era seguro que Jesús Navarro Manau sería uno de los que resultaría interrogado como sospechoso.

Jaime Viñas Plá era el más confiado de todos. Creía que pasaría bastante tiempo antes de que se dieran cuenta de la ausencia de Carmen. Por eso, él les dijo a los otros que seguiría haciendo su vida con normalidad, iría a los mismos lugares y, claro, a trabajar como siempre. Había que ser precavido, pero no le parecía que debieran tomar tantos cuidados. Además, ellos habían hecho un buen trabajo y hasta la enterraron con esmero en el jardín de allí al lado. Viñas, sin ser un imbécil, era un papanatas. Y del viejo ladrón de Gurrea solamente había para decir que se entendía por qué entraba y salía de la cárcel a cada rato, era un torpe, lerdo como él solo.

No hizo falta que pasara demasiado tiempo para que notaran la ausencia de Cascabelitos. Tampoco que iniciaran una investigación para dar con su paradero; no hubo ningún

expediente policial por la desaparición de la conocida cortesana de Barcelona. Mientras los asesinos hablaban de vender el botín y de lo bien que habían hecho todo, saliendo bien parados de las situaciones difíciles que se les habían presentado, se conoció que a Cascabelitos la habían asesinado a golpes de pala, pues esa misma noche encontraron su cadáver.

Horas antes, cuando Navarro Manau quiso deshacerse, por orden de su padre, del automóvil utilizado esa noche y al ponerlo en marcha se produjo una tremenda explosión, los serenos fueron corriendo para saber qué había pasado. Entre ellos estaban el de la calle Encarnación, el de la calle San Luis y los de la calle Escorial. Uno de ellos vio a alguien que salía corriendo del Ford. Se acercaron al vehículo y encontraron adentro un bolso de mujer con el contenido desparramado sobre la alfombra, bajo el asiento del acompañante. También hallaron una maza de madera con mucha sangre.

Llamaron a la Policía. El oficial de la Brigada Criminal de Barcelona le dijo al vigilante que había llamado que se quedara en el lugar y que nadie tocara nada hasta que llegara la patrulla. En quince minutos los policías estaban allí. Lo primero que vieron, tanto ellos como los serenos, fue un rastro de sangre que salía del Ford. Siguieron su recorrido, que iba en dirección al huerto de la calle Legalidad. Allí, el rastro subía a la vereda y seguía por el interior del terreno convertido en huerto. La policía forzó la maltrecha puerta del lugar e inspeccionó la parcela. Hallaron tierra removida dentro de una choza y un pedazo de abrigo de astracán que sobresalía de la tierra. Todavía no había amanecido cuando el cuerpo de Carmen Broto fue desenterrado. Hasta encontraron la pala con

manchas de sangre que Gurrea utilizó para rematar a la víctima y después para enterrarla. Le había echado algunas paladas de tierra a las apuradas, a tal punto que el cuerpo apareció a escasa profundidad, apenas movieron un poco la tierra. A las siete de la mañana, Francisco María Monzón, del Juzgado de Guardia Nº 4, de la Audiencia Provincial, llegó al huerto de la calle Legalidad y ordenó el levantamiento del cadáver.

Era un caso extraído del manual del policía. ¿Qué había que hacer? Saber quién era el dueño del Ford, y eso ordenó el inspector jefe Tomás Gil Llamas. A la vez, uno de los policías de la brigada revisaba el bolso de Carmen, que le había dado un sereno. Halló una billetera con 280 pesetas, guantes, lápiz de labios, pañuelo, una fotografía tamaño postal, en la que aparecía ella acompañada de otra mujer, una íntima amiga que se llamaba Laura, y dos hombres. También encontró un llavero y siete llaves, así como una pequeña y siete llaves más, una carta de racionamiento a nombre de María del Carmen Broto Buill, natural de Boltaña (Huesca), de 30 años, con la indicación de su domicilio.

Con la pista del Ford avanzaron más porque los condujo hasta el garaje Roca, de la calle París. Allí les dijeron que el automóvil había sido alquilado el día anterior por un tal Jesús Navarro Manau. Cuando hablaron con Enrique Sallent se enteraron de que él solamente había pretendido ayudar a su amigo. Les indicó dónde vivía, en la calle Encarnación, número 99. María Manau recibió sorprendida a los policías y afirmó que de veras no sabía nada en absoluto del crimen. No obstante, les contó que se había despertado a la madrugada al escuchar ruidos y vio a su hijo y al empleado de la cerrajería,

David Viñas Plá, manchados con sangre. Y que su marido, Jesús Navarro Gurrea, le dijo que los muchachos habían tenido una confrontación a los golpes en un bar, que se despreocupara y volviera a la cama. Los agentes le preguntaron dónde estaban en ese momento su hijo y su marido, pero ella no sabía.

Los policías ya tenían la gruesa ficha de antecedentes penales de Gurrea. Cuando allanaron la casa, en ese mismo momento, hallaron ropas ensangrentadas. Le preguntaron a María si le parecía que semejante cantidad de sangre podía ser resultado de una pelea. La señora bajó la cabeza. Al mismo tiempo, el inspector Gil Llamas recibió una noticia urgente. En la calle Industria, número 246, habían encontrado un cadáver. La identificación no tardó mucho. Era Jesús Navarro Gurrea, natural de Logroño, el cerrajero, el viejo ladrón. Había tomado cianuro potásico para escapar del garrote vil. Como María Manau había dado mucha información, una vez encontrado el cadáver de Gurrea buscaron a su dependiente, Viñas Plá. En su casa de la calle Parlamento, número 14, no encontraron a nadie. Tenían hasta ahora una víctima, Carmen, un suicidado, Gurrea, y dos prófugos. Decidieron investigar a Pepita Esteve Montejo, la novia de Jesús Navarro Manau. Muy asustada, la chica contó cuándo conoció a Manau, cómo era su noviazgo, cuántas veces se veían y que con ella siempre se había comportado como un caballero. De ninguna manera sabía que se trataba de un prostituto, estafador y asesino. Había sido siempre gentil con ella.

Tomándose el rostro con las dos manos afirmó desconsolada que tenían pensado casarse en poco tiempo, que la noche anterior habían ido al cine y que se despidieron alrededor de la

medianoche. Pero había ocurrido algo después. A las cinco de la mañana, ella y su madre se despertaron porque llamaron a la puerta. Ella se quedó expectante y su padre, al abrir, se encontró con Navarro Manau. Se disculpaba por la hora, pero les dijo una mentira, que sus padres habían discutido como hacían casi siempre y que la discusión se había tornado tan violenta que él decidió irse de su casa. Frente a la gran actuación del joven, el padre de Pepita le permitió pasar la noche en su casa y le dijo que al día siguiente verían cómo arreglaban ese entuerto. Lo que buscaba Manau era quedarse a solas con ella, aunque fuera por un breve instante. Entonces le propuso fugarse esa misma noche. Tomarían un barco hacia Mallorca. Pepita no entendía. Si estaban tan cerca de casarse, como Manau le había dicho una y mil veces, por qué escapar.

La chica le contestó que no iría a ninguna parte sin antes consultar con sus padres. Se dio media vuelta y volvió a su cama, y el muchacho se quedó en el salón hasta las nueve de la mañana, hora en que se fue sin decir nada a nadie. Pepita aseguró que no habían quedado en encontrarse en ningún lado. Entonces, el inspector Gil dispuso que se interviniera el teléfono de la familia Esteve Montejo y que se vigilara la salida de barcos hacia Mallorca. El que terminó llamando a esa casa fue Jaime Viñas Plá, a las cuatro de la tarde del 12 de enero, porque quería saber dónde estaba Marau. Pepita misma le dijo que no sabía nada de su paradero. Navarro Marau llamó a la casa de Pepita a las siete de la tarde. El muy mentiroso le aseguró que llamaba para disculparse por haberse ido intempestivamente. Ella le comunicó que había estado la policía y le pidió que le explicara qué estaba pasando. Marau le contestó que le diría todo si se reunía con él en la Rambla de

Santa Mónica, frente al quiosco de Atarazanas. Le pidió que se abrigara bien y le contó que ya tenía preparados dos billetes para Mallorca. Agregó que la policía podría seguirla, así que tuviera cuidado.

Los policías de la brigada escucharon esta conversación. Pepita Esteve Montejo salió hacia la rambla a la hora señalada. Esperó más de media hora hasta que apareció Navarro Manau y, muy nervioso, le dijo que se fuera de ese lugar. Justo en ese momento, cinco policías los rodearon y los detuvieron. El joven, atribulado y desanimado, confesó todo, afirmó que fue idea de su padre robar y matar a Carmen, dio detalles del plan, los golpes de maza de Viñas Plá y todo lo demás. Quiso saber si su padre y Viñas Plá ya habían sido detenidos. Cuando le dijeron que Gurrea se había suicidado, ya no habló más. Fue un cambio radical. A cada pregunta, la respuesta era el silencio, y en esa actitud se mantuvo. Lo llevaron a la cárcel Modelo de Barcelona. Su silencio les convenía a muchos; las actividades de Carmen y los nombres de sus influyentes clientes no debían salir a la luz.

Durante el juicio, el fiscal pidió para él la pena de muerte. Pero esa pena fue conmutada por la de treinta años de prisión por disposición de Franco. En una entrevista concedida al diario *La Vanguardia* años más tarde, Jesús Navarro Manau declaró que ese silencio le había salvado la vida, porque los influyentes personajes del círculo de Carmen lograron que el jefe de Estado le conmutara la pena de muerte por la de cárcel. Y, posteriormente, en 1960, se ganó el indulto con un libro que, por indicación de sus protectores, escribió en honor a Franco. El libro se tituló *Luz y paisaje. Interpretación del alma de España y su unidad a través del paisaje.* Se lo hizo llegar a

Carmen Polo de Franco, y eso fue decisivo para su excarcelación.

Jaime Viñas Plá también murió. El día 15 de enero de 1949, el dueño de una pensión de la calle Mendizábal llamó a la policía porque uno de sus huéspedes estaba encerrado en su habitación desde hacía dos días, sin salir y sin responder las llamadas. Los agentes forzaron la puerta y sobre la cama encontraron el cadáver de un hombre. Era Viñas Plá. La autopsia reveló envenenamiento con cianuro potásico, como si Jesús Navarro Gurrea y su empleado se hubieran puesto de acuerdo para elegir el mismo procedimiento para morir. Junto al cadáver de Jaime Viñas se encontró un escrito, firmado por él, en el que decía: "No se culpe a nadie de mi muerte. Soy inocente. La vida es un sueño".

"Un crimen tan tosco y burdo como el que se nos ha presentado, que deja tantos cabos sueltos, que abre tantas puertas a la investigación policial como el presente, no parece ser ejecutado por unos habituales del robo", escribió el periodista de *La Vanguardia* en la crónica del 16 de enero de 1949. Nunca quedó claro el motivo del asesinato de Carmen. ¿Sus joyas? Un ladrón como Jesús Navarro Gurrea, el cerrajero, se las hubiera quitado sin necesidad de matarla. Por este motivo, muchos pensaron entonces que el de Cascabelitos fue un crimen por encargo, teoría que se hizo más sólida cuando quedó en evidencia la ayuda que recibió Jesús Navarro Manau, el hijo de Gurrea, desde que cayó preso. No cualquiera, menos un decadente degenerado como ese, recibía favores justamente del Generalísimo. Debió ser alguien muy influyente para interesar a Franco en este asunto tan vulgar, alguien a quien Franco escuchara y al que Carmen acariciara.

Por entonces había una pregunta que parecía ir al meollo de todo este asunto. ¿Era cierto que Carmen tenía documentos y fotos con los cuales chantajeaba a una persona poderosa? ¿El chantajeado fue quien apoyó a Manau para que mantuviera la boca cerrada a cambio de su libertad? Y, sobre todo, si Manau iba a ser protegido, su padre y el empleado Viñas Plá podrían haber recibido la misma protección. ¿Por qué se suicidaron? ¿Se suicidaron? ¿Toda esta historia fue real o se trató de un gran invento en el cual Navarro Gurrea, Navarro Manau y Viñas Plá no tuvieron nada que ver?

No se descartó en la prensa la posibilidad de que altos jerarcas franquistas hubieran sido fotografiados mientras abusaban de chicos de no más de 10 años. Celos entre amantes, todos varones. Tráfico de drogas. Todas cuestiones de difícil investigación, en las cuales acaso la propia policía sabía que no le convenía meterse.

Carmen Broto fue asesinada por tres imbéciles, de una forma rocambolesca, obtusa y estúpida. Así debía aparecer. Y así se cuenta.

Se acostó con su hijo para “curarlo”

—¿Y?

—Mire, no responde… es puto.

—Pero para eso te traje. Para que no lo sea más.

—Hice todo lo que se tiene que hacer. El único momento en que pareció que se excitaba fue cuando le metí el dedo.

—¿Tuvo una erección?

—Bueno… No sé. Algo le pasó. Me cansé. Le aseguro que hice de todo. Pero igual me llevo el dinero.

—¡Qué me importa el dinero!

—Señora —buscó explicarle la prostituta española—, usted está yendo por una ruta a contramano. Por más que contrate a la mejor prostituta del mundo, y yo soy una de ellas, el tipo es homosexual. No es una enfermedad. Es así. Tal vez pueda con

alguna chica que le guste mucho o se enamore, pero para mí que ya está en la otra vereda.

—Pero ¡qué sabés vos! —dijo Barbara alterada y luego se quedó mirando sus pies descalzos—. ¿Tuvo una erección?

—Si tanto le importa eso, bueno, yo soy de las mejores. Sí, tuvo una erección… de dos minutos. Me senté en su cara y cuando le dije que se sentara en la mía ahí pareció… Al final terminé poniéndole el dedo en el culo para que por lo menos no se quedara frustrado.

Era la tercera prostituta que contrataba. Barbara pensó: "Mi hijo no es homosexual. Si las prostitutas no pueden, bueno, entonces lo voy a hacer yo. Yo crie un varón".

La familia Baekeland había hecho su fortuna en los Estados Unidos a principios del siglo XX, cuando Leo Baekeland, un químico belga, inventó la baquelita, el primer plástico del mundo, que se utilizó en todo, desde radios y discos hasta extremidades artificiales y bombas atómicas. Su nieto, Brooks Baekeland, el futuro esposo de Barbara, era un engrupido con aires de actor hollywoodense, un perfecto imbécil con todo el dinero del mundo. Era tan cretino que se lo pasaba diciendo que sus millones pertenecían a su abuelo. Al tipo le gustaba andar por los sets de filmación en Hollywood. Una de sus hermanas, Cornelia, le presentó a una amiga que también buscaba conquistar un lugar en el cine; se llamaba Barbara Daly, una belleza pelirroja que había nacido en Boston en 1922. Su madre era neurótica, y su padre, cuando ella tenía 10 años, se había suicidado respirando monóxido de carbono

encerrado en el automóvil que estaba en el garaje. Frente a semejante tragedia, lo primero que hizo Nini, su mamá, fue simular que se había tratado de un accidente, pues de otra manera no podría cobrar el seguro de vida de su marido. Todo le salió como había planeado, y con el dinero del seguro se mudaron a Nueva York, pero no a cualquier lugar de la ciudad, sino al Delmonico, el hotel más caro.

Con el tiempo, Barbara fue considerada una de las diez mujeres más bellas de la ciudad. Tuvo excelentes contratos con *Vogue* y con *Harper's Bazaar*. Comenzó a frecuentar las reuniones sociales y se convirtió en un referente de la vida mundana neoyorkina. Sedujo a cuanto admirador millonario se le cruzó, y fueron muchos. Hollywood se fijó pronto en ella y, aunque no consiguió un rol importante en ninguna película, se hizo de muchas amistades. Una de ellas fue Cornelia "Dickie" Baekeland, quien le presentó a su hermano menor, Brooks, que por entonces era piloto de prácticas en la Royal Canadian Air Force. La riqueza y elegancia de Brooks —más que nada la riqueza— impidieron que Barbara dudara un solo instante. Estaba segurísima de que ese era el hombre que buscaba. Y Brooks decía que, además de su asombrosa hermosura, de ella le encantaba la seguridad que tenía en sí misma. Barbara, para apurar las cosas, fingió estar embarazada y se casaron rápido en California. Era una mentira. Brooks se sorprendía constantemente con su esposa y la redefinía todo el tiempo. Dijo de ella que "tenía travesuras en la sangre".

Barbara no solamente tenía "travesuras en la sangre", sino además serios problemas psicológicos. Así como guardó el secreto del falso embarazo, tampoco le contó a su marido sobre sus problemas mentales y que se trataba con un célebre

psiquiatra de Nueva York, llamado Foster Kennedy. Todo lo que Kennedy aprendió sobre Barbara durante sus sesiones lo había desconcertado, como lo descubriría Brooks. Cuando el psiquiatra se enteró de que Barbara se había casado con Brooks solo atinó a decir: "¡Dios no quiera que tengan un hijo!".

Francis Galton, medio primo de Charles Darwin, no solo inventó el término "eugenesia", sino que en 1872 —en un espacio entre sus múltiples ocupaciones, pues era estadístico, sociólogo, psicólogo, antropólogo, explorador, geógrafo, inventor y meteorólogo— publicó un estudio titulado: "Pesquisas estadísticas sobre la eficacia de la plegaria", y llegó a la conclusión de que no servía para nada. Al menos en el caso de Barbara y Brooks, las conclusiones de Galton fueron certeras.

El 28 de agosto de 1946, Barbara y Brooks tuvieron a su hijo Antony, Tony.

Sin saberlo, cuando su marido decía que Barbara tenía "travesuras en la sangre", se estaba refiriendo a sus cortocircuitos mentales, que pronto se hicieron evidentes. Una noche, el matrimonio cenaba con amigos en un restaurante y la velada era muy agradable, hacían chistes y disfrutaban de la comida. En un momento, Brooks dijo en broma que, por un millón de dólares, se acostaría con la próxima mujer que pasara por las puertas giratorias del lugar, cualquiera fuera su edad o apariencia. En ese momento, Barbara no dijo nada, pero no había captado el tono jocoso, de "ocurrencia", sino que entendió que su marido lo decía de verdad. Cuando se retiraban del restaurante, comentó: "Si es así como te sientes, me voy a ir con el primer hombre que venga en auto". Salió

corriendo hacia el medio de la calle, paró un automóvil con cuatro jóvenes, subió y se fue con ellos. Regresó a su casa dos horas después. Estaba impecable, seria, hermosa, muda. Lo que había hecho había sido muy peligroso. Para ella, no había nada que decir. Se preparó para ir a la cama y se terminó el día.

Lo más selecto de la alta sociedad de la ciudad, fascinada por la personalidad avasallante y singularmente atractiva tanto de Barbara como de Brooks, asistía a los salones de estilo parisino que los Baekeland habían preparado en su casa, en el próspero distrito de Upper East Side (UES) de Nueva York. Allí iban Salvador Dalí, Tennessee Williams y Dylan Thomas, entre otros. Talento, excentricidad, ingenio, amenidad. Eran veladas despreocupadas y, a veces, atrevidas. En una reunión, los hombres se escondieron detrás de una pantalla, ocultando sus rostros y la parte superior del cuerpo, y se quitaron los pantalones, mientras les pedían a las mujeres que adivinaran qué mitad inferior pertenecía a su esposo.

El ritmo, donde fuera, era similar. “Mi casa siempre estaba llena de gente hermosa, tonta y borracha”, aseguró Brooks tiempo después. También estaba llena de peleas entre marido y mujer, que parecían, cada vez con mayor frecuencia, dos bombas a punto de estallar. Barbara cambiaba de temperamento muy seguido, enfrentaba a su marido por una tontería y al rato se acercaba con tono más gentil, para volver a atacarlo poco después. Aquellos que acompañaron al matrimonio en sus vacaciones en Suiza contaron cómo Barbara había dado un espectáculo terrorífico cuando a la noche, sobre la nieve, se lamentaba y lloraba como si estuviese fuera de sí. No lo hizo solo una vez, y siempre esos ataques le

daban de golpe. Con los años, Brooks recordaba a su esposa como “un animal salvaje, una hermosa tigresa en llamas”. Y describió otro viaje en el que terminaron luchando desnudos en el baño de un hotel porque él no estaba dispuesto a llevarla a su restaurante favorito. “Sujeté a Barbara con mi pie sobre su pecho mientras ella hundía sus fuertes y blancos dientes tan profundamente como podía en mi pantorrilla. La adrenalina tardó al menos media hora en salir de sus venas”, dijo. En casa, las peleas no se detenían, aunque estuviesen presentes los compañeros de escuela de su hijo.

A esa altura, lo único que parecía unirlos era su determinación de promover a Tony como una especie de niño prodigio, mostrando constantemente a sus amigos todo lo que había escrito o dibujado en la escuela. “Querían que el niño fuera un genio. Eso me llamó la atención, porque el chico sentía que tenía que ser alguien”, dijo la artista Yvonne Thomas. En este punto, Brooks también perdió la mesura. Los padres le ordenaban a Tony que leyera en voz alta los escritos eróticos del Marqués de Sade. Otro amigo dejó de ver a la pareja después de escuchar a Brooks describir orgulloso cómo Tony le había quitado las alas a una mosca para que viera cómo afectaba su equilibrio. Que los chicos tengan ese tipo de comportamiento sádico no es inédito, lo que sale de toda norma es que el padre piense que es maravilloso.

En un momento, cuando Tony tenía 8 años, Barbara decidió que en Nueva York ya no tenía nada que hacer. Había alcanzado la cima del poder y de la influencia. Era una etapa que se debía cerrar. La siguiente era conquistar Europa, donde Tony tendría una nueva audiencia para sus talentos. Sin embargo, no se trató de una mudanza ordenada, de un viaje de

aquí para allá, porque “allá” no era un lugar determinado. Como los trashumantes, iban de lugar en lugar, alquilando en complejos de moda de todo el continente.

Cuando alquilaron en 1955 una villa en Cap d’Antibes, en el sur de Francia, sus vecinos eran André Dubonnet, nieto del creador del famoso aperitivo, y Freddy Heineken, el holandés al que le decían “el Barón de la Cerveza”. Greta Garbo se acercó a tomar algo con ellos. Tony, mientras tanto, fue enviado a jugar en la playa con la princesa Yasmin, hija de Rita Hayworth y el príncipe Ali Khan, hijo de Aga Khan III.

La personalidad trastornada de Barbara la convertía en una madre indescifrable. Demasiado intensa con su hijo y posesiva, pero no siempre. Ella necesitaba ayuda emocional y gritaba. Pero luego se sentía segura de sí misma y se quedaba en silencio. Era, como Brooks, una ferviente consumidora de drogas. En lo único que parecía inexpugnable, firme y tenaz era en su absoluta negligencia como madre. Mientras los Baekeland iban de un destino lujoso a otro, buscando siempre el verano en cualquier parte donde se encontrara, en una infinita espiral de ocio y vagancia, su hijo era lo que menos contaba para ellos. Se encargaban de que alguien fuera a buscarlo y lo llevara a determinada hora. Y así daban por finalizadas las obligaciones con su hijo. Ellos salían todo el día en un yate que alquilaban a un pescador local y se lo pasaban tomando sol, sentados sin hablar, bebiendo mucho vino y, cuando este comenzaba a hacer efecto, se ponían a hablar y chusmear sobre tal o cual duquesa o princesa, o tonterías por el estilo.

Su hijo nunca estaba con ellos. ¿Dónde estaba Tony? Nada importaba, mientras que a la hora indicada lo llevaran de

regreso. Por lo tanto, Tony se convirtió en un chico solitario que aprendió a darse maña con las cosas porque no había papá ni mamá que le enseñaran nada. Tenía una apariencia muy buena, pues había heredado el pelo rojo de su madre y lucía unos ojos marrones brillantes. Le caía bien a todo el mundo; entretanto, las cosas comenzaban a desajustarse en su interior, sin que los padres lo notaran.

Nike Mylonas Hale y su esposo Bob conocieron a los Baekeland en Italia, cuando Tony tenía unos 12 años. “Lo vimos solo en las rocas jugando con cangrejos, como descuartizándolos. Fue un pequeño episodio terriblemente espeluznante, pero sus padres, en realidad, no le prestaron mucha atención”, recordaba. Otra amiga de la pareja, Francine du Plessix Gray, hija de un vizconde francés, escritora y crítica literaria, estaba preocupada por el comportamiento de Tony. Ella y su esposo Cleve, pintor, compartieron una villa italiana con los Baekeland en el verano de 1960, cuando Tony tenía 14 años. Para entonces, el jovencito tenía un tartamudeo pronunciado. Pero el único indicio de que había algo profundamente mal llegó a la mitad de las vacaciones. Francine contó que hacía muy poco había nacido su segundo hijo, Thaddeus Ives, y que por eso habían llevado una provisión de comida de bebés, para dos meses. De golpe se dieron cuenta de que había unos agujeros en las cajas donde estaba esa comida. Días después, la chica que cuidaba a la criatura les dijo: “Es el señor Tony. Lo he visto hacerlo. Viene de noche cuando el bebé está dormido y roba su comida”.

Francine pensó que tal vez quería identificarse con la criatura porque nunca había recibido una crianza adecuada de sus propios padres. Ella sabía, al igual que las numerosas

amistades de los Baekeland, que Tony, a los 8 años, había estado en un internado porque los padres tenían muchas ocupaciones. No era verdad que no podían ocuparse de su hijo, sino que no querían hacerlo. Cuando estuvieron los tres en Europa, tampoco lo consideraron. Para ellos era un juguete que se deja sobre la cómoda, con el que se juega un rato y se guarda en el cajón. La madre, una bonita desquiciada, trataba a Tony como su hijo-muñeco, al que parió porque había que parir; el padre, que decía ser escritor y jamás escribió una tarjeta de Navidad, el jactancioso descendiente del emperador del plástico, un poco menos perturbado que su mujer —es decir que durante el día tenía algún momento más de lucidez —, consideraba a Tony de igual manera. Entre los dos lograron que su hijo fuera un asiduo cliente de psiquiatras y que con el tiempo se convirtiera en un narcisista, hedonista y homosexual.

El chico les contó a los médicos que había tenido su primer encuentro homosexual en un internado a los 8 años, y que a los 14 estaba buscando activamente tener sexo con otros hombres. Ya en Nueva York, cuando sus padres estaban afuera, a menudo buscaba chicos más grandes en las calles y los llevaba a su casa. Brooks Baekeland sospechaba que su hijo era homosexual desde hacía mucho. Nunca dijo por cuánto tiempo ni por qué se dio cuenta. Barbara vivía en las nubes. Nunca lo advirtió. Hasta que todo se hizo evidente. La homosexualidad de Tony fue para su madre como un terremoto, como caer desde un décimo piso y fracturarse todos los huesos. Simplemente, no podía soportarlo. Ahora, para ella, su juguete estaba quebrado y debía repararlo. Nunca lo aceptaría gay y lucharía para revertir la inclinación sexual de un hijo al que no

había criado ni educado ni atendido y del que esperaba que se convirtiera, por arte de magia, en un varón hecho y derecho y, además, un sabio o talentoso en cualquier arte o ciencia. Por otra parte, Barbara tampoco pudo soportar las andanzas de su marido con otras mujeres. ¿De dónde venía ese anhelo de estar con otras? ¿Ella no era acaso lo suficientemente buena, atractiva, experta amante?

A principios de la década de 1960, los Baekeland vivían en París, o por lo menos allí pasaban la mayor parte del tiempo. En 1963, Brooks se enamoró de la hija de un diplomático inglés destacado en la capital francesa, quince años menor que él. Brooks creyó haber encontrado la llave de la cárcel que había sido, según decía, la vida con su mujer. Pero cuando le pidió el divorcio, la respuesta de Barbara fue tomar una sobredosis de barbitúricos. Aunque sobrevivió, Brooks sintió que no podía dejarla porque era muy capaz de volver a hacerlo y no quería cargar con su muerte sobre los hombros. "Enfrentado a convertirme en un asesino por el bien de la libertad, renuncié a mi chica", afirmó. Durante el resto del matrimonio entre Barbara y Brooks, esa fue la regla: un posible romance de su marido y ella intentaba suicidarse.

Una vez, el autor Samuel Taylor cenó en la casa de los Baekeland en Nueva York, con la actriz Jessica Tandy. En un momento de la noche, Barbara dijo: "¡¿Adivinen dónde estuve a las cinco esta mañana?!". Los invitados quisieron saber, y Barbara respondió: "En el Hospital Bellevue", se descorrió las mangas de su vestido y mostró con una sonrisa los vendajes en las muñecas. "Estaba alegre", dijeron sorprendidos Taylor y Tandy.

El asunto de que su marido quisiera dejarla por una mujer más joven —la hija del diplomático inglés en París— no fue olvidado en absoluto. Pensó que la mejor manera de demostrarle que ella seguía siendo una mujer atractiva y deseable era tener un romance. Y lo tuvo con un físico español. Casi con orgullo, ella le contó a su esposo que estaba viéndose con un hombre. Brooks, que se había servido un whisky, la miró casi con alegría y le dijo que le daría una asignación anual si se divorciaba de él y se casaba con su amante. Quería pagarle para que lo dejara libre. Pero Barbara le contestó que se guardara el dinero, que ya había terminado con el español porque no sabía estacionar correctamente un automóvil y porque no le gustaban sus pies. La situación entre ellos siguió igual. Brooks buscaba que Barbara no se enterara de sus romances, y ella siempre estaba con el frasco de sedantes o el cuchillo a mano. Hasta 1967.

Tony pasó el verano con sus padres en la localidad española de Cadaqués, en la provincia de Gerona, Cataluña, donde conoció a Jake Cooper, un muchacho australiano que tenía una amante, Erika Svenssen. “Jake era como un demonio. Tenía poder sobre la gente”, decía Svenssen. Jake Cooper, al que le decían “Black Jake”, era un tipo alto, moreno, y vivía en una granja abandonada con un grupo de seguidores *hippies* que se lo pasaban consumiendo marihuana y otras drogas. Entre sus seguidores se decía que practicaba la magia negra. Algunos insistían en que había lanzado hechizos ocultos que provocaron la muerte al menos de tres personas. Todo lo que referían de Black Jack era incomprobable, más bien delirios, menos su aspecto y su bisexualidad.

Para entonces, Tony tenía 21 años y se sintió atraído por el grupo de Cooper. Buscó, por medio de regalos muy caros, hacerse amigo de Jake hasta que se enamoró de él y de su ropa de cuero. Desde ese momento, el control que ejerció el australiano Jake sobre Tony fue total. ¿Barbara? Ah, estaba en Suiza.

Con el consumo de drogas, Tony se transformó poco menos que en un esclavo de Jake Cooper. Los dos se fueron a Marruecos y trajeron belladona, una planta que produce bayas negras pequeñas que no se deben comer porque pueden ser mortales. Tony las comió y tuvo convulsiones. Barbara Curteis, tocaya y amiga de su mamá, le avisó a Barbara lo ocurrido y ella regresó a Cadaqués para rescatarlo y llevarlo a Suiza. Pero fueron detenidos en la frontera porque Tony no tenía su pasaporte. Barbara se enojó muchísimo, golpeó, pateó y escupió a los oficiales de inmigración. Tony y su madre terminaron en la cárcel, donde pasaron una noche. Según su amiga Curteis, Barbara le contó que, mientras los llevaban esposados, ella le hizo un comentario a su hijo: “¡Aquí tienes, cariño, por fin, esposado a mamá!”.

De regreso a Cadaqués, las cosas parecían haberse calmado. Incluso Barbara tuvo una buena noticia: su hijo estaba viéndose con una chica francesa llamada Sylvie, que también se encontraba de vacaciones en Cadaqués. Feliz de que Tony, por fin, tuviera novia, invitó a la chica a cenar. Apenas la conoció, Barbara no pudo contener sus obsesiones y presionó a Sylvie sin prólogo alguno para que se convirtiera en la esposa de Tony, recordándole a cada rato quiénes eran los Baekeland y que algún día sería muy pero muy rico. Sylvie, con gran tolerancia, soportó los embates de Barbara.

Semanas después, Barbara volvió a invitarla a cenar y luego hizo todo lo posible para que los encuentros se repitieran. El destino no estaba de su parte. Si alguna adversidad le faltaba, era que Sylvie, en lugar de casarse con su hijo, empezara una aventura con su esposo. Barbara no lo supo de inmediato, sino meses después, ya en febrero, y tomó de nuevo una sobredosis de sedantes con vodka. Sylvie se dio cuenta de que la única forma de no perder a Brooks y vencer a Barbara era utilizar su propia estrategia, así que ella también tomó una sobredosis de fuertes sedantes. Ahora él debía elegir. Brooks Baekeland no volvió con Barbara. Las dos mujeres sobrevivieron.

Entonces, Brooks le dijo con firmeza a su esposa que quería el divorcio, había elegido a Sylvie. Según contó la cuñada de Barbara, Elizabeth Archer Baekeland, antes de que se separaran ella le dijo a Brooks: “Sabés, podría hacer que Tony supere su homosexualidad si lo llevo a la cama”. Su marido se puso rojo: “¡No te atrevas a hacer eso, Barbara!”. Ella no respondió, y el tiempo demostraría que había ignorado esa advertencia.

Tony y su mamá pasaron el verano de 1969 en Mallorca, bebiendo y fumando marihuana en una casa que les prestó la hija de un archiduque austríaco. Barbara llevó prostitutas a las que les pagó muy buen dinero, también por lo difícil que era acceder a la casa. Nada consiguió. Y allí, en esa villa destartalada, en lo alto de un acantilado, sin teléfono ni electricidad, la mujer que había seducido a hombres de todo el mundo dirigió sus atractivos hacia su hijo y lo llevó a su cama. Ella pensó siempre que había hecho lo correcto, incluso se ufanaba de ello cada vez que tenía la oportunidad. “Barbara me llamó y me dijo que se había acostado con Tony”, aseguró

su amigo Alan Harrington. No tenía culpa alguna, al contrario. Hasta se lo comentaba a nuevos conocidos. “Fue muy honesta al respecto, dijo que lo había hecho para romper con sus tendencias homosexuales. Hablaba de ello como si fuera un acto terapéutico”, recordó Bernard Pfriem, un pintor que conoció a Barbara en un crucero poco después.

Si algo faltaba para terminar de descalabrar la psiquis de Tony, era que su madre lo obligara a acostarse con ella. En esa casa hubo amigos que fueron de visita y encontraron sillas rotas, aunque Barbara decía: “Algo molestó a Tony, le dio mucha rabia y reventó una silla”. En la psique ya dañada de Tony, los efectos del incesto iban a resultar catastróficos.

Más adelante, ese verano, Brooks fue a quedarse en Mallorca con Sylvie, sin saber que su esposa y su hijo estaban allí. Cuando Barbara descubrió dónde se alojaban, Tony comenzó a visitarlos y su confusión mental se hizo evidente de inmediato. “Fue muy incómodo, muy difícil. Dejó mensajes para Brooks. Encontré uno que decía: ‘Papá, por favor, papá, vuelve con mamá, ella es tan infeliz’. Actuaba como un niño de 8 años”, recordó Sylvie.

En aquella casa del archiduque austríaco hubo más objetos destrozados, como una máquina de escribir que fue estrellada contra los escalones que conducían al sótano. Una vez más, Barbara explicó que Tony los había tirado cuando estaba “molesto por algo”. La máquina de escribir era una que el muchacho había usado para componer poesía, que le mostró a su amigo Alastair Reid. Sus poemas habían comenzado como piezas simples y sin complicaciones, pero se transformaron en divagaciones inquietantes e incoherentes. El propio Reid

confesó que aquel verano dramático de Mallorca se dio cuenta de que "había algo salvaje dentro de Tony".

Barbara regresó a Nueva York al año siguiente, y Tony se reunió con ella poco después. Durante una cena, Tony desapareció de la vista de todos. Estaba en su habitación y de golpe salió de ella desnudo, corriendo de un extremo a otro del amplio departamento, pasando por al lado de los invitados. Su comportamiento se tornó más preocupante. Se inscribió en una escuela de arte poco después, y en medio de una lección debieron llamar a una funcionaria de la universidad, Sylvia Lochan, porque Tony no respondía a nadie y parecía estar en un mundo propio. Mientras todos los demás pintaban un bodegón de flores y frutas, su lienzo mostraba figuras inquietantes con sangre goteando por sus costados. "Era obvio para mí que estaba muy trastornado y, haciendo memoria, era sorprendente que no estuviera en algún tipo de hospital", sostuvo Lochan.

Sin embargo, Barbara seguía convencida de que su hijo no era más que un "genio incomprendido que nunca tuvo la intención de trabajar y afanarse en esta sociedad enferma". No aceptaba que su Tony tuviera una enfermedad mental y mucho menos que esa enfermedad se hubiera agravado cuando lo llevó a la cama con ella. Parecía ajena a la posibilidad de que los problemas de su hijo se debieran a su relación cada vez más enfermiza. "Me estoy acostando con mi madre. No sé qué hacer, me siento desesperado", le dijo Tony a un amigo.

Barbara se inscribió en una clase de escritura creativa y escribió un vívido relato de la relación sexual de una madre con su hijo. Una noche invitó a algunos compañeros a su departamento, y encontraron la sala llena de fotografías que le

había tomado a Tony. “Lo que me sorprendió fue la forma en que la cámara se centró en la belleza de este joven. No era el tipo de fotografías que una madre normalmente tomaría de un hijo”, recordó uno.

Otros que visitaron la casa de los Baekeland recordaron haber visto retratos pintados por Tony que mostraban a su madre decapitada y con serpientes entrelazadas alrededor de su cuello.

Pronto, cuando Tony apareció tarde una noche, claramente delirante y muy agitado, incluso Barbara se vio obligada a admitir que podría haber un problema grave. Temiendo que pudiera atacarla, hizo arreglos para que lo admitieran en una clínica psiquiátrica privada, aunque —a pesar de que su historial médico sugería que su pronóstico parecía “malo”— fue dado de alta después de seis semanas porque Barbara no podía pagar el tratamiento. Brooks le había cortado la cuota mensual y se había negado a financiar él mismo el cuidado de su hijo. En lugar de admitir su enfermedad mental, dijo que Tony era “la personificación del mal” y descalificó a los psiquiatras tratándolos de charlatanes.

Mientras Brooks hacía evaluaciones sobre la psiquiatría, Tony se mostró una noche tan violento que amenazó con golpear a su madre. Ella pudo llamar a su abogado para que fuera a ayudarla porque sentía miedo de estar con su hijo. Tony la alcanzó y le pegó con un bastón de madera hasta dejarla inconsciente. Cuando llegó el abogado, también fue agredido por el hijo de su clienta hasta perder el conocimiento. Los psiquiatras del hospital local le diagnosticaron esquizofrenia y recomendaron que lo enviaran a una institución mental privada, pero Brooks no quería pagar nada.

Entonces, Tony volvió con su mamá. El muchacho estaba fuera de control. Durante una cena, delante de los invitados, le rompió un huevo en la cara a Barbara, la amenazó con un cuchillo y quiso estrangularla mientras los comensales buscaban rápidamente sus abrigos para escapar de esa casa.

Barbara ya tenía 50 años y conservaba su belleza, que le daba una apariencia mucho más joven. Hacia 1972 llevaba ya cuatro años que estaba divorciada, y el comportamiento violento e impredecible de Tony empeoraba. Decidió ir con él a Londres, al barrio de Chelsea, donde tenían una casa en el número 81 de Cadogan Square. Pero nada cambió, y lo que ocurrió en esa ciudad fue una sucesión de manifestaciones psiquiátricas violentas. En una ocasión quiso dejar ciega a Barbara clavándole un bolígrafo en el ojo. Otra vez, de noche, cuando ella volvía de una cena con el periodista Clason Kyle, Tony se apareció ante ellos vestido solo con pantalones cortos y blandiendo un gran cuchillo de cocina, gesticulaba y de pronto desapareció. En agosto de 1972, Tony se encontraba a menudo en trances catatónicos, se agarraba a sí mismo y se balanceaba de un lado a otro, con algunas posturas extenuantes y largas, actividades típicas de ese estado. La catatonia es un síndrome psiquiátrico caracterizado por anomalías motoras, emotivas y de conducta, y secundario de una enfermedad más profunda.

Barbara acordó que lo viera la psiquiatra Lindsay Jacobs, que le había sido recomendada por amigos. Jacobs confirmó que Tony sufría de esquizofrenia, agravada porque su madre no se había asegurado de que tomara los medicamentos recetados. Jacobs estaba extremadamente preocupada por la seguridad de la mujer, al punto que le advirtió: “Tu hijo te va a

matar. Corrés un grave riesgo". Barbara dudó de esa posibilidad, pero la psiquiatra estaba tan intranquila que llamó a la comisaría de Chelsea y les pidió que pusieran un guardia en Cadogan Square, número 81, porque podía pasar algo grave. Le respondieron que no podían hacer nada hasta que no ocurriera algún suceso.

Y el acontecimiento ocurrió el 15 de noviembre, pero no en la casa, sino en la calle, cuando Barbara, su amiga Susan Guinness y Tony caminaban por la vereda. De buenas a primeras, él empujó a su madre al tránsito para que la atropellaran, pero ella no sufrió ni siquiera un roce, gracias a que su amiga la sostuvo con rapidez. A iniciativa de Sue, la policía metropolitana arrestó a Antony por intento de asesinato, pero Barbara se negó a presentar cargos. Dada su condición, Antony, de 26 años, fue internado en el hospital psiquiátrico privado The Priory, pero se lo dio de alta enseguida porque hacía falta mucho dinero para solventar la internación.

Susan Guinness invitó a su amiga Barbara a almorzar y le comentó que estaba muy inquieta por ella porque algo se debía hacer con Antony. Y si los centros de salud mental privados resultaban muy caros, habría que hablar con abogados para ver la posibilidad de intimar al padre para que se hiciera cargo de su responsabilidad y atendiera de una buena vez la salud de su hijo. O quedaba la alternativa de alguna institución pública.

Tony estaba siempre alterado. "Había pintado sus zapatos y toda su ropa con estrellas doradas, y simplemente se sentó allí y se balanceó hacia adelante y hacia atrás con los brazos cruzados sobre el pecho", reveló Sue. Durante su almuerzo, la última vez que vio a su amiga con vida, Guinness la instó a

tener cuidado, pero Barbara descartó sus temores. “Él nunca me hará daño”, le dijo.

La noche del 16 al 17 de noviembre, Barbara y Tony discutieron por la invitación que él le había hecho a un amigo para que fuera a su casa, un amigo al que Barbara no quería ver. La discusión se volvió violenta. Tony le pegó a su mamá, ella cayó, pero se repuso y corrió hacia la cocina escapando de su hijo. Tony recordaría: “Mi mente estaba un poco loca y muy bajo la influencia de mi madre. Sentí que estaba controlando mi mente”. Minutos después de que ella, asustada, llegara a la cocina, Tony la alcanzó, agarró un cuchillo y la mató a puñaladas. Barbara Daly de Baekeland tenía 51 años. Antony llamó a la policía y esperó en el lugar.

¿Fue el fin?

Al llegar la policía, Tony admitió que había asesinado a su madre. Los agentes dijeron que parecía “ido”. Pero otros aseguraron que estaba lo más bien, lúcido, y que dijo que tenía hambre. Mientras estuvo detenido en la prisión de Brixton, les preguntaba a los visitantes cómo estaba su madre. En el Old Bailey fue defendido por el legendario abogado y dramaturgo John Mortimer, un hombre que había tenido un papel central en la abolición de la pena de muerte en su país y, además, en la aprobación de la Ley del Teatro, que eliminaba la censura. Su estrategia fue buscar que extraditaran a Antony a los Estados Unidos para que recibiera un tratamiento adecuado a sus padecimientos, pero no tuvo éxito. Antony fue declarado culpable de homicidio y enviado a Broadmoor, uno de los principales hospitales de seguridad del Reino Unido, donde fue visitado por ricos y famosos, posiblemente, debido al

estatus de celebridad de su madre y a su asociación con la dinastía Baekeland.

La abuela materna de Tony, Nini Daly, adoptó una visión más compasiva de los problemas de su nieto y resultó fundamental en la obtención de poderosos aliados familiares, como Hugo Money-Coutts —relacionado con una famosa familia bancaria—, para ayudar a dirigir una campaña a fin de que Tony regresara a los Estados Unidos. Nini amaba a su nieto y creía que bajo su supervisión podría llevar una vida normal y feliz. Pero el padre de Tony estaba en contra de tales movimientos y pensaba que su hijo debería haber sido declarado culpable de asesinato en primer grado. Estaba claro que, para Brooks, su juguetito se había hecho añicos hacía ya mucho tiempo, pero no se daba cuenta de que lo habían roto entre él y Barbara. En fin, Brooks insistía en que los psiquiatras eran una pérdida de tiempo y describió a su hijo como "malvado".

En 1980, el dinero y las conexiones del banco Coutts más la colaboración de la embajada estadounidense lograron la liberación de Tony con la condición de que se le confiara el deber de cuidado a su abuela Nini, de 87 años, en Nueva York. Brooks estaba muy enojado con esa decisión e intentó revertir la resolución, alegando que, si lo dejaban en libertad, su hijo volvería a matar y que ni en Gran Bretaña ni en los Estados Unidos comprendían lo inestable y peligroso que era su primogénito. Tony ya tenía 33 años. En el avión hacia los Estados Unidos fue acompañado únicamente por una extraña, que resultó ser la hija de uno de los amigos de su abuela que vivía cerca de Broadmoor.

Que Brooks —que como padre fue despreciable e indigno, además de mezquino y desamorado— tuviera razón no constituía una paradoja. Era demasiado horrible aceptar que el padre había sido uno de los causantes de los problemas de su hijo, de su abandono y hasta del crimen de Barbara. Mejor, para él, era echarles la culpa a otros, a los psiquiatras, a los jueces, a los fiscales. Brooks creó la paradoja perfecta: siendo culpable, convirtió a aquellos en culpables también. Antony no podía estar solo con su abuela en Nueva York. Era una irresponsabilidad de la Justicia británica. Pero él nunca viajó a Inglaterra para ver a su hijo ni para hacerse cargo de un hombre ya con serios problemas mentales. ¿Qué fue Brooks? ¿Un cobarde o un hijo de puta? ¿Cómo se entiende a un hombre como Brooks, que conociendo acabadamente las alteraciones psíquicas de su hijo se negaba a que lo trataran los especialistas?

La abuela de Tony tenía una confianza ciega en la recuperación de su nieto con amor y cuidados. Las autoridades británicas y estadounidenses actuaron con una negligencia solo explicable por la gran cantidad de dinero que había en el medio. Su padre, el anormal heredero del rey de la baquelita, tenía dinero para evitar ese traslado a la casa de su abuela materna, y los allegados a Nini también podían facilitarlo. La conjunción de estos factores —el amor de abuela y una montaña de dinero que impedía que las autoridades vieran a un enfermo mental peligroso frente a sus narices— permitió que Tony cruzara el Atlántico para vivir la última etapa de su penosa vida en Nueva York.

Tony fue a la casa de mamá de Barbara, en el Upper East Side. A poco de llegar construyó un macabro santuario a su

madre y murmuró misas satánicas sobre sus cenizas. El comportamiento cada vez más errático y extraño de Tony fue tratado de manera inadecuada por su abuela y por el psiquiatra familiar. Apenas seis días después de haber dejado Broadmoor, el nieto tuvo una acalorada discusión con Nini por una llamada telefónica que quería hacer a Inglaterra. Ella le negó el permiso. En cuestión de minutos, Tony, fuera de control, la apuñaló ocho veces. Cuando la policía llegó al departamento para descubrir la carnicería, Tony les dijo a los oficiales: "Ella no morirá", a pesar de las múltiples puñaladas que le había infligido a la frágil mujer que, con los huesos rotos, iba perdiendo la voz de tanto gritar de dolor. Antony manifestó que no debió apuñalar a su abuela porque lo que había logrado era que sufriera. Matarla hubiera sido "más amable" de su parte. También confesó que quería tener relaciones sexuales con su abuela. Nini sobrevivió al ataque.

Esta vez no había personas ricas e influyentes en los Estados Unidos que lo defendieran. Tony fue encarcelado de por vida en Rikers Island, la prisión principal de Nueva York. Ocho meses después de las evaluaciones psiquiátricas de Anthony, que tenía entonces 33 años, los trámites para concederle la fianza se retrasaron debido a la decisión de esperar sus registros médicos de Broadmoor, en el Reino Unido. El 20 de marzo de 1981, Tony regresó a su celda. A las tres y media de la tarde lo encontraron muerto con una bolsa de plástico —elemento inventado por su bisabuelo— envuelta alrededor de su cabeza.

SAVAGE GRACE

En 2007 se estrenó la película *Savage Grace*, del director Tom Kalin, que cuenta la historia de Barbara, Brooks y Tony Baekeland, según el libro de Natalie Robins y Steven Aronson, guionado para el cine por Howard Rodman.

No causó sensación ni mucho menos. Los críticos quedaron defraudados por lo "tímido" de la propuesta, que —a pesar de inventar un trío entre padre, madre e hijo, que no pertenece a la historia real— no ahonda en casi nada de los muchos caminos que propone la historia verdadera, menos aún se mete con la asfixiante y sombría sociedad estadounidense de mediados y finales del siglo XX. El hilo de la historia es incoherente, tedioso y vacío —aseguran—, desconectado de la profundidad y la potencia de los hechos reales. Faltaba rascar un poco más la cáscara para no quedarse con las interminables cantidades de cigarrillos que fuma Julianne Moore, que interpreta a Barbara, ni con su ropa, su cabello y, a veces, su vulgaridad. El crítico Ty Burr, de *The Boston Globe*, escribió: "Los personajes están tan desconectados que nunca parecen del todo reales. *Savage Grace* nos da un estilo de vida en el que, para citar a uno de los amantes de Tony: 'Nada es verdad y todo está permitido'. Eso puede ser fatal para las familias ricas que se devoran a sí mismas, pero también tiene sus peligros para los cineastas".

El actor Stephen Dillane interpreta a Brooks Baekeland, y Eddie Redmayne a Antony.

El hombre que prestaba a su mujer

Era la noche más deseada. Daban las tres y media en Roma, en la casa de Via Puccini 9, la mansión del marqués Camillo Casati Stampa di Soncino, el marido esperaba impaciente que su esposa saliera del cuarto de baño. Había apagado las luces del dormitorio para que la penumbra hiciera más sugestivo y erótico su primer encuentro. El marqués estaba parado a un costado de la amplia cama del siglo XIX y temblaba de impaciencia por ver el cuerpo desnudo de su mujer, perfecta, una morocha de piernas cinceladas por un gran artista, muslos fuertes y nalgas de curvaturas celestiales, y de pechos grandes y firmes. Su cabello negro, suelto, la convertía en un animal sexual. ¡Otra Sofía Loren! Pero ella no había nacido Roma, como la Scicolone, sino en Benevento, en la región de Campania. La puerta del baño comenzó a abrirse y el marqués se preparó para recibirla. Desde el dormitorio se veía su silueta iluminada por detrás, por la luz del baño, que ella apagó.

Ahora sí, la penumbra envolvía todo. Anna se dirigió despacio, en puntas de pie —pequeños—, hacia su marido, pero él la contuvo levantando la mano y mostrándole la palma. Ella se detuvo sorprendida.

—Sos más hermosa que la propia Venus —le dijo a media voz—. ¡Te amo!

La marquesa sonrió e intentó dar un paso más. Solo veía a su marido, que estaba con bata de seda y sostenía una cámara de fotos en una mano. El marqués hizo un gesto de presentación dirigiendo su mano libre, en un suave movimiento, hacia el otro lado de la cama. Anna miró y vio la figura de un muchacho alto, desnudo, que tomaba su pene ya preparado para la noche de bodas de la marquesa. Ella borró su sonrisa y se quedó inmóvil. Al instante, sagaz, entendió todo. Fue hasta donde estaba su marido, le acarició la cara y le dio un apasionado beso. Luego se dirigió hacia el otro lado de la cama y se enfrentó con el muchacho. Era agradable. Lo tomó por los brazos y lo expuso un poco más a la luz de la luna que entraba por un pequeño ventanal con la cortina a medio cerrar. Era una noche fría y luminosa.

Dirigió la mirada a su marido y asintió sin decir palabra. El marqués, entonces, se sentó en un sillón de tela azul que había sido colocado a un ángulo propicio para que sus fotografías no omitieran ningún plano, aunque él se desplazaría luego durante la apasionada noche de sexo. Solo sexo, porque el amor era de Camillo y Anna. Y la pareja se acostó. Se escuchaban sus gemidos de placer y el clic de la cámara de fotos. Anna era una experta amante y a veces guiaba al muchacho en posturas diversas. Ella no se ahorró nada. El marqués estaba extasiado y tan satisfecho como los ocupantes del lecho en esa noche de

sexo pleno. El joven le dio un beso de despedida a la marquesa, buscó su ropa y salió de la mansión como le había indicado Camillo. El voyerista se acostó con su amada y la abrazó.

—¿Pagaste mucho? —le preguntó Anna con timidez.

—No importa, querida, me hiciste muy feliz.

—Camillo, te amo y si así…

—No, *carissima*, no digas nada. Siempre te busqué en mis sueños. Debo confesarte que jamás en mi vida he gozado tanto como esta noche. ¡Te amo cuando te veo en la cama con otro!

—Yo quiero estar contigo, como antes…

—Lo estaremos, pero pensá que podemos ser felices de muchas maneras. Siempre estaremos juntos.

—Y yo siempre seré tuya y siempre estaré dispuesta a complacerte, amor mío.

—Yo te complaceré. De ahora en adelante buscaremos los dos a nuestros esporádicos "amiguitos". Si alguno de nosotros no está de acuerdo, no será, hasta que encontremos el que más nos guste.

—Gracias, amor. Yo te quiero a vos.

—Y a mí me tendrás siempre.

El marqués Camillo era romano. Había nacido el 8 de enero de 1927 a las ocho de la noche. Llevaba el nombre de su padre, perteneciente a una noble familia de la Lombardía, que se había casado en 1900 con la extravagante y millonaria marquesa Luisa Adele Rosa Maria Amman, quien pasaría a ser conocida como la marquesa Luisa Casati. De ella se separó en

1914. El matrimonio tuvo una hija, Cristina. Con la separación de Luisa —que luego fue amante del poeta, novelista y político Gabriele D'Annunzio—, el marqués se mudó a Roma, donde conoció a Anna Ewing Cockrell, una estadounidense, hija de un senador y viuda de un diplomático griego, que se iría a vivir con él en el espléndido Palazzo Barberini. Cuando Anna quedó embarazada, Camillo padre declaró que su mayor deseo era tener un varón, y ese anhelo se hizo realidad.

El marqués nombró a Camillino —como lo llamaban cariñosamente— como su heredero y siempre se ocuparía de todas sus necesidades materiales, pero sin atenderlo como lo haría un padre cariñoso. Sus intereses a menudo lo alejaban de su casa. Era un aficionado a la ornitología y la caza y pasaba mucho tiempo en la isla de Zannone —que su hijo convertiría años después en la isla de las orgías—, donde tenía una espléndida villa construida sobre las ruinas de un monasterio cisterciense.* El pequeño Camillino era un niño consentido y malcriado, por eso fue moldeando un carácter intrincado.

De chico tenía arrebatos de furia cuando las cosas no eran como él quería o no le salían como deseaba. No toleraba la frustración y jamás consideraba ni por asomo tener responsabilidad en nada. Nunca le prohibieron algo, lo justificaban en todo y para él no había límites. En las reuniones que organizaba su mamá, a fin de reunir fondos para actos de beneficencia, se comportaba como un ladrón con ventaja, porque se robaba la recaudación del mismo plato en el cual se recolectaba. O, también, se metía debajo de las mesas y levantaba las faldas de las señoras.

¿Quién hubiera podido decirle algo a la marquesa? ¿Cómo se le hubiera ocurrido en ese entonces a alguna de las señoras

decirle que su hijo era un atrevido y maleducado? Era malo con los sirvientes, a quienes les pegaba patadas porque no hacían lo que él les decía. Los culpaba de todo, hasta de los ruidos que lo despertaban cuando él quería seguir durmiendo, como el ladrido de un perro o el llanto de un bebé de alguna de las mucamas. Anna Ewing Cockrell estaba convencida de que sus hijos debían crecer acostumbrados a las asperezas de la vida y, por ese motivo, no los quería pegados a su falda. Contrató a tutores, institutrices y niñeras, en quienes delegó la educación de Camillino. Después lo envió a un internado suizo. El chico se formó con los mejores instructores, pero jamás conoció el afecto de su mamá y de su papá. Estaba decidido a conocer lo que era un interrogante para él, la calidez que solo ofrece la vida familiar, y a los 23 años decidió formar su propia familia. En 1950 se casó con una bailarina, Letizia Izzo, más conocida como Lydia Holt. Se fueron a vivir al hermoso Palazzo Barberini, en Roma. Al año siguiente nació su hija Animaria.

Camillino heredó de su padre —como este del suyo— la pasión por la caza y la ornitología. “Sé que soy fácil de enojar y creo que matar animales es una buena salida para mí”, escribió en su diario. En cuanto a las aves, sus favoritos eran los halcones peregrinos. “Paso horas mirándolos volar y lanzarse rápido, verticalmente, cuando veían a sus presas. Me gustan porque son grandes cazadores, como yo”, decía. También era un apasionado de los juegos de mesa, las carreras de caballos, las grandes reuniones y los eventos sociales a los que concurría con asistencia perfecta. Por otra parte, iba seguido a la isla de Zannone junto con sus amigos millonarios. Camillino pasaba algunas temporadas en el pequeño municipio

de Árcore, en la provincia de Monza, a unos 20 kilómetros al norte de Milán, en la casa de los Casati Soncino, la fabulosa Villa Giulini Della Porta, luego llamada Villa San Martino, que en la antigüedad había sido un monasterio benedictino. Décadas después, su hija Animaria se la vendería a precio vil a Silvio Berlusconi, antes de irse a vivir a Brasil.

El 19 de marzo de 1929, en Amorosi, provincia de Benevento, en la Campania, nació Anna Fallarino, en una familia de clase media. No sobraba nada en la casa, más bien faltaba el dinero. Ernesto, el papá, era empleado de correos, y la mamá, Amelia, se desempeñaba como ama de casa y, además, tenía un título de maestra. Amelia era de origen calabrés. Cuando Anna tenía 3 años, su madre se escapó con un amante. Ernesto se confesó incapaz de criar a sus hijas. A Anna se la confió a su hermana, que ya tenía dos hijos, mientras Velia, la hermana menor de Anna, fue a vivir con otros parientes. Ubicadas sus hijas de esa manera, Ernesto también se fue. Anna no tuvo una infancia dichosa, al contrario. En el colegio le iba pésimo y no se llevaba bien con sus primos, ella decía que era por envidia: “Me despreciaban, no me dejaban jugar con ellos y por la mañana antes de ir al colegio tenía que ordenar la casa”. Tampoco tenía la mejor relación con una hermanastra, una nena que su madre había tenido con un amante napolitano.

A los 12 años fue abusada por el párroco local, algo que escondió toda su vida, pero los suyos conocían esa historia. Ella nunca consideró ese hecho como su primera vez. La herida la marcó al punto de comenzar a pensar en irse de su

pueblo, aunque fuera con lo puesto. A pesar de lo que ocurría puertas adentro, en el pueblo se la consideraba una chica de buena familia, guapa y educada. Tenía un solo defecto, su timbre de voz era muy alto y, cuando estaba excitada o agitada, le costaba bajarlo. A los 14 tuvo su primer novio (“solo abrazos y besos húmedos”); a los 16, el segundo (“mi cuerpo empezó a despertar, sentí algo especial en mi corazón, en mi cabeza y en ese lugar bajo, y a pesar de que me dijeron que me iba a sangrar, me di cuenta de que si tocaba allí estaba encantada”). Luego estaba Marcello, un albañil de 20 años (“me volvió loca, me golpeó contra la puerta y me la metió entre los muslos; el sinvergüenza intentó meterla, pero no lo consiguió”).

A los 16 años, Anna Fallarino debía tomar una decisión: se quedaba en Amorosi y se convertía en peluquera o se iba a Roma. Decidió abandonar sus estudios, dejar a su tía y probar fortuna en Roma. Quería ser actriz. Se alojó en Via Milano 43, interno 5, en casa de su tío Mario, un suboficial de policía. Empezó a trabajar como empleada en una tienda de ropa, lo que ayudaba a que no fuera una carga para la familia de su tío. Se daba maña para arreglar vestidos y otras indumentarias y transformaba la ropa vieja de sus amigas en vestidos a la moda. Ella se conformaba con dibujarse en las piernas la línea trasera de las medias para fingir que las usaba. Poco a poco se hizo conocida en el barrio por su habilidad con las telas y el diseño de ropa y, sobre todo, por la elegancia con la cual lucía las prendas, y eso la llevó a comenzar en el modelaje, primero para las hermanas Fontana y luego para otras casas de moda.

Además, intentó hacer una prueba en Cinecittà. Anna, alta, piel aceitunada, firme, tersa, hombros rectos, frente amplia,

cejas arqueadas, pestañas postizas, pómulos pronunciados, nariz recta, cabello castaño largo y espeso, boca grande, labios sabrosos, dientes muy blancos, pechos grandes, glúteos redondos y firmes, bien podía transformarse en otra Sofía Loren. En los hombres causaba fascinación. Solo había una cosa que le faltaba para una completa comparación con las divas del momento: ella no tenía talento para la actuación.

Cuando Anna llegó a Roma, conoció a su vecino Remo Lorenzoni, un aprendiz en la carnicería de su padre, en Via Milano 4, ubicada cerca de la Fontana di Trevi. "Quería ser serio, pero no lo era. Primero, a su familia no le caí bien, luego aspiré a un hombre más culto, más refinado, de otro nivel, de otra clase social", escribió Anna. Ella tuvo su primera relación sexual con un mentiroso que prometía que le abriría las puertas del cine y que pronto estaría haciendo pareja con Marlon Brando. Un "vendedor de estrellas". Anna registró esas experiencias nefastas con tipos que le tomaban el pelo con el asunto del cine, con el único propósito de acostarse con ella. Ninguno le agradaba. "Cerré los ojos con fuerza y fingí ser otra persona", manifestó.

Anna Fallarino apareció al fin en una película, nada menos que un film protagonizado por el más grande cómico italiano de siempre, Antonio de Curtis, conocido como "Totò", en la película *Totò Tarzán*. Esa pequeña participación la consiguió gracias a un amigo que era ingeniero de sonido en Cinecittà. Anna, en la escena, llevaba una guirnalda de flores en el pelo y un sostén de gran tamaño con un manojo de cuatro bananas.

Totò: —¿Cómo te llamas?

Anna: —Rana.

Totò: —Entonces escuchá a Frog, vamos por un renacuajo.

Principio y fin de la carrera cinematográfica de Anna Fallarino.

En una fiesta que dio un amigo romano, Anna conoció a Giuseppe "Peppino" Drommi, propietario de una pequeña industria alimentaria. Se enamoraron. Drommi era un muchacho moreno, alto y elegante. Enseguida le regaló de todo, incluido un anillo de diamantes. Y no paró ahí. La llevó a la casa de sus padres, la presentó a su familia y le pidió permiso a su padre para casarse con esa encantadora morocha. Peppino era millonario, frívolo, querido por la alta sociedad romana y, ahora, feliz por su próximo casamiento. Llevó a Anna a las mejores y más glamorosas fiestas. Anna y Peppino se casaron en 1950. Hicieron el amor incluso antes de la boda. "Estaba enamorada. Una noche, cuando ya nos habíamos comprometido, vino a cenar a mi casa. Luego nos acostamos en el sofá y me besó con su boca con olor a fresa y me quitó la blusa, el sostén, la falda y la bombacha", dijo Anna. No todo podía ser perfecto. Ella esperaba una larga noche de amor ardiente, pero Peppino sufría de eyaculación precoz. "Me quedé como una tonta […] y me di cuenta de que él necesitaba satisfacerme con el sexo. En cualquier caso, Peppino no era un egoísta, trataba de resistir todo lo que podía y, si no podía, me satisfacía de otras formas".

En 1958, en un viaje a la Riviera francesa, Peppino se encontró con su amigo Camillo Casati Stampa y su mujer. Después de comer ostras y beber cócteles Kir Royale, las dos parejas decidieron ir al restaurante Le Pirate, de Roquebrune-Cap-Martin, entre Mónaco y Menton. Allí conocieron al dominicano Porfirio Rubirosa, una mezcla de *playboy* y

gigoló, rastreador de mujeres millonarias; de él se decía que tenía el encendedor de cigarrillos más veloz de la época, y era muy cercano a Rafael Leónidas Trujillo, o sea que Rubirosa venía a ser la cara bonita de una dictadura brutal. Muy creído de sí mismo, Rubirosa se atrevió a conversar con Anna, pero, además, a rodear con su brazo el hombro desnudo de ella. La primera que lo miró con furia fue la esposa de Porfirio, la actriz francesa Odile Rodin, pero también Peppino y Camillino lo hicieron. Peppino se acercó a su mujer y a Rubirosa, con Camillino detrás. Tocó el brazo de Porfirio varias veces mientras le decía que sacara la mano del hombro de su mujer. Su tono era correcto pero severo. Rubirosa hizo de cuenta que no lo escuchaba y que no había sentido esos golpecitos sobre su brazo.

Peppino, ya dispuesto a todo, le pegó un empujón muy violento al dominicano, que se dio vuelta y se trenzó en una pelea a trompada limpia con Giuseppe. Camillo cuidó a Peppino. En un momento se metió en medio de los dos y le dio varios golpes plenos a Rubirosa. Había quienes tenían ganas de aplaudir la paliza que estaba recibiendo el engrupido Porfirio. El marqués Casati estaba colorado; sus nudillos estaban colorados; la cara de Rubirosa estaba colorada, y el corazón del marqués Camillo Casati Stampa di Soncino, fogoso y batiente, perteneció desde ese momento a Anna Fallarino. Las mesas y las sillas volaron por el aire, platos y botellas rotas, manteles por el piso. Ana escribió en su diario: "¡Y todo ese gran lío por mí!".

Esa misma noche, Anna se hizo amiga de Letizia Izzo, la mujer de Camillo. El marqués, desde entonces, no pudo olvidar a Anna. El recuerdo de aquella pelea con Rubirosa

estimuló su afán irrefrenable de cortejarla. Ella notó enseguida las intenciones del marqués, aunque simuló indiferencia, y escribiría en su diario: "No quería ser ninguna amante". La actitud de Camillo hacia Anna era tan evidente que Letizia se dio cuenta y dejó de verla y recibirla. La amistad se esfumó y cerró todas las relaciones con ella. Peppino, a quien le importaba más perder a su mujer que a su amigo, advirtió que Anna era complaciente con los agasajos y galanteos del marqués. Estaba deprimido, abatido.

Muchas de las cosas que definieron el rumbo de la vida de Anna ocurrieron en fiestas. En una de ellas, ese mismo año, Peppino, algo tomado, le hizo una escena de celos en público. La quería mucho para insultarla, pero de todos modos la trató de mujer vulgar, una cualquiera. Peppino se levantó de la mesa que compartían y se fue. Anna se quedó sola y lloró. Camillo decidió en ese instante que iba a terminar su matrimonio con Letizia, se levantó de su silla y fue al lado de Anna a consolarla. Letizia se quedó sola y lloró también. Camillo abrazó a Anna y la invitó a bailar. Se sentía envuelto en una magia especial, en una música única que lo impulsaba a bailar con Anna. Letizia los veía, incrédula, sentada al margen, con lágrimas inolvidables. Cuando terminó la fiesta, Camillo pidió un taxi e hizo subir a su mujer.

—Se acabó entre nosotros. —Camillo podía ser muy grosero cuando quería.

Anna y Camillino pasaron la noche en un lujoso hotel, pidieron champán e hicieron el amor y pidieron más champán y volvieron a hacer el amor, pero esta vez le ordenaron al camarero del servicio de habitaciones que se quedara y lo hicieron frente a él. A ella no le molestaba mostrarse desnuda

ante un desconocido y menos que la vieran tener relaciones. Ella escribiría: “Camillo ha exigido que se quede de pie frente a nosotros con la servilleta en el brazo, esperando la orden de descorchar la botella. Luego lo tocó para sentir el efecto que le habíamos causado mientras hacíamos el amor. Hasta lo invitó a beber una copa. Yo le di una propina muy generosa. Nos hemos poseído salvaje y repetidamente durante toda la noche. A la mañana siguiente, con la lengua magullada y la parte inferior del abdomen ardiente, regresé a mi casa. Estaba desierta. En la mesita de luz había una nota de Peppino. Decía que se declaraba dispuesto a concederme la separación mientras me fuera lo antes posible”.

Por el momento, Anna tomó algunas de sus cosas y se mudó a lo de un amigo. Apenas unas semanas después, Anna se fue a vivir con Camillo al Palazzo Barberini. La mamá de Camillo le dijo a Anna: “Me parece que sos la mujer indicada para un hombre como mi hijo, veo que tenés clase y sé que lo harás feliz, estoy segura de que el insatisfecho y pretencioso Camillo contigo dejará de buscar”. Él ya había iniciado la separación civil de Letizia y, en cuanto al casamiento religioso, pagó más de mil millones de liras a obispos, cardenales y altos prelados del Vaticano para obtener la anulación del matrimonio. Anna también se separó de Peppino Drommi y obtuvo igualmente la anulación del matrimonio eclesiástico, con el apoyo financiero de su nuevo amor.

Anna y Camillo se casaron por civil y el 21 de junio de 1961 lo hicieron por iglesia. A partir de ese momento, los dos comenzaron a vivir en el lujo más desenfrenado y de fiesta en fiesta. Los modistos y sastres de parabienes, porque en casi todas las horas del día necesitaban una vestimenta apropiada,

desde la bata de seda hasta el traje hecho a medida para la noche y los vestidos más delicados. Los esposos participaban de veladas, reuniones, fiestas en los salones de los castillos y mansiones de la nobleza. Tenían varios inmuebles, el de Via Puccini, en Roma, el Palazzo Soncino, en Milán, y otras propiedades en Cinisello Balsamo, Usmate, Muggió, Nova Milanese, Trezzano sul Naviglio, Gaggiano, Bareggio, un castillo en Cusago, la villa del siglo XVIII de Árcore —3700 metros cuadrados con una galería de arte que incluía pinturas de Tintoretto y Tiepolo y una biblioteca de más de diez mil volúmenes—, un establo en Tor di Valle, barcos, automóviles. En verano se trasladaban desde la isla de Zannone a L'île du Levant —una playa nudista—, viajaban a Córcega o Porto Rotondo para recibir a Aga Khan o a miembros de la antiquísima familia veneciana Donà dalle Rose.

Anna cedía a todas las fantasías sexuales de su marido. "Cuando alguien ama, todo es lícito y se vuelve más agradable", escribió. La ahora marquesa volcó en su diario algunas impresiones, por ejemplo, sobre su marido: "No sé cómo no se cansa, le gustaría que hiciera el amor continuamente y no solo con él, ¡casi nunca con él! Al principio, cuando me habló de ciertas libertades sexuales y relaciones promiscuas, pensé que lo estaba haciendo para despertarme o intrigarme. Al comienzo solo éramos él y yo, tal vez con algunos espectadores. Lástima que no duró mucho".

En la isla de Zannone, en el Mar Tirreno y frente a la costa entre Roma y Nápoles, el marqués —además de ir de caza— solía organizar bacanales. Enredos de cuerpos desnudos tendidos sobre las rocas retorciéndose en múltiples poses frente al lente del marqués, quien con su cámara fotográfica

captaba situaciones desde arriba, de costado, desde todos los ángulos, y daba instrucciones precisas a ella y a los otros sobre qué hacer, como si fuese un director de cine. La protagonista absoluta, por supuesto, era Anna, que se entregaba a los presentes y seguía con atención todas las órdenes de su marido, jadeando y moviéndose a voluntad. Él le decía: "Si eres buena, luego te poseeré y verás cómo disfrutaremos".

Cuando no estaban en alguna gala —especiales o no—, vivían en Via Puccini 9, Roma. El departamento, con vista a Villa Borghese, ocupaba los pisos tercero y cuarto del edificio. En el tercero estaba la entrada, los dormitorios de los marqueses, los baños, una sala de juegos, una sala de estar y un dormitorio de invitados; en el piso superior, el cuarto de servicio, el comedor, el salón de invitados —más conocido como "salón de los pájaros", por los trescientos ejemplares disecados, incluidos los flamencos— y el estante de los rifles.

Hacia 1961, Anna quedó embarazada, pero después de solo dos meses sufrió un aborto espontáneo. Los dos intentaron una y otra vez, hasta se sometieron a diversos tratamientos, consultas con especialistas del extranjero, medicamentos; sin embargo, cada embarazo no duraba más de dos meses. "Traté de retenerlo en mi útero, pero es inútil; cuando siento algunos calambres, empiezo a perder sangre y sé que es el final de otra esperanza mía", relató ella, amargamente, en su diario.

Casi cuatro años después la ilusión de ser padres se había esfumado, pero el deseo de ser protagonistas de locuras sexuales, perversiones y nuevas sensaciones estaba intacto. Hacia 1965, en la playa de Coccia di Morto o la de Ostia, el marqués comenzó a seleccionar a algunos muchachos con cuerpos atractivos, musculosos, y les daba de treinta a

cincuenta mil liras para que se acostaran con su esposa, al aire libre o en una cabaña, mientras él fotografiaba y disfrutaba. “Eran unos sucios —los calificó un bañista—. Vinieron a la playa y se desnudaron. Un día me invitaron a acostarme con ellos. Lo hice y luego esa mujer me atrajo sobre ella. Todo sucedió bajo los ojos de su compañero. Al final el tipo estaba tan feliz que hasta me pagó”, concluyó. Era la última inclinación del marqués, así fuera en la playa o en Via Puccini de Roma, más discreto, prestaba a su mujer y miraba cómo copulaba con otro hombre mientras él registraba todo con su inseparable cámara. Parecía que ella lo tomaba como una diversión para complacer a su marido, y él estaba dichoso y satisfecho, como si en lugar de uno cualquiera hubiese estado él sobre su mujer. En su diario, el marqués contó: “Hoy, Anna me ha vuelto loco de placer. Hizo el amor con un ‘soldado de juguete’ con tanta eficacia que desde la distancia también compartí su alegría. Me costó treinta mil liras, pero valió la pena”. En otra parte escribió: “Estábamos en la costa de Fiumicino, y muchos la miraron. Elegimos a un joven. Fue satisfactorio. Lo hemos recompensado con treinta mil liras”. Y también reveló: “En el mar, con Anna, inventé un nuevo juego. La hice rodar sobre la arena y luego llamé a dos tipos para que le quitaran con la lengua los granos de arena de la piel”.

Había una condición de hierro: Anna debía estar de acuerdo con el candidato que le proponía su marido. Terminaron acordando que al candidato también podían elegirlo entre los dos. Casi a fines de 1968, Camillo conoció a una neerlandesa que se parecía mucho a Anna. El marqués pensó que su esposa no se opondría —de hecho no se opuso— y probó con

fotografiar a las dos para divertirse aún más. Malcriado, altivo, fatuo, arrogante, él hacía de las suyas en un nivel superior a cuando de jovencito solo les levantaba las polleras a las señoras que iban a dejar dinero para la caridad.

En enero de 1970, durante una fiesta de caridad, la marquesa conoció a un muchacho alto y agradable llamado Massimo Minorenti, de 25 años. Tenía todo menos plata. A Anna le encantó apenas lo vio y de inmediato se lo presentó a su marido, a quien le pareció un excelente participante para el singular trío. El joven era un estudiante de ciencias políticas que jamás había dado un examen, de tendencia fascista, atlético, con cabello rubio sobre la frente. Se lo pasaba vagando y por las noches concurría a reuniones sociales o fiestas en las que buscaba flirtear con alguna señora. No era un gigoló, pero le hubiera encantado serlo. Decían que había tenido un romance con la bailarina Lola Falana. Tenía una novia yugoslava llamada Zorika Miloševi´c, cinco años mayor que él. Camillino enseguida lo llamó “el chico del pelo largo”.

La primera noche fue magnífica, aunque a Massimo le incomodó que el marqués anduviera dando vueltas a la cama con su cámara de fotos. De todas formas, el físico de Anna y su fogosidad le hicieron olvidar esos molestos clics. Con Massimo, Anna sintió por primera vez, desde que empezaron estos “jueguitos”, que el sexo no era solo sexo. Hubo algo en ella que generó un afecto que jamás había sentido con los otros que pasaron por su cama o se revolcaron con ella en la playa. Las caricias transmitían cierto ardor, los besos le hicieron recordar aquel hormigueo de sus enamoramientos de juventud y la unión de los sexos la transportó a un cielo que hacía muchos años no frecuentaba, acaso la primera vez con

Peppino o con Camillo, pero que le pareció nuevo, amoroso, y el sexo, un camino para llegar hasta allí. Sentía que el corazón del chico era el acompañante ideal para esa gloria que ella había olvidado. Cuando Massimo se cambiaba, pensó que no había que pagarle porque no había prestado un servicio, sino que él había amado y ella también. Massimo, por su parte, se sorprendió cuando Camillino le dio el dinero convenido, pues pensaba que era mentira que los marqueses se divirtieran de esa forma, que lo habían contratado como prostituto.

Casi nunca había ocurrido que uno de esos muchachos, empleados para una noche o para un encuentro con Anna, fueran requeridos otra vez. Pero ella había insistido en que el encuentro se reiterara, y al marqués le pareció extraño que volviera a pedirlo. En su diario llevaba escritas sus preocupaciones sobre los juegos que él mismo había propuesto. Durante los once años de matrimonio con Anna fue creciendo en Camillo el miedo a ser traicionado, es decir, que ella se enamorara de alguno de estos jóvenes que él llevaba a su cama para entregarles a su mujer por unas horas. Para evitarlo, el marqués cambiaba de compañeros todo lo posible, pues pensaba que no habría enamoramiento mientras no conociera bien a nadie. Pero Anna tenía otros pensamientos y otras pasiones, y no hizo falta que conociera bien a Massimo para enamorarse de él, solo le bastó tocarlo y que él la tocase. Perdió la cabeza por el chico.

Ya para febrero, Anna y Massimo comenzaron a verse en secreto en un hotel o en la casa de algún amigo de él. Ella buscaba la intimidad de una relación apasionada y afectuosa. Massimo le hablaba con palabras dulces, le enviaba flores, le regalaba el disco del famoso cantautor Domenico Modugno

con el tema musical “La lontananza”, que parecía escrito por Modugno a propósito de esta relación entre Anna y Massimo. El texto comienza con la historia de la separación obligada de dos enamorados.

Me acuerdo de que nuestra conversación
fue interrumpida por una sirena…
Ahora, como entonces, nos miramos
habríamos querido permanecer abrazados, pero en cambio
con una sonrisa te acompañé por la calle de siempre
te besé como siempre y te dije dulcemente:
“La distancia, sabés, es como el viento:
apaga los fuegos pequeños,
pero enciende aquellos grandes, aquellos grandes”.
Ha pasado ya un año y es un incendio
que me quema el alma…

Anna enloquecía de amor. Ni lo pensaba cuando advertía que a Massimo le faltaba dinero. No le preguntaba a su marido, y ella misma se lo proveía. Camillo solamente le pagaba por sus actuaciones sexuales. Camillino creía que era un buen amante, y si su esposa estaba satisfecha, él también, pero no sabía que Anna, con Massimo, había vuelto a ser una jovencita flechada, amada. Ella se había enamorado y, con el tiempo, le propuso a su marido que organizara fiestas multitudinarias para que la presencia permanente de Massimo

no le pareciera sospechosa. Así, también, Anna podría escaparse por un rato con su amante.

¿Este tipo de depravación que practicaban los marqueses Casati Stampa estaba relacionada con alguna disfunción sexual que hubiera sufrido el marqués? ¿Ya no podía lograr una erección? Ninguna de estas preguntas ha tenido respuesta unánime. Desde que iniciaron este "entretenimiento", Camillo mantuvo relaciones con su esposa, aunque de forma esporádica. Algunos psiquiatras no tuvieron dudas de que se trataba más bien de una homosexualidad latente apaciguada y satisfecha por la actividad de jóvenes a través del cuerpo de su esposa. Por último, hubo especialistas que simplemente entendieron que lo que le ocurría a Camillo era un voyerismo exasperado por defectos de su personalidad. No siempre había sido así, pues Anna y Camillo pasaron una estupenda noche juntos en un hotel luego de aquel ya lejano episodio de la pelea de Camillo con el *playboy* dominicano Rubirosa. Y durante los primeros tiempos no había ningún problema sexual entre ellos.

La historia de Anna y Camillo presenta la cuestión del "alquiler" de su mujer como un "juego". ¿Era eso realmente o había una disfunción que Anna aceptó para no terminar el matrimonio con un hombre que amaba? Al principio no buscaban muchachos todo el tiempo, es decir que seguían manteniendo relaciones sexuales entre ellos, pero con el tiempo la búsqueda de prostitutos se convirtió en una constante. Si tuvo un problema sexual, se lo guardó para sí y para su esposa, porque no hubo en tantos años la mínima filtración o sospecha y, de haber consultado con un profesional, era improbable que un médico eligiera como

tratamiento que Camillo anduviera prestando a su mujer por dinero para sentirse satisfecho sexualmente.

En febrero de 1970, Anna era una mujer de 40 años y estaba por cumplir 41, tan bella y atrayente como siempre, pero a Camillo no le pasó inadvertida la edad de su mujer y le propuso practicarse una mamoplastía para mantener sus pechos atractivos y una abdominoplastía reductora, es decir, un procedimiento quirúrgico para corregir defectos en la piel del abdomen, prácticas que en ese entonces solo los millonarios podían permitirse. El problema con esta última intervención era que la cicatriz permanecía muy visible. Si hubiera sido por Anna, no se habría hecho tocar un pelo. Su convalecencia transcurrió durante marzo en Zannone. Le escribió a Massimo: “Estoy muy triste. Normalmente amo esta isla, pero este año la odio. Lo peor es que no puedo evitarlo, espero calmarme, pero por ahora mi vida es un infierno. Creo que estaría feliz si me escribieras. Mecanografiá el sobre y como remitente poné Sartoria Botti, Corso Italia 21, Roma. Ahora tengo que dejarte. Vuelve Camillo. Un gran abrazo de oso. Tu Anna”.

Para junio, Anna se había recuperado ya de la operación, a pesar de que estaba muy alterada por la cicatriz en la parte inferior del abdomen, que irremediablemente se notaba. El cirujano insistió en que mejoraría hasta hacerse casi invisible en un año. La marquesa retomó sus salidas con Massimo, y Camillo estaba que echaba chispas, porque al final de cuentas se había producido lo que él tanto había temido, que su mujer se enamorara de uno de esos prostitutos y que lo que había comenzado como un juego —que duraba casi cinco años— se hubiera convertido en una pesadilla para él. Peleaba a cada

rato con Anna, no solo por estas cuestiones —después de todo, de Massimo hasta se podía cansar—, sino porque ella ya no quería seguir siendo la mujer de muchos, se había hartado de ese "jueguito" del "mirón saca fotos" mientras ella estaba con otro hombre.

Anna se lo dijo con todas las letras: quería terminar con eso. Ella le explicaba a su marido que tenía un hombre y que no quería seguir metiendo en su cama a nadie más —salvo a Massimo—. Escribió en una carta: "Anteriormente, lo nuestro era un pasatiempo alegre y singular que él propuso, en el que tenía que participar y ocurría de vez en cuando. Ahora, sin embargo, tengo que complacerlo dos o tres veces por semana. […] Creo que me he convertido en la peor de las putas. […] Me hace pasar los dolores del infierno, pero aún lo amo". Camillino sintió que Anna se alejaba cada vez más. Se aislaba. Ella estaba de mal humor. El 7 de julio, Camillo escribió en su diario: "La mayor decepción de mi vida. Ojalá estuviera muerta y me hubiera ido, qué asqueroso… lo que Anna me hizo. Pensé que éramos la única pareja realmente conectada, pero en cambio…". Se refería a la relación de su mujer con Massimo.

Para agosto de 1970 comenzaron otra vez las fiestas veraniegas en la isla de Zannone. Massimo siempre estaba entre los invitados. Durante una orgía, Camillino lo trató mal: "Massimo, pero cómo te movés. Tonto. ¿No te estimula mi esposa? Sin embargo, te gusta cuando nadie te está mirando, ¿no? Hombrecito perdido. Ahora te mostraré cómo se hace". Camillo se echó sobre Anna y, como un salvaje que había pasado mucho tiempo sin tener sexo, logró que ella jadeara en voz alta para asegurarse de que "el de pelo largo" la escuchara.

Camillo sonrió. Pero a Anna no le causó ninguna gracia. No podía soportar más el comportamiento de su marido ni sus juegos ni sus celos ni nada.

Se le ocurrió una idea para molestarlo, pero necesitaba la ayuda de Massimo, quien estaba dispuesto si recibía algo de dinero. Anna le escribió a su prima Maria Teresa: "Tengo dinero, villas, pieles, joyas y la envidia ajena, pero no son la riqueza y la nobleza, como pensaba, las que dan felicidad. Hubiera sido feliz si solo me hubieran amado de una manera normal. Si Camillo lo quiere, me quedo con él porque aún lo amo, pero quiero deshacerme de sus perversiones". A mediados de agosto, Massimo pasó la noche con los marqueses para disgusto de Camillo. Esta vez fue Anna la que le dio dinero al joven luego de amarse frente al marqués, que no sacó fotografías. Anna le dio nada menos que 100.000 liras. Camillo estaba muy enojado, en parte, por la cantidad de dinero, pero sobre todo por la actitud de su mujer. Él conocía demasiado bien el juego como para no darse cuenta del significado del gesto repentino de su esposa. Era como decirle: "Ya basta. Yo ya elegí". Camillo se fue de la casa y tardó unas horas en volver, hasta que se le pasó la rabia. Cuando regresó, no saludó al mayordomo que fue a abrirle la puerta, una actitud inusual en él, pues de la época en que era un niño y pateaba a los sirvientes, que no hacían lo que él decía, había aprendido, ya de grande, a ser brusco pero educado. Pero esta vez… Días después escribió en su diario: "Me estoy muriendo literalmente por dentro y he perdido todo".

De repente, Massimo volvió con su ex novia yugoslava y pasó la noche con ella. Zorika creyó que él quería retomar la relación que se había cortado cuando la marquesa apareció en

su vida. Planearon un fin de semana en Porto Santo Stefano, una ciudad portuaria en el municipio de Monte Argentario, en Toscana. A Zorika nunca le gustó Anna —a la que llamaba "la vieja"— y quería que su novio se la sacara de la cabeza, quería recuperarlo. En cambio, Massimo esperaba que al dejar Roma pudiera sacarse a Anna de sus pensamientos. Mientras, Camillo tomó un avión hacia Venecia, donde se reunió con su amigo Vittorio Marzotto para ir a una excursión de caza.

Apenas amanecía cuando Massimo se quedó dormido con Zorika a su lado, después de pasarse toda la noche pensando en Anna. Zorika lo dejó dormir y se fue a la peluquería. Al regresar, Massimo no estaba. Había ido a reunirse con Anna en Via Puccini. A la tarde llegaron a la casa dos amigos de Massimo, Cesare Marangoni y Aurelio Facchini, con los que él quería abrir el *showroom* de autos. Los cuatro cenaron en el comedor de los marqueses. Era el sábado 29 de agosto.

A las 23:10, mientras el marqués cenaba en Venecia, recibió una llamada de Anna. Después de unos minutos de conversación, él le dijo: "¿No te parece que estás apurando demasiado las cosas?". A eso de las once menos cuarto de la noche, el matrimonio Marzotto se fue a dormir y Camillo se quedó con el joven Gaetano Marzotto, de 17 años. El marqués pidió hablar con Roma y lo hizo tres veces, pero la última conversación fue muy tensa, casi violenta. Gaetano le contó luego a su papá que había escuchado parte de la conversación: "No. No… No apresures las cosas… Si ese es el caso, todo ha terminado entre nosotros, pero después debés salir de la casa de inmediato y él debe mantenerse… Ven a mi casa mañana a las 6:30 y arreglaremos todo. Pero si las cosas no se calman, lo arruinaré, tal vez lo mate… De todos modos, no te pasará

nada. No te preocupes". También durante esta llamada le dijo a Anna que él quería hablar directamente con Massimo. El joven se acercó al teléfono y Camillo le gritó fuera de sí: "¡Cobarde, estafador!". A las dos de la madrugada, tras la última llamada telefónica de Camillo, Anna y Massimo, asustados por las amenazas, se fueron de la casa de Via Puccini a lo del amigo Cesare Marangoni, en Via Ripense 4. Ninguno pudo dormir esa noche.

El domingo 30 de agosto, Camillo se levantó muy temprano y se fue a cazar patos, mató ciento ochenta y tres. Almorzó con los anfitriones y luego pidió que lo llevaran de regreso a Venecia para tomar el avión de la tarde. "Volveré para el próximo viaje de caza, pero entonces vendré con Anna", le dijo a Marzotto. Parecía muy tranquilo. Entretanto, a las once de la mañana, Anna llamó a su primo Nini Fiumanò, que estaba en Roma con su familia. Le pidió que la acompañara a su casa, en Via Puccini, con Massimo. Nini se rehusó porque —le dijo— no quería interferir en la relación matrimonial y le aconsejó "de corazón" que no llevara a Massimo a donde estuviera Camillo o, al revés, si el marqués llegaba más tarde, que se encargara de que no encontrara al muchacho. Anna había reflexionado todo ese tiempo, amaba a Camillo pero, a pesar del cariño que le tenía, pensaba que debía dejarlo.

Acaso ella creía que lo amaba, pero las cosas llegaron a un extremo que no podía ponerse en la disyuntiva de elegir entre un hombre y otro. Su marido era el marqués y no podía ni quería dejarlo. Pensaba que las cosas se calmarían después de que los tres —ella, Camillo y Massimo— volvieran a verse las caras. Ya había tomado una decisión. Escribió una nota para Massimo y se la dio en secreto a Aurelio Facchini, uno de los

amigos del muchacho, con el encargo de que se la entregara después de la reunión con Camillo en Via Puccini. Esa carta decía: “Te escribo mientras no sé si mi amor aún existe. Para mí, no fuiste solo una aventura. Intenta empezar una nueva vida. Tu Anna”.

A las siete de la tarde, Anna y Massimo llegaron a Via Puccini. Quince minutos después entraron en la sala de estar. Camillo los hizo esperar. Sacó una escopeta de caza mayor del estante, la cargó con cinco cartuchos para jabalí y le dio la orden a Adriano, el camarero, de que no lo molestara por ningún motivo. El marqués, lleno de rencor y celos que venía acumulando desde que conoció a Massimo, cargó su Browning de caza calibre 12 y entró en la sala. Mató a su mujer de tres tiros y a su amante de dos y luego se suicidó. Preocupados por los gritos desesperados que llegaban desde el salón, los sirvientes de Via Puccini llamaron a Velia, la hermana de Anna, que estaba en la villa Rocca di Papa. “No podemos entrar. El marqués nos impidió hacerlo”, le dijeron.

A las nueve y media de la noche, Velia Fallarino entró en el salón con el camarero Adriano y Cesare Marangoni, que se había quedado en la puerta esperando a Massimo. Había sangre por todas partes, en las cortinas de brocado, en los muebles Luis XV, en los sillones papales. Anna estaba sentada en un sillón, con las piernas apoyadas sobre un taburete, una sobre la otra. Camillo le había disparado en el brazo, en la garganta y en el pecho. Desde el corte en el pecho se podían ver los implantes de silicona que le habían colocado unos meses antes. Massimo Minorenti, con un balazo en la espalda y otro en el cuello, estaba tirado, medio acurrucado con los brazos cruzados, en un charco de sangre detrás de la mesa de

café, tenía una camisa estampada y pantalones de cuero. Murió con un ojo bien abierto. El marqués estaba acostado de espaldas detrás de un sillón, con la cabeza rota, y junto a él, su Browning calibre 12. En la pared detrás de él, partes de su cerebro. Es probable que haya usado el sillón para apuntar el arma bajo su mentón.

En la sala se encontró el diario del marqués, que contenía más de mil quinientas fotografías pornográfico-eróticas y miles de reflexiones, observaciones y apuntes sobre los encuentros sexuales de Anna Fallarino. Apenas se enteró de lo que había ocurrido, Nini, el primo de Anna, fue a Via Puccini y en la sala se encontró con muchas personas, en una escena muy manoseada, con periodistas, fotógrafos, camareros, familiares de Anna, amigos de Massimo, policías, vecinos. Annamaria, la hija de Camillo, también fue rápido a Roma. En ese momento no tuvo el valor para entrar en la sala, pero fue ella quien, después, reconocería oficialmente a los tres cadáveres. En cambio, Annamaria sí entró en el estudio, de escaparates blancos. Quedaban unos pocos libros de Anna. Uno de ellos era *Las flores del mal*, de Charles Baudelaire. Había un señalador en estos versos:

Y habiéndose la lámpara resignado a morir,

como el hogar solo iluminaba la estancia,

cada vez que exhalaba un resplandeciente suspiro,

¡inundaba de sangre aquella piel colorida de ámbar!

REPERCUSIONES

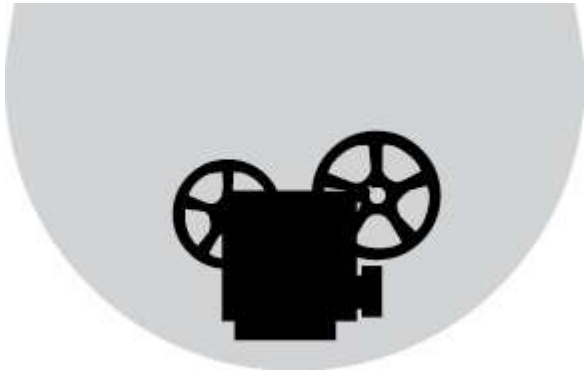
El titular del diario *Il Messaggero* de Roma decía: “El marqués Casati Stampa mata a su esposa y al amigo, luego se dispara en la cara”. Y se destacaba: “El drama de los celos”. Los periódicos y revistas para hombres tenían estos titulares: “El diario del marqués”; “Las fotos prohibidas de la marquesa”; “Las fiestas repugnantes de los nobles degenerados”; “Camillo Casati di Soncino mata a su esposa, al amante de su esposa y se suicida”. Se publicaron fotografías de Anna Fallarino desnuda. Muchos de los amantes pagados por Camillino se presentaron para contar sus aventuras.

Remo Lorenzoni, el carnicero romano que había sido uno de los primeros amores de Anna, declaró: “Estuvimos comprometidos durante tres años. Deberíamos habernos casado, pero no resultó nada. No puedo creer que haya terminado así. Todos los periódicos hablan de orgías, perversiones, de cosas raras que habría hecho con el marqués. La recuerdo como era entonces: una niña sencilla, capaz de cuidarse sola. Solo puedo recordarla de esta manera y quiero decirles a todos, ahora que todos hablan de ella como la última de las mujeres: Anna nunca se habría vuelto así si alguien no la hubiera engañado”.

Un anexo del *Corriere d’Italia* decía: “El verdadero diario de la marquesa Anna Casati Fallarino”, con doscientas doce páginas y ciento cincuenta fotografías, tanto en blanco y negro como en color. En la portada había un rompecabezas fotográfico

(tamaño 15 x 24 cm, tapa blanda). En el centro, un óvalo con Anna desnuda, con anteojos de sol y sombrero. Luego unas cuñas alrededor de la foto principal: ella desnuda con corbata, otra de ella, también desnuda, tomada desde abajo mientras se sujeta los pechos con el antebrazo y el pelo al viento. Otra foto de medio cuerpo en la que está desnuda, con corbata, y una foto en blanco y negro con Anna y Camillo vestidos de noche en una recepción. En el interior, se animaron a publicar tomas donde se observan los genitales, una temeridad o imprudencia hasta para las revistas destinadas solo para adultos.

* La orden de Cister es una orden monástica católica cuyo nombre deriva de la antigua localidad romana Cistercium en la actual Dijon, en Francia.



El mayor escándalo sexual de Hollywood

Virginia se estaba divirtiendo. Tomó una botella de champán y la levantó como si fuese un trofeo. Desde esa altura volcó el pico y con la lengua quiso capturar algo de la bebida que caía a borbotones sobre su cara bonita, su cabello negro y su vestido de tenue seda oscura. La espuma le cubrió los ojos. Fatty la miraba radiante. Solo con la mano derecha se quitó el cinturón. Su enorme abdomen pareció estallar. El gordo se levantó apresurado del taburete. “Esperé mucho este momento”, contaron que dijo. Virginia lo miró divertida y dejó que arrugara su vestido empapado. El ímpetu los hizo caer en la cama que estaba al lado. Ella cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. ¿Ronroneaba o se quejaba? Decían los invitados y los colados que Roscoe “Fatty” Arbuckle estaba teniendo su noche. Diez minutos después, Virginia sufriría una hemorragia

y la fiesta se convertiría en el mayor escándalo sexual que recuerde Hollywood.

"¡Corten!", parecía un guion cinematográfico. Era como si la industria del cine se filmara a sí misma. ¿Quién no querría que le contaran sobre el desenfreno y la desvergüenza de Hollywood? Y poco importaba que fuese real o ficticio porque, después de todo, nadie entendía muy bien dónde empezaba la ficción y dónde terminaba la realidad. Lo que hacían los actores con su vida era como una vuelta de tuerca a su última película, pues ellos —malos o buenos, galanes o divas— siempre quedarían atrapados por la pantalla. La idea establecida en la cabeza del público era que en Hollywood todo el mundo amaba a todo el mundo. ¡Que vivieran como quisieran! Ninguno sabía ni siquiera vagamente lo que estaba haciendo. Ninguno sabía hasta dónde había llegado ese negocio de la imagen, la mayor forma de arte y entretenimiento que el mundo hubiera conocido. Por primera vez, todos estaban expuestos, hasta el amado e inocente cómico de los chicos. Lo que pasó a partir de entonces fue un juego de mentiras, ambiciones, tragedias y muerte.

En 1921, Fatty, actor y director, era una celebridad; el público lo aclamaba, y Hollywood estaba a su merced. A decir verdad, aquella era una celebración. Paramount Pictures le había pagado tres millones de dólares durante tres años para protagonizar dieciocho películas mudas —una cifra sin precedentes—, y acababa de firmar otro contrato de un millón de dólares con el estudio. Era el cómico del cine mudo mejor pagado en toda la corta historia de la industria. La última película del comediante, *Crazy to Marry*, se proyectaba en los cines de todo el país. Así que su amigo Fred Fishback planeó

una gran fiesta para celebrar, una fiesta de tres días —que aprovecharía el feriado del Día del Trabajo— en el lujoso Hotel St. Francis de San Francisco.

Fatty estaba en un garaje de Los Ángeles para que le revisaran su automóvil Pierce-Arrow; luego dice Rolls-Royce, tal vez tuviera los dos cuando se sentó en un trapo empapado en ácido. La sustancia corrosiva lo quemó a través de los pantalones hasta las nalgas y le provocó quemaduras de segundo grado. Estuvo tentado de cancelar el viaje a San Francisco, pero Fishback no quiso hacerlo. Consiguió un anillo acolchado de goma para que Arbuckle se sentara, y recorrieron la costa hasta el St. Francis, donde Fishback había reservado habitaciones contiguas y una suite. Celebrarían durante 48 horas. Alquiló los cuartos 1219, 1220 y 1221 y llevó una vitrola, discos, ginebra, vodka y whisky.

En los Estados Unidos ya regía la Ley Seca, pero era también la época del jazz, de los años locos, y Fatty era Fatty, el admirado de los chicos, el cómico de la sonrisa inocente, ¡quién no lo quería! Corrían el champán y los cócteles de vodka y naranja, y todos bailaban con frenesí. Hasta se sumó un espectáculo extra. Un actor desnudo se acercó a un piano y tocó algunas notas solo con su miembro viril. Nadie podía parar de reír y de mirar. El Día del Trabajo, el 5 de septiembre de 1921, Arbuckle se despertó y descubrió que tenía muchos invitados no invitados. Todavía caminaba en pijama, bata de baño y pantuflas cuando vio a Maude Delmont Hopper Wood o, simplemente, Maude Delmont, y a Virginia Rappe y expresó su preocupación, no por Virginia, pero sí por Delmont, una chantajista, una mujer a la que conocían por su corazón negro y que solía dar fiestas con alcohol y chicas para luego

chantajear a sus invitados. Como ya nadie concurría a las que ella organizaba, entonces se colaba en las de otros, como en esa ocasión.

Fatty Arbuckle tenía 34 años entonces y oscilaba entre los 120 y los 130 kilos de peso. Había actuado desde los 8 años. Ya entonces su aspecto provocaba alguna sonrisa, que Fatty aprovechó a su favor. Había nacido en Kansas en medio de la pobreza y el rechazo. Había pesado ocho kilos al nacer, y su madre nunca se recuperó del parto. Su padre siempre lo culpó de la temprana muerte de su esposa.

Dejó Kansas y trabajó en la comedia musical y en el vodevil, hasta que en 1912 conoció al director y productor Mack Sennett, dueño de la Keystone Film Company. Sennet se asombró: “Es un hombre tremendo, saltó los escalones con suma ligereza. Es tremendo, obeso, simplemente gordo. Su nombre es Arbuckle, Roscoe Arbuckle”. Fatty empezó ganando 25 dólares a la semana y, a los pocos años, sus películas lo convirtieron en uno de los cómicos más famosos de los Estados Unidos, como Chester Conklin o Ben Turpin. Charles Chaplin fue su amigo.

En Hollywood, Chaplin empezó con un pequeño papel de extra en una película de Arbuckle. A Chaplin no le gustó la indumentaria que utilizó aquella primera vez: levita, chistera, un monóculo y un gran bigote. En su segunda película, Sennett lo mandó al vestuario a cambiarse para su primera escena. Fatty y Chester Conklin lo ayudaron. Le prestaron partes de sus vestimentas y surgió un disfraz basado en el contraste entre elementos: una chaqueta estrecha y los pantalones anchos de Fatty, sus zapatos enormes y un bombín pequeño que pertenecía al suegro de Fatty. Ropa de corte elegante y

apariencia burguesa, pero usada y deteriorada. Una combinación que funcionaba cómicamente por oposición. Resultaba a la vez ridícula y conmovedora. Cuando Sennett lo vio, se mató de risa. Había nacido "Charlot". Solo le agregó al personaje unos bigotitos de utilería, cortos.

Fatty era un hombre generoso, bonachón y amigo de las fiestas, que la prensa del espectáculo calificaba de divertidas y desmesuradas. A veces duraban días, y esto aumentaba su fama. Pero la mujer, Minta Durfee, se cansó de los excesos de su marido y lo abandonó.

A Fatty también se lo reconoció como un descubridor de talentos. En 1920 impulsó la carrera de un joven que se convertiría en su mejor amigo, Buster Keaton. Buster fue el cómico que nunca reía, y eso tuvo una razón. Cierta vez que fue a almorzar con Arbuckle y un productor de la Paramount para hablar de un papel que iban a darle, Keaton tenía una seria crisis estomacal y hacía esfuerzos para no reírse y no vomitar. A Fatty le causó tanta gracia esa cara seria de Keaton que le pidió que siempre —siempre— se mantuviera serio, una de las claves del éxito de Keaton. Se hicieron grandes amigos.

En agosto de 1921, Arbuckle estaba en la cumbre de su carrera. Y era millonario, tenía 25.000 dólares en ropa, uno de sus autos era un Rolls-Royce y una mansión en Beverly Hills. Además, ese año, la Paramount le ofreció el control total de sus películas, firmó ese contrato fabuloso que le permitió crear su propia productora, Comique Film Corporation.

Virginia Rappe era Virginia Rapp, cambió el apellido al entrar en la farándula. Su mejor habilidad era bailar desnuda en funciones privadas. Tuvo un hijo a los 15 años, en 1910, y

los maledicentes la culpaban por una epidemia de sífilis que hubo en Hollywood. Había sido criada por su abuela porque su madre, Mabel —una corista alcohólica que ejercía la prostitución de manera esporádica—, murió cuando Virginia tenía 11 años. Cinco años después ya había pasado por cinco abortos, según constaba en los registros hospitalarios. La Rappe conocía a Arbuckle porque había sido la amante del director de cine, guionista, productor y actor Henry Lehrman, un ex compañero de trabajo de Fatty. Nunca se aclaró por qué Maude Delmont y un tal Al Semmacher estaban alojados en el hotel Palace, muy cerca del St. Francis, cuando Arbuckle llegó a su fiesta.

Debido a que Delmont era una delincuente, se supone que convenció a Virginia, con carácter débil, de que se infiltraran en la fiesta de Fatty y sacaran algún tipo de ventaja, tal vez por extorsión —su delito predilecto—, pues confiaba en que podrían aprovecharse de algún exceso de los invitados. Y siempre la tenía a Virginia, que jamás se dio cuenta de que podría ser usada por la Delmont para perjudicar a Fatty con un amorío. Algunos creían que todo el grupo había viajado con Fatty desde Hollywood, pero eso no era cierto. Otros decían que algún conocido en común los había invitado a la celebración del cómico, pero también era mentira.

Habían pasado más de 24 horas de diversión cuando, a las tres de la mañana del lunes 5 de septiembre, Fatty —que vestía su pijama, pues así le gustaba estar en sus reuniones— dijo que iba a su habitación a cambiarse porque quería dar un paseo. Maude Delmont vio la oportunidad y pronto pintó un siniestro retrato del despreocupado y corpulento príncipe del cine mudo. Le contó a la policía que, después de que Arbuckle

y Rappe tomaron unos tragos juntos, él llevó a la actriz a una habitación contigua y le dijo: “Te he esperado cinco años y ahora te tengo”. Nadie pudo corroborar que Virginia y Fatty bebieran juntos. Delmont agregó que pasada una media hora, más o menos, escuchó a Rappe gritar, así que llamó a la puerta cerrada y luego la pateó. Pero nadie vio a Delmont patear ninguna puerta.

Al rato, Arbuckle habría abierto la entrada de su cuarto. Estaba en pijama, con el sombrero de Rappe “ladeado en ángulo” y sonreía con su “sonrisa tonta”, como en la pantalla; era evidente la antipatía de Delmont hacia Fatty. Detrás de él, Rappe estaba tendida en la cama, gimiendo. “Arbuckle lo hizo”, dijo la actriz, según Delmont. Tampoco hubo otra persona que escuchara esas palabras. Otros testigos afirmaron que Virginia estaba desmayada y sangrando, es decir que no podía articular palabra; en cambio, algunos aseguraron que ella se desgarraba la ropa, pero que no hablaba. Según la Delmont, Virginia le dijo: “*He hurt me*” (él me lastimó), refiriéndose a Fatty. Los demás coincidieron en que, ya durante la noche, Virginia estaba muy borracha. Un médico que la atendió en el hotel, al que la chica no le dijo que había sido agredida, solicitó que llamaran a una ambulancia. Pero el descontrol era tal que la colocaron en la bañera, cubrieron todo su cuerpo con hielo, y Fatty, creyendo que la situación no pasaba de una gran borrachera, se fue a pasear. Recién el jueves llevaron a Virginia al sanatorio Wakefield, y el viernes murió. Un examen médico no encontró evidencia de agresión sexual, pero sí de un aborto reciente. No obstante, el público no podía despegarse del escándalo. Se dijo que Fatty le había

reventado la vejiga con una botella de Coca-Cola, y otros, que la botella era de champán. Virginia tenía 25 años.

Fatty fue arrestado de inmediato. Estaba sentado en la celda número 12 en la "fila de delitos graves" en el Salón de Justicia de San Francisco, detenido sin derecho a fianza por la violación y el asesinato de Virginia. El film *Crazy to Marry* fue rápidamente retirado de los cines, y el público —que siempre había estado a su lado— se indignó al descubrir un lado sórdido de la vida de las estrellas de Hollywood fuera de la pantalla. Todo parecía increíble. El rey de la sana carcajada convertido en un depravado.

"La orgía de Arbuckle. El violador danza mientras muere su víctima" fue uno de los titulares y, junto con otros del mismo calibre, se difundió la idea de una espantosa y antinatural violación. Y se dijo que Fatty estaba furioso por su impotencia sexual causada por la cantidad de alcohol que había bebido y que entonces destrozó a Virginia con un objeto o con varios. La mayoría de estas versiones provenía de Maude Delmont, con un pequeño porcentaje de la imaginación de los cronistas. El caso periodístico ya no tenía retorno: "¿Arbuckle es un hombre bien dotado o se había tratado de una simple cuestión de peso?".

Las iglesias de la ciudad de San Francisco pidieron penas para los "maníacos sexuales hollywoodenses que se acogen a las benevolentes leyes de San Francisco para la práctica de sus aberraciones". En Hartford, Connecticut, un grupo de mujeres rasgó la pantalla de un cine que exhibía una película de Arbuckle, mientras que en Thermopolis, Wyoming, varios *cowboys* dispararon contra el lienzo sobre el que proyectaban un corto de Fatty. En otros lugares tiraron huevos y botellas

contra la pantalla. Mientras fue surgiendo la consigna: “Hay que linchar a Fatty”. Aquí y allá se exigía una “limpieza” de la colonia artística de Hollywood completa. Todas las películas de Arbuckle fueron retiradas de circulación.

Mientras tanto, sus abogados buscaban cambiar el cargo de homicidio en primer grado por el de asesinato casual, es decir que ni siquiera ellos le creían al cómico, que desde el principio aseguró que él no había tocado a Virginia y que no tenía nada que ver con su muerte. Pero literalmente era una voz en el desierto. Adolph Zukor, presidente de la Paramount, se comunicó con el fiscal Mathew Brady para que se anularan los cargos, lo cual hizo que Brady se enfureciera. Otras prominentes figuras de la industria del cine también llamaron al fiscal para que no “crucificara” a Arbuckle por el hecho de que Virginia hubiese bebido de más en la fiesta y tuviese problemas de salud previos.

La Paramount contrató a los mejores abogados, pero no pasó por alto que el público se había vuelto contra el cómico de manera feroz, en cierta manera influido por la campaña del diario *San Francisco Examiner*, de William Randolph Hearst, quien no ocultó su intención de acabar con Arbuckle y se convirtió en el mejor aliado del fiscal Brady. Una mano lava la otra. Hearst haría a Brady gobernador, y este pulverizaría a Fatty en pos de los titulares amarillos, base del éxito de ese diario. El cómico, según el periódico, encarnaba la depravación de Hollywood. Rappe, en contrapartida, era una niña inocente atrapada por un miserable. En su intención de destruir la reputación de Arbuckle, el *Examiner* llegó a repasar todos los elementos con los cuales pudo haberle hecho daño y no olvidó recoger las habladurías que se referían al peso del

cómico. Con el tiempo, Hearst llegó a decir que con el caso de Roscoe Arbuckle había ganado más dinero que con los titulares y las notas sobre el hundimiento del buque de pasajeros *Lusitania* por parte de un submarino alemán, hecho que provocó la entrada de los Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial.

Zukor terminó rompiendo el contrato de Arbuckle. Se habló de que el destino fatal de Rappe estaba ligado a su apellido, pues el término *rape*, en inglés, significa violación. Hasta se hicieron gráficos para demostrar cómo había sido la agresión, bocetos surgidos de la calenturienta imaginación de la policía, incentivada por las versiones de Maude Delmont, que eran muchas porque no paraba de cambiar las circunstancias del supuesto ataque. El fiscal Brady, al margen de las presiones de Hollywood, no estaba seguro de formular cargos tan graves contra Fatty, porque su testigo estrella, Delmont, era impresentable. Pero Brady se dejó llevar por su ambición, por el sentimiento de hostilidad del público hacia el acusado y por la lengua insidiosa de Hearst, que le prometía llevarlo hasta las nubes de la política si destruía a una figura tan popular.

El fiscal buscó la manera de utilizar el testimonio de Delmont, pero fue imposible. El propio Brady se daba cuenta de que ella mentía; a veces decía ser amiga de Rappe de toda la vida y otras veces insistía en que se habían conocido unos días antes de la fiesta. También la Delmont tenía antecedentes penales por fraude y extorsión. Era conocida como “Madame Black”. Delmont buscaba mujeres jóvenes para fiestas a las que invitaba a muchachos con dinero, a quienes luego acusaba de violación y los chantajeaba para que le pagaran. Estaba también el asunto de los telegramas que envió a los abogados,

tanto en San Diego como en Los Ángeles: "TENEMOS ROSCOE ARBUCKLE EN UN AGUJERO AQUÍ OPORTUNIDAD DE GANAR ALGO DE DINERO".

La malévola Maude Delmont era testigo de la fiscalía, pero nunca sería llamada a dar testimonio porque la policía y Brady sabían que su historia no se sostendría en el estrado. Todo el caso estaba basado en sus palabras, y para la defensa sería sencillo desacreditarla buscando contradicciones —había muchas— y presentando los antecedentes de ella. Pero el problema para Fatty pasaba por las mentiras que Delmont le había dicho a la policía —que trascendieron con lujo de detalles y como verdades inconmovibles— y lo que repetía fuera de los tribunales a los periódicos, más que suficiente para arruinar la carrera de Arbuckle. Delmont jamás pudo acercarse a Fatty, ni siquiera por medio de emisarios, para hacerle una propuesta extorsiva, como era su intención desde el principio.

Dos meses después de la muerte de Virginia, en noviembre, comenzó el juicio. Los primeros testimonios fueron fatales para la fiscalía. Por ejemplo, el doctor que atendió a Rappe en el hotel testificó que ella le había dicho que Arbuckle no la agredió sexualmente, pero el fiscal consiguió que se desestimara el punto como un rumor, una voltereta insólita porque el médico dio testimonio de una vivencia o experiencia directa y no refirió algo que había escuchado.

Los abogados de Arbuckle presentaron pruebas médicas que demostraban que Rappe tenía una afección crónica de la vejiga, y su autopsia concluyó que había muerto por rotura de vejiga y peritonitis como causa secundaria. También decía: "No había señales de violencia en el cuerpo ni señales de que

la niña hubiera sido atacada de alguna manera". La defensa también encontró testigos con información sobre el pasado de Rappe que dejaban mal parada su reputación, pero Arbuckle no los dejó testificar —dijo— por respeto a los muertos. También declararon Buster Keaton y Charles Chaplin sobre el carácter y la personalidad bondadosa de Arbuckle, un hombre que jamás cometería un acto de agresión. Brady no tuvo nada que repreguntar.

Fatty decidió subir al estrado y hablar. Contó que después de tomar unas copas con Virginia Rappe, la actriz se puso histérica: "Ella se quejó de que no podía respirar y luego comenzó a arrancarse la ropa". En ningún momento —insistió Arbuckle— estuvo solo con ella, y dijo que tenía testigos para corroborar ese punto. Encontró a Rappe en su baño, vomitando, y él y varios invitados trataron de revivirla de lo que creían era una intoxicación. Finalmente le consiguieron una habitación propia donde podría recuperarse. Agregó que cuando regresó al cuarto minutos después con otros invitados, la encontraron en el piso, volvieron a ponerla en la cama y salieron a pedir ayuda médica. Fatty fue absuelto por diez votos a favor y dos en contra. Como no era un veredicto unánime y había demasiada presión en su contra, se decidió hacer un segundo juicio. En esta ocasión, Arbuckle no dio testimonio y el jurado se declaró estancado, es decir que las opiniones estaban muy divididas.

Hubo un tercer juicio, en marzo de 1922. Arbuckle volvió a dar su testimonio. Lugo se volvió sobre la prueba médica; sin embargo, los exámenes realizados en el hospital no aclararon nada. La actriz estaba destrozada por dentro, y esos daños podrían corresponderse con un aborto reciente. De manera

extraña, los órganos de Virginia fueron incinerados pronto. Entre las versiones surgidas del hecho, una indicaba que había sido mera negligencia; otra, que la Paramount había intervenido para defender a su mejor estrella, y también que Virginia había ido a San Francisco a propósito y antes que Maude Delmont, para someterse, en los días previos a la fiesta de Fatty, a un procedimiento abortivo, y que el hospital quiso hacer desaparecer sus huellas. En este tercer juicio, Arbuckle permitió que sus abogados presentaran testigos que habían conocido a Rappe. Tenía pocas opciones; sus fondos se agotaban —había gastado más de 700.000 dólares en su defensa— y su carrera estaba muerta. Esos testigos afirmaron que Rappe había sufrido ataques abdominales previos; bebía mucho y, cuando estaba ebria, se desnudaba en las fiestas; era promiscua y tenía una hija ilegítima. Uno de ellos también atacó a Maude Delmont. La calificó como "la testigo denunciante que nunca presenció nada".

El 12 de abril de 1922, el jurado absolvió a Arbuckle de homicidio involuntario después de deliberar durante solo cinco minutos, cuatro de los cuales se utilizaron para preparar una declaración. Esta proclama decía:

> La absolución no es suficiente para Roscoe Arbuckle. Sentimos que se le ha cometido una gran injusticia… no se ha aducido la más mínima prueba que lo relacione de alguna manera con la comisión de un crimen. Fue varonil durante todo el caso y contó una historia sencilla en la que todos creemos. Le deseamos éxito y esperamos que el pueblo estadounidense tome el juicio de catorce hombres y mujeres de que Roscoe Arbuckle es completamente inocente y libre de toda culpa.

Los críticos más serios —evidentemente, no el *Examiner*, de Hearst— dijeron que la verdad era una mezcla de las dos historias que se ventilaron: Fatty quiso enamorar a Virginia, y ella sufrió un colapso por padecimientos que arrastraba de antemano.

La carrera de Roscoe Arbuckle había terminado. Ya nadie lo contrataba. Una semana después de la absolución, Will Hays, a quien la industria cinematográfica había contratado como censor para restaurar la imagen de Hollywood, prohibió que Fatty Arbuckle apareciera en la pantalla. Hays cambiaría de opinión ocho meses después, pero el daño ya estaba hecho. Arbuckle pasó a llamarse William B. Goodrich, por el nombre de su padre, William Goodrich Arbuckle, y trabajó entre bastidores, dirigiendo películas para amigos que le eran leales. Su amigo Buster Keaton le ofreció algunos papeles secundarios, y en 1933 firmó contrato con la Warner Brothers para hacer comedias cortas. Se lo veía contento por esta posibilidad.

El 29 de junio de ese año se fue a la cama pensando en el proyecto. Murió de un ataque al corazón mientras dormía, a los 46 años.

Dreyfus

Un nombre demacrado, de ojos negros y hundidos y un gran bigote, de unos 40 años, se presentó el 20 de julio de 1894 en la embajada alemana en París y pidió hablar con el agregado militar. Era inusual, hasta arriesgado, presentarse en ese lugar sin cita previa. Nadie conocía al visitante. Los alemanes vieron que el extraño lucía la cinta roja de la Legión de Honor, la más alta Orden del Mérito de Francia, otorgada por valía civil o militar. Dedujeron que estaban ante un oficial del ejército francés vestido de civil. A pesar de lo inusual de los hechos, le comunicaron de la visita al coronel Max von Schwartzkoppen, el agregado militar. El coronel ordenó que lo condujeran a su despacho. Una vez que estuvo sentado frente a Schwartzkoppen, el visitante le dijo que nadie lo enviaba y que era su libre voluntad ofrecer a los alemanes sus servicios como espía. Dificultades económicas, agravadas por la enfermedad de su esposa, le obligaban a dar aquel paso, traicionar a su

país. Manifestó tener excelentes relaciones en el Ministerio de Guerra francés y para probarlo metió su mano en un bolsillo y ofreció entregar un documento secreto.

Schwartzkoppen, prusiano, dio por terminada la entrevista en ese preciso momento. Ni siquiera de soslayo miró ese supuesto documento. El francés, desilusionado, pálido, desconcertado, se fue de la embajada. El coronel actuó por razones prácticas. Cómo podía confiar en un hombre que venía de la calle, sin referencias, a vender supuestos documentos confidenciales. Ya era una locura el hecho de haberle permitido llegar hasta su despacho. Pero, como militar, él no tenía la última palabra en este asunto, así que se comunicó con Berlín para poner al tanto a sus superiores de la inesperada visita. La contestación fue casi inmediata: "Negocie usted". ¿Acaso Berlín tenía mejor información que él, que estaba en París? Ahora, el coronel estaba en un problema, cómo ubicar al desconocido. Estaba dándole vueltas a este asunto cuando, dos días después, el francés misterioso volvió a presentarse en la embajada, tal vez enviado por Berlín, según comentarios de la época. En ese momento dio su nombre, comandante conde Ferdinand Walsin-Esterhazy, jefe de un batallón del ejército francés de guarnición en Ruan, y mostró sus credenciales.

Parecía estar desesperado por abordar un tema. Directamente le pidió al coronel alemán que le pagara dos mil francos mensuales por los trabajos de espionaje que haría a favor del Imperio alemán. Schwartzkoppen se negó, pero se comprometió a pagar al contado por cada documento que le entregase el conde, de acuerdo con la importancia que tuviera. El 25 de julio, Walsin-Esterhazy entregó las órdenes generales para la artillería francesa en caso de movilización. Su

autenticidad parecía incontestable. Schwartzkoppen le dio mil francos. El 1º de septiembre, Esterhazy entregó varios documentos nuevos. Tenía intención de agregarles un dosier de su puño y letra, o sea, una lista detallada de tales documentos —como hacen los remitentes de mercancías a los destinatarios para que puedan comprobar el número de bultos —, y así lo hizo. El conde lo envió por correo, fue interceptado y cayó en manos del contraespionaje francés.

Antes de que el conde Esterhazy comenzara a tratar con el coronel Schwartzkoppen, Francia había sufrido numerosas filtraciones de espionaje. Hacía tres años que el Deuxième Bureau —nombre que designaba al servicio de espionaje del Ejército francés, con referencia a la "Segunda Oficina" del Estado Mayor General, del que formaba parte— sabía que la embajada alemana recibía informes secretos. Nadie había podido descubrir cómo habían desaparecido del Estado Mayor, pero lo cierto era que venían faltando misteriosamente nuevos mapas militares de las regiones fronterizas con Alemania e Italia.

¿Quién era el espía del Estado Mayor francés que les pasaba secretos militares a Alemania y a Italia? Transcurría un período de grave tirantez entre el Imperio alemán y Francia, y se interceptaba con regularidad el correo dirigido a la embajada alemana. La correspondencia del agregado militar, en particular, era objeto de cuidadosa inspección. Esta vigilancia había demostrado que Schwartzkoppen venía trabajando junto con su colega, el agregado militar italiano, y que los dos firmaban sus comunicaciones con el mismo sobrenombre: Alejandrina. Cierta nota así firmada había servido para poner sobre aviso al Bureau.

Le incluyo doce mapas detallados de Niza que el bribón D… me ha entregado para usted. Le he dicho que no tiene usted intención de reanudar las relaciones con él. Me ha contestado que todo se debe a una mala interpretación y que hará cuanto esté en su mano para satisfacer a usted.

El contraespionaje francés pudo determinar que la firma "Alejandrina" de la anterior nota pertenecía al coronel Schwartzkoppen, que estaba dirigida al agregado militar italiano. Pero surgía otro problema para los franceses: ¿Quién era el "bribón D…" que le había facilitado los mapas? El Deuxième Bureau había intentado en vano descubrir su identidad. Todavía estaba caliente este tema cuando interceptaron el dosier de Esterhazy en la correspondencia de Schwartzkoppen. Claro que no sabían que lo enviaba Esterhazy, pues de haberlo sabido hubiesen tenido resuelto el problema de quién era el espía. El dosier estaba escrito en ambas caras de una hoja de papel cuadriculado color crema y decía:

Le envío en la siguiente información de interés:

1. Una nota sobre el freno hidráulico del cañón de 120 mm.

2. Una nota sobre el nuevo plan para las tropas de apoyo.

3. Una nota sobre la modificación de las formaciones de artillería.

4. Una nota relativa a Madagascar.

5. El "Manual provisional de fuego para la artillería de campaña".

Es dificilísimo procurarse este último documento y solamente estará breves días a mi disposición. En consecuencia, si quiere tomar nota de lo que pueda interesarle y tenerlo a mi disposición, lo recogeré. Salgo de maniobras.

Cuando el coronel Juan Sandherr, jefe del Deuxième Bureau de contraespionaje, recibió este documento, se aterró. Era claro que el autor del dosier tenía que formar parte del Estado Mayor o estar íntimamente relacionado con alguno de sus miembros. De no ser así, ¿cómo podía conseguir informes secretos de actividades tan variadas del Ejército? Y relacionó al autor del dosier dirigido en ese momento al coronel Schwartzkoppen con el "bribón D…" de la nota del propio coronel alemán, tres años antes.

A Sandherr no se le ocurrió sospechar del comandante conde Esterhazy, a pesar de que todos en el Estado Mayor sabían de que el oficial andaba en chanchullos financieros. En resumidas cuentas, los franceses creían posible que el "bribón D…", que hacía tres años venía vendiendo secretos militares a alemanes e italianos, fuera el mismo que redactó el dosier interceptado. Su identidad seguía siendo un interrogante.

Aunque nacido en París, el conde Esterhazy procedía de la alta aristocracia húngara. Había servido en los ejércitos austríaco y papal antes de ingresar en el de Francia. Como oficial francés luchó contra los prusianos en 1870 y fue condecorado por actos de valor, pero era poco menos que un granuja. Estaba casado con una aristócrata francesa, había despilfarrado muy pronto la cuantiosa dote de su mujer y hacía años que andaba en serios problemas de dinero. Apareció como director de una dudosa entidad financiera, luego como accionista de un prostíbulo de moda. Al sospechoso número uno lo tenían ahí, al alcance de la mano, pero el coronel Sandherr tomó otra ruta para descubrir al espía francés.

Como el autor del dosier había escrito: "Salgo de maniobras", Sandherr consultó con el jefe de transportes

militares, coronel Pierre Fabre, y este dedujo que el autor del dosier tenía que ser un artillero con amistades en otras ramas del servicio. "¡Un meritorio!", a Sandherr y a Fabre les pareció una solución brillante. Buscaron en el archivo de los meritorios, es decir, los oficiales jóvenes aún no destinados a ningún sector determinado del Estado Mayor, que pasaban de una oficina a otra para hacer méritos prestando diversos servicios.

Tomaron la letra D y leyeron nombre tras nombre hasta llegar a Dreyfus. Los dos estaban tan emocionados por su descubrimiento que casi no tenían aliento para hablar. Se miraron y dijeron casi al unísono, como si se leyeran la mente: "¡Era el judío!". ¿En qué prueba se basaban? En ninguna.

Muchos amigos de Alfred Dreyfus, el único judío que pertenecía al Estado Mayor, lo consideraban un tipo hecho para la carrera militar. Era frío, inflexible, brillante, dedicado por entero a su profesión, reservado, estudioso, trabajador. Había nacido en Alsacia en 1859. Su padre era fabricante de tejidos. Cuando todavía era muy joven, Alfred decidió convertirse en oficial del Ejército y a los 19 años ingresó en la Escuela Politécnica, que orientaba a los jóvenes hacia la carrera militar. Alfred sumó a sus habilidades la de jinete y esgrimista, pero nunca fue, a pesar de sus cualidades, un tipo popular entre sus compañeros, porque la mayoría de ellos descendía de la más rancia nobleza o la alta burocracia, había asistido al mismo colegio preparatorio de los jesuitas y formaba un grupo íntimamente entrelazado. De allí surgían los candidatos para ascensos en el Ejército y para los puestos en su Estado Mayor.

Consideraban a Dreyfus un sapo de otro pozo. A Alfred, ya en el Ejército, lo destinaron a artillería y se esmeró tanto que a los 30 años era capitán con destino en la Escuela Central de Explosivos de Bourges. Luego solicitó que se lo admitiera en la Escuela de Guerra, institución solo accesible a los oficiales que la elite del Ejército estimaba aptos para formar parte del Estado Mayor. Mientras tanto, se había puesto de novio con Lucie Hadamard, una chica que pertenecía a una distinguida y acaudalada familia de judíos franceses. El día que se casaron recibió Alfred la noticia de su admisión en la Escuela de Guerra. En los tres años siguientes tuvieron dos hijos, un varón y una nena.

Terminó el curso de la Escuela de Guerra en el puesto nueve de una clase de 81 aspirantes. En 1893 fue nombrado meritorio del Estado Mayor. Era una época de creciente antisemitismo en Francia, y la presencia de un judío en el corazón del Ejército molestó a algunos oficiales. A última hora hicieron un esfuerzo para eliminar a Dreyfus. El coronel Sandherr abrió un expediente de protesta en el cual se calificaba este nombramiento de meritorio como un riesgo para la seguridad. Pero esta calificación les hubiera parecido a muchos un ultraje, pues los informes de idoneidad, capacidad y ejemplar conducta del capitán Dreyfus en su carrera militar eran concluyentes. Nada efectivo pudieron hacer los antisemitas para anular su nombramiento. Y ya llevaba un año en el Estado Mayor cuando Esterhazy escribió su detallado y traicionero dosier.

Evidentemente, el coronel Sandherr no era la persona adecuada para llevar adelante esta investigación, porque odiaba que un oficial judío estuviese en el Estado Mayor.

Sandherr y Fabre buscaron el legajo con la historia militar de Dreyfus, pusieron junto al dosier muestras de la letra del capitán, hicieron comparaciones; en sus mentes, los dos tenían ya todo decidido, no les hizo falta más que su parecer para darse por convencidos y dijeron —como era de esperar en ellos— que habían hallado semejanzas entre ambas escrituras. Sandherr informó a su inmediato superior y, tras otra superficial comparación de letras, la sospecha de culpabilidad de Dreyfus se puso en conocimiento del general Auguste Mercier, ministro de Guerra.

La conversación que mantuvieron Mercier y el presidente del Consejo de Ministros, Charles Dupuy, fue muy larga. La forma en que condujeran ese asunto de espionaje definiría el destino del gabinete. Ambos acordaron que en ese momento no era oportuno hacer público que habían descubierto a un espía, porque la oposición los atacaría diciendo que la negligencia del Estado Mayor había hecho posible que secretos militares franceses pasaran a conocimiento de los alemanes. Debían estar muy seguros de que el sospechoso fuera realmente el espía y para ello necesitaban pruebas incontrastables y no suposiciones. Nadie debía enterase de nada, mucho menos de la identidad del presunto autor.

Gobert, el único experto calígrafo que actuó en este caso y que cumplía funciones en el Banco de Francia, examinó los documentos y afirmó que el dosier podría haber sido escrito por otra persona diferente al autor de las muestras de letra que le habían facilitado para comparar; es decir, la letra no se correspondía con la de Dreyfus. Pero Alphonse Bertillon, un famoso criminalista de la Policía de París, afirmó que era “manifiesto que las muestras de letra y el dosier incriminatorio

habían sido escritos por la misma persona". Esta opinión se tomó como prueba de la culpabilidad de Dreyfus, y el ministro de Guerra, Mercier, se apuró a actuar. Pero nadie reparó entonces en que Bertillon no era perito calígrafo, y en consecuencia jamás había hecho un examen comparativo como el que se le exigió. Las diferencias entre una letra y otra era tantas y tan notables que, para justificar su dictamen, Bertillon hizo engorrosos cálculos basados en leyes de probabilidad. Su trabajo —se diría— fue un esperpento.

Otro problema que debían resolver los que querían que Dreyfus fuese el culpable era la afirmación "salgo de maniobras", que escribió Esterhazy en el dosier, cuando ningún meritorio —como era Dreyfus— había salido de maniobras aquel año. Tampoco se prestó atención a los germanismos que abundaban en el dosier, cuando Dreyfus escribía en un francés impecable. Confiado en que la investigación podría presentar en el futuro pruebas indudables en contra del sospechoso, ya que hasta el momento no había podido aportar ninguna, Mercier ordenó la detención de Dreyfus. Por razones políticas, el arresto debía hacerse en secreto. Los preparativos fueron encargados al coronel Armand du Paty de Clam, comandante del Estado Mayor.

Dreyfus recibió instrucciones de presentarse a una inspección de meritorios en la oficina del jefe del Estado Mayor a las nueve de la noche del 15 de octubre, con ropa de paisano. El capitán llegó a horario. Le asombró encontrar solo al comandante Du Paty y a otros tres hombres vestidos de civil que no eran oficiales del Ejército. El marqués no se los presentó. Eran agentes de policía. Du Paty, con el pretexto de que se había lesionado un dedo y no podía sostener la pluma,

le pidió a Dreyfus el favor de escribirle una carta, mientras llegaba el oficial inspector. Dreyfus se sentó a una mesa y Du Paty empezó a dictar una carta corriente, pero la saturó de frases del dosier mientras observaba con atención la reacción de Dreyfus. El capitán siguió escribiendo lo más tranquilo, y Du Paty empezó a perder la paciencia. "Tenga cuidado. Esto es muy grave", le dijo a Dreyfus como amonestándolo. Dreyfus seguía lo más tranquilo. Y el marqués continuaba dictándole casi de manera textual el contenido del dosier, pero su escritura seguía siendo igual y firme. Por fin, Du Paty se cansó.

—¡Lo detengo a usted en nombre de la ley! —gritó—. Está usted acusado de alta traición.

Cuando los policías se dirigían a Dreyfus, este se puso en pie de un salto y le gritó a Du Paty:

—Muéstreme las pruebas de la infamia de la que me acusa.

—Las pruebas —replicó seco el marqués— son abrumadoras.

Du Paty sacó una pistola y la puso sobre la mesa al alcance de Dreyfus. Luego esperó en silencio. Pero el capitán no tenía ninguna intención de pegarse un tiro. Cuando esta circunstancia quedó evidente, lo llevaron a una celda de la prisión de Cherche-Midi, donde quedó incomunicado. Du Paty fue, acompañado por un ayudante, a la casa de Dreyfus para sorprender a su mujer. Lucie adivinó enseguida que había ocurrido algún desastre. Du Paty se mostró cortés pero serio.

—Siento ser portador de malas noticias —le dijo.

—¿Ha muerto? —preguntó ella, poniéndose pálida, y Du Paty negó con la cabeza—. ¿Se ha caído del caballo?

Du Paty negó otra vez con la cabeza y luego habló:

—Es mucho peor. Está en la cárcel.

—¿Dónde está? —preguntó Lucie—. Quiero que me lleven de inmediato a donde esté.

Du Paty le advirtió que, si quería ayudar a su marido, no lo buscase y que mantuviera todo el asunto en secreto. El marqués aún no le había dicho por qué estaba preso, sino que comenzó a hablar de Francia y la patria y el honor. Y Lucie que no entendía a qué venía todo eso. Y el otro que le insistía que se callara la boca sobre el arresto de su marido porque media palabra podía hacer estallar una guerra. Lucie quedó pasmada por la verborrea de Du Paty y sus constantes apelaciones a que la nación estaba en peligro. El militar la abrumó, y ella se paralizó. No tenía manera de rebatirle nada al comandante porque, más allá del tono punzante que utilizaba para despertar el sentimiento patriótico de la mujer, ella no sabía de qué estaba hablando ese hombre y, lo que es peor, la confundió y mareó de tal forma que no le preguntó lo más importante: ¿por qué estaba preso su marido? Lo concreto era que Lucie no estaba acostumbrada a lidiar con esas posturas ni con esas caras severas ni con esos discursos llenos de palabras altisonantes y vacías. Así, cuando se fue Du Paty, ella se quedó confundida e inmovilizada.

Du Paty había mostrado una autorización de registro domiciliario y, acompañado por su ayudante, no dejó títere con cabeza en la casa. Escudriñó todos los armarios, cajones y estantes de libros, examinó el menor pedazo de papel, se llevó

el libro de cuentas diarias de la casa y las cartas de amor que Lucie y Alfred se habían enviado durante su noviazgo. Pero no encontraron un solo documento incriminatorio ni una hoja de papel cuadriculado color crema como el del dosier, precisamente lo que habían ido a buscar. Surgieron entonces los viejos métodos de la policía, es decir, su red de informantes, capaces de crear melodramas y construir monstruos de la nada.

Esos "buchones" dieron un informe según el cual Dreyfus frecuentaba cafés sospechosos y era jugador. Pero resultó que se trataba de otro Dreyfus, con antecedentes penales. El jefe de Policía, Louis Lepine, comprobó él mismo, con minuciosidad, toda la vida de Dreyfus sin encontrar la más leve sospecha de delito. Du Paty, considerado el experto grafólogo del Estado Mayor, pasó horas y horas en la celda de Dreyfus haciéndole escribir en distintas posturas, sentado, de pie, apoyado contra la pared, agachado en el suelo. Du Paty estaba convencido de que lograría dar con la posición que revelaría que la letra de Dreyfus y la del dosier eran idénticas. Estaba enceguecido. Al menos en estas cuestiones, el marqués era un perfecto imbécil.

Pasó una semana y no consiguió sacarle a Dreyfus nada que no fuese que el capitán no tenía nada que ver con espionaje, circunstancia en la que el marqués no quería creer. La investigación policial fue igualmente infructuosa. Solo quedó en pie la discutida semejanza —o no— entre la escritura de Dreyfus y la del dosier. Todo parecía indicar que el proceso iba a ser sobreseído por falta de pruebas. Fue entonces cuando la noticia de un caso de espionaje y de un probable autor detenido llegó al público. Ya no era posible sobreseer a Dreyfus por falta de pruebas.

El comandante Hubert-Joseph Henry filtró el caso. Él se encargaba de los trabajos sucios de la oficina de espionaje del Estado Mayor. Se trataba del único oficial del Estado Mayor que procedía de la tropa; de origen aldeano, poco instruido, no hablaba más que francés, y mal, además era despreciado por todos los oficiales jóvenes. Si un solo oficial lo hubiese tratado con un poco de respeto, se habría ganado su lealtad eterna. Y ese oficial existió, fue nada menos que un hombre de la aristocracia, el conde Esterhazy, que se propuso hacerse amigo de ese bruto de Henry para fines personales.

El conde hablaba siete idiomas, conocía muy bien la política exterior alemana y era también bastante versado en los asuntos austríacos e italianos. Para un ignorante en cuestiones internacionales como Henry, la colaboración del conde en las traducciones y su dominio del medio ambiente resultaba inapreciable. Se hicieron íntimos amigos. Si el comandante Henry reconoció la letra de su amigo Esterhazy en el dosier, se calló la boca. Por el contrario, instigado por Esterhazy, que tenía mucho que ganar si se mantenía la acusación contra Dreyfus, Henry dio la información a la prensa de la detención del capitán. El 29 de octubre apareció el siguiente suelto en el popular diario antisemita *La Libre Parole*: "¿Es cierto que se ha hecho una detención importante por orden de la autoridad militar? El detenido está acusado de alta traición. Si la noticia es cierta, ¿por qué se guarda silencio? Exigimos una respuesta urgente a esta pregunta".

El Ejército publicó un comunicado que reconocía que un oficial de su arma había sido detenido por sospechas de "haber informado al extranjero el contenido de ciertos documentos que, a pesar de su escasa importancia, eran confidenciales".

Solo pasaron dos días de ese comunicado para que el nombre de Alfred Dreyfus apareciera como el traidor en *La Libre Parole,* con grandes titulares. Este periódico pertenecía a Édouard Alphonse Drumont, un antisemita ultracatólico y nacionalista que escribía con un estilo ultrajante. Los demás diarios reiteraron la información de *La Libre Parole,* que agregaba que las oficinas del Ministerio de Guerra eran "una cloaca más pestilente que los establos de Augías".

Todo se precipitó. El gabinete llamó a una reunión urgente y los ministros resolvieron que, si se sobreseía la causa en ese momento, el gobierno caería. No podían decir una cosa y al rato afirmar que el sospechoso detenido no tenía nada que ver. El público se les volvería en contra por ineptos. Diferente sería todo si los hermanos de Dreyfus hubieran expuesto la injusticia de su arresto antes de que la prensa y el gobierno dijeran nada; era una maniobra que tal vez hubiera hecho caer al gobierno, dejando en evidencia un acto de espionaje y, además, la acusación contra un inocente. ¿Por qué no lo hicieron? Porque la esposa de Dreyfus quedó abrumada por el parloteo de Du Paty cuando allanó su casa y se olvidó de comunicarles a los hermanos de su marido que estaba preso.

Cuando vio el nombre de su esposo en los periódicos, Lucie Dreyfus mandó un telegrama a su cuñado Mathieu, que vivía en Alsacia y era el hermano más entrañable de Alfred. Mathieu corrió a París y suplicó al comandante Du Paty que le permitiese visitar a su hermano en la celda. Le dio su palabra de que, si Alfred reconocía haber incurrido en traición, él mismo le entregaría a su hermano un revólver para que se matara en el acto. Du Paty no accedió. El 4 de diciembre el

instructor del tribunal, Bexon d'Ormescheville, terminó el sumario. Tenía como base principal el dosier.

En la época de estos sucesos, la técnica del arte de la grafología era aún rudimentaria. Los cinco expertos que participaron en la pericia sostuvieron opiniones diferentes; por lo tanto, este aspecto de la investigación quedó confuso o dudoso. ¿Cuál era la prueba contra Dreyfus? El instructor d'Ormescheville no tenía más remedio que insistir en un argumento antojadizo, que Dreyfus era un maestro en el crimen, tan diestro como para no dejar rastro y haber desfigurado su letra. Dreyfus pasaba a ser un genio del delito. Era un argumento arbitrario, antojadizo, pero muy efectivo entonces. Significaba que, si las autoridades no habían podido descubrirlo, el criminal era más hábil que cualquier técnica de investigación, la creación falsificada de un delincuente, un hombre que había llevado una vida modesta, laboriosa, decente, y de golpe utilizó su oculto genio maléfico para borrar cualquier vínculo con el delito.

Ni siquiera el instructor creía que esa perorata insensata pudiera tener éxito. Todavía le gustaba menos otro documento que acababa de llegar a sus manos. Cuando el agregado militar italiano, teniente coronel Alessandro Panizzardi, se enteró de la detención de Dreyfus, lógicamente temió verse comprometido en el asunto y el 2 de noviembre envió a Roma un telegrama cifrado: "Si el capitán D… no ha tenido tratos con ustedes, agradeceré su negativa para poder evitar comentarios de la prensa".

Interpretada la clave italiana, descifraron el telegrama. Y el mayor Du Paty lo "tradujo libremente" para los archivos de la

oficina de espionaje del Ejército francés. La traducción decía: "D… detenido. Precauciones tomadas. Emisario advertido".

El fiscal sabía muy bien el Código Penal francés vigente, cuyo artículo 101 decía textualmente: "Todo documento que pueda servir para probar la acusación debe ser presentado al acusado". ¿Cuánto tiempo la "traducción libre" de Du Paty resistiría el examen de un abogado defensor facultado por la ley para exigir que se le mostrara el original? El fiscal comprendía que, si presentaba aquella prueba en juicio, se volvería inevitablemente en su contra. En otros términos, la acusación no pegaba una, pero tenía a su favor que la palabra de una alta jerarquía militar no era puesta en duda por nadie, aunque argumentase sobre cuestiones falsas.

La presión de la prensa era cada vez mayor y sostenía el tema con grandes títulos y prejuicios. El periódico *La Croix* escribía: "Dreyfus es agente del judaísmo internacional que ha decidido arruinar al pueblo francés y tomar el territorio de Francia". Los diarios *L'Éclair*, *Le Petit Journal*, *La Patrie*, *L'Intransigeant* publicaban sus artículos sobre el tema con el mismo tono y contenido. Todos los casos de traición perpetrados en el pasado que estaban aún sin desentrañar se cargaron a la cuenta del capitán judío. *Le Temps* y *Le Matin* coincidieron en el descubrimiento de un enredo amoroso, dijeron que Dreyfus tenía una amante en Niza, una belleza italiana de noble cuna que lo había seducido y arrastrado a la traición. Era una mentira que sirvió para que el público lo viera como un alma perversa.

La Libre Parole, La Cocarde y *La Patrie* dieron su veredicto y pidieron que el capitán judío fuese condenado a muerte. El gobierno y el Ejército tomaban nota. ¿Qué ocurriría

si Dreyfus no era condenado? Pues la debacle del gobierno, que debería dimitir, y el desprestigio del Ejército, cuyo Estado Mayor saltaría por los aires. La prensa ya había hablado: Dreyfus era culpable por ser Dreyfus, no porque hubiera una sola prueba que lo incriminara. Pero esta circunstancia era una cuestión menor entonces. Al coronel Sandherr se le ocurrió una salida para condenar a Dreyfus sin pruebas: consistía sencillamente en presentar al tribunal el legajo completo que la oficina de espionaje militar, o Deuxième Bureau, tenía sobre el asunto, calificándolo antes como "documentación secreta". De esa manera se impedía que la defensa lo examinara y desbaratara la acusación.

El general Mercier no estaba seguro de seguir ese procedimiento. Él no dudaba un instante de que "el judío" fuese el verdadero culpable, y lo mismo pensaban los demás oficiales del Estado Mayor, excepto el comandante Henry, el íntimo amigo del conde Esterhazy, que sabía que este, por dinero, estaba detrás de todo el asunto de espionaje.

La disyuntiva para el ministro de Guerra era violar la ley e impedir que la defensa de Dreyfus examinara el sumario, al declararlo secreto. Esa declaración no tenía efecto sobre la ley que otorgaba al acusado una amplia defensa y el conocimiento de las pruebas que lo incriminaban, para poder defenderse. Impedirle la defensa a Dreyfus hubiese sido considerado por la mayoría —incentivada por la prensa— incluso un acto de patriotismo. Era paradójico que el amor a la patria llevase a cometer un delito. Mercier creyó que, en el momento que se estaba viviendo en Francia, nadie le presentaría reparos, pero pensaba en qué pasaría después, cuando la tormenta del caso Dreyfus se apaciguara y desapareciera. Si entonces algún

adversario político hiciera pública la ilegalidad, el daño sería irreparable. Mercier se tomó tres días para pensar el asunto.

El 15 de diciembre, *La Libre Parole* anunció triunfalmente: "Dreyfus será juzgado por un consejo de guerra. Mercier, con la brutal franqueza de su patriotismo, ha prevalecido sobre sus enemigos que conspiraban en la sombra". Por el momento y sostenido por la prensa, Mercier era un héroe, aunque hubiera manchado el principio de legalidad, principio según el cual nada debe hacerse contra la ley, de espaldas a la ley, ocultando la ley, sino con la ley.

Para Dreyfus, la suerte estaba echada. En la búsqueda del abogado que se encargaría de la defensa, la familia se había decidido por Edgar Demange, un penalista famoso, de edad madura y ferviente católico. No le importaba en absoluto que la prensa atacara su reputación. Para los Dreyfus tenía una gran virtud, era de esos abogados que, en caso de duda, nunca se ponía del lado del sospechoso. Y eso era lo que ellos querían, que todos vieran que no había ninguna duda de que Alfred Dreyfus era inocente y víctima de una conspiración del Estado.

—Si descubro el más leve motivo para dudar de su inocencia —le dijo a la familia Dreyfus—, rehusaré defenderlo. En realidad, seré yo su primer juez.

Demange comenzó por examinar las pruebas que sobre la carrera del capitán le presentó la familia Dreyfus y luego pidió las pruebas del gobierno. Quedó asombrado. ¿Esto era todo? ¿El dosier y la discusión que suscitaba entre peritos calígrafos, por un lado, y las bobadas de teorías y suposiciones del fiscal sobre la maldad oculta del acusado, por el otro? Era casi todo

lo que tenía el Estado, aunque todavía no se había decidido a utilizar el legajo secreto del Deuxième Bureau u oficina de espionaje del Estado Mayor.

Demange fue a visitar a Dreyfus a su celda.

—Estoy convencido de su inocencia y voy a defenderlo.

Una vez que se decidió enviarlo a juicio, se le permitió al capitán escribirle a su mujer. Con cierta inocencia le comunicaba su manera de ver las cosas. “Mis jueces son leales y honrados soldados como yo. Reconocerán que se ha cometido un error. Nada tengo que temer”, escribió.

El juicio empezó el 19 de diciembre de 1894 en un palacio del siglo XVIII de la Rue du Cherche-Midi. La sala de audiencia era grande y sombría, alumbrada por mecheros de gas que daban una luz amarillenta. Las ventanas, reducidas, parecían troneras abiertas en los espesos muros de piedra. La prensa había insinuado que el consejo de guerra se celebraría a puertas cerradas, lo cual no era cierto, pero había provocado que asistiera poco público.

El coronel Émilien Maurel, presidente de la sala, dio orden de que trajeran al acusado. El capitán Dreyfus caminaba con rigidez, tenía pocos cabellos, anteojos, bigotito bajo la afilada nariz, piel estirada, y vestía el uniforme de gala del Estado Mayor. Miró a su alrededor, vio que siete oficiales del Ejército iban a actuar de jueces y se quedó tranquilo. Contestó las primeras preguntas de rigor sobre su nombre, dirección y grado. De inmediato se debatió si el juicio debía celebrarse con público. El fiscal quería que fuese en privado, y Demange deseaba lo contrario. Discutieron enardecidos, a los gritos.

Demange no podía terminar una frase porque el fiscal lo interrumpía.

El fiscal pronunció una frase que nadie pasó por alto: “En este juicio se ventilan otros intereses que los de la defensa y la acusación”. Declararon que el juicio sería secreto, lo cual significaba una importante derrota para Dreyfus. Mathieu y Jacques, los dos hermanos de Dreyfus, salieron quejándose de la sala, y solo se permitió que permanecieran los testigos, los peritos, el jefe de Policía y el observador oficial del Ministerio de Guerra, comandante Georges Picquart.

El primero en declarar fue el propio Dreyfus, que discutió uno tras otro los puntos del dosier. Explicó las razones por las cuales le era imposible estar en posesión de informes sobre el cañón de 120 milímetros y las tropas a su servicio o sobre la expedición a Madagascar y por qué no podría haber escrito: “Salgo de maniobras”. No le falló un solo instante la memoria ni dudó en sus respuestas. Su declaración se llevó toda la primera sesión del juicio. Al terminar, era evidente que el capitán Dreyfus había causado muy buena impresión. El observador oficial Picquart informó al ministro de Guerra, Mercier, que le parecía probable que la sala absolviese al acusado.

Este informe revolucionó el Ministerio de Guerra. El general Mercier y el coronel Sandherr se dedicaron a sacar algunos datos del informe de espionaje del Deuxième Bureau y a hacer un memorándum que contuviera las relaciones de casos de espionaje que aún estaban sin resolver, acompañadas de insidiosos comentarios en los cuales el general implicaba a Dreyfus en cada uno de aquellos. Se incluía la “traducción libre” del telegrama italiano hecha por Du Paty y se

mencionaba que Dreyfus había servido en la escuela Bourges, donde habían robado una fórmula de explosivos; esto era una calumnia, porque el robo se había cometido antes de estar Dreyfus destinado allí. Lo que prepararon Mercier y Sandherr fue una especie de biografía criminal falsa que con habilidad presentaba a Dreyfus como un militar inspirado por Alemania para conocer a fondo cuanto tuviese relación con el Ejército francés.

Además, Mercier y Sandherr incluyeron correspondencia entre el agregado militar italiano Alessandro Panizzardi y el coronel alemán Schwartzkoppen de clara orientación homosexual, al menos con relación al teniente coronel Panizzardi, pues Schwartzkoppen era bisexual. El contraespionaje sabía que trataba con una red de agregados militares homosexuales. El ministro de Guerra, Mercier, incluyó, por ejemplo, menciones y apodos del italiano hacia él con connotaciones sexuales: "mi querido saboteador" o "mi gran sabotaje". Y también: "mi buen perrito" o "mi pequeño Loulou". Había referencias como "mi perrito verde" y "mi perrito de la guerra" o "tu perra de la guerra". Además: "mi hermoso gato", "mi querida pequeña" y "mi hermosa pequeña". El deseo, a veces impaciente, se declaraba abiertamente: "¿Cuándo vendrás a llenarme?", o "Todo lo tuyo en tu boca". En lo que parece una alusión a una enfermedad venérea, Panizzardi escribió que su "hermano pequeño" no ha "dejado de llorar, pero debo cuidarlo".

¿Qué tienen que ver estas cartas incluidas en el memorándum, que debía entregarse al consejo de guerra, con Dreyfus y con su culpabilidad? Alfred Dreyfus no era homosexual. Pero al insertar piezas con connotaciones

homosexuales de los agregados militares extranjeros, Sandherr y Mercier buscaron explotar la homofobia de sus pares para compensar la debilidad de la acusación. El judío, el espía y el homosexual eran tres categorías sociales no muy bien definidas entonces, pero que inspiraban miedo y odio, en particular dentro de la derecha nacionalista. El vínculo entre judaísmo y homosexualidad podría explicar por qué se le dio ilegalmente al consejo de guerra un expediente vacío de pruebas, que influyó en forma decisiva en el veredicto. Debido a que las dos nociones se confundían con facilidad en las mentes antisemitas y homofóbicas, la homosexualidad de los dos agregados militares pudo llegar a alimentar su convicción de la culpabilidad del judío Dreyfus. "Judío Dreyfus", es decir que el antisemitismo fue el núcleo del asunto. Dreyfus fue atacado y condenado como judío.

Sin tener en cuenta la homofobia, es imposible captar el mecanismo que conduce desde la interceptación de la correspondencia entre los dos agregados militares extranjeros hasta la condena del capitán, porque los oficiales involucrados buscaban oponerse tanto al judío traidor como al extranjero sospechoso y al homosexual perverso. Sin embargo, la cuestión de la homosexualidad debía quedar en secreto, pues no se podía ventilar respecto de los agregados militares de Italia y Alemania. En síntesis, Mercier y Sandherr metieron el memorándum en un sobre grande que sellaron antes de colocarlo en otro sobre todavía más grande que también sellaron y se lo dieron a Du Paty para que se lo entregara no a la fiscalía, sino a los miembros del consejo de guerra. Había que entregarlo cuando se retiraran a deliberar.

El segundo día del juicio, el comandante Henry pidió ser escuchado como testigo. Cuando le preguntaron si había tenido alguna noticia previa de que Dreyfus fuese espía, contestó casi en un grito que sí. Agregó que "de fuente irrecusable" había recibido en el mes de marzo la advertencia de que existía un traidor en el Ministerio de Guerra. De golpe, él se dirigió hacia Dreyfus, lo señaló con el dedo y gritó: "¡Y ese es el traidor!". Dreyfus se levantó indignado y lo mismo hizo su defensor. Demange invocó el artículo 101 que le permitía conocer las pruebas de cargo y pidió que Henry nombrase a la persona que le había hecho la advertencia. Pero Henry se negó. Entonces intervino el presidente de la sala.

—No es necesario que nombre usted a esa persona. Basta que afirme usted por su honor que esa persona le dijo que Dreyfus fue un traidor.

—¡Lo juro! —exclamó Henry levantando su mano derecha hacia el crucifijo detrás de los jueces.

El 22 de diciembre, es decir, la cuarta jornada del juicio, terminó la presentación de las pruebas. Cuando los jueces se retiraban a deliberar, el comandante Du Paty se acercó al presidente y le entregó con disimulo el sobre del general Mercier. Cuando el coronel Émilien Maurel lo abrió, halló una nota del general Mercier que le pedía que leyera el contenido del sobre adjunto ante los otros jueces durante la deliberación. Fue una maniobra traicionera a espaldas de la defensa. Cuando los jueces estuvieron reunidos, el sobre fue abierto y se encontraron con una relación de numerosos casos de espionaje y con las cartas "íntimas" de los agregados militares de Alemania e Italia, más comentarios del Estado Mayor francés, ridículos, faltos de lógica y antojadizos. Había que tener en

cuenta que semejante volumen de datos estaba rubricado por el ministro de Guerra, general Auguste Mercier, un alto oficial que se había destacado en la guerra franco-prusiana de 1870 y numerosas veces había sido condecorado en su carrera.

Todo el peso de ese sobre estaba en la firma. Un abogado medianamente diestro hubiera destruido esos argumentos, pero no había ningún letrado presente, solo los subordinados del general Mercier que, aunque tuvieran el poder soberano que poseía todo juez en su tribunal, llevaban el uniforme militar. Una hora después, el consejo de guerra reanudó la sesión para oír los alegatos finales del fiscal y del defensor, aunque los jueces ya habían decidido. Demange habló durante tres horas y concentró sus argumentos en el dosier, la única prueba presentada por el Estado. El discurso del fiscal fue breve. Recomendó a los jueces que examinaran personalmente y con lupa el dosier. Por fin se levantó Dreyfus y dijo sencillamente:

—¡Soy inocente!

Entonces retiraron al capitán de la sala, y los jueces volvieron a deliberar. Al regresar a la sala, el coronel Maurel leyó la sentencia. Por unanimidad, el consejo de guerra declaraba al capitán Alfred Dreyfus culpable de alta traición y lo condenaba a ser degradado públicamente, expulsado ignominiosamente del Ejército, deportado y confinado de por vida en una prisión fortificada. La única persona que se mostró desolada en la audiencia fue Demange. Todos lo oyeron sollozar de bronca.

El 5 de enero de 1895, Alfred Dreyfus fue expulsado en público del Ejército francés. El acto, como una ejecución capital, se celebró en el campo de revistas de la Escuela

Militar. La multitud que se congregó debió ser contenida por un cordón de tropas. Parecía dispuesta a linchar a Dreyfus y de todas partes salían gritos de "¡Muera el judío!". Todos los regimientos de la guarnición de París habían enviado un destacamento. Sonó una corneta, gritaron órdenes y un gigantesco sargento de la Guardia Republicana avanzó al frente de cuatro soldados con las espadas desenvainadas. En medio de ellos iba el capitán Dreyfus. La multitud hizo silencio cuando el reducido grupo se detuvo ante el general Paul Darras que lo aguardaba a caballo. El general desenvainó la espada. Y gritó.

—Alfred Dreyfus, es usted indigno de llevar armas. Por eso lo degradamos en nombre del pueblo francés.

Dreyfus, que había estado hasta entonces en posición de firme, se movió, levantó la cabeza.

—¡Soldados! Acaban de deshonrar a un inocente. ¡Viva Francia! —gritó.

La turba contestó con furiosos rugidos.

—¡Muera el judío!

Nunca mencionaron las palabras espía y traidor.

El gigantesco sargento se acercó a Dreyfus, arrancó las charreteras de los hombros del capitán y luego las franjas rojas del pantalón que indicaban su calidad de oficial del Estado Mayor. Por fin tomó la espada del degradado, la rompió en dos pedazos y los tiró al suelo. Con las charreteras y las franjas rojas hizo una pelota de desperdicios. Luego, Dreyfus tuvo que pasar ante los soldados formados columna tras columna en filas de uniformes de gala. Marchó sin flaquear, con el severo

paso del oficial que hace una inspección. El efecto era angustioso. A intervalos regulares, Dreyfus levantaba los brazos, con la cara contraída por el esfuerzo para ocultar el dolor.

—¡Soy inocente! ¡Viva Francia! —gritaba.

Seis semanas después de esta ceremonia, Dreyfus iba camino de la Isla del Diablo, la famosa colonia penal francesa de la Guyana. No era necesario que fuera allí. Mercier, que todavía seguía buscando pruebas y argumentos para sostener que la sentencia del consejo de guerra había sido justa, envió a Du Paty a la celda del ex capitán para hacerle una proposición. Du Paty le dijo que había muchas maneras de hacer llevadera la vida en el destierro y que no era necesario pasar por los rigores de la colonia penal de la Guyana. Podía escogerse un lugar agradable, cómodo y hasta permitirle a su familia ir a visitarlo, además de otros privilegios. Para obtener esas comodidades, tenía que confesar. Ni siquiera le pedía que dijera que lo hizo a propósito, sino que se trató de un momento de alienación mental, un caso que podrían encuadrar en negligencia criminal. Dreyfus le escribió una carta al general Mercier en la que le decía, como respuesta, que siguiera buscando al traidor.

Mucha gente rodeó el vagón carcelario que lo trasladaba al puerto La Rochelle con intención de sacarlo de allí y lincharlo. Luego, el propio Dreyfus le escribiría a Lucie, su esposa, sobre este incidente: “Me transportaron como merece ser llevado el vil granuja al cual represento. Mientras me toque representar a tan indigna criatura, no puedo hacer más que aprobar la actitud del pueblo”. El viaje hasta la Isla del Diablo lo hizo encadenado. Al llegar lo pusieron en una cabaña de piedra

rodeada de un muro alto. Puertas y ventana estaban enrejadas, y un centinela vigilaba sus movimientos todo el tiempo desde una especie de antesala de la cabaña. Cada dos horas relevaban al guardián. Cinco hombres estaban especialmente destinados a cumplir esta misión. Nunca le permitían sentarse de cara al mar. Temían que pudiera hacer señales a alguien que estuviera en aquellas aguas.

Su pedido de que le asignaran algún trabajo fue denegado. También lo fue el que presentó Lucie para acompañar a su marido en el destierro, gracia que la ley concedía a las esposas de los deportados. Toda carta que aludiera a su proceso era interceptada. Cuando lo sacaban a pasear por las rocas desnudas y calientes por el sol, nadie podía dirigirle la palabra. No se permitía que los guardianes contestaran sus preguntas. Dreyfus empezó a sentir fuertes dolores de cabeza. Cuando había tormentas y las olas chocaban contra las rocas, el ex capitán aprovechaba para pegar alaridos de desesperación. Nadie lo oyó. Él y su caso estaban enterrados en silencio.

Esta vida continuó inalterable durante dieciocho meses y luego se duplicaron las medidas de seguridad. Todas las cartas y paquetes que recibía fueron interceptados. Donde habían puesto a un centinela que lo vigilara día y noche, pusieron a dos con orden de comunicar cada gesto y cambio de expresión del cautivo. Construyeron otro muro de piedra alrededor del primero y, durante los dos meses que duró la construcción, Dreyfus pasó las noches atado a su catre con dobles grilletes. Estas medidas se habían tomado a causa de una maniobra de Mathieu Dreyfus. Convencido de que el peor enemigo de su hermano era el silencio que envolvía el asunto, decidió romperlo. Por mediación de un amigo consiguió publicar en

Inglaterra la falsa noticia de que Dreyfus se había escapado de la Isla del Diablo. Como Mathieu esperaba, la noticia fue reproducida por todo el mundo y la prensa de París cayó en la trampa. El ministro francés de las Colonias se lo pasaba enviando y recibiendo informes desde la isla que aseguraban que el prisionero estaba allí encerrado. El truco de Mathieu no logró nada, salvo publicidad.

En marzo de 1896, unos quince meses después de terminado el proceso, llegó al Deuxième Bureau u oficina de espionaje un interesante *petit bleu*, nombre que en Francia le daban a cierto tipo de tarjeta postal remitida con urgencia por tubos neumáticos. Estaba escrito por una mujer, amiga del agregado militar alemán coronel Schwartzkoppen, que se lo había entregado para que este lo echase al correo. Schwartzkoppen no pudo enviarlo porque, no se sabe cómo, se lo habían robado, probablemente de la canasta de la correspondencia. El contenido del *petit bleu* no tenía información militar clasificada, pero sí era muy íntimo y estaba dirigido al comandante francés conde Ferdinand Walsin-Esterhazy. El contenido era tan personal que hasta podía sugerir una relación impropia entre el comandante francés y el agregado militar alemán, es decir, aquellos personajes con los cuales comenzaba esta historia. Pues llevaron el *petit bleu* a Georges Picquart, teniente coronel y jefe del Deuxième Bureau.

Lo primero que pensó Picquart fue: "¡Tenemos otro espía!". Pero después se preguntó qué hacía el comandante conde Esterhazy para recibir *petits bleus* —mensajes cifrados— por medio de la embajada alemana. En vista de los dudosos antecedentes del conde, Picquart decidió investigarlo. Tres meses después, el conde Esterhazy cometió un error. Tal vez el

comandante Henry olvidó advertirle que lo vigilaban, o tal vez fue simple y puro descaro, pero en ese momento en que lo tenían en la mira se le ocurrió pedir por escrito prestar servicio en el Estado Mayor. La solicitud fue a parar a la mesa de Picquart, quien quedó sorprendido al darse cuenta de que esa letra le era familiar. En su nuevo puesto, Picquart había tenido ocasión de examinar el secreto expediente de Dreyfus. Le pareció que la letra de la solicitud de Esterhazy le resultaba muy similar a la del dosier del sobre de Dreyfus de la caja fuerte.

Comparó con detenimiento la escritura del dosier con la de Esterhazy. Para él no había duda de que eran iguales, pero de todos modos llamó urgente al criminalista Bertillon, que ya había pifiado una vez al atribuirle la letra del dosier a Dreyfus cuando no lo era. Bertillon estudió de nuevo el dosier y luego la solicitud de Esterhazy.

—Este es el hombre que escribió el dosier —dijo, dejando a salvo su honorabilidad porque no quiso cubrir su error con una mentira.

Picquart había sido un tiempo profesor de Dreyfus en la Escuela de Guerra. No le había sido simpático y ni siquiera lo impresionó su inteligencia como a los demás maestros. Se dispuso, no obstante, a jugarse la carrera para que se hiciera justicia. Sabía que iba a ganarse la enemistad de altos cargos del Estado Mayor, incluso que podía terminar con sus carreras y hasta mandarlos a la cárcel. Le importó todo un comino. Picquart fue a hablar con el mayor general Charles-Arthur Gonse, subjefe de personal.

—Debería usted dejar los dos casos aparte —dijo el general Gonse cuando Picquart lo puso al tanto—. El caso Dreyfus está juzgado.

Picquart insistió en que debería revisarse.

—¿Qué le importa a usted ese judío? —le preguntó, enojado, Gonse.

—Es inocente —contestó Picquart, sencillamente, lo cual para él era una razón de peso para reabrir el caso. Pero no impresionó al mayor general.

—Para mí, la verdad es lo que el ministro de la Guerra y el jefe del Estado Mayor me dicen que es verdad. Si usted guarda silencio, nadie tiene que enterarse de nada.

Picquart se olvidó de la diferencia de grado y levantó la voz.

—Mi general, lo que acaba usted de decir es abominable. No sé lo que voy a hacer. Pero no llevaré este secreto a la tumba.

Gonse no tomó ninguna actitud inmediata. Pocos días después sacó a Picquart del medio, lo mandó fuera de París con la misión de hacer investigaciones sobre el servicio de espionaje en la frontera oriental. Cuando la misión estuvo cumplida, lo envió directamente a la frontera italiana con el mismo encargo. Desde la frontera italiana, Picquart fue enviado "urgentemente" a Argelia y desde Argelia a Túnez, todas las veces con cartas encomiásticas por su excelente trabajo. Al principio, nada sospechó, hasta que se dio cuenta de que lo tenían desterrado.

En ausencia de Picquart se hizo cargo de su puesto el comandante Henry y actuó con la torpeza que le era

característica. La correspondencia de Picquart dirigida al Bureau se dejaba en la mesa de Henry para su "revisión", que realizaba abriendo las cartas con vapor de agua. Luego, Henry pensó en un método sencillo para deshacerse del fastidioso Picquart. Le sugirió al general Gonse que lo mandara a la frontera de Trípoli, en la cual había frecuentes escaramuzas. Henry pensó que un balazo oportuno acabaría con la amenaza de revisión del proceso de Dreyfus. El general Gonse dio la orden. Pero ya Picquart se había asegurado de que la verdad lo sobreviviera. Aprovechó unos breves días de licencia en París y dejó en manos de su abogado, Louis Leblois, una carta para el Presidente de la República. La carta, que debía entregarse en caso de morir Picquart, explicaba cómo había descubierto al verdadero autor del dosier. Concluía con las siguientes frases: "1. Walsin-Esterhazy es agente alemán. 2. Los actos delictivos atribuidos a Dreyfus fueron cometidos por Esterhazy. 3. El caso Dreyfus se trató con insólita ligereza, convicción preconcebida de la culpabilidad de Dreyfus y desdén completo por la ley".

Cuando Picquart le contó reservadamente los hechos, el abogado Leblois quedó consternado. Después de mucho conversar para convencerlo, Picquart le permitió compartir el secreto con amigos de absoluta confianza, siempre que pudiera hacerlo sin revelar que él era la fuente de la información. Leblois habló con Auguste Scheurer-Kestner, vicepresidente del Senado y viejo amigo de la familia Dreyfus. Nada podía hacer el senador Scheurer hasta tanto el misterioso oficial representado por Leblois —Picquart— apareciera personalmente con las pruebas.

Por su cuenta, el senador insinuó públicamente que existían pruebas de la inocencia de Dreyfus. La prensa lo injurió y en el Senado lo dejaron aislado. Su interés por el caso le proporcionaría solo insultos. Pero si algo provocaron estos incidentes fue que el conde de Esterhazy estuviese cada día más inquieto porque sabía que ya eran unos cuantos los que sospechaban que él había escrito el dosier. Y cuando *Le Matin*, el periódico de mayor circulación de Francia, publicó un facsímil del famoso documento, reproducción de una fotografía obtenida no se sabe cómo, el conde creyó que se desmayaba. Atemorizado fue con rapidez a la embajada alemana y le anunció a Schwartzkoppen que se había descubierto la relación entre ellos y que muy pronto la haría pública cierto senador importante. Le propuso que se entrevistara con la esposa de Dreyfus y le asegurara que su marido había cometido en efecto la traición, y Schwartzkoppen se rehusó. Entonces, Esterhazy le dijo que habían llegado al fin de la relación, que se suicidaría en aquel mismo lugar e instante, en su despacho. Pero el alemán no se dejó impresionar, y Esterhazy se enfureció. Amenazó con hacer públicas las relaciones entre Schwartzkoppen y cierta dama y cierto militar extranjero. Schwartzkoppen llamó a un ordenanza para que echara a la calle al conde, si era preciso, por la fuerza.

Cuando el coronel alemán comunicó a Berlín lo que había ocurrido con Esterhazy, le ordenaron que regresara a Berlín porque veían venir un escándalo mayúsculo. Cuando salió de París, hizo lo mejor que podía hacer un espía por su propia estima o, acaso, por despecho. Al despedirse del presidente francés, le aseguró que nunca había tenido tratos con Dreyfus.

Entretanto, el canalla de Henry estaba al tanto de las crecientes sospechas que señalaban a Esterhazy como el espía del dosier. Sabía que, si no lo protegía, el conde podría chantajearlo. Entonces se dedicó con ahínco a falsificar nuevas pruebas para reforzar la culpabilidad de Dreyfus. Aprovechó la reciente muerte del coronel Sandherr para filtrar la noticia de que en la caja fuerte del despacho del coronel había encontrado un nuevo legajo secreto que contenía "muchísimos" documentos probatorios de la culpa del ex capitán. Entre ellos se contaban nada menos que siete cartas escritas por el mismo Dreyfus al emperador de Alemania. En una de ellas, el káiser había garabateado una nota al margen para el embajador alemán en la cual decía que, si bien el "bribón" se volvía cada vez más exigente, había que tenerlo contento.

Tres años después de la condena, Mathieu Dreyfus se enteró de quién era el verdadero espía, por pura casualidad. Había editado un folleto sobre el caso para que lo vendieran en las calles de París. En la tapa figuraba una reproducción del dosier tal como había aparecido en el diario *Le Matin*. Por mera curiosidad, un banquero llamado Castro compró uno de los folletos. Esterhazy había sido su cliente y reconoció su letra. Fue a ver a Mathieu con las cartas que le escribió Esterhazy. Mathieu no perdió tiempo. El 15 de noviembre de 1897 denunció públicamente al conde como el autor del dosier.

El Estado Mayor —que omitía deliberadamente hablar del dosier falso que el general Mercier había enviado a los miembros del consejo de guerra antes de la condena— quería que la denuncia fuese desestimada enseguida, argumentando que el caso ya había sido juzgado y que no había una prueba

nueva, siempre era el dosier. Pero el Estado Mayor lo que menos esperaba era que justo la persona que quería cubrir espoleara el caso. El propio traidor Esterhazy, en un arranque de falso orgullo, afirmó que no podía soportar que se manchara su reputación con estas sospechas y exigió una reivindicación. En consecuencia, la investigación siguió adelante. Los diarios se dedicaron a hablar maravillas del conde. Solo lo atacaron los diarios revisionistas y críticos, un sector minúsculo de la prensa.

Le Figaro, modesta publicación para intelectuales, destacó del dosier la significativa frase "Salgo de maniobras" y logró probar que en las maniobras de aquel año no había participado Dreyfus, pero sí Esterhazy. *Le Figaro* publicó asimismo reproducciones del dosier y de los escritos de Esterhazy, unas junto a otras para que sus lectores pudieran juzgar por sí mismos. Los periódicos de gran circulación respondieron con dos versiones: la primera, las letras nada tenían de idéntico; la segunda, sabían por "informes dignos de confianza" que Dreyfus había imitado la letra de Esterhazy. A la vez, el conde se lo pasaba en las redacciones de los periódicos amigos haciendo declaraciones sobre el "sindicato judío internacional" y sus maquinaciones para destruir el Ejército y, por lo tanto, Francia. De sí mismo dijo que era un excelente oficial y un patriota. Lo peor del caso era que cada cosa que decía salía publicada. El público creía en Esterhazy, y la mayoría de la prensa aseguraba que el juicio en su contra no se haría. Cuando supieron que sí, replicaron que se trataría de un mero trámite en que el honor del conde quedaría a salvo porque su inocencia estaba ya reconocida. Desde el inicio de este caso de espionaje, la mayoría de los medios franceses no hizo

periodismo, sino propaganda contra, según ellos, un judío infiltrado en su Ejército, porque, como lo remarcó Esterhazy, todo lo malo para un país viene de los judíos.

En su declaración, Esterhazy se mostró tranquilo y reservado. Solo una vez se exaltó: "¡Todo cuanto he dicho es tan cierto como que soy inocente!". Cuando le llegó el turno de testimoniar a Mathieu, el abogado de Esterhazy lo amonestó como a un chico por haber hecho circular una reproducción del dosier.

—Puede usted defender a su hermano ante los tribunales —le dijo—, pero en ningún otro lugar.

—Defenderé a mi hermano en todas partes —replicó Mathieu, y el público lo silbó.

Fueron tan ruidosos los silbidos que el presidente del tribunal debió llamar al orden. Otra vez, el juicio fue secreto, al menos las declaraciones de los testigos. Al final, la fiscalía retiró la acusación contra Esterhazy. Ya había ganado el juicio, pero su abogado quiso hablar… durante cinco horas. El tribunal deliberó tres minutos y absolvió al acusado por unanimidad. La alegría de la gente fue tal que parecía que Francia hubiera obtenido un logro internacional. Hubo oficiales, periodistas, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, que lloraban de alegría y querían abrazar a Esterhazy: "¡Viva Esterhazy! ¡Viva el Ejército!".

Una de las víctimas del juicio fue el coronel Picquart, a quien se le había hecho venir de África para que compareciera como testigo. Estuvo solo en la audiencia, aislado por la enemistad de sus compañeros. Únicamente le hablaron el senador Scheurer-Kestner, Mathieu, Lucie Dreyfus y el

abogado Demange, que la familia de Dreyfus quiso que representara a Alfred. Picquart declaró muy seguro sobre el *petit bleu* que demostraba la relación de Esterhazy con la embajada alemana. Su testimonio no fue público; la defensa de Esterhazy sostuvo que el *petit bleu* era falso —aunque no lo demostró—, y el sacrificio de Picquart fue inútil.

Resultaba llamativo cómo —en todos los años de este caso — la prueba objetiva se descartaba simplemente diciendo que era falsa, en lugar de someterla a examen de especialistas o conocedores. O sea que la palabra del abogado de Esterhazy era una prueba indudable, ¡su sola palabra! Después del juicio, Picquart fue detenido, acusado de divulgar información secreta, y lo tuvieron encerrado cuatro semanas en la fortaleza de Mont-Valérien.

En la Isla del Diablo, el efecto del fallo a favor de Esterhazy y la detención de Picquart fue que a Dreyfus le aumentaron la guardia a trece hombres y un jefe. Levantaron una torre para vigilar el mar y montaron en lo alto un gran cañón. Además le quitaron el privilegio de recibir toda clase de correspondencia, y sus guardianes jamás le dirigían la palabra. Todas las alternativas del asunto Dreyfus eran seguidas también, y con grandes titulares, por todo el mundo, en especial por los países europeos.

Al contrario de la postura de los diarios franceses, excepto algunos, las portadas en el extranjero eran de tristeza por la miopía francesa. Todos veían que se había condenado a Dreyfus con pruebas falsas y que las verdaderas no se tomaban en cuenta. “Nunca han faltado en la historia hombres valerosos que han desafiado a los tiranos, pero es menester verdadero heroísmo para desafiar la tiranía de la opinión pública”,

escribió Georges Clemenceau, el Tigre, quien fuera luego un gran estadista francés. En aquel entonces, el verdadero monstruo en Francia era la opinión pública, enardecida y alimentada con las mentiras de la prensa ultranacionalista y antisemita. Muy pocos, tanto en el gobierno como fuera de él, se atrevían a desafiarla. Es cierto que siempre hubo partidarios de Dreyfus —el uno por ciento de la población, según cálculos modernos— y que se encontraban en todas las clases sociales. Entre los primeros "dreyfusistas" estaban el escritor Anatole France, el director del Instituto Pasteur, Émile Duclaux, el senador y ex ministro de Justicia, Ludovic Trarieux. Este grupo, con el anciano senador Scheurer-Kestner, hizo público su disentimiento. Y, poco a poco, otros empezaron a unírseles, pero la detención de Picquart fue un terrible golpe, porque con ella parecía perderse la esperanza de que se hiciera justicia.

El 13 de enero de 1898, el periódico de Clemenceau, *L'Aurore*, publicó el "J'Accuse…!", de Émile Zola, título que se transformaría en consigna, unida para siempre al nombre de Zola. Era un reto a Francia para que volviera a la razón y a sus ideales. Zola estaba en la cúspide de su fama. Sus libros eran populares en casi todas las lenguas y venía escribiendo sobre el caso Dreyfus en las columnas de *Le Figaro*. Sin consultarlo con nadie, escribió toda una noche, el día siguiente y otra noche más, hasta terminar su llamamiento a la razón. Al publicarlo se jugó el todo por el todo. El escritor se paró frente a millones de personas para decirles que las habían manipulado, que estaban obsesionadas con falsedades, que no tenían razón y que reflexionaran y recuperaran el juicio. "J'Accuse…!" era un documento vigoroso. Mostraba el fraude, la confusión y las contradicciones, y señalaba con

precisión cómo el Estado Mayor, después de haber incurrido en el error de acusar a un inocente, se había esforzado por enterrarlo con engaños. Al finalizar su larga interpelación, Zola hacía varias acusaciones específicas. La última decía:

> Acuso al primer consejo de guerra (que le hicieron a Dreyfus) de haber violado todos los derechos humanos al condenar a un acusado por testimonios que se han mantenido en secreto para él, y acuso al segundo consejo de guerra (el que absolvió a Esterhazy) de haber encubierto aquella ilegalidad por orden superior, cometiendo a su vez el crimen judicial de absolver al culpable con pleno conocimiento de su culpa.

Zola sabía muy bien que podrían procesarlo por hacer estas manifestaciones. “Este acto tiene por objeto apresurar la explosión de la verdad y la justicia. ¡Qué me procesen y que se haga una información a la plena luz del día! Aquí espero”, manifestó.

La repercusión fue instantánea. *L’Aurore*, diario de insignificante circulación, vendió 300.000 ejemplares del número que publicaba el “J’Accuse…!”. Llegaron de todas partes del mundo 30.000 cartas y telegramas de apoyo. En la misma Francia estallaron con violencia las tensiones interiores. En París se celebraron gigantescos mítines de protesta que acabaron en choques sangrientos. En otras ciudades francesas, multitudes enfurecidas saquearon las tiendas judías y quemaron ejemplares del “J’Accuse…!”. El tumulto, que algunas veces hubo de ser sofocado por fuerzas militares, continuó semanas y semanas. El consejo de ministros no sabía qué hacer. No podía dejar sin respuesta las acusaciones de Zola, porque tanto el público como la prensa

pedían que lo castigaran con severidad, pero procesarlo por difamación suponía la revisión del caso Dreyfus, puesto que el procesado estaba facultado por la ley para presentar pruebas de la verdad de sus afirmaciones. Se ideó al fin una fórmula que salvaba las apariencias. Procesarían a Zola por difamación, pero solo por el pasaje del "J'Accuse…!" en el cual afirmaba que el consejo de guerra había absuelto a Esterhazy "por orden superior". De este modo, Zola tendría derecho a aducir pruebas contra Esterhazy, pero no a favor de Dreyfus.

El 7 de febrero de 1898 comenzó el juicio de Zola. Duró quince días, y el mundo siguió sus trámites con ansioso interés. Las pasiones estaban muy excitadas, y las tropas se prepararon para contener a las turbas que rodeaban el edificio. El presidente del tribunal debió esforzarse para impedir que los testigos se salieran de los estrechos límites de la acusación. "La pregunta es impertinente" fue la frase que se convirtió en la muletilla del juicio. Lo que ocurrió fue que Zola le había dado instrucciones a su abogado de que no lo defendiera, sino que se esforzara en provocar la revisión del proceso Dreyfus ante un tribunal civil. En el discurso que pronunció en defensa propia, Zola manifestó al jurado que no era él ni tampoco Dreyfus quienes estaban sometidos a juicio, sino Francia. Dijo que la cuestión era saber si Francia continuaba siendo fiel a su genio de guardián de la justicia y la humanidad. Terminó con estas palabras: "Dreyfus es inocente. Lo garantizo con mi vida y mi honor. Lo juro por cuanto he ganado, por la reputación que he conseguido, por mi contribución a la literatura francesa. ¡Que todo perezca si no es así! Dreyfus es inocente".

El silencio en la sala fue contundente. A pesar de todo, Zola no era rival de peso para enfrentarse con el prestigio del

Estado Mayor. Era imposible creer que sus componentes, la crema del Ejército, fuesen falsarios y pícaros. Y el Estado Mayor había planteado el problema con toda claridad. Si Zola resultaba absuelto, dimitirían en bloque. El jurado invirtió solamente 35 minutos en dar su veredicto. Por ocho votos contra cuatro declaró culpable a Zola y le aplicaron el máximo de pena, un año de cárcel y 3000 francos de multa. En muchas ciudades, las multitudes salieron a las calles a festejar la noticia. Fuera de Francia hubo consternación. Los periódicos calificaron la sentencia de bárbara y salvaje. A la mayoría de los franceses le importaba muy poco lo que pensaran en otras partes y le daba más fuerza para rechazar cualquier ruego, consejo o parecer que viniese del exterior.

Jacques Godefroy Cavaignac, el nuevo ministro de la Guerra, creía que el gobierno había manejado mal el caso Dreyfus y estaba convencido de que sabía cómo arreglar las cosas. Cavaignac no tenía la menor duda de la culpabilidad de Dreyfus, la existencia del sindicato judío y —por cándido que parezca— la integridad del Estado Mayor y de sus documentos. Lo que quería era terminar de una vez por todas con el debate y creía que para hacerlo debía hacer públicos todos los documentos secretos para dejar probada de manera incuestionable la traición de Dreyfus. Del expediente de Dreyfus, para entonces abultadísimo, ya que Henry había agregado montones de documentos ajenos al asunto para dificultar su examen, Cavaignac seleccionó el mejor material de prueba que acertó en encontrar. Incluyó en él una carta del agregado militar italiano Panizzardi, en la cual se citaba a Dreyfus por nombre.

Cuando el ministro habló pocos días después en la Cámara, anunció que iba a leer “tres documentos escogidos entre un millar de cartas intercambiadas durante seis años por agentes dedicados al espionaje”. Manifestó que aquellas pruebas resolverían la cuestión de la culpabilidad de Dreyfus de manera definitiva, terminante y para siempre, según sus palabras. Los diputados estuvieron de acuerdo, aclamaron a Cavaignac y resolvieron por votación que su discurso fuese difundido por todo el país. Así se hizo. Cuando el teniente coronel Marie-Georges Picquart —que había acusado al conde Esterhazy de ser el traidor—, que estaba ya retirado como represalia, escuchó el discurso de Cavaignac, reconoció enseguida los documentos que citaba.

Perdido por perdido le escribió al presidente del consejo de ministros: “El ministro de la Guerra ha citado tres documentos en su discurso ante la Cámara. Considero mi deber poner en su conocimiento que dos de los documentos citados nada tienen que ver con Dreyfus, y que el tercero presenta todas las características de una falsificación”. Un aplicado y metódico análisis de los documentos, ordenado por el premier Henri Brisson al leer la misiva de Picquart, reveló que la carta de Panizzardi era una falsificación. Consistía en dos cartas pegadas una a otra con gran pericia. Cuando informaron del descubrimiento al ministro Cavaignac, este llamó a Henry —que ya para entonces era coronel— y lo enfrentó con el documento falsificado, preguntándole cómo lo explicaba. Tras una hora de negativas, Henry reconoció haber arreglado algunas frases, pero negó haber falsificado el texto. Le hicieron más preguntas, que fueron contestadas con reiteradas negativas hasta que por fin se vio obligado a ceder un punto.

—Mis superiores estaban desasosegados. Quise calmarlos y me dije: “Voy a añadir una frase que pueda servir de prueba en la situación en que nos encontramos”. Lo hice por mi propia cuenta y en interés de mi patria.

Lo siguieron interrogando, y Henry terminó por confesar que toda la carta era obra suya a excepción de la firma. Cavaignac informó enseguida a la prensa y ordenó la detención de Henry. A la mañana del día siguiente, 30 de agosto de 1898, encontraron a Henry muerto en su celda. Se había degollado con una navaja de afeitar. El efecto de estos acontecimientos en el Ejército fue demoledor. El general Raoul Le Mouton de Boisdeffre, jefe del Estado Mayor, dimitió enseguida. Lo mismo hizo el general Georges-Gabriel de Pellieux, indignado de que lo hubieran hecho influir mediante engaños en el jurado que dictó el veredicto de culpabilidad en el juicio contra Zola.

Cuando se enteró del suicidio de Henry, Esterhazy huyó a Londres abandonando todas sus pertenencias. Había llegado la hora de confesar por buen dinero y de vengarse de sus cómplices por haberlo abandonado. Su versión de los hechos, volcada por escrito, se publicó en una serie de artículos en la prensa de Londres y de París. Afirmaba Esterhazy que el difunto coronel Sandherr le había dado instrucciones de que se hiciera agente de los alemanes y les vendiera datos de escasa importancia y copias amañadas de documentos secretos y que su misión había sido la de conseguir acceso a los secretos alemanes. La revisión del caso Dreyfus se había hecho inevitable.

De la noche a la mañana parecía que todos se habían vuelto críticos y revisionistas. El gobierno deliberaba noche y día. El

bloque “antidreyfus” era todavía poderoso, pero el premier Brisson era partidario decidido de celebrar un nuevo juicio. Hizo que un amigo visitara a Mathieu Dreyfus y le aconsejase que lo pidiera. Demange, cuya numerosa clientela se había esfumado a causa de la defensa de Dreyfus, presentó la petición. El Ejército intentó todas las maniobras posibles para que no se realizara otro juicio, pero en el gobierno lo querían. Seis meses después de haberse presentado la solicitud de nuevo juicio, el Senado habilitó especialmente al Alto Tribunal de Apelación para volver a ver el caso. El tribunal estudió el proceso durante tres meses, anuló la sentencia condenatoria y ordenó que Dreyfus compareciera ante un nuevo consejo de guerra en Rennes.

Rennes queda en Bretaña. El juicio se celebró en el edificio del Instituto de Segunda Enseñanza, único local bastante amplio para contener a la multitud. Cuando Dreyfus entró en la sala de audiencias, los ojos de todos se clavaron en él para ver por fin al hombre del cual tanto se había hablado. Lo habían traído de vuelta en el crucero *Sfax*. La noticia de que iban a juzgarlo otra vez, de que el mundo había recordado su existencia, le causó tal conmoción que temió sufrir algún síncope. Tenía apenas 39 años, estaba débil, parecía un anciano de cabellos grises. Se encontraba pálido, la piel amarillenta y bronceada por partes, como cuero mal curtido, estaba pegada a los pómulos. Le habían dado un uniforme nuevo, pero parecía un esqueleto andante. Un periodista informó que el público se quedó boquiabierto al verlo y se sintió poco menos que abatido por la violenta emoción que causaba su presencia.

Dreyfus, el centro de una lucha ideológica y de furias tales que llevaron a enfrentarse a los franceses casi hasta un punto de quiebre, no quería mostrarse como protagonista de una tragedia y tampoco jugar el papel que le habían impuesto. Él mismo lo explicaría así: "Yo era únicamente un oficial de artillería al cual un error trágico había impedido seguir su carrera. Dreyfus, el cuco de la justicia, no era yo. Era creación de ustedes". Hubiese considerado indecoroso y poco militar mostrar sus sentimientos en la sala de audiencias. Ni siquiera quería exteriorizar su miserable condición física. Solamente dio señales involuntarias de debilidad y falta de dominio cuando las lágrimas asomaron a sus ojos. Por lo demás, su porte continuaba siendo reservado. Clemenceau se lamentaba de esto cuando afirmó: "Dreyfus no comprendió nunca el caso Dreyfus".

La defensa no fue afortunada y se cometió el grave error de excluir al público después de haber prestado declaración Dreyfus. Demange estaba más viejo y había perdido gran parte de su antigua eficacia. Su compañero en la defensa, Fernand Labori —que había defendido a Zola— resultó herido de un pistoletazo en las calles de Rennes por un "antidreyfusista" rabioso. La herida no era grave, pero hasta tanto estuvo curada, la defensa corrió a exclusivo cargo del ya ineficaz Demange. El general Mercier dominó el juicio. Su figura impresionaba y su testimonio abundó en insinuaciones de que lo que decía era solo parte de la verdad, de que era todavía muy peligroso para Francia decir toda la verdad. Reseñó los días en los cuales se detuvo a Dreyfus y dijo que el emperador de Alemania había hecho amenazas de guerra por medio de su embajador. Él mismo había alertado al jefe del Estado Mayor

para que diese la orden de movilización tan pronto recibiese el oportuno aviso. En semejante situación, los escrúpulos legales no pesaban tanto como en momentos menos críticos y, naturalmente, uno no podía agravar el estado de cosas con la divulgación de pruebas.

—Mis convicciones —resumió dando una puñalada final— no han cambiado desde 1894, se han fortalecido por el estudio más detenido de los documentos y de los intentos que he visto realizar para probar que la culpabilidad es inocencia.

Los jueces de este tribunal, oficiales de la guarnición provincial, muy respetuosos de las jerarquías militares y de los altos mandos venidos de la capital, tomaron el testimonio del general Mercier como decisivo. Si en un tribunal militar surge la duda de si el que miente es un general o un capitán, el general gana. Al cabo de treinta y tres sesiones y de ciento quince testigos, el consejo de guerra, por cinco votos contra dos, declaró a Dreyfus culpable de alta traición y lo condenó a diez años de prisión. Otra vez la indignación en el exterior. Era incomprensible.

Las embajadas y los consulados de Francia en todo el mundo fueron asediados por manifestaciones de protesta. Se realizaron reuniones públicas para pedir el boicot a todo lo que fuese francés, incluso a la Exposición Universal de París, anunciada para el año siguiente. En todas partes repetían el comentario: “No es Dreyfus el condenado; la condenada es Francia”. El presidente Émile Loubet, en previsión de que la misma reacción del extranjero ocurriera dentro del país, el 19 de septiembre de 1899 le concedió el indulto total y fue puesto en libertad. No lo declararon inocente. Dreyfus se trasladó con su familia a Suiza para reponerse.

Clemenceau se opuso a la idea del indulto porque equivalía a reconocer que era imposible obtener justicia en un tribunal francés. Los "dreyfusistas" habían venido luchando no solo por Dreyfus, sino para que se cumpliera la ley en los tribunales de Francia. Picquart, que había pasado un año en la cárcel por sus esfuerzos para liberar a Dreyfus, se sintió muy dolido de que el indulto hubiese sido aceptado sin consultarle. Le parecía que, al aceptarlo, Dreyfus se había reconocido culpable. Picquart se quedó solo frente al desprecio del Ejército. El indulto libertaba a Dreyfus, pero no reivindicaba a Picquart por haber sido su defensor. Mathieu Dreyfus no opuso reparos cuando su hermano aceptó el indulto, pero tampoco descansó hasta ver el nombre de Dreyfus limpio de toda mancha. Siguió profundizando todos los aspectos del asunto hasta que, por fin, dio con uno que lo llevó al resultado que deseaba.

Uno de los jueces que votaron por la absolución en el consejo de guerra de Rennes ya se había retirado. Mathieu cultivó su trato y, con el tiempo, conoció detalles sobre la tramitación de ese segundo juicio. Se aseguró sobre todo de un dato de importancia vital cuando supo que el general Mercier había utilizado en Rennes el mismo truco que en el primer juicio, al entregar al tribunal documentos secretos falsificados sin dar al acusado la oportunidad de examinarlos. Con esta nueva prueba, Mathieu presentó un pedido de revisión que llegó al Alto Tribunal de Apelaciones en 1904. Este tribunal ordenó un nuevo juicio. Los trámites fueron largos y agotadores. El pasado volvía otra vez, los testigos y documentos del consejo de Rennes de cinco años atrás, del anterior juicio de Zola, del de Esterhazy y del primer consejo

de guerra de Dreyfus, en 1894. Cuando acabaron los trámites, el Alto Tribunal, el 12 de julio de 1906, anuló la sentencia del consejo de guerra de Rennes y declaró errónea su apreciación de que Dreyfus era culpable. También declaró que no existía prueba incriminatoria contra el ex capitán y que toda revisión era innecesaria porque nunca habían existido hechos que juzgar.

Después de doce años, el caso se cerró.

El gobierno se apresuró a la rehabilitación no solo de Dreyfus, sino también de Picquart. "Para exonerar la conciencia de Francia", ambas Cámaras votaron la reincorporación al Ejército de los dos oficiales. Dreyfus fue ascendido y condecorado con la Legión de Honor, "como adecuada reparación para un soldado que había sufrido martirio sin paralelo". Picquart fue recomendado para el grado que normalmente hubiera alcanzado para entonces, el de general de brigada, y continuó su carrera hasta llegar a ministro de Guerra en el gabinete de Clemenceau, en 1908. Dreyfus se retiró después de un año de servicio, pero fue llamado de nuevo a filas en 1914 y luchó en dos de las batallas más sangrientas de la Primera Guerra Mundial: Chemin des Dames y Verdún.

El otro personaje de esta historia, el traidor conde Esterhazy, sobrevivió sin pena ni gloria en barrios de la periferia de Londres, donde trabajó como traductor y escritor bajo el seudónimo de Comte de Voilemont. Murió a los 76 años, en 1923, en Harpenden, una ciudad en Hertfordshire. Nunca pagó por sus actos de traición.

UNA DERROTA CATASTRÓFICA

La unificación alemana se aceleró con la llegada del rey de Prusia, Guillermo I, quien confió la tarea al canciller Otto von Bismarck “el canciller de hierro” y al mariscal de campo prusiano Helmuth von Moltke. La unidad se logró por medio de tres guerras realizadas en seis años: contra Dinamarca en 1864, contra Austria en 1866 y contra Francia en 1870. Los alemanes consideraban que la unidad bien valía una confrontación con una potencia militar de la talla de la francesa. Una alianza de Prusia con Baviera y Württemberg le permitió contar con un ejército de 800.000 hombres, contra 300.000 de Francia, y mil quinientos cañones contra mil. La excusa fue la candidatura al trono de España de Leopoldo de Hohenzollern. Para Francia, eso representaba una provocación porque renovaba el peligro de una alianza hispano-alemana en su contra, y exigió al rey Guillermo I que se opusiera a esa candidatura. El rey estaba dispuesto a ceder en esta cuestión, pero Bismarck vio la oportunidad de entrar en guerra de forma tal que Francia apareciera como la agresora.

El canciller mutiló el telegrama de respuesta de Guillermo de manera que resultase una negativa al pedido de Francia. Esta de inmediato declaró la guerra. El Ejército francés fue derrotado en varios encuentros, y en Sedan sufrió una derrota de tal magnitud que Napoleón III se vio en la obligación de

abdicar y se constituyó un gobierno provisional de Defensa Nacional. Von Moltke asedió Metz y París. La derrota de Francia era inevitable. En Versailles se firmó un armisticio. La Confederación Alemana del Sur aceptó fundirse en la del Norte y el conjunto recibió el nombre de Imperio alemán. En Versailles, el 18 de enero de 1871 se proclamó emperador a Guillermo I. La unidad alemana se hallaba realizada.

Sacco y Vanzetti

El tren procedente de Boston entró en la pequeña estación de la ciudad de Braintree, Massachusetts, a las 9:30 de la mañana del 15 de abril de 1920. Se detuvo unos pocos minutos. Dos agentes de la compañía de seguridad American Express, Shelley Neil y Art Stevens, estaban al pie del vagón de mercancías firmando un recibo por la entrega de una caja de metal, mientras el tren salía de la ciudad. En la caja había dos sacas de lona con quince mil dólares cada una, que mandaba un banco de Boston para pagar el sueldo semanal de los trabajadores de dos empresas de South Braintree, un lugar donde predominaban las casas de obreros. Neil y Stevens, como hacían siempre, cargaron la caja de metal en un carro tirado por caballos y fueron hacia Hampton House, un edificio de madera de la avenida Railroad. Neil vio al llegar un vehículo negro descapotable y a un hombre agachado al lado de una rueda. No pudo verle la cara porque se la tapaba un

sombrero de fieltro de ala ancha. También se detuvo a observar a otro tipo delgado, rubio, de rostro pálido y aspecto de enfermo, que tenía puesto un abrigo marrón claro y parecía vigilar todo desde un portón cercano.

Neil y Stevens fueron hasta la fábrica de zapatos Slater & Morrill, de cinco pisos, abrieron la caja fuerte de su despacho, en la planta baja, y allí pusieron una de las sacas con quince mil dólares y la otra la entregaron en el primer piso, en las oficinas administrativas de Slater & Morrill. Al salir por la puerta principal, Neil vio otro automóvil extraño, manchado con barro, estacionado al otro lado de la calle y también advirtió que el tipo pálido y de aspecto enfermizo que oteaba desde un portón se subía al descapotable y se alejaba a toda velocidad. De golpe, sin que siquiera lo advirtiera, el auto con barro también había desaparecido. Todos estos movimientos de vehículos y personas le parecieron extraños.

A las 15:30, el cajero de Slater & Morrill, un hombre de unos 40 años llamado Frederick Parmenter, que hacía dieciocho que trabajaba para la firma, y el guardia italiano Alessandro Berardelli, que llevaba un año ayudando a Parmenter, entraron en el edificio de Hampton House para recoger la saca con los haberes. En total eran 15.773,59 dólares, que ya estaban repartidos en sobres para los quinientos empleados de la fábrica. Salieron a la calle, giraron por Pearl Street, cruzaron las vías del tren, se quedaron un rato hablando con el mecánico Jimmy Bostock y cruzaron la calle. Tenían el sol a sus espaldas.

Dos tipos bajos morenos, con sombrero, daban vueltas cerca de Rice & Hutchins, otra fábrica de zapatos. Al otro lado de la calle, algunos obreros italianos trabajaban en una obra. La

fábrica Slater & Morrill estaba a unos cincuenta metros de allí. Cuando Parmenter y Berardelli pasaron, aquellos dos tipos bajos sacaron las manos de los bolsillos y uno se lanzó sobre Berardelli y le pegó tres tiros que lo dejaron de rodillas. Parmenter quiso huir cruzando la calle, pero lo alcanzaron por la espalda. Tambaleó, soltó la saca, recibió otro balazo por la espalda y cayó. Bostock, el mecánico con el que habían hablado instantes antes, retrocedió y quedó inmóvil contra la pared cuando le dispararon dos tiros que no dieron en el blanco.

Uno de los hombres de baja estatura agarró la saca, y el otro disparó al aire y apareció un descapotable oscuro. El vehículo pasó cerca de Berardelli, herido y de rodillas en la calle, y un hombre bajó de un salto del auto, lo agarró de un hombro, le pegó otro tiro y después baleó las ventanas del piso superior de Rice & Hutchins. Todos los asaltantes subieron a la parte trasera del descapotable y escaparon. Eran las 15:07. Varios ladrones, tres que dispararon, dos de ellos de baja estatura, dos muertos. La gente corría asustada por la calle. El automóvil con los asesinos quedó detenido frente a un paso a nivel, pero los ladrones amenazaron al guardabarrera Mike LeVangie y le dispararon varias veces hasta que levantó la barrera. Uno de esos balazos rozó a un hombre llamado Roy Gould, quien antes de recibir el raspón de la bala había visto entre los atracadores a un hombre de pelo ondulado y traje azul con una cadena de reloj.

La huida del descapotable fue observada por unas cincuenta personas, y varios hablaron de un conductor con aspecto enfermizo, acaso el hombre pálido, delgado y rubio con un abrigo marrón que había visto minutos antes el agente de

seguridad Shelley Neil. Otros testigos dijeron haber visto a un hombre moreno apuntando por la ventanilla delantera. A las 15:30, los ladrones pararon a una mujer en Orchard Street, Braintree, y le preguntaron cuál era el camino hacia Providence. A las 16:15, en Bridgewater, a 19 kilómetros del lugar de los asesinatos, el vehículo sospechoso cruzó el paso a nivel, pero volvió a cruzar las vías tres minutos después y se dirigió hacia el oeste.

Los obreros de South Braintree se amontonaron en la puerta de la fábrica Rice & Hutchins, en la calle Pearl. Berardelli murió con el último balazo, pero Parmenter aún respiraba y una ambulancia lo llevó al hospital. Le sacaron dos balas y el médico Nathaniel Hunting marcó con una cruz la base de las balas. Luego de la operación, Parmenter volvió en sí algunos instantes y después murió. Eran las cinco de la tarde del 16 de abril. Berardelli había recibido cuatro balazos, pero solo uno lo mató. El médico marcó esa bala con tres rayas.

Los testigos dieron declaraciones contradictorias en muchos detalles, pero todos coincidieron en que por lo menos dos miembros de la banda eran morenos y “parecían italianos”. Había muchos cabos sueltos. Por ejemplo, los asaltantes se preocuparon por rematar al guardia italiano Berardelli y no atacaron a Parmenter hasta que no estuvieron seguros de que su compañero había muerto. Podían imaginar que los dos hombres andaban armados, pero sabían que el único profesional era Berardelli, es decir, el que podría ofrecer mayor resistencia.

Al menos un testigo había visto cómo el primer ladrón, que venía caminando con otro, agarraba a Berardelli por el hombro derecho y gritaba antes de dispararle tres veces. Se pensó que

los delincuentes habían reconocido a Berardelli, una suposición sostenida por el tiro fatal, a corta distancia, que le realizó el hombre que saltó del Buick negro descapotable. Nunca se pudo probar si el guardia iba armado. Él y Parmenter a veces llevaban caminando las sacas de dinero, pero en general las transportaban en auto, por lo menos con otro guardia de la fábrica. Es decir que ese 15 de abril no hicieron lo que solían hacer casi siempre cuando recogían dinero. Resultaba difícil de explicar que tomaran tan pocas precauciones, ya que hacía menos de cuatro meses había ocurrido un asalto con tiroteo incluido en la ciudad de Bridgewater, cuando quisieron robar los sueldos de la White Shoe Company, un atraco que se concretó, pero que aún estaba impune.

Fue un rompecabezas ubicar el lugar donde estaban los asaltantes y los movimientos que realizaron, incluso el ataque a Berardelli y a Parmenter. Habían sido seis los hombres que cometieron el robo poco después de las tres de la tarde del 15 de abril de 1920. El Buick negro último modelo de siete plazas se ubicó cerca de la fábrica Slater & Morrill, a pocos metros del pie de la colina. En el interior estaban el conductor con aspecto enfermizo y otro hombre, en el asiento de atrás, que el testigo Roy Gould vio en el paso a nivel. Un tercer ladrón, también en el Buick, fue quien saltó para dispararle por última vez a Berardelli. Un cuarto asaltante estaba escondido en el edificio que se encontraba frente a Rice & Hutchins, con la misión de cubrir a los dos pistoleros que comenzaron el asalto, que iban de a pie.

Los oficiales de policía estaban convencidos de que ese atraco había sido cometido por delincuentes con experiencia.

Pero el problema para obtener una pista segura era que las investigaciones no estaban coordinadas. Por ejemplo, el inspector Ellsworth Jacobs, de la vecina ciudad de New Bedford, reconoció a un ladrón de coches de la zona conduciendo un Buick nuevo descapotable. Se llamaba Mike Morelli. El policía informó el dato y hasta suministró la placa del Buick, RI 154 E, una matrícula del estado de Rhode Island. Incluso, Jacobs había visto varias veces el descapotable durante los días previos al asalto en Braintree. Sabía, además, que Morelli pertenecía a la banda de los Morelli de Providence, en Rhode Island. Nueve días después de los asesinatos de Berardelli y Parmenter, Jacobs interrogó a Frank Morelli, pero este tenía una coartada que el policía no pudo desbaratar. El informe del inspector Jacobs nunca llegó a la policía encargada del caso, que sí sabía que los asaltantes de Braintree, al huir, le habían preguntado a una mujer cuál era el camino hacia Providence, la guarida de la banda Morelli. Esa pista no se siguió y se perdió. Años después, cuando el drama concluyó en los tribunales, Morelli se jactaba de haber cometido el asalto y los homicidios y de haber engañado a la policía.

El jefe de Policía de la ciudad de Bridgewater, Michael Stewart, buscó relaciones entre ese asalto y el ocurrido cuatro meses antes, el 24 de diciembre de 1919, en su ciudad, que aún estaba sin resolver. Cuatro delincuentes robaron los sueldos de la White Shoe Company, que eran transportados en un furgón. Había sido a las 7:30 de la mañana. Los ladrones habían colocado un automóvil oscuro delante del furgón, que terminó chocando contra un poste de telégrafo. Dos asaltantes se quedaron en el auto y los otros dos salieron y comenzaron a

disparar, pero los guardias respondieron el fuego y los delincuentes volvieron al vehículo y huyeron. Nadie resultó herido. Las descripciones de los ladrones que hicieron los testigos indicaban que eran morenos y extranjeros. Stewart pensó, aunque sin pruebas, que podrían ser inmigrantes extremistas que buscaban dinero para su organización. Ahora, el policía creía que los dos robos estaban relacionados.

Un día después de los asesinatos en Braintree, desde el Servicio Federal de Inmigración llamaron al jefe Stewart para que ubicara al anarquista Ferruccio Coacci, a quien este había arrestado dos años antes a pedido de la misma oficina, por repartir folletos anarquistas que incitaban al derrocamiento del gobierno. La deportación de Coacci estaba programada para el 15 de abril, el día del asalto a Braintree, pero él llamó para decir que su mujer estaba enferma. Por eso, el Servicio de Inmigración le pidió a Stewart que confirmara que fuera cierto lo que decía Coacci. Al fin de cuentas, a ese Coacci lo hallaron en su casa de West Bridgewater el día 16. Vivía con otro anarquista, Mike Boda o Buda. Ferruccio Coacci estaba feliz por la expulsión, que se la habían reprogramado para el 18 de abril. Quería irse de los Estados Unidos. Se les pasó por alto que el motivo para no ser deportado el día del asalto había sido la enfermedad de su mujer; no investigaron nada sobre la esposa y su estado de salud.

El 17 de abril, dos hombres que iban a caballo encontraron el automóvil. Era un Buick descapotable de color azul marino, no negro como habían indicado de manera errónea los testigos. En el asiento de atrás había un abrigo de color marrón, la indumentaria que le vio puesta el guardia de American Express, Shelley Neil, a ese hombre delgado, rubio, de rostro

pálido y aspecto de enfermo que merodeaba la fábrica Slater & Morrill antes del asalto. El automóvil tenía un vidrio roto y en el lugar se descubrieron unas huellas de neumáticos más pequeñas, que se alejaban del vehículo abandonado. El sitio donde encontraron el descapotable estaba a menos de tres kilómetros de la casa de Coacci.

El Buick había sido robado en la cercana ciudad de Needham en noviembre de 1919, poco antes del robo impune de los sueldos de la White Shoe Company de Bridgewater. Con esta información, el jefe Stewart se convenció de que los dos atracos habían sido cometidos por la misma banda. El 20 de abril, Stewart volvió a la casa de Coacci, pero este se había ido. Quien estaba allí era su compañero Boda, que comenzó a decir, sin que lo interrogara, que a la casa habían ido hombres sospechosos en los últimos días. ¿A cuento de qué empezó a hablar? Stewart le preguntó si él llevaba un arma, y Boda le contestó que tenía una pistola automática de fabricación española, le juró que nunca la había sacado a la calle y se la entregó. El policía, inexplicablemente, decidió no detenerlo, pero volvió a la casa al otro día y Boda ya no estaba. Sus hombres descubrieron que su automóvil, un Overland, había entrado en un taller mecánico por desperfectos, dos días después del doble crimen. Stewart tuvo en cuenta que en la huida de Braintree, después de matar a Parmenter y a Berardelli, se habían hallado rastros de neumáticos pertenecientes a dos vehículos, y uno de ellos bien podría ser el de Boda.

Fue al taller de Simon Johnson y allí estaba el automóvil. Le dijo a Johnson que le avisara si Boda volvía por el auto. El 5 de mayo a las nueve de la noche, Ruth, la mujer del dueño del

taller, llamó a Stewart desde la casa de unos vecinos para decirle que Boda estaba enfrente de su casa con otros tres hombres preguntando por su automóvil y hablando con su marido. Que lo había visto bien desde el porche de su casa antes de que el faro de una moto la cegara. Según la señora, dos hombres, uno con sombrero y el otro con un bigote caído, se paseaban por el puente del ferrocarril, al otro lado de la ruta, y después se pararon detrás de la moto. Esos hombres vigilaban sus movimientos, y a ella le pareció que hablaban un idioma extranjero y, además, creyó reconocer que uno decía la palabra "teléfono". El mecánico Johnson le dijo a Boda que el auto estaba terminado, pero que la matrícula no estaba en regla. Ya la señora Johnson se hallaba al lado de su marido cuando él le habló a Boda de la patente. Boda se puso nervioso, se subió a la moto y se fue con el que la conducía. Los otros dos se marcharon a pie. Toda la situación era extraña. Johnson pudo anotar la matrícula de la moto y se la dio al jefe Stewart. Habían pasado las diez de la noche cuando los dos que se habían ido de la casa de Johnson a pie fueron arrestados en un tranvía en la ciudad de Brockton, a unos 15 kilómetros de Braintree. Los dos eran italianos y se llamaban Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti.

A Sacco le encontraron su pasaporte, una pistola automática Colt modelo 1903, calibre 32, y veintitrés cartuchos de ese calibre. A Vanzetti le sacaron un revólver calibre 38 niquelado de cinco tiros, cargado, parecido al que llevaba el guardia Berardelli, arma que no fue encontrada en la escena del crimen, y algunos cartuchos de escopeta calibre 12. Los llevaron a la comisaría de Campello, en Brockton, donde los interrogaron. Los policías se enteraron de que Vanzetti era

vendedor ambulante de pescado en Plymouth, Massachusetts, y de que tenía 31 años. Encima llevaba panfletos anarquistas. Sacco era zapatero en Stoughton y tenía 29 años. Llevaba escondido un documento manuscrito, en el que se leía: "Camaradas obreros, han hecho todas las guerras. Han trabajado para todos los patronos. Han errado en todos los países ¿Han recogido los frutos de su trabajo, el precio de sus victorias…?".

Aunque este escrito lo llevaba Sacco, pertenecía a la presentación de un discurso de Vanzetti. La fecha, hora y lugar estaban en blanco. Sí decía que la entrada era gratuita. El documento terminaba: "Traigan a sus mujeres". Sacco, que llevaba sombrero, y Vanzetti, que tenía su bigote caído, fueron identificados por Ruth, la mujer de Simon Johnson, el dueño del taller mecánico, como los dos hombres que permanecieron en segunda línea fuera del taller cuando Boda fue a preguntar por su automóvil. Stewart podía sostener que Sacco y Vanzetti estuvieron en las afueras de la casa de Ruth Johnson. Nada más. Es decir, no podía relacionarlos con el asalto y las muertes de Berardelli y Parmenter.

Sacco y Vanzetti eran de baja estatura y morenos. La policía podría decir que en este sentido se parecían a los atracadores. Pero ¡¿cuántas personas parecidas a los asaltantes había si solo esa era la descripción?! El cajero Frederick Parmenter llegó a decir antes de morir que uno de los asaltantes era bajo y delgado. Sacco era fuerte, con cara ancha, y Vanzetti no era delgado. Vanzetti tenía un bigote espeso, característico, que lo identificaba entre sus conocidos. Su barbero, John Vernazano, aseguró que en cinco años apenas había podido recortar tres o cuatro pelos del tupido bigote. Por otro lado, ninguno de los

testigos del asalto había dicho que alguno de los que dispararon llevara bigote. El testigo mejor situado, el mecánico Jimmy Bostock, que había pasado al lado de Berardelli y de Parmenter, sostuvo que los dos ladrones que iban a pie al iniciarse el robo estaban bien afeitados y tenían entre 19 y 22 años.

Para el jefe Stewart, Sacco y Vanzetti eran dos sospechosos que debían dar muchas explicaciones. La circunstancia de que fueran armados ya los comprometía. Decidió hacerles preguntas por separado. Empezó con Vanzetti. Acerca de lo ocurrido la noche del 5 de mayo en la casa del tallerista Johnson dijo que no sabía nada, que había ido con Sacco a West Bridgewater a ver a un amigo de este, pero llegaron tarde y no tocaron a la puerta. Afirmó que no conocía a Coacci ni a Boda y que no vio ninguna moto aquella noche. Stewart no le creyó ni una palabra. Cambió el sentido del interrogatorio.

—¿Es usted anarquista? —le preguntó Stewart.

—Bueno, no sé lo que entiende por ese término —dijo Vanzetti hablando muy mal el inglés—. Soy un poco diferente.

—¿Le gusta el gobierno?

—Bueno, me gustaría que las cosas fueran un poco diferentes.

—¿Es usted partidario de cambiar el gobierno a la fuerza en un caso extremo?

—No.

Comenzó el interrogatorio a Sacco. Dijo lo mismo con relación a Boda, Coacci y la moto. Todas mentiras.

—¿Es usted comunista?

—No.

—¿Cree en nuestro gobierno?

—Sí —afirmó Sacco, que se dio cuenta de que debía medir bien sus respuestas—. Me gustaría que algunas cosas fuesen distintas.

Ninguno de los dos fue sincero al explicar dónde habían comprado las armas. Sacco dijo que necesitaba una para cazar en el bosque. Los policías nunca preguntaron en estas rondas sobre los asaltos en South Braintree y Bridgewater, apenas separadas por unos 24 kilómetros. Pasaron esa noche en la comisaría y, al día siguiente, el fiscal Frederick Katzmann les preguntó dónde habían estado el 19 de abril. Quería comprobar sus coartadas sin explicarles que eran sospechosos de los crímenes de South Braintree, que habían ocurrido el 15. Sacco dijo que había estado trabajando todo el día en la fábrica de zapatos 3-K, en Stoughton, y Vanzetti afirmó: "Como todos los días, vendiendo pescado". Lo que dijo Sacco era cierto, pero el día del asalto, el 15, no había trabajado, sino que había tomado un tren a Boston para retirar el pasaporte, ya que la familia iba a realizar un viaje a Italia. No pudo retirar el documento porque en el consulado le dijeron que la fotografía que había llevado era demasiado grande. Se fue a un bar y luego tomó el tren de regreso a Stoughton. Si sus dichos eran verdaderos y los hechos habían ocurrido justo el día 15, la coincidencia resultaba desfavorable para Sacco.

Katzmann y el jefe de Policía de Bridgewater creían que tenían detenidos a dos de los ladrones y asesinos de Braintree. La sospecha se basaba en que habían mentido sobre las armas, sus contactos y sus movimientos, y habían ocultado sus ideas

anarquistas. No tenían permiso para llevar armas y dijeron que las tenían como medida de protección. ¿Y las cajas de cartuchos que encontraron en los bolsillos de Sacco? Él dijo que estaban allí de casualidad. La siguiente vez que el fiscal los interrogó, también se presentaron varios testigos de los asaltos en Braintree y en Bridgewater. La rueda de reconocimiento no fue tal. Si para la policía y el fiscal ellos eran culpables, para los testigos también deberían serlo; entonces los presentaron directamente como sospechosos y los hicieron agacharse en diferentes posiciones de tiro. Después de toda esta parodia, ni uno solo de los testigos que llevaron pudo identificarlos con certeza como participantes en ninguno de los dos asaltos. Dos de ellos dijeron que Sacco se parecía al asesino de Berardelli.

Mike LeVangie, el guardabarrera del paso a nivel de Braintree, era un testigo importante porque, en la huida, uno de los ladrones sacó la cabeza del Buick, lo apuntó con un arma y le ordenó que levantara la barrera. LeVangie no pudo reconocer a ese hombre, al que vio de frente y a los ojos, pero dijo que el de bigote y pelo oscuro, es decir, Vanzetti, era el conductor del automóvil. El testimonio se contradecía con el de otros testigos que describieron al conductor como un tipo joven, de pelo rubio y cara enfermiza; entonces, los policías y el fiscal descartaron el reconocimiento de LeVangie. Los problemas para Vanzetti no terminaron, porque otras personas dijeron que había actuado en el asalto frustrado de Bridgewater y hasta le asignaron el rol de uno de los que disparó contra el furgón que llevaba los sueldos. En cambio, Sacco tenía una muy buena coartada para ese asalto, cometido el 24 de diciembre de 1919. Había trabajado todo el día.

Mientras se desarrollaban estos procedimientos, la policía detuvo al conductor de la moto que había sido visto frente a la casa de los Johnson el 5 de mayo, cuando se presentó Boda con otros tres. Ese motociclista se llamaba Riccardo Orciani y era anarquista. A Boda no se lo encontraba por ninguna parte, y Ferruccio Coacci ya había sido deportado, por lo tanto, si había participado en el asalto en Baintree, donde mataron a Berardelli y a Parmenter, había zafado. Revisado el equipaje de Coacci, no se encontró nada comprometedor.

El 11 de junio, Vanzetti fue acusado del asalto de Bridgewater, con intento de asesinato y robo. El juicio empezó el 22 de junio de 1920 en el Tribunal Supremo de Plymouth, ciudad en la que Vanzetti vendía pescado. Cinco testigos lo habían reconocido con dudas. Uno de ellos, Maynard Shaw, dijo: "Puedo asegurar que era un extranjero. Lo supe por la forma de correr". La defensa no lo aprovechó. ¿Cómo corren los extranjeros? ¿Cómo corren los estadounidenses? ¿Un extranjero alemán y uno italiano corren de modo diferente, o corren igual, pero de distinto modo que un estadounidense? El testigo Shaw, aun admitiendo su ridícula declaración, no reconoció a Vanzetti, sino a un extranjero, que podía ser cualquiera de las decenas de miles que habitaban la zona. Pero el jurado se dejó llevar por la insidiosa verbosidad del fiscal Frederick G. Katzmann, para quien los únicos extranjeros en los Estados Unidos eran los italianos.

Según la acusación, había un factor decisivo contra Vanzetti, más allá de sus propios testigos —en quienes no podía confiar—, y se trataba de un "sentimiento de culpabilidad" que el presunto atracador había demostrado al contar mentiras después de su arresto. No era una confesión ni

mucho menos, sino una percepción de los acusadores, es decir, "percibieron" que Vanzetti tenía un "sentimiento de culpa". No se definió en qué consistía ese "sentimiento" y si las percepciones sensoriales o extrasensoriales podían admitirse como prueba en un juicio penal, cuando no estaban contempladas en ninguna ley.

Vanzetti propuso a dieciséis testigos, todos italianos, que sostuvieron que se encontraba en su carretilla de pescado en Plymouth a las 7:30 de la mañana, es decir, a la hora del asalto frustrado de Bridgewater. La víspera de Navidad, los italianos tenían la costumbre de comprar anguilas. Los declarantes transmitieron la emoción que para ellos implicaba esa fecha. La fiscalía descartó todas esas declaraciones emitidas con frases entrecortadas por la emoción que sintieron aquel día, argumentando que era un intento de la comunidad italiana de proteger a uno de los suyos, y que, incluso, entre esos declarantes había algunos amigos de Vanzetti que "seguramente" habían preparado el testimonio con su ayuda.

Ese tipo de juicios era muy rudimentario, pues no corresponde decir "seguramente" en un proceso en el que se busca aproximarse a la verdad; no se debe declamar, sino probar, apoyarse en pruebas. Además, la fiscalía se aprovechó de la circunstancia de que algunos testigos de la defensa hablaban en un perfecto inglés mientras otros lo hacían por medio de un intérprete o con una pésima pronunciación y falta de vocabulario. Eso le permitió presentarlos como testigos confusos, desorientados acerca de fechas y lugares, con lo cual el jurado no tomó en cuenta el hecho sencillo de que todos afirmaban que Vanzetti había estado trabajando cuando ocurrió el robo. Por otro lado, despreciar los sentimientos de la

comunidad hacia la Navidad constituía una ofensa a personas creyentes que vivían de un modo especial esa fecha religiosa.

El defensor John P. Vahey no le permitió a Vanzetti declarar, aunque este quería hacerlo, porque pensaba que la fiscalía dejaría en evidencia sus ideas anarquistas y eso lo hundiría por completo. Hubo quienes pensaban lo contrario, que a Vanzetti se lo juzgaba por ladrón, no por anarquista, así que lo que él tenía para decir sobre lo que hizo el día del atraco reforzaría la endeble imagen que dejaron sus testigos por culpa de su mal inglés y de la habilidad de la fiscalía. A pesar de que el juez Webster Thayer advirtió que la negativa de Vanzetti a declarar no debía considerarse una presunción en su contra, eso fue exactamente lo que hicieron los miembros del jurado. El 1º de julio de 1920, el jurado deliberó durante cinco horas y encontró culpable a Vanzetti de todos los cargos.

Pero, antes de dar su sentencia, el juez Thayer se enteró de que, mientras debatía, el jurado manipuló los cartuchos de escopeta encontrados en poder de Vanzetti cuando fue detenido, para saber si un disparo con esa munición podía matar a un hombre. Como no intervino ningún perito sobre este punto y, además, el jurado no estaba facultado para realizar su propio análisis balístico, el juez decidió declarar nulo el juicio con relación al intento de homicidio. La condena que le impuso por la tentativa de robo en Bridgewater fue de doce a quince años de cárcel. Vanzetti estaba convencido de que su defensor había conspirado con la fiscalía para perjudicarlo y que la condena era por su condición de italiano y de anarquista.

El tema de los asesinatos de Parmenter y Berardelli en Baintree seguía sin avances. Hasta que alrededor de un mes

después de la condena de Vanzetti por el caso Bridgewater, el jefe de policía Stewart dijo haber obtenido una identificación positiva contra Sacco y Vanzetti, y entonces fueron acusados de robo y homicidio en South Braintree.

Los italianos tenían sus defensores. Se firmó un Comité de Defensa de Sacco y Vanzetti integrado en su mayoría por intelectuales anarquistas de Boston. En el mes de julio recaudaron más de cinco mil dólares y obtuvieron el apoyo de Carlo Tresca, editor del periódico anarquista semanal *Il Martello*, de Nueva York. Por su parte, el fiscal Katzmann estaba ciego a todo indicio, sugerencia o directamente prueba que favoreciera a los acusados. Se había tomado como una cuestión de orgullo profesional la condena de esos dos inmigrantes. Dos días después de terminado el juicio a Vanzetti por el caso de Bridgewater, se destituyó al capitán William Proctor de la investigación policial. No hay ningún informe o sumario oficial que ofrezca explicaciones sobre esta decisión, sobre todo porque había recaído en un hombre que llevaba dieciséis años en la policía. Katzmann negó que su destitución se debiera a que le comentara que las pruebas reunidas no apuntaban contra los dos anarquistas y que había que buscar por otro lado. Proctor estaba convencido de que Sacco y Vanzetti era inocentes de los crímenes de Parmenter y Berardelli, y no era el único que pensaba de esa manera. También Ellsworth Jacobs, que había seguido la pista de la banda Morelli de Providence.

Las mentiras que Sacco y Vanzetti dijeron cuando los arrestaron acerca de su pertenencia al anarquismo convencieron, incluso a algunos de sus simpatizantes, de que sabían más de lo que parecía sobre los asesinatos de South

Braintree. La mayoría de sus compañeros aseguró que se podían seguir al detalle los movimientos de Sacco y Vanzetti desde la detención en Nueva York de un impresor anarquista llamado Andrea Salcedo, en febrero de 1920. Contaron que Salcedo estaba incomunicado en el Ministerio de Justicia, en la calle Park Row, en Manhattan, sin que se supiera nada de su estado, y que el 25 de abril algunos camaradas anarquistas de East Boston designaron a Vanzetti para que fuera a Nueva York a intentar conseguir información de Salcedo. Pocos días después le avisaron a Vanzetti que la policía planeaba acciones contra todos los extremistas, por lo que volvió a su casa para esconder toda la propaganda anarquista que tenía. El 3 de mayo, Salcedo murió al caer de la ventana del piso catorce del edificio donde lo retenían incomunicado. Al día siguiente, al ver que los periódicos hablaban de un suicidio, Sacco y Vanzetti llegaron a la conclusión de que su compañero había sido asesinado y decidieron destruir todo el material que podía relacionarlos con los anarquistas.

También resolvieron esconder sus armas en el bosque, pero para hacerlo necesitaban que alguien los llevara. El 5 de mayo quedaron en verse en el taller de Johnson con Mike Boda, cuyo auto Overland ya debía estar reparado. De esta manera se explicaba por qué Sacco y Vanzetti no habían entrado con sus compañeros a recoger el automóvil y se habían quedado atrás mientras Boda preguntaba por su vehículo. También aclaraba por qué la señora Ruth Johnson, la mujer del dueño del taller, se había sentido observada mientras llamaba por teléfono a la policía desde la casa de los vecinos. Sacco y Vanzetti estaban muy asustados, pensaban que les tenderían una trampa por anarquistas.

El juicio a los dos italianos comenzó el 31 de mayo de 1921. Los titulares no los trataban de asesinos ni de ladrones, sino de “anarquistas”. El proceso se desarrolló en Dedham, Massachusetts. La pequeña ciudad vio a tanta policía como jamás en su historia. El gobierno italiano y la Iglesia católica de Boston enviaron observadores, en la creencia de que ambos estaban condenados antes del juicio.

Sacco tuvo como defensor a Fred Moore, un abogado laboralista de California, de cabello largo y modos bruscos. Su carácter chocaría con el juez Webster Thayer, de 63 años. Y eso ocurrió muy pronto, en el proceso de selección del jurado, pues Moore estaba decidido a rechazar a todo aquel que pareciera conservador y, para ello, se fijaba en su vestimenta y en sus modos y, si así le parecía, le dirigía preguntas incómodas que dejaban al descubierto el enfoque tradicionalista. Al juez, esta actitud de Moore no le gustó nada, pero tampoco le gustó a Rosina, la mujer de Sacco. Ella creía que Moore era demasiado agresivo y temía que el público se volviera en contra de su marido. Tampoco le gustaba porque, a pesar de sus ideas, Moore era un tipo de riqueza y le gustaba ostentar. Rosina decía que esa bonanza la había conseguido a costa de los pobres inmigrantes italianos perseguidos. Rosina era una mujer de carácter y discutió de manera áspera con él en los pasillos y hasta le pidió que renunciara a la defensa. Pero Moore la ignoró y siguió como defensor de su marido.

Vanzetti era representado por Jeremiah McAnarney, mucho más respetuoso y mesurado que Moore. Hasta coincidió con las quejas de Rosina. Tenía una estrategia contraria a la de Moore. Pensaba que cuanto más culto fuera el jurado mejor entendería las implicancias políticas del caso. En fin, la

selección del jurado duró más de un mes, y quedó compuesto en su mayoría por tenderos y obreros. Solo había un italiano, zapatero como Sacco. Los acusados participaron del juicio desde una especie de jaula preparada a propósito.

El fiscal del caso siguió siendo Katzmann, que eligió abordar primero la prueba más débil que tenía, la de los testigos. Dos de ellos habían visto a Vanzetti en el automóvil, pero nadie lo había identificado como uno de los ladrones de a pie que atacaron en Pearl Street a Parmenter y a Berardelli. Sacco fue reconocido por siete testigos, pero de forma muy vaga y dudosa. Cuando deponía uno de ellos, Sacco se levantó y con énfasis dijo: "¿Soy el hombre? ¿Se refiere a mí? ¡Míreme bien!". Solamente un testigo señaló sin dudar a Sacco como uno de los asaltantes, pero cuando lo interrogó la defensa, admitió que en el momento de los disparos se había agachado debajo de una mesa. En cambio, unos veintiséis testigos afirmaron que Sacco y Vanzetti no eran los asesinos y ladrones. El 5 de julio, Vanzetti se sentó en el banquillo y su abogado le preguntó qué había hecho el día del atentado.

—Tenía poco pescado, no mucho, esa mañana. —Explicó que era difícil conseguirlo y que al día siguiente empezó a buscar almejas.

—¿Cuándo consiguió este revólver? —le preguntó entonces McAnarney.

—Hace dos o tres meses.

—¿Por qué lo compró?

—Era una mala época y lo quería para defenderme.

—¿A qué mala época se refiere?

—Muchos crímenes, muchos atracos, muchos robos.

Sobre el proyectil que mató al guardia Berardelli hubo una gran confusión desde el principio del caso y también en ese momento en el tribunal. Lo primero que se dijo fue que se había tratado de un Winchester, y cuando detuvieron a Sacco, él tenía municiones sueltas, entre ellas seis de Winchester. Pero después se hicieron pericias para comprobarlo científicamente. El capitán Charles van Amburgh, de la compañía Remington, declaró que la bala provenía seguramente del Colt calibre 32 de Sacco y no dio más detalles. El segundo experto fue el capitán William Proctor, de la Policía Federal, que creía que los dos acusados no eran culpables. Proctor dio un testimonio equívoco. Cuando la fiscalía le preguntó si la bala que había matado a Berardelli provenía del revólver secuestrado a Sacco, Proctor dijo que las estrías de la bala lo confirmaban. Toda arma de fuego tiene un cañón estriado. Esas estrías son surcos que ya vienen de fábrica. Hacen que la bala salga del cañón girando hacia la derecha o hacia la izquierda y, además, permiten que tenga una trayectoria recta. Como la bala posee un diámetro ligeramente superior al del propio cañón, cuando pasa por este una vez disparada, las estrías del cañón se marcan en ella. En otras palabras, las balas disparadas por la misma arma tienen todas las mismas marcas. Cada cañón deja marcas únicas en las balas que dispara, pues toda arma es única e irrepetible.

A eso se refirió Proctor: la bala que mató al guardia italiano tenía las estrías que dejaba el arma de Sacco, en consecuencia, la bala que mató a Berardelli salió del arma de Sacco. Pero en una declaración posterior, Proctor cambió y dijo que la bala habría podido pasar por cualquier Colt, no forzosamente por el

que se le había secuestrado a Sacco. Toda esta cuestión balística resultó muy confusa para el jurado. En fin, Proctor no podía decir que la bala que terminó con la vida de Berardelli había salido del arma de Sacco. Katzmann pensaba que el testimonio del capitán lo había favorecido porque si Proctor no había descartado el arma de Sacco, estaba convencido de que el jurado, lego en cuestiones técnicas sobre armas, iba a interpretar que en efecto era el arma de Sacco la usada para matar al guardia. Se dijo en la defensa que Sacco bien pudo obtenerla después de haber sido usada en el asalto de Braintree, pues los criminales se deshacen con frecuencia del arma de un asesinato, lo cual resultaba peor, porque parecía inverosímil que la adquiriera después de un crimen y, en fin, no hizo más que seguir fortaleciendo en el jurado la idea de que el arma de Sacco fue la usada para matar al guardia.

Katzmann le preguntó a Vanzetti si era él el hombre que iba a pronunciar un discurso sobre los derechos de los trabajadores a unos soldados recién llegados de la guerra. Vanzetti le respondió: “Sí, señor, soy ese hombre, no el hombre que usted quiere, pero soy ese hombre”.

El testimonio de Sacco comenzó el 6 de julio. Lo interrogó primero su defensor, que repasó su miedo a ser arrestado por anarquista, su viaje a Boston por el pasaporte, el 15 de abril, y el proyecto de regresar a Italia con su familia. Al día siguiente le tocó el turno al fiscal Katzmann.

—¿Dijo ayer que amaba a un país libre?

—Sí, señor.

Entonces, el fiscal le preguntó si amaba a los Estados Unidos en 1917, cuando se escapó a México para evitar ir al

Ejército. Sacco buscó ser cauteloso y balbuceó unas palabras. El fiscal volvió a preguntarle lo mismo, y Sacco susurró otra vez una respuesta. Katzmann siguió por esa línea a pesar de que no tuviera nada que ver con el objeto del proceso, que debía determinar si los acusados eran responsables de un atraco y dos muertes y no cuánto amaban a los Estados Unidos. Pero la fiscalía unió las dos cuestiones. Katzmann sabía que las ideas de los acusados les causaban temor a los estadounidenses porque estaban convencidos de que los anarquistas podían echar por tierra el sistema de propiedad privada, base del desarrollo del país. En fin, el fiscal tenía a su favor ese temor, que los anarquistas, como los dos que estaban sentados en el banquillo de los acusados, justificaran la violencia, como la que se había visto de manera tan cruda en Braintree.

A continuación, el fiscal le preguntó a Sacco si su amor por el país se medía en "dólares y centavos". El acusado contestó: "Nunca he mirado el dinero. El dinero, no… El dinero nunca me ha hecho feliz". Sacco tomó aire e hizo una larga exposición: "No queremos crear peleas con armas y no queremos destruir a jóvenes… No queremos guerras para la civilización de los hombres… ¿Por qué iba a matar a esos hombres? ¿Qué me han hecho?".

Katzmann era consciente de que no tenía pruebas para acusar a Sacco y a Vanzetti de los asesinatos. Lo mejor que tenía era el asunto de que la bala que mató al guardia Berardelli había salido del arma de Sacco, si se quería creer en eso más que tener la certeza de que había sido así. Y, además, eran dos anarquistas.

En su resumen del caso, el juez Thayer expuso primero lo que pensaba del anarquismo y de sus seguidores: “El que es fiel a Dios y al país… representa el más alto y noble tipo de verdadero ciudadano norteamericano”. El juez, como los demás, había mezclado ideología con crimen. Se juzgaban el delito y a sus probables autores, cualquiera fuera su motivación, así que lo que había que probar primero, y antes que nada, era si estos dos acusados lo habían cometido.

Pero era una vieja tradición de la Justicia estadounidense “melodramatizar” los casos, y de los jueces en particular, dar opiniones como maestros de escuela en lugar de resumir los hechos para esclarecer al jurado a la hora de decidir, como lo establecen sus leyes.

Con sus palabras, el juez le pedía al jurado que mezclara política y delito. El caso de Sacco y Vanzetti formaba parte del temor a lo desconocido, a aquellos que podrían atentar contra el modo de vida estadounidense en una época de incertidumbre sobre el bienestar y la seguridad. No importaba si estaba probado o no que Sacco y Vanzetti habían estado en Pearl Street para robar y matar, sino si eran ateos y si despreciaban el hogar, la democracia y las leyes.

La prensa internacional se interesó en el caso, y la probabilidad de una condena fue debatida en todo el mundo. Hubo manifestaciones en numerosas ciudades italianas, se enviaron infinidad de cartas a la embajada estadounidense en París. Anatole France —que había utilizado su pluma a favor de la inocencia de Alfred Dreyfus en su país— escribió un “Llamamiento al pueblo estadounidense”, en que decía: “La muerte de Sacco y Vanzetti los convertirá en mártires y a

ustedes los cubrirá de vergüenza. Ustedes son un gran pueblo. Deberían ser un pueblo justo".

El jurado deliberó casi cinco horas —se dedicaron dos para cenar— y a las 19:30 del 21 de julio de 1921 declaró culpables a Sacco y a Vanzetti de los asesinatos de Frederick Parmenter y de Alessandro Berardelli. "¡Matan a dos inocentes!", gritaron en la sala. Los dos condenados esperaron casi seis años desde el veredicto de culpables para volver a la sala de audiencias, debido a los numerosos planteos que debía resolver el juez antes dictar la pena. Una multitud se reunió en la puerta del Tribunal Supremo de Dedham para ver la llegada de Sacco y Vanzetti el sábado 9 de abril de 1927. Vanzetti lucía una vestimenta de tres piezas, con cuello blanco duro y corbatín blanco. Sacco estaba casi sin pelo. Los dos sonreían al ver a la multitud.

El juez Thayer había rechazado para entonces cinco pedidos de revisión del caso. Todo había cambiado en seis años, menos el veredicto y la inflexibilidad del juez. Varios testigos dijeron que no estaban seguros de sus declaraciones originales que habían comprometido a los condenados, pero hablaron fuera de los tribunales. El movimiento obrero defendía a los dos como víctimas del sistema capitalista. Los liberales protestaron argumentando que ambos eran culpables de anarquismo, pero no de asesinato. Vanzetti había escrito mucho en la prisión. Sacco, que aún no conocía a su hija Inez, nacida cuando él ya estaba preso, seguía criticando: "No necesito ser un bandido. Un techo pequeño, un trocito de campo, algunos libros y comida es lo que deseo", escribió en la cárcel.

Años antes, en 1923, Sacco había empezado una huelga de hambre que duró un mes y un día. Lo llevaron al hospital de Bridgewater para presos dementes, aunque no sufría ninguna locura. Vanzetti empezó a tener trastornos y alucinaciones y en 1925 lo llevaron al mismo hospital donde antes había estado Sacco, en el que permaneció cinco meses. El 5 de abril de 1927, el Tribunal Supremo de Massachusetts rechazó la última apelación.

Cuatro días más tarde, cuando volvieron a estar frente al juez Thayer, le preguntaron a Sacco si tenía algo que decir antes de que se pronunciara la sentencia. Lo amonestó al juez por perseguirlos a él y a su mujer y dio las gracias a quienes lo habían apoyado. “No soy culpable, ni ayer, ni hoy ni nunca”, afirmó. Vanzetti habló mucho, pero lo más fuerte estuvo al final: “No se lo deseo a un perro ni a una serpiente ni a la más baja ni desgraciada criatura de la Tierra, no le deseo a nadie que sufra lo que yo he sufrido por algo de lo que no soy culpable”.

Los dos fueron condenados a la silla eléctrica. Vanzetti, el 4 de mayo, había pedido clemencia al gobernador Alvin Fuller. Sacco se había negado a firmar esa petición. A la vez, una docena de países había presionado por vía diplomática para que se cancelara la ejecución. Protestaron Albert Einstein y el escritor Thomas Mann. El gobernador Fuller creó un comité asesor que entrevistó al jurado y hasta al juez Thayer. El 3 de agosto, Fuller anunció que no habría revisión del juicio y que creía que Sacco y Vanzetti eran culpables. El comité amonestó al juez Thayer por “grave violación a la ética profesional”, al hacer comentarios imprudentes después del juicio que daban a

entender que creía en la culpabilidad de los acusados (solo) por ser anarquistas, no por otra cosa.

Vanzetti, en los días previos a la ejecución, dio uno de los testimonios más sobrecogedores de un condenado a muerte: “Si no fuera por este asunto, hubiera podido vivir hablando en las esquinas con hombres desconocidos. Hubiera muerto en el anonimato, inadvertido, en fin, un fracaso. Pero ahora… No somos un fracaso. Es nuestra carrera y nuestro triunfo. Nunca en la vida hubiéramos soñado en hacer tanto por la tolerancia, la justicia y la comprensión humana como lo estamos haciendo por casualidad. Nuestras palabras, nuestras vidas, nuestro dolor… ¡no son nada! Perder nuestras vidas, vida de un buen zapatero y de un pobre vendedor de pescado… ¡Es todo! Este último momento nos pertenece, esta agonía es nuestro triunfo”.

Treinta minutos antes de la hora prevista para la ejecución en la prisión de Charleston se les comunicó a los presos que se aplazaría doce días porque había nuevos trámites inconclusos. Era el 10 de agosto. Pero todo fue inútil, aunque decenas de miles de personas se reunieron en las principales ciudades de los Estados Unidos y en las capitales de Europa. El martes 22 de agosto, poco antes de medianoche, guardias armados con ametralladoras y quinientos policías protegieron la prisión de Charleston de una multitud que se había congregado.

A las 12:30 del 23 de agosto se informó que los dos condenados habían muerto.

ROSINA

Rosina Sacco estaba embarazada cuando arrestaron a su marido, Nicola. Mujer de encanto y belleza excepcionales, cualidades heredadas por sus hijos, tenía ilusión de ir pronto a Italia en barco para conocer a la familia de su esposo. La madre de Sacco había muerto en marzo de 1920, y Nicola recibió el 12 de abril varias cartas de Italia en las cuales le pedían: “Vení pronto, deseamos conocerla”. A su marido le gustaba hacer teatro aficionado, pero se dedicaba a la familia.

Su hija Inez nació mientras Sacco estaba en prisión. Rosina encontró un apoyo sincero en la comunidad italiana, pero fue tratada con desconsideración por el fiscal Katzmann. Desesperado por encontrar una prueba sólida contra Sacco, y aprovechándose de la desgracia de Rosina, pensó en infiltrar a un agente como huésped en su casa, para descubrir secretos de familia. Pero cambió de opinión y colocó al agente en la cárcel donde Nicola Sacco estaba detenido.

Rosina, a pesar de las disputas que seguía provocando el caso años después de la ejecución de los acusados, nunca participó de ningún acto de protesta. Se había gastado los ahorros de la familia —mil quinientos dólares— en la defensa de su marido. Casi no tenía muebles en su casa. No aceptó entrevistas y declinó volver a Italia. Algunas pocas personas que la vieron tiempo después decían que debía haber “un oscuro secreto” en la vida de esa mujer y lo relacionaban con la

impresión de algunos policías que afirmaban que Sacco debió haber cometido un delito grave, pero no aquellos por los que fue juzgado y condenado.

Dos años después de las ejecuciones, Rosina se casó por civil con un italiano llamado Ermanno Bianchini, que formó parte del Comité de Defensa. Se mudaron a West Bridgewater, donde vivió recluida y sin tomar parte en las campañas para limpiar el nombre de su primer marido. La hija de Sacco, Inez, nunca vio a su padre porque él no quiso que lo visitara en prisión. Sí tuvieron un intercambio emotivo por carta. También le escribió a su hijo Dante, que ya tenía 10 años en la época de la ejecución: “Aunque nos maten, no debes dejar de mirar a tus amigos y compañeros con una sonrisa de gratitud”.

El 19 de julio de 1977, el gobernador de Massachusetts, Michael Dukakis, recibió al nieto de Sacco, Spencer, para entregarle una declaración que decía que cualquier estigma o deshonra debían ser borrados para siempre de los nombres de Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti. Rosina, que para entonces seguía viviendo en Massachusetts, no asistió a la ceremonia.

PÁNICO ROJO

El asalto a Braintree se produjo en una época para nada favorable a los inmigrantes en los Estados Unidos. Se llamó a ese período la ola del “pánico

rojo", es decir, el temor contra radicales, anarquistas y comunistas. En las pequeñas ciudades los activistas visitaban a los obreros y los incitaban a la huelga para obtener un mejor salario y condiciones de trabajo más favorables. Los obreros de la costa este provenían de países europeos hambreados y empobrecidos. Mandaban casi todo su salario a sus familias, vivían en un círculo cerrado y hablaban mal inglés, lo cual los ponía en una desventaja decisiva porque los hacía blanco de los estadounidenses que los acusaban de no tener amor por su nueva patria y, por tal motivo, no los consideraban buenos ciudadanos.

Lejos de sus familias, solos, inmersos en una cultura y una historia que no entendían, la adaptación se hacía fatigosa. También sentían cierta decepción por el trato que les daban, mientras en Europa se pintaba como una tierra de riquezas a los Estados Unidos. Una famosa carta de un muchacho inmigrante a su madre en Italia lo demuestra: "Mamá, vine a los Estados Unidos porque me dijeron que sus calles estaban pavimentadas con oro. Aquí me di cuenta de tres cosas: que las calles no están pavimentadas con oro, que las calles no están pavimentadas y que quieren que yo las pavimente".

En 1920, esta situación social se agravó. Por un lado, las tropas de los Estados Unidos regresaban victoriosas de la Primera Guerra Mundial y, por otro, el triunfo de la revolución comunista de 1917 en

Rusia provocaba temor en los estadounidenses. Las ideas de izquierda eran consideradas un peligro subversivo. En 1919, el secretario de Justicia, Mitchell Palmer, afirmó: “Cada adepto de este movimiento es un asesino o un ladrón en potencia”. Y calificó al “movimiento rojo” de conspiración internacional para robar la propiedad de los demás por la violencia y el sabotaje.

En junio de 1919 hubo un ataque al domicilio de Palmer, quien juró capturar a todos los “rojos”. Los estadounidenses estaban asustados a causa de los grandes cambios ocurridos después de la Primera Guerra Mundial. Los radicales reclamaban un mundo nuevo, y muchas personas temían cualquier trastorno que cambiara su forma de vida. El 2 de enero de 1920, los hombres de Palmer irrumpieron en las casas de los inmigrantes en más de treinta ciudades —la mayoría de la costa este— y arrestaron a cuatro mil personas. Fueron llevados a campos de detención improvisados y durante mucho tiempo sus familias no tuvieron medios de subsistencia.

En Boston, capital de Massachusetts, cerca de South Braintree y de Bridgewater, la policía paseó por las calles a quinientos detenidos esposados, y en ciertos casos se fijó una fianza de diez mil dólares. Esta persecución se detuvo cuando el nuevo secretario de Trabajo, Louis Post, y numerosos abogados se quejaron por la violación de las garantías constitucionales de los detenidos.

Tres mil capturas fueron anuladas y menos de mil inmigrantes fueron deportados. Para la primavera de 1920, los estadounidenses creían que los radicales más peligrosos estaban escondidos, reuniendo dinero para una revolución. Fue para entonces cuando se produjeron el asalto y los asesinatos de Braintree.

NICOLA Y BARTOLOMEO

Bartolomeo Vanzetti era hijo de un campesino de Villafalletto, cerca de Turín, en la región del Piamonte. A los 13 años dejó la escuela y fue aprendiz primero de pastelero y luego de panadero, llegó a trabajar hasta noventa horas a la semana. De joven era peleador y se metía en cuanta riña callejera hubiera. Cuando murió su mamá, en 1908, se fue hacia los Estados Unidos, donde su papá había estado ya en 1880. Hizo todo tipo de trabajo hasta que en Nueva York se desempeñó en lo que sabía hacer, como pastelero. De allí se dirigió a Massachusetts en 1913, como peón. Cambió de trabajo por una congestión que le hizo rehuir de los lugares cerrados. Prefería los espacios abiertos. Durante años había estudiado panfletos socialistas y en 1916 era el líder de la huelga anarquista en una fábrica de cordelería de Plymouth, donde se enfrentó a los sindicatos y a la dirección de la fábrica, es decir, dos formas de autoridad, rechazadas por el anarquismo.

Allí conoció a Sacco, que también apoyaba la huelga. Esa protesta terminó con el aumento de un dólar a la semana para los trabajadores, aunque Vanzetti no volvió a ser contratado en ese establecimiento. Desde 1918 vendió pescado y anguilas con su carretilla, siempre en Plymourth. Los vecinos lo conocían, lo consideraban estrafalario, discutidor, siempre en medio de debates. Como dijeron de él, era un anarquista por temperamento.

Nicola Sacco nació en el sur de Italia, en Torremaggiore. Hijo de una familia de pequeños terratenientes, su padre tenía olivos y viñedos. A pesar de que le gustaba esa vida, abandonó su país en 1908, igual que Vanzetti, para probar fortuna en los Estados Unidos. Se empleó enseguida como obrero en la construcción de una carretera, luego consiguió trabajo en una fábrica siderúrgica en Massachusetts, donde ganaba cincuenta dólares, y durante tres meses fue aprendiz de zapatero. Le gustaba pasar las tardes en las calles, conversando con periodistas italianos. Se comprometió rápidamente con la causa anarquista. Siempre fue un hombre formal, así fuera que lo encontraran en un piquete en las barricadas o en su oficio de zapatero.

En 1912 se casó con Rosina, y un año después tuvieron a Dante. Luego, Rosina perdió dos embarazos. Nicola era un padre cuidadoso y ahorrativo y ganaba un buen sueldo. Se pasaba la

mitad del tiempo con su familia y la otra mitad con sus compañeros anarquistas recolectando dinero, por ejemplo, para los obreros en huelga, y hasta representando obras de teatro con su mujer. Para su empresa era un hombre leal y hasta le confiaban las llaves de la fábrica fuera de las horas de trabajo. Cuando lo arrestaron, el dueño del establecimiento, Michael Kelley, reveló que Sacco plantaba verduras para luego repartirlas entre los pobres. “Este hombre no es un atracador”, remató.

Sacco y Vanzetti huyeron a México en 1917, igual que muchos inmigrantes, para evitar ser incorporados al Ejército durante la Primera Guerra Mundial. En septiembre, Sacco regresó a Massachusetts con el apellido de su madre, Mosmacotelli. Vanzetti volvió para la misma época, pero tardó un año en atravesar Missouri y Pennsylvania. Recién llegó a Massachusetts en el verano de 1918. Con el armisticio, los dos utilizaron nuevamente sus verdaderos apellidos. Al igual que otros inmigrantes, ambos tenían temor de que la policía los tuviera fichados por evitar a propósito el reclutamiento.

El verdadero Dr. Jekyll y Mr. Hyde

Ha sido por el lado moral, y sobre mi propia persona, donde he aprendido a reconocer la fundamental y originaria dualidad del hombre. Considerando las dos naturalezas que se disputaban el campo de mi conciencia, entendí que se podía decir, con igual verdad, ser una como ser otra, porque se trataba de dos naturalezas distintas, y muy pronto, mucho antes que mis investigaciones científicas me hicieran lejanamente barruntar la posibilidad de un milagro así, aprendí a cobijar con placer, como en un bonito sueño con los ojos abiertos, el pensamiento de una separación de los dos elementos. Si estos, me decía, pudiesen encarnarse en dos identidades separadas, la vida se haría mucho más soportable. El injusto se iría por su camino, libre de las aspiraciones y de los remordimientos de su más austero gemelo, y el justo podría continuar seguro y voluntarioso por el recto camino en el que se complace, sin tenerse que cargar de vergüenzas y remordimientos por culpa de su malvado socio. Es una maldición para la humanidad, pensaba, que estas dos incongruentes mitades se encuentren ligadas así, que estos gemelos enemigos tengan que seguir luchando en el fondo de una sola y angustiosa conciencia. Pero ¿cómo hacer para separarlos?

ROBERT LOUIS STEVENSON,

"La confesión de Henry Jekyll",

El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde

Desde niño, Robert Louis Stevenson supo sobre Deacon Brodie —o en su origen Brodic—, el ebanista de Edimburgo del siglo XVIII, sobre quien se basó en *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde*. Fue un alivio para él enterarse de que la dualidad no era inherente solo a su espíritu, pero sus vivencias jamás llegaron, ni mucho menos, a los abismos de Brodie. Stevenson no era un hombre de acción ni tampoco un hombre despreocupado por las ataduras morales. Al contrario. Ni por asomo podía acercarse a las desvergüenzas de Brodie, pero reconocía la dualidad y lo atormentaba. Era un ser que no terminaba de ser, limitado por su gemelo opuesto, que tampoco terminaba de ser. El malo y el bueno, el vicio y la virtud, ambos conviviendo en un mundo que solo aceptada a uno de ellos. ¿Qué hacer con el otro? Creía que lo mismo le había ocurrido a Brodie y que la angustia de la existencia dual lo habría abrumado y consumido. Se sintió, en parte de su vida, un ser consumido.

Su preocupación por las dos caras de la moneda puede verse en su propia existencia. Stevenson había nacido en Edimburgo. Era el escocés de las tierras bajas, sosegado y civilizado en comparación con los salvajes de las tierras altas. Su padre venía de una familia de ingenieros y había construido la mayoría de los faros de aguas profundas de las costas de Escocia. Se llamaba Thomas. Su madre era la última de trece hermanos de una familia de abogados y predicadores, hija del reverendo Lewis Balfour. Se llamaba Margaret.

Antes de los 10 años, Robert había sufrido escarlatina, bronquitis, fiebre gástrica, tos ferina y varicela. Fue un prodigio que sobreviviera, un portento que tuvo nombre y apellido, su enfermera Alison Cunningham o Cummy, como la llamaban. Cummy era una cristiana ardorosa que proveía por igual miedo al castigo divino, cataplasmas y jarabe. Stevenson tardó en aprender a leer, lo hizo cuando tenía alrededor de 7 años, pero a los 12 ya mostraba chispazos de escritor. Por ese entonces, la familia se había mudado a Heriot Row 17, en la Ciudad Nueva de Edimburgo. Robert vivía en la comodidad y el respeto, y a los pocos años descubriría la aventura de explorar los barrios más viciosos de la ciudad. Su primer trabajo, *The Baneful Potato*, fue seguido por un tratamiento de la historia de Deacon Brodie, fuente de material que se repetiría a lo largo de su vida. Después de todo, Brodie era el prototipo del doctor Jekyll y el señor Hyde. Ya en esta temprana época la dualidad de Robert se manifestaba como creyente y a la vez seguidor de las obras de Darwin y del escandaloso poeta francés Baudelaire.

Robert vivía con sus gemelos sin matar a ninguno. El joven de vida ejemplar, como la de Henry Jekyll, esconde en ambos casos, en el autor y en su personaje, el malestar de una cultura que impone dolorosas inhibiciones, condenándolo a vivir en la insatisfacción. Sábado de prostitutas y desbordes y domingo de iglesia; la mano blanca y delicada de Jekyll y la garra peluda de Hyde. Otra vez, la vida de Deacon Brodie aparecía ante los ojos de Robert. Pudo haber sido un bruto con las mujeres, pero no lo fue. Tenía un trato delicado con las prostitutas y en especial con el opio. Elevó a la mujer, a la que

compadecía por el corsé y por el control masculino, pero se oponía al movimiento sufragista.

A los 17 años, Stevenson era un chupacirios que deseaba con fuerza conocer todos los placeres mundanos. Cummy y su condenación eterna para los malvados, los herejes y sus pasiones más bajas le provocaron pesadillas por el resto de su vida; angustias e inspiraciones sobrecogedoras que fueron el origen de algunas de sus obras más extraordinarias. A los 23 años por poco logró desmayar a sus padres al mismo tiempo cuando les dijo que había perdido la fe en Dios. Se enamoró de una mujer mucho mayor que él, de 34 años, separada y con un hijo, Fanny Sitwell. Pero ella estaba enamorada de otro, el crítico literario Sidney Colvin, que se convertiría en su amigo y principal defensor en el ambiente literario de Londres.

En uno de sus viajes a la colonia de artistas de Grez, en Francia, conoció a la mujer que se convertiría en su esposa, en su inspiración, en su torturadora y en su alma gemela, la estadounidense Fanny van de Grift Osbourne, diez años mayor que él, separada y con dos hijos. Había vivido en el "salvaje Oeste" antes de ir a Francia para estudiar arte. Su relación fue extraña desde el principio. En un incidente en un taxi en París, Stevenson se largó a reír y no pudo parar. Le pidió a Fanny que doblara los dedos hacia atrás para que él pudiera dejar de reír. Ella se negó, pero él la amenazó con romperle los dedos y agarró su mano. Fanny lo mordió haciéndolo sangrar, y Stevenson recobró el sentido. Dos señores Hyde, toda una novedad. La trama de *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde* surgió de una pesadilla de Stevenson, que llevaba semanas meditando sobre la dualidad de la naturaleza humana. Somos ángel y bestia, espíritu y barro. Stevenson se había

propuesto escribir un relato sobre esta antítesis, pero no encontraba la fórmula hasta que su inconsciente le proporcionó una manera de contarlo.

Según la biografía de Graham Balfour, *Vida de Robert Louis Stevenson*, de 1912, Fanny Osbourne despertó al escritor cuando descubrió que se revolvía agitado en la cama durante la noche. Y Stevenson se enojó porque lamentó abandonar "un dulce sueño de terror". Enfebrecido por su experiencia soñadora, escribió el relato en tres días y, como era habitual, se lo entregó a su esposa para que lo supervisara y escribiera sus impresiones en los márgenes. Después de leerlo, Fanny comentó que había compuesto una alegoría con forma de cuento. Stevenson, debilitado por una hemorragia causada por su tuberculosis, quemó el manuscrito para evitar la tentación de aprovechar alguna frase en la nueva versión que había decidido elaborar, destacando aun más su intención simbólica. Tardó otros tres días, pero empleó entre cuatro y seis semanas en lograr la forma definitiva.

Este episodio lo contó Lloyd Osbourne, hijastro de Stevenson. Se ha aventurado que las objeciones de Fanny fueron de carácter moral. Supuestamente, la primera versión incluía escabrosos detalles sexuales que no le gustaron a la esposa del escritor. Jekyll quedó tal cual, un escocés puritano, mesurado, equilibrado e inocente, que creía que podía coexistir sin conflictos con su gemelo. "El hombre no es solo uno, sino dos", concluye Jekyll. Él está aplastado por las imposiciones sociales y no es feliz. Se siente feliz cuando se transforma en Hyde, que es maldad en estado puro.

William Brodie nació rico, el 28 de septiembre de 1741. Su familia vivía en una mansión llamada Brodie's Close, que

antes había sido de un prominente juez del lugar llamado William Little, quien le había hecho reformas y la había dejado espléndida, como se la vio durante décadas. La mansión quedaba en la zona de Lawnmarket, un lugar que deriva su nombre de "mercado de la tierra" porque allí se vendían frutas y verduras de la campiña que rodeaba la imponente residencia y también había un viejo mercado de telas. La familia Brodie fue una de las más antiguas de Escocia y se asegura que tenía raíces en la también antigua familia Macbeth. Mac Bethad mac Findlaích, en escocés antiguo, o Macbeth fue rey de Alba (Escocia) en 1040.

Ludovick Brodie, el primer Brodie que vivió en la mansión, fue un escritor muy respetado y a su muerte en 1758, a los 86 años, era el miembro de mayor edad de la Sociedad de Escritores. Tuvo dos hijos, John Alexander, nacido en 1700, quien se estableció en Virginia, que luego sería territorio de los Estados Unidos, y Francis, que nació en 1708. Se mencionó que también tuvo otro hijo de nombre James, pero no hay información sobre él, salvo que habría nacido en 1725 y habría sido pintor. Quien ha pasado a la historia es Francis, que —si bien incursionó en la escritura— en lugar de seguir la profesión de su padre se convirtió en un ebanista muy próspero y fue elegido miembro del Ayuntamiento como diácono (presidente) de la corporación de artesanos. El hijo de Francis fue William Brodie, el personaje que tanto ha interesado a generaciones y que aguijoneó el interés de Robert Louis Stevenson por la dualidad del alma humana. También William fue ebanista y cerrajero como su padre, de quien aprendió el oficio. Es decir que tanto Francis como su hijo William eran *wrights*, un término que según la vieja

denominación escocesa se refiere al que hace cosas con madera.

Burgués respetable, William fue nombrado miembro del Consejo Municipal y, también, diácono (Deacon Brodie) de la Corporación de Artesanos y Masones (Wrights and Masons), igual que Francis, su papá. El cargo de diácono no estaba relacionado con cuestiones religiosas, sino eminentemente civiles y administrativas. William era muy bueno en su oficio, por lo tanto contaba con clientes ricos, destacados miembros de la comunidad e incluso integrantes de la nobleza. Los abuelos paternos de Stevenson tenían un armario que William Brodie había construido con gran pericia, un mueble que Robert recordaba de su infancia, cuando oyó por primera vez el nombre de Deacon Brodie.

Ahora bien, el ebanista, además, como representante del sindicato, tenía influencia en el funcionamiento de la ciudad, es decir que participaba de las reuniones del Ayuntamiento y ostentaba el cargo de concejal. Tenía un gran prestigio y ganaba mucho dinero confeccionando muebles y gabinetes y copiando llaves. Brodie conocía los caserones, palacios y comercios más importantes de la ciudad y también sus llaves. Instalaba y reparaba las cerraduras de los armarios de cada una de las casas y los negocios de las familias acaudaladas de Edimburgo. Si bien durante el día se ganaba la confianza de sus clientes, por la noche aprovechaba su posición para convertirse en ladrón. Usaba su oficio de cerrajero para obtener copias de las llaves que abrían los lugares que guardaban los botines más jugosos.

Es difícil establecer cuántas casas robó, pero lo cierto es que su carrera como criminal se consolidó con un golpe que dio en

1768, cuando copió la llave de un banco de la ciudad. Ya no eran las joyas en un armario o el dinero que se guardaba en un negocio, por ejemplo. Lo del banco fue su robo más beneficioso. Se llevó de allí más de ochocientas libras. Nadie sospechaba de una persona de tan alta consideración. Además, las investigaciones criminales eran por entonces muy rudimentarias, y el gran dilema que no podían resolver era cómo hacían los delincuentes para entrar sin romper la entrada ni forzarla siquiera. Se pensaba, al menos en el caso del robo al banco, que podía tratarse de una organización de asaltantes que seguramente tendría su guarida en las afueras de Edimburgo. No podían estar más despistados. Brodie siguió robando de esta manera durante diez años, lo cual demostraba que su dualidad no le había provocado jamás disputa alguna. Tampoco era cuestión de mera codicia, ya que venía de una familia sin problemas económicos y, además, Brodie ganaba muy bien con su oficio.

Las cosas comenzaron a cambiar en 1782, cuando murió su padre. William heredó una fortuna y por un período dejó de robar casas porque tenía algo más importante que realizar en su vida, administrar todos los bienes que le había cedido su padre. Su gemelo nocturno reclamaba acción, cumplir con las reglas prohibidas, volver a sentirse satisfecho, completo. Sin embargo, el papeleo era mucho y muy importante, e hizo descansar la mano curtida del ebanista y, al menos por un tiempo, reposó durante las noches.

La herencia consistía en diez mil libras en efectivo, ya esa suma representaba un patrimonio millonario. Pero además le dejó cuatro casas y el negocio de ebanistería. William era miembro del club más exclusivo de Edimburgo, The Cape. Se

codeaba con la alta sociedad de la ciudad, desde el decano y los profesores de la Universidad de Edimburgo hasta condes y duques. Su nivel de vida era muy costoso, y él se encargó de que lo fuera aún más. Debía mantener a dos amantes en simultáneo; ninguna sabía de la existencia de la otra, pero las dos demandaban mucho dinero porque eran señoras de buena posición social. Ya sabía Brodie las mentiras que debía decir para justificar que no pudiera pasar todas las noches con la misma mujer. Les decía que tenía trabajos atrasados, obligaciones con su familia, algún viaje de negocios. En fin, hacía que sus mujeres e hijos vivieran con lo indispensable, sin que les sobrara nada, pues si abría la mano con ellos, se resentiría el caudal de dinero que les dedicaba a sus actividades lascivas y delictivas, es decir, a su señor Hyde. Para él era un equilibrio financiero que le venía dando resultados.

Le gustaba mucho la riña de gallos y perdió un dineral en las apuestas. “Parecía haber perdido mucho dinero”, dijo, cauteloso, el abogado penalista Ian MacDougall, que lo conocía bien… de día. Su gemelo nocturno le torció el brazo, que cambió por una taberna de pésima reputación en Fleshmarket Close. Allí se quedaba bebiendo y jugando a los dados o naipes hasta la madrugada. Pero el sol todo parecía cambiarlo, pues las fortunas que perdía durante la noche las compensaba, aunque cada vez menos, durante el día; su negocio y sus propiedades sostenían su economía a pesar del despilfarro, de las prostitutas y del juego. Siempre fue el mismo hombre, el correcto Brodie de día y el salvaje Brodie desde la puesta del sol. Acaso el Brodie del sol haya vivido una mentira porque fingía corrección todo el tiempo, mientras

el Brodie de la luna resultaba más sincero, ya que hacía lo que quería hacer. Los dos eran Brodie.

Aunque parezca increíble, la millonada que había recibido William Brodie de su padre se iba esfumando, y en poco tiempo la había despilfarrado por completo. Los robos nocturnos se reiniciaron como antes, aunque para esa época con mayor entusiasmo y ganancia porque se asoció con un cerrajero que sabía trabajar mejor el delito que los cerrojos, un tal George Smith, recién llegado de Londres. La dupla no tenía descanso, pues robaban negocios y casas particulares sin mirar a quién, y todo el tiempo. Corría 1786. Robaron una orfebrería y se llevaron algunos objetos que les parecieron valiosos para venderlos en otra ciudad o comarca; los escondieron en la casa de Brodie mientras se repartían el dinero que habían hallado.

En Nochebuena, de la firma Bruce Brothers sustrajeron anillos, medallones y relojes. Los dueños de la empresa habían llamado a Brodie pocos días antes para que les cambiara la cerradura por otra más segura y, obviamente, obtuvieron llaves nuevas. Brodie también. El trabajo lo dejaron listo a primera hora de la tarde, y a la noche del día siguiente cometieron el robo. También entraron y sustrajeron dinero de una tienda de ramos generales y, además, un bien precioso en ese momento, cajas de té. Brodie, el cabecilla, asoció a otros dos ladrones, Andrew Ainslie y John Brown, dos buenos para nada, pero que él creía que podían colaborar para realizar atracos de mayor envergadura. Así integrada la banda, lo primero que hicieron fue llevarse la maza ceremonial de la Universidad de Edimburgo. Pero el golpe más grande estaba por venir. Querían robar el dinero de toda Escocia. Brodie ideó un plan

para meterse en la Oficina de Impuestos Especiales de Su Majestad. Lo harían el 5 de marzo de 1788.

Por primera vez, la banda iría armada con pistolas y no utilizaría una copia de la llave de ingreso porque la oficina no había requerido los servicios de Brodie, así que, también por vez primera, entrarían por la fuerza, irrumpirían. Eran tantas las actividades de Brodie por esa época, como ebanista, concejal, presidente del gremio, padre, amante, jugador, bebedor, cliente de prostitutas, ladrón, que en algún momento el hombre tendría que haber descansado, dormido un poco, pues en el robo a la oficina de impuestos su misión era la de "campana", es decir, vigía, y William Brodie se quedó dormido en medio de la noche. Los vigilantes, que se enteraron del atraco al correrse la voz por los ruidos que se escucharon cuando la banda rompió la entrada, por poco detienen a todos los asaltantes con las manos en la masa, pero solo pudieron atrapar a Ainslie. Los demás huyeron con 16 libras.

Nunca hubo lealtad entre los delincuentes. La conveniencia los mantenía juntos, y después del desastre del atraco a la oficina de impuestos, el primero que advirtió que no tendría provecho alguno con esos secuaces fue Brown. Pensó que solo podría sacar alguna utilidad, de la pésima situación en la que se encontraba, si delataba a sus compañeros. Y eso hizo. Iba detrás de una bolsa de ciento cincuenta libras de recompensa que el gobierno ofrecía para quien pudiera dar información sobre los ladrones. Brown denunció a George Smith y a Andrew Ainslie como culpables del robo, aunque no nombró en ningún momento a Brodie, ni como integrante de la banda ni como cabecilla. Nunca se supo por qué no delató al ebanista

Brodie. El silencio de Brown le dio tiempo a William Brodie para tomar una diligencia hacia Londres y, luego, un barco que lo llevó a Holanda. El destino final de su escape sería embarcarse hacia los Estados Unidos. Aquel acto de cobardía de Brown enfureció a Smith y a Ainslie, que muy resentidos acusaron a Brodie de ser el líder del grupo y a Brown de no haber dado información precisa y, sobre todo, todos los datos que a las autoridades les hacían falta para desarticular la banda. Nunca se supo si Brown cobró la recompensa, aunque es probable —de acuerdo con las costumbres de la época— que le dieran menos de lo ofrecido.

Brodie fue detenido en Amsterdam y repatriado a Edimburgo para ser juzgado. Su casa fue registrada, y allí la policía encontró copias de llaves, varias armas que lo inculpaban y un disfraz, pues, de hecho, cuando Brodie salía por las noches con su gemelo lo hacía disfrazado con ropa no habitual para un caballero, sino más bien con la que usaría un hombre del populacho.

Tras un juicio que no duró ni siquiera un día, solo las veintiuna horas que llevó revisar la casa de Brodie, el tribunal no tuvo dudas y lo declaró culpable. La condena fue morir en la horca. Las pruebas en su contra eran muchas y, además, estaban las acusaciones coincidentes de sus ex cómplices. Brodie, de 47 años, y George Smith, de edad ignota, un tipo del sur de la isla que nadie conocía en Escocia, fueron ahorcados el 1º de octubre de 1788, en un patíbulo levantado en la vieja prisión de Tolbooth de Edimburgo, un edificio sombrío que se encontraba en medio de la High Street, cerca de la catedral de Saint Giles. Esta prisión, originalmente, había servido como una caseta de cobro de peajes y era un lugar

donde los comerciantes establecían las reglas y regulaciones comerciales de la ciudad. Luego fue tribunal de Justicia hasta convertirse en prisión porque los jueces no estaban a gusto allí y pidieron que se realizaran reformas que nunca se concretaron.

Fue una ironía que la horca utilizada para colgar a los condenados hubiera sido una que para ser construida había contado con el voto positivo de Brodie —como concejal del Ayuntamiento de la ciudad— para autorizar la recaudación de los fondos necesarios. Brodie se había jactado ante su público de que aquella horca era la más eficiente que se hubiera construido nunca. Por otro lado, a nadie le importó el destino de Brown y el de Ainslie porque no hay registros de lo que ocurrió con ellos. Según los rumores, se reunieron miles de personas en los alrededores de la prisión, entre ellas muchos comerciantes que habían cerrado sus negocios, como si fuera un día festivo, con la tranquilidad de que quien podía robarles entrando como si nada, con la llave del lugar, pendía ahora de una soga atada a su cuello. Cuenta una leyenda que Brodie había diseñado un collar de acero y que había sobornado al verdugo para que le permitiera usarlo durante la ejecución, con la esperanza de sobrevivir a la horca. La soga comprimiría el acero del collar, pero no su cuello. Naturalmente, el plan falló, y el cadáver de Brodie fue enterrado en una tumba sin nombre en la iglesia parroquial de Buccleuch. Tras su muerte, no fueron pocos los que creyeron haberlo visto pasear por Londres. Las habladurías no aclararon si lo habían visto de día o de noche. Parece atinado, para hacer más completo este cuento del ahorcado paseándose por las calles londinenses, afirmar que ello ocurrió en el crepúsculo de un día tenebroso.

En la actualidad, la historia de Deacon Brodie se recuerda en la taberna que lleva su nombre en la Royal Mile de Edimburgo y en un bar de Nueva York que también se llama Deacon Brodie.

Todo lo demás sobre la vida, pasión y muerte de William Brodie es imaginación de Robert Louis Stevenson, que les cambió el nombre a su caballero diurno por el de Jekyll y a su alma desigual y siniestra que pecaba en la oscuridad por el de Hyde. A causa de la naturaleza personal y singular de la obra, *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde* se convirtió en un gran éxito mundial. Se publicó en 1886 y vendió 40.000 copias en Gran Bretaña. En ese momento, un joven Sigmund Freud comenzaba a descifrar el psicoanálisis.

En 1888, dos años después de la publicación, un desconocido al que los periodistas apodaron "Jack el Destripador" mataba en el barrio de Whitechapel, en Londres, como un personaje que bien podía provenir de la pluma de Stevenson.

En uno de sus últimos trabajos, referido a su infancia y los gnomos que llenaban sus pesadillas, Stevenson escribió: "El nombre del gnomo es Jekyll y Hyde, pero creo que descubrirás que también está dispuesto a responder al nombre de Stevenson".

El poeta asesino

Fiódor tomó la pluma y volvió su vista sobre la hoja que le reclamaba los trazos decisivos, como si no hubieran tenido ese carácter los escritos hasta ese momento sobre las revoltosas profundidades de la mente del joven Rodión. Ese debía ser el desenlace, la expiación de la culpa por medio de la confesión. “No”, pensó enseguida, como si una batalla de opuestos se estuviera desarrollando en su mente, de ninguna manera debía admitirlo, pues suficiente castigo ya era sobrellevar el peso de su crimen. “‘De ninguna manera, no son dos en uno, sino uno en busca de la expiación. No son dos en uno”, se repetía a la velocidad de un relámpago. Jamás beberás dos veces de las aguas de un mismo río, decía Heráclito, el oscuro. Entonces, Rodión podía soportar el pecado porque para él no lo era, y en consecuencia no era necesaria confesión alguna, pero para el otro Rodión era una aberración de la cual debía despojarse para no morir.

Honduras filosóficas o, tal vez, propias de un conocedor de la mente, que resultaría superfluo resolver aquí. Rodión es un joven que está aplastado por la culpa. Es uno solo, el que ve la gente, el muchacho de apariencia bondadosa y a la vez capaz —él mismo— de cometer el más sofocante de los crímenes. Ese es su dilema y su tormento. ¡Qué fácil sería hablar de dos personalidades en una! No. Es uno. Y siendo uno es el peor de los hombres, aunque ni él se lo creyera.

Fiódor había concluido el capítulo VI. Con rapidez aparecieron en su mente algunos momentos que recordaba de la vida de Lacenaire —a quien no había conocido de persona —, que se esfumaron apenas las luces de las velas parpadearon un instante. Volvió con Rodión y advirtió que su inspiración venía de un lugar remoto y de un personaje cuyo nombre ni siquiera podía pronunciar en su idioma. Entonces apoyó la punta de la pluma en el papel y escribió:

> Ilia Petrovitch, sentado a su mesa, hojeaba un montón de papeles. El mujik que acababa de tropezar con Raskolnikov estaba de pie ante él.
>
> —¿Usted otra vez? ¿Se le ha olvidado algo? ¿Qué le pasa?
>
> Con los labios amoratados y la mirada inmóvil, Raskolnikov se acercó lentamente a la mesa de Ilia Petrovitch, apoyó la mano en ella e intentó hablar, pero ni una sola palabra salió de sus labios: solo pudo proferir sonidos inarticulados.
>
> —¿Se siente usted mal? ¡Una silla! Siéntese. ¡Traigan agua!
>
> Raskolnikov se dejó caer en la silla sin apartar los ojos del rostro de Ilia Petrovitch, donde se leía una profunda sorpresa. Durante un minuto, los dos se miraron en silencio. Trajeron agua.
>
> —Fui yo… —empezó a decir Raskolnikov.
>
> —Beba.
>
> El joven rechazó el vaso y, en voz baja y entrecortada, pero clara, pronunció, haciendo varias pausas.

—Fui yo quien asesinó a hachazos a la vieja prestamista y a su hermana Lisbeth, con el propósito de robarlas.

Ilia Petrovitch abrió la boca. Acudió gente de todas partes. Raskolnikov repitió su confesión.

A diferencia del imaginario personaje de Fiódor Mijáilovich Dostoievski, Pierre-François Lacenaire —el hombre que inspiró el Raskolnikov del escritor ruso— había nacido en Lyon, Francia, el 20 de diciembre de 1803, y al tiempo de su juventud comenzó una carrera que lo llevó a convertirse en el criminal francés más famoso del siglo XIX, poeta y asesino. Tenía escaso cabello a la altura de la frente, las cejas arqueadas que le daban una apariencia de tristeza, el bigote descuidado y el mentón hacia adentro, de escasa presencia, lo que hacía destacar su nariz. Robó, falsificó, mató y, antes de empezar, fue a la cárcel para instruirse sobre el delito. ¿Por qué este ánimo malvado? No es locura de ninguna manera, sino que está unido a su disconformidad con las reglas sociales que le provocaron “los sinsabores de su vida”.

El concepto que tenía Lacenaire de su conducta delictiva era algo así como una forma de lucha contra la sociedad, a la que acusaba de no poner a su disposición los medios necesarios para sobrevivir en condiciones favorables, y lo contraponía a la utilidad de la vida de quien se atiene a sus normas. Él no quería remitirse a esas convenciones o reglas. A pesar de reconocer que se trataba, sobre todo, de seguir sus instintos, no por ello dejaba de culpar a la sociedad de su conducta delictiva. Era un cobarde. Era un libertario. En sus épocas de libertad, entre detención y detención, su relación con el trabajo honesto con el que debería haber cubierto sus necesidades era

equívoca, confusa, porque las tareas que realizaba no cubrían sus expectativas económicas, o bien no podía conseguir ningún tipo de progreso profesional. Ante esa situación, el principal anhelo por alcanzar una buena posición se ceñía a tener ocasión para robar, para delinquir. Nunca se planteó la posibilidad de que su talento y sus circunstancias fuesen más que esas.

Esta abierta oposición a la sociedad de su época, que despreciaba con toda el alma, iba de la mano de su pasión por el delito y por la poesía. Sus crímenes inspiraron a muchos escritores, desde Stendhal hasta André Breton. A Baudelaire le fascinaba y se refirió a Lacenaire como el primer hombre moderno. Dostoievski conocía su historia, que lo animó a construir su personaje central de *Crimen y castigo*, y Jacques Prévert, por medio del cine, le dio vida en su guion de *Los niños del paraíso*, de 1945, dirigida por Marcel Carné. El filósofo Michel Foucault afirmó, tras analizar su caso, que fue un delincuente singular y, frente a la popularidad que alcanzó, llegó a llamarlo un nuevo tipo de bandido enaltecido. La filósofa Simone Weil escribió en 1943: "El mal imaginario es romántico y variado; el verdadero mal es lúgubre, monótono, estéril, aburrido". Había retratado a delincuentes emocionantes y apuestos enfrentados a policías que resultaban aburridos o poco mejores que los propios delincuentes.

Pero la inspiración para ese mal imaginario surgió de un hombre real, que pasó su vida buscando qué sería él hasta que un día decidió ser malvado. A ese hombre lo llamaban el criminal elegante, y su nombre era Lacenaire, autor —en 1835 — de un cruel asesinato del que hablaban acaloradamente los franceses. Pero lo que ocurrió fue que Lacenaire, en lugar de

ser el hombre más aborrecido de su tiempo, se ganó la simpatía del público. Muchos periodistas, escritores y abogados lo admiraron; algunas mujeres, incluidas las de alta sociedad, se "enamoraron" de él, y hasta obtuvo la benevolencia de algunos policías.

Sucede que el de Lacenaire es un caso inigualado, hasta el punto de que lo han llamado también "el asesino revolucionario". Aplicó algunas teorías que Thomas de Quincey plasmó en *Del asesinato considerado como una de las bellas artes*, publicado en 1827, cuando ya estaba en lo alto de su carrera como bandido y casi en la cumbre de su producción literaria.

Pierre-François Lacenaire se tomaba a sí mismo tan en serio como para no caer en el desaliño y convertir en arte la jungla de los bajos fondos. Escribió muy buenos poemas, se manifestó romántico, graduado en el delito para dañar a una sociedad falsa y engañosa, ateo y republicano. A nada le tuvo miedo. Antes de conocer "la máquina", premonitoriamente había escrito:

¡Te saludo, guillotina, expiación sublime
que al hombre arranca del hombre
y del crimen perfecto!

Después de muchos embarazos perdidos, fue el segundo hijo que sobrevivió del matrimonio entre un anciano rico, Jean-Baptiste, y su esposa, mucho más joven, Marguerite Gaillard. Hubo una confusión histórica sobre el nombre de

familia de Pierre-François, pues su verdadero apellido era Gaillard, el de su madre, y no Lacenaire. Nunca estuvo claro si era hijo de Lacenaire o si el anciano no le había dado su apellido porque no era hijo suyo. Es posible que Marguerite, en la plenitud de la vida, haya obtenido de un eventual amante lo que su marido ya no podía darle. El apellido de Pierre-François fue Gaillard, pero utilizó durante su vida el de "Lacenaire" —con el cual fue conocido por la posteridad—, como nombre falso o apodo, acaso como una venganza contra su padre, que le servía, además, para cubrir su identidad.

Lacenaire siempre odió a su padre, y las razones de ese rechazo tampoco han sido aclaradas, porque no existe constancia de que lo maltratara, por ejemplo. Lacenaire siempre habló de que su hermano mayor era el favorito de la familia y de que a él lo tenían abandonado. Pasó su infancia de escuela en escuela, a menudo expulsado por insolencia o por haber afirmado en una ocasión que se convertiría al protestantismo, lo que indignó a su padre y a toda la comunidad. Su familia lo envió a un seminario jesuita, donde su carácter parecía haberse sosegado. Pero el seminario cerró. A los 17 años tenía una buena educación, pero no calificaciones formales, un hecho que provocó una gran pelea con su padre, a quien Lacenaire le echaba la culpa de descuidar su formación al extremo de encontrarse sin registro de sus avances educativos.

Su padre tenía la intención de que fuera médico o abogado, pero no podía financiar más sus estudios, ya que su propio negocio también estaba fracasando. Entonces, Lacenaire pasó varios años realizando trabajos de oficina en Lyon, antes de mudarse a París. Vivía con una tía e intentó triunfar como

escritor, pero la falta de éxito instantáneo lo desilusionó. En cambio, con un nombre falso, se unió a un regimiento suizo del Ejército francés, pero desertó cuando encontró que la vida militar no era para nada agradable. Realizó todo tipo de tareas, la más respetable de los cuales parece haber sido la de vendedor de licores. La mayor parte de su dinero provenía de sus parientes más ricos, pero casi todo lo que recibía se esfumaba en el juego. Probó entonces con la estafa, pero se dio cuenta de que no era bueno en ese tipo de engaños y, al final, el que quedó endeudado fue él.

No le quedó más remedio que volver al punto de donde había salido: la casa de sus padres. Su deuda fue saldada, pero se vio obligado a enrolarse de nuevo en el Ejército, esta vez bajo su nombre real. Participó en operaciones militares francesas en Grecia y por su experiencia en el cargo fue nombrado intendente. Para Lacenaire la vida militar era como el infierno en la Tierra. Ya había sido suficiente para él. El Ejército francés participaba justo en ese momento de la Guerra de Independencia de Grecia, que Francia y otras naciones europeas apoyaban contra las pretensiones otomanas y egipcias. Durante el asedio al castillo de Morea, a diez kilómetros de Patras, Lacenaire desertó otra vez. Era 1821. Su familia ya se había mudado a Bélgica, y él la siguió, al principio consideraba emigrar a América. Al final decidió quedarse en Francia, pero no por amor a su tierra natal. Según sus propias palabras, se quedó para convertirse en “un flagelo de la sociedad”.

Eugène-François Vidocq fue un criminal, detective y escritor. Después de dejar la Sûreté, también fundó la primera agencia de detectives privados. Lacenaire era un admirador del

legendario Vidocq. Pero mientras que la mayoría vio la historia del criminal convertido en policía como una redención, Lacenaire la consideró una oportunidad perdida. Vidocq había pasado tres meses en prisión por agredir a un hombre con el que su novia lo había engañado, pero luego fue condenado a ocho más por falsificar el perdón de otro recluso, un cargo que siempre negó. Había escapado de la prisión y finalmente había recibido el indulto del rey.

Fue el relato de su tiempo en la cárcel lo que intrigó a Lacenaire. Vidocq habló en sus memorias de la prisión como una universidad del crimen y como la fuente de todo el conocimiento que luego usaría en su beneficio en la Policía. Entonces, con el propósito de prepararse para la vida como maestro criminal, Lacenaire se dispuso a ser arrestado. Quería tener la instrucción que solo ofrece la comunidad de presos. Para que lo detuvieran, primero robó un carruaje y luego mató a un hombre en un duelo. Más tarde informaría que matar al otro hombre no le produjo "ninguna emoción". Al final, sin embargo, no fue arrestado por batirse en duelo, sino por "huir de la escena", lo que no lo alegró mucho, porque quería ya ser reconocido como asesino. Aun así, su objetivo se había cumplido, y en septiembre de 1829 fue condenado a un año de prisión. De hecho, en la cárcel encontró a los criminales que esperaba.

Conoció a Jean-François Chardon —"la Tante" o "Auntie", un apodo común en Francia en ese momento para un homosexual—, un imitador y estafador de mediana edad; a Jules Baton, un hombre con una impresionante variedad de contactos en toda el hampa de París, y a Victor Avril, un carpintero convertido en criminal, con una inclinación por la

violencia extrema. Sin embargo, cuando terminó su año, fue apresado de inmediato por deserción y tuvo que pasar un mes más en la prisión. Finalmente libre, estaba listo para comenzar su gran vida criminal. Esa vida no tuvo nada de grande al inicio, porque lo metieron preso por intentar robar cubiertos de un restaurante, lo cual no es exactamente el colmo del crimen. Condenado de nuevo, esta vez con un nombre falso, pasó trece meses en la cárcel. Durante este tiempo conoció a un grupo de activistas republicanos y, mientras estaba en prisión, hizo publicar en forma anónima varios poemas contra el sistema.

Cuando fue liberado, se reunió con Victor Avril, y tramaron juntos un complot para matar a Chardon, su antiguo compañero de celda, de quien se rumoreaba que había ganado mucho dinero haciéndose pasar por sacerdote y vendiendo artefactos religiosos falsos. Los dos planearon asesinarlo y tomar el dinero para ellos. Había un comentario persistente que apuntaba otra razón por la cual Lacenaire habría pensado en atacar a Chardon. Se decía que mientras estuvieron en prisión los dos se habían disputado el amor de otro hombre, Jules Baton. No hay evidencia definitiva de que Lacenaire fuera homosexual, pero tampoco la hay de que no lo fuera. Sin embargo, un dato puede despejar la duda —de las tantas existentes con relación a la vida del poeta delincuente— sobre esta cuestión. Resulta que Avril despreciaba abiertamente la sexualidad de Chardon y, por lo tanto, no habría acompañado a otro supuesto homosexual para dirimir cuestiones románticas.

El 14 de diciembre de 1824, Lacenaire y Avril llamaron a la puerta de Chardon y, cuando respondió, entraron corriendo y lo mataron sin decir palabra. Lacenaire lo apuñaló con una daga y Avril lo remató con un hacha. Descubrieron que la

madre de Chardon estaba postrada en la cama por diversas dolencias relacionadas con su edad avanzada. Al verla, la sacaron arrastrándola de la cama y dieron vuelta el colchón buscando dinero o alhajas. No encontraron nada. Entre los dos agarraron el colchón, lo pusieron sobre la mujer e hicieron fuerza a fin de que no pudiera aprovechar ningún resquicio para respirar, hasta que la señora finalmente murió asfixiada.

Dos semanas después, Lacenaire volvió al robo. En ocasiones anteriores había intentado engañar a los bancos para que entregaran el dinero efectivo disponible, y esta vez quiso hacerlo dando un cheque falsificado. Lo logró. Un mensajero entregó tres mil francos en la dirección que le había dado Lacenaire, y cuando se dio vuelta para marcharse, un cómplice llamado François atacó al empleado. Sin embargo, el mensajero escapó y pudo darle a la policía una descripción de su atacante y del hombre que había cobrado el cheque, que luego se comprobaría que era falsificado. Lacenaire también cometió un error cuando usó el alias "Mahossier" para cobrar el cheque, ya que ese nombre era un seudónimo usado también por el delincuente Baton, otro cómplice que había conocido en la cárcel, aquel que había sido el amante del asesinado Chardon y del que se rumoreaba que se había transformado en el amor de Lacenaire.

Cuando Baton fue interrogado por la policía, los dirigió a una antigua dirección del poeta y así conocieron el nombre completo de Lacenaire, Gaillard, el apellido de su madre. Mientras esto ocurría, Avril fue arrestado por un cargo diferente y menor, el de robo. El delincuente, con el propósito de obtener algún beneficio de la Justicia, incluso la indulgencia, señaló la dirección de la tía parisina de Lacenaire,

que hacía mucho tiempo que había bloqueado la puerta por temor a que su sobrino la matara para luego desvalijarle la casa. Avril dio una descripción detallada de Lacenaire. Con estos datos, el poeta asesino fue atrapado. Al principio se declaró inocente, pero cuando supo que Avril lo había traicionado, de inmediato confesó no solo el ataque al empleado del banco, sino también el asesinato de Chardon.

El detective le dijo: "Te das cuenta, por supuesto, de que esto te acabará". Lacenaire respondió: "Lo sé. No importa, siempre que también los termine". Los biógrafos modernos a menudo creen que Lacenaire tenía un deseo de muerte reprimido y señalan un incidente de la infancia en el que su padre lo llevó a presenciar un guillotinamiento y luego le dijo que su propio destino terminaría de la misma manera. Su conducta en este punto, sin duda, respaldaría esa conclusión.

El juicio fue considerado uno de los más famosos de la historia de Francia, ya que Lacenaire finalmente encontró su escenario. Su apariencia distinguida, su escepticismo expresado con elegancia y la pronunciación de frases memorables como: "Mataría a un hombre con la misma facilidad con que me bebería una copa de vino", todo se combinó para convertirlo en un favorito del público. La sentencia de muerte real, inevitable después de su confesión, resultó —como dijera más de un periodista— un final decepcionante para acontecimientos tan emocionantes.

En los días siguientes, el condenado se convirtió en una auténtica celebridad y fue visitado por científicos, escritores y periodistas. Completó sus memorias y finalmente logró con ellas el reconocimiento literario que había anhelado. Por medio de sus *Memorias* se difundió por todas partes su

filosofía egoísta de la injusticia natural que justifica la acción criminal. La noche anterior a la ejecución, Lacenaire gritó a su antiguo cómplice: "Mañana la tierra estará bastante fría". "Pide que te entierren con un abrigo de piel", gritó Avril. La helada mañana del 9 de enero de 1836, a las siete, Avril fue ejecutado por el asesinato de Chardon. Le seguía el poeta.

Lacenaire ocupó su lugar en el andamio. Cuando su cabeza estaba en el bloque, hubo un accidente que alteró los nervios de los verdugos, y se podría imaginar que también del condenado. Pero este permanecía tranquilo. Lo ocurrido fue que la hoja de la guillotina había caído y se había atascado en la mitad del recorrido. Mientras la levantaban de nuevo, Lacenaire giró la cabeza para mirar la hoja triangular. Un momento después, volvió a caer. Lacenaire tenía 36 años.

La muerte de Lacenaire aumentó su celebridad. El delincuente mezquino y asesino de anciana se convirtió en el "criminal elegante", el antihéroe condenado de mil historias. Era Valbayre, el noble bandido del borrador inacabado de Stendhal, de *Lamiel*. Era Montparnasse, el asesino elegantemente vestido de *Los miserables*. Inspiró un entorno de maldad romántica y variada. De todas maneras, nadie conoce toda la historia de Lacenaire. Hay muchas incógnitas sin revelar, y lo que se ha conocido se basa en el relato que hizo de sí mismo en sus *Memorias*, que resulta —como señala Weil— más ficción que realidad. Lacenaire era un mentiroso, un tramposo, un asesino y un traidor que, tal como su padre había predicho, terminó sus días en la guillotina. Pero la leyenda es muy poderosa y atractiva. El poeta asesino. El criminal que seducía con la palabra y con la pluma.

Hay una elegante tienda de ropa en París que lleva su nombre. En 1990, se estrenó la película biográfica *Lacenaire*, interpretada por Daniel Auteuil. La banda de rock Alex Sindrome lanzó en 2015 la canción "Lacenaire". Dos de sus versos dicen: "No me importa nada del Che./ Yo quiero mi *t-shirt* Lacenaire". La historia ha podido más que los hechos reales cometidos por un hombre que tuvo una vida penosa. Al asesinar a Chardon y a su madre, antes que perpetrar un acto memorable contra la sociedad corrupta e hipócrita, lo que hizo fue ejecutar un crimen brutal más ajustado a un hampón de los bajos fondos que a un criminal elegante.

ALGUNAS REFLEXIONES

> Todo esto está en el hombre; atrévanse a decirme que no, les diré que no lo conocen. ¿Qué pasará entonces, añadía yo, cuando ese criminal sea yo? Yo, que he llegado hasta el crimen desde los rangos más altos de la sociedad; yo, sublevándome contra ella, sistematizando el asesinato y el robo. Qué estímulo para el pueblo, qué planes de destrucción germinarán en su seno cuando la miseria lo toque. Ah, mi nombre saldrá de su boca mientras toma el cuchillo con el que golpeará al rico que lo deja morir. Y ¡mi muerte! ¿La cuentan en vano, mi muerte? Son no sé cuántos muertos los que he sembrado a mi paso. Ay, ojalá recojan de ellos algo más que los frutos sanguinolentos.

Hombres, ¿qué culpa tengo yo si los he visto tal y como son? ¿Qué culpa tengo yo si he visto por todas partes el interés personal vestirse con el traje del interés social, la indiferencia esconderse tras la amistad y la devoción, la maldad y las ganas de perjudicar adornarse con el bello nombre de la virtud y la religión?

Si la política no fuera a veces una cosa tan seria y no acarreara tras de sí tantas calamidades, solo quedaría reírse de lástima. Tontos y sinvergüenzas, he aquí en dos palabras cómo se puede resumir toda la política pasada, presente y futura. No me impliqué en ella más que en defensa propia, porque, mientras me ha sido posible, nunca me ha gustado interpretar ninguno de esos dos papeles.

[…] Cuando una mujer causaba cierta impresión en mi corazón, la evitaba como la peste. Solo fui para el sexo un verdadero sátiro que buscaba satisfacer sus pasiones brutales y que solo frecuentaba a las Venus cuyos encantos se cotizan como una mercancía. Este método era, a decir verdad, mucho menos costoso, y me evitaba todas las molestias que conllevan una declaración y los aburridos preliminares de una conquista galante con criaturas que de ningún modo valen más que las otras.

Pero quiero ser generoso al morir y, para evitar a la academia disertaciones sin fin y, tal vez, incluso

(aunque sea poco susceptible al respecto) reflexiones impertinentes sobre la relación de mi glándula pineal con mi inteligencia, así como de las prominencias de mi cráneo con mis apetitos violentos, me dispongo yo, muy vivo aún, sano de cuerpo y espíritu, a hacer mi autopsia y la disección de mi cerebro con mis propias manos. Espero que como recompensa por este sacrificio tendrán a bien, después de mi deceso, no esparcir mis miembros por sus anfiteatros y dejarlos tranquilamente en su agujero para que se encuentren al alcance cuando llegue el momento de reunirse en el gran día de la resurrección.

Si bien tenía capacidad para escribir una obra de teatro, también tenía capacidad para matar. Elegí la más fácil. Amo la vida y sus placeres, pero si termina, ¿qué importa? ¿El castigo de la muerte? Contradicción en los términos: no es un castigo devolver a un ser a la insensibilidad y la nada.

Friedrich Nietzsche y el amor de dos jóvenes

Fue en 1924. Comenzó como una fantasía en la mente de Richard Loeb, a quien le decían Dickie, un muchacho atractivo de 18 años, privilegiado hijo de un vicepresidente retirado de Sears Roebuck, una enorme cadena de grandes almacenes. La familia pertenecía a la elite judía de Kenwood, un barrio acomodado de Chicago. Loeb estaba obsesionado con el crimen. A pesar de su inteligencia y su posición como el graduado más joven de la Universidad de Michigan, Loeb leía casi exclusivamente historias de detectives. Leyó sobre la criminalidad, planeó crímenes y cometió delitos menores, pero ninguno que implicara daño físico a otra persona. Nathan "Babe" Leopold, de 19 años, era su mejor amigo, un estudiante brillante, miembro de una familia acaudalada que vivía en el mismo barrio. Era el menor de los tres hijos de

Nathan y Florence. Dickie y Babe se hicieron íntimos amigos cuando tenían 14 y 15 años, respectivamente.

Nathan Leopold y Richard Loeb disfrutaban de una vida privilegiada. Se educaron entre niñeras e institutrices, rodeados de sirvientes; disponían de dinero ilimitado para sus gastos, y el saldo de sus cuentas corrientes excedía con mucho al de cualquier trabajador en los años veinte. Conducían sus propios automóviles mucho antes de que ser propietario de uno fuese algo común. Pasaban sus vacaciones en Europa y realizaban frecuentes viajes por todo el mundo.

La idea de cometer algunos delitos comenzó en 1921. Se inició con pequeños robos en tiendas y hoteles, y más tarde la pareja se especializó en robar autos. En una ocasión, perseguidos por un camión, saltaron del vehículo que acababan de robar y dejaron que se estrellara mientras ellos escapaban. Leopold participaba en estas aventuras porque el peligro le resultaba emocionante. Dos veces les dispararon cuando huían. Loeb disfrutaba asustando a la gente por teléfono. Cuando se quedaba solo, hacía llamadas obscenas a las personas que le desagradaban y, con Leopold, informaba sobre incendios imaginarios; ambos gozaban del revuelo que provocaban. Pronto comenzaron a producir verdaderos incendios, encantados de ser ellos los únicos que sabían cómo había empezado el fuego. Cuando se cansaron de esto, pasaron al robo en casas. En noviembre de 1923 robaron la máquina de escribir Underwood de la sala de estudiantes de la Universidad de Michigan.

Loeb incluso se sentía contrariado y disgustado si sus insignificantes delitos no eran relatados en los diarios. El crimen se convirtió para él en una especie de juego; quería

cometer el crimen perfecto solo para demostrar que podía hacerlo. Con el único que podía contar para ello era con Nathan. Este se hallaba interesado en la ornitología, en la filosofía y, en especial, en Richard Loeb. Como Loeb, Leopold era un hijo de la riqueza y las oportunidades, y descendiente de un millonario fabricante de cajas; estudiaba derecho en la Universidad de Chicago y planeaba seguir sus estudios en la Facultad de Derecho de Harvard después de un viaje familiar a Europa en el verano. Leopold ya había logrado reconocimiento como la principal autoridad de la nación en la reinita de Kirtland, un pájaro cantor en peligro de extinción, y con frecuencia daba conferencias sobre los temas de su pasión ornitológica.

Como estudiante de filosofía, Leopold se sintió atraído por Friedrich Nietzsche, cuya influencia en los académicos de principios del siglo XX fue poderosa, y los méritos de las ideas contenidas en libros como *Más allá del bien y del mal* fueron muy debatidos en centros de estudio como la Universidad de Chicago. Leopold estaba de acuerdo con la crítica de Nietzsche a los códigos morales y creía que las obligaciones legales no se aplicaban a quienes se acercaban al "superhombre". La idea de Leopold sobre el superhombre se concretaba en su amigo y amante, Richard Loeb.

Leopold y Loeb tuvieron una relación intensa y tormentosa. En un momento, Leopold contempló matar a Loeb por una supuesta filtración de su relación. Se amaban y, a veces, se odiaban, pero se querían intensamente. Esta relación, que fue descripta como "extraña y casi imposible", llevó a los dos jóvenes brillantes y de un afortunado porvenir a realizar juntos lo que casi con certeza nunca hubieran hecho por separados:

concretar la idea de Loeb y cometer un asesinato. Los motivos no están claros y desde 1924 se siguen debatiendo. Pudo ser el crimen un esfuerzo de los dos para profundizar su relación; tal vez tuviera que ver el dinero, para saldar las deudas de juego, y el deseo de Loeb de "tener algo" con su amigo para compensar las constantes demandas de sexo de Leopold.

Lo más claro acerca de los motivos es que la atracción de Leopold por Loeb fue su principal razón para participar en el crimen. Leopold escribiría: "La amistad de Loeb era necesaria para mí, terriblemente necesaria", y que su motivación para el terrible acto que realizaron fue "complacer a Dick". Para Loeb, el crimen fue más un escape de lo ordinario, un interesante ejercicio intelectual. Leopold insistía en el concepto de superhombre de Nietzsche interpretándolo como un individuo trascendente que poseía capacidades extraordinarias e inusuales, cuyo intelecto superior le permitía elevarse por encima de las leyes y reglas que limitaban a la población promedio. Leopold creía que él y Loeb eran esos individuos.

El crimen perfecto de Leopold y Loeb no podía ser un asalto, un atraco, sino que debía tratarse de un homicidio. Los dos adolescentes pasaron seis meses discutiendo y refinando un plan que incluía secuestrar al hijo de una familia millonaria, como la de ellos, exigir un rescate y cobrarlo obligando a los familiares a arrojar en un lugar determinado, desde un tren, un envoltorio con el dinero pedido. Ni Loeb ni Leopold disfrutaban con la idea de asesinar a la víctima del secuestro, pero pensaron que resultaba fundamental hacerlo, ya que de otro modo el secuestrado los reconocería, y porque así sería el crimen perfecto. No era el secuestro lo que buscaban, sino

provocar una muerte y que no los descubrieran, o sea, otra vez, el crimen impune. Pero ¿a quién iban a matar?

Bobby Franks, un chico de 14 años, conocía a Nathan y a Dickie. Incluso solía ir a la casa de Loeb a practicar tenis, su deporte favorito. Por desgracia estuvo en el lugar equivocado en el momento equivocado. El 21 de mayo de 1924, alrededor de las cinco de la tarde, Bobby caminaba hacia su casa desde la escuela Harvard cuando un automóvil Willys-Knight verde se detuvo cerca de él. Loeb le pidió a Franks que se acercara al auto, y el chico lo hizo. Entonces le pidió que subiera para mostrarle una raqueta de tenis nueva que le encantaría. A Bobby no le llamó la atención que Nathan estuviera en el asiento del conductor y Dickie atrás.

De acuerdo con la primera versión que circuló, apenas Bobby subió, le pegaron en la cabeza con un formón y lo asfixiaron colocándole trapos en la boca hasta la garganta. La mayoría de la evidencia sugiere que Loeb, sentado en el asiento trasero, mató al chico con varios golpes en la cabeza con ese formón, es decir que Bobby ya estaba muerto cuando le colocaron los trapos en la boca. Dejaron el cadáver de Bobby Franks en el suelo del auto y luego se dirigieron al este, hacia Jackson Park; después entraron en la autopista 12, bordeando el lago Michigan. Pararon en un descampado, se aseguraron de que no hubiera nadie por los alrededores y le quitaron casi todas sus prendas. Lo dejaron en el vehículo, pero tiraron, sin ninguna razón aparente, el cinturón a la carretera. Dieron un par de vueltas más, con el cadáver desnudo del chico aún en el automóvil.

En la ciudad de Hammond, en Indiana, Richard se quedó esperando mientras Nathan bajaba a comprar cerveza y

salchichas. Al anochecer se dirigieron al parque Wolf y terminaron de desnudar el cadáver de Bobby Franks. Le volcaron ácido clorhídrico sobre la cara, para dificultar su identificación, y sobre los genitales, para para disimular su circuncisión. Después metieron el cuerpo en una alcantarilla de drenaje, de concreto. Leopold y Loeb dejaron parte de las prendas del chico en el pantano, se lavaron e hicieron un atado con el resto de la ropa de Bobby. Regresaron a la casa de Loeb, se dirigieron al sótano y quemaron la ropa de Franks. Esa noche, la mamá de Franks recibió una llamada telefónica de Leopold, quien se identificó como "George Johnson". Leopold le dijo a la mujer que su hijo había sido secuestrado, pero estaba ileso, y que debería esperar una nota de rescate pronto. A la mañana siguiente, la familia Franks recibió una carta de entrega especial dirigida a Jacob Franks.

Estimado señor:

Como usted sin duda sabe en este momento su hijo ha sido secuestrado. Permítanos asegurarle que se encuentra bien y a salvo. Usted no necesita temer ningún daño físico para él si usted sigue cuidadosamente las siguientes instrucciones y otras que usted recibirá por futuras comunicaciones. Si usted, sin embargo, desobedece cualquiera de nuestras instrucciones, aunque sea ligeramente, su muerte será la pena. 1. Por razones obvias, no haga absolutamente ningún intento de comunicarse con las autoridades policiales o cualquier agencia privada. Si ya se ha comunicado con la Policía, permítales continuar sus investigaciones, pero no mencione esta carta. 2. Asegure antes del mediodía de hoy 10.000 dólares. Este dinero debe estar compuesto en su totalidad por billetes antiguos de las siguientes denominaciones: 2000 dólares en billetes de 20, 8000 dólares en billetes de 50. El dinero debe ser viejo. Cualquier intento de incluir billetes nuevos o marcados hará que toda la empresa sea inútil. El dinero debe colocarse en una caja grande de cigarros o, si esto es imposible, en una pesada caja de cartón cerrada y envuelta en papel blanco. El papel de envolver debe ser sellado, y todas las aberturas, con cera de sellado. 3. Tener el dinero así preparado como se indica arriba y permanecer en casa después de la 1 p.m. Vea que el teléfono no esté en uso. Usted recibirá

una comunicación futura en cuanto a su curso futuro… Estamos dispuestos a poner nuestras amenazas en ejecución si tenemos motivos razonables para creer que usted ha cometido una infracción a las instrucciones anteriores. Sin embargo, si sigue cuidadosamente nuestras instrucciones, podemos asegurarle que su hijo será devuelto de forma segura a usted dentro de las seis horas posteriores a nuestra recepción del dinero.

Suyo de verdad,

GEORGE JOHNSON

Leopold (George Johnson) llamó a Jacob Franks, el padre de Bobby, poco antes de las tres de la tarde. Le dijo que un taxi estaba a punto de llegar a su casa, que debería llevarlo a una farmacia específica en el sur de Chicago. Franks, sin embargo, no quiso subir al taxi amarillo que se detuvo frente a su casa. Acababa de recibir otra llamada, esta vez de la policía, arruinando la esperanza de que se ejecutara el crimen perfecto. Se había identificado el cuerpo de Bobby Franks; un trabajador vio un destello de lo que resultó ser un pie a través de los arbustos que cubrían la alcantarilla abierta donde se había colocado el cuerpo. Los anteojos de carey descubiertos sobre el cuerpo de Bobby, con una bisagra inusual, fueron una pista fundamental. Se averiguó que una sola óptica de Chicago los fabricaba y rastrearon hasta dar con el optometrista. Este contó que había asentado solo tres de esas recetas, y de los registros se supo que una era para un abogado prominente de la ciudad, que entonces estaba fuera de Chicago; otra, para una señora, que los tenía puestos, y la tercera, para un joven llamado Nathan Leopold.

Cuando la policía lo entrevistó la primera vez, Leopold declaró que los anteojos estaban en su casa. Como no pudo encontrarlos, dijo que no los había usado durante mucho

tiempo y que había dado muchos paseos por el tramo junto a la alcantarilla y, seguramente, en una de esas ocasiones, debió haberlos dejado caer de su bolsillo. Sin embargo, pronto se vio que él y Loeb —que también había sido detenido cuando se supo que ambos estaban juntos el día que Bobby Franks fue secuestrado— estaban mintiendo. Leopold manifestó que había pasado el 21 de mayo junto con Loeb, buscando chicas con su auto y conduciendo hasta Lincoln Park. Y Loeb, cuando se le preguntó por separado, confirmó la coartada de Leopold.

El fiscal Robert Crowe no les creyó una sola palabra. Entre los elementos encontrados en una búsqueda en la casa de Leopold había una carta, escrita por este, que sugería fuertemente que él y Loeb tenían una relación homosexual. ¿Alcanzaban las contradicciones de estos dos jóvenes sospechosos para detenerlos por homicidio? Los fiscales estaban a punto de liberarlos cuando surgieron dos pruebas adicionales. Primero, compararon la nota de rescate y las notas tomadas de un miembro del grupo de estudio de Leopold, en la Facultad de Derecho, y encontraron que se había utilizado la misma máquina de escribir. Luego le tomaron declaración al chofer de la familia Leopold. Los padres del muchacho estaban de acuerdo y creían que con este testimonio su hijo quedaría desligado del caso. Pero resultó trágicamente al revés. El chofer dijo que estaba seguro de que el auto de Leopold —el que los chicos aseguraban que habían utilizado el 21 de mayo buscando y llevando chicas— no había salido del garaje el día del asesinato.

Richard “Dickie” Loeb confesó primero, y Nathan Leopold lo hizo después. Sus confesiones diferían solo en el punto de

quién había cometido el asesinato en concreto, y cada uno señalaba con el dedo al otro. Más tarde, Leopold le suplicó a Loeb que admitiera haber matado a Franks, pero este le respondió que su propia familia se sentiría menos angustiada sabiendo que Nathan, y no él, lo había hecho, y que no quería quitarles esa pizca de consuelo.

Leopold contó al fiscal Crowe que no tenían planeado matar a nadie en particular, sino que "dejamos la decisión para el mismo día. Y escogimos, entre todos los que vimos, al que más nos gustó". Crowe se mostró sorprendido por la frialdad del joven. Además, esta declaración demostraba que ambos asesinaron por puro placer. Bobby Franks les era completamente indiferente. Lo único que habían discutido acerca de la víctima era a qué tipo de familia debía pertenecer. El padre debía ser bastante rico para poder pagar el rescate, y la víctima debía conocer bien a los dos chicos, porque de lo contrario no aceptaría subir con ellos al auto.

—¿Cuándo decidieron que Bobby Franks sería la víctima? —preguntó Crowe.

—Cuando lo vimos por casualidad —contestó Leopold.

Los dos acusados habían considerado incluso la posibilidad de secuestrar a uno de sus padres, pero finalmente decidieron que irían al colegio Harvard y elegirían un chico al azar.

Las familias Loeb y Leopold contrataron a Clarence Darrow, un prominente abogado que se dedicó primero a atender pleitos laborales y luego se especializó en derecho penal. Cuando fue convocado para defender a estos muchachos, ya tenía 67 años. Las familias también contrataron a Benjamin Bachrach. Nathan contó que su primera impresión

de Darrow fue de “horror”, ya que le desagradó el cabello rebelde del abogado, la chaqueta arrugada, la camisa salpicada de huevos, los tiradores y la corbata torcida. Su opinión pronto cambiaría. Más tarde describió a su abogado como un hombre grandioso, sencillo y no afectado, con una “bondad profundamente arraigada y omnipresente”. En su libro *Life Plus 99 Years*, Leopold escribió que si se le pidiera que nombrara a los dos hombres que “estuvieron más cerca de predicar la esencia pura del amor, diría Jesús y Clarence Darrow”.

El abogado hizo una jugada que pocos esperaban. Se presentó en los tribunales y se dirigió al presidente Tribunal de Circuito del condado de Cook, John R. Caverley.

> Su señoría, hemos decidido retirar nuestras declaraciones de no culpables y declararnos culpables. No nos gusta echar esta carga sobre este tribunal o cualquier tribunal. Conocemos su seriedad y su gravedad. Y aunque deseamos que pueda ser de otra manera, creemos que debe ser como hemos elegido. El estatuto establece, Su Señoría, que se pueden ofrecer pruebas para atenuar el castigo, y pediremos en el momento en que el tribunal ordene que se nos permita ofrecer pruebas sobre la condición mental de estos jóvenes, para demostrar el grado de responsabilidad que tenían y también para ofrecer pruebas en cuanto a la juventud de estos acusados, y el hecho de una declaración de culpabilidad como una atenuante adicional de la pena en este caso. Con ello nos lanzamos a merced de este tribunal y solo de este tribunal.

La decisión de cambiar la declaración de no culpables a culpables fue de Darrow. Había una cosa que cualquiera entendía de inmediato —y eran millones los que seguían este caso—: los hechos no podían ser discutidos, la fiscalía podía probar sin dificultad que Leopold y Loeb secuestraron y mataron a Robert “Bobby” Franks para demostrar que eran tan

inteligentes que podían cometer el crimen perfecto o impune. Entonces, la decisión de Darrow de cambiar la declaración a culpables le ahorraba un largo proceso donde abogaría sin posibilidad alguna de éxito. Las pruebas objetivas que había en el sumario eran contundentes, y la fiscalía tenía todas las posibilidades de lograr condenarlos a la pena de muerte, fuera por secuestro o por asesinato o por los dos cargos juntos si alguno de ellos no se daba por probado, circunstancia muy lejana.

En otras palabras, al declararse culpables no habría debate, controversia, choque sobre la importancia o relevancia de ninguna prueba. La defensa las aceptaba todas porque quería discutir otra cosa. La consecuencia más importante de declararlos culpables era que no habría jurado para decidir nada y la pena debía ser fijada por un juez. Darrow creía firmemente que el juez interviniente en este caso, John R. Caverly, era un hombre "bondadoso y perspicaz". Con el público enardecido pidiendo a voz en cuello que colgaran a esos dos asesinos a sangre fría —esa era la opinión de la mayoría que seguía el caso, millones de personas en el país—, lo que menos quería el abogado era enfrentarse a un jurado. Darrow esperaba construir su caso contra la pena de muerte en torno del testimonio de cuatro psiquiatras; en ese entonces se les decía "alienistas".

Tanto la fiscalía como la defensa querían que el mejor talento de la psiquiatría en esos años, Sigmund Freud, fuera a Chicago y examinara a los acusados. Freud agradeció las invitaciones, pero su mala salud en ese momento impidió la visita. La fiscalía presentó una objeción para desbaratar los planes de Darrow. "Si se trata de que están locos, apelo a su

conciencia para que acepte un juicio con jurado", dijo el fiscal Crowe. El que le contestó fue el codefensor Benjamin Bachrach. Sostuvo que la defensa no decía que Leopold y Loeb estuvieran locos, sino que eran "personas anormales", y esa condición, a ser discutida junto con psiquiatras, debía considerarse un atenuante de la pena. En el fallo más crítico del juicio, el juez Caverly no hizo lugar a la objeción de Crowe y permitió que se presentaran pruebas psiquiátricas.

La defensa comenzó con la infancia de los acusados.

El tribunal escuchó cómo Richard Loeb había sido criado desde los 11 años por una institutriz extremadamente rígida y autoritaria, que dirigía su vida, que decidía quiénes podían ser sus amigos y quiénes no, y cómo debía pasar sus horas de ocio. El chico escapaba de su influencia leyendo sobre crímenes y mezclándose con chicos mayores que él. Loeb era propenso a los desmayos, a veces tenía hasta seis en un mismo día; cuando esto ocurría, se quedaba rígido y largaba espuma por la boca. Sus padres vivían en otro mundo, donde su hijo no estaba. Así se convirtió en un joven mentiroso y sin escrúpulos y, finalmente, decidió afirmar su individualidad cometiendo el crimen perfecto, que se volvió una obsesión. La idea estaba tan lejos de toda consideración moral que incluso llegó a acariciar la posibilidad de matar a su hermano pequeño o a su padre. Sus compañeros de colegio recordaron que siempre se hallaba dispuesto a reírse de las desgracias de los demás. Darrow lo describió como un chico con trastornos emocionales que se había quedado en la etapa de la prepubertad.

La historia de Nathan Leopold reveló que él también se crio entre niñeras e institutrices. Su padre, de manera involuntaria,

le había inculcado la idea de que la riqueza implicaba superioridad. A los 14 años lo sedujo una de las niñeras, que le inculcó ideas perversas sobre el sexo. Ya con esa edad demostraba tener una habilidad intelectual fuera de lo normal. En la adolescencia se declaró ateo y adoptó por completo la filosofía de Nietzsche. Leopold tenía los ojos saltones, se sentía feo y fantaseaba con la idea de ser el esclavo de un superhombre al cual someterse por completo. Cuando conoció al joven y atractivo Loeb, Leopold tenía 15 años.

Darrow trató duramente a los psiquiatras llamados a declarar por parte de la acusación. Uno de ellos basó su declaración solo en el comportamiento de los dos jóvenes durante el juicio. Otros admitieron haber pasado muy poco tiempo examinándolos en privado. Pero Darrow reservó sus críticas más mordaces para un psiquiatra del que dijo que se ganaba la vida prestando declaración en los tribunales. Dicho psiquiatra había descripto a los acusados como personas enteramente normales.

Los médicos que presentó Darrow afirmaron que el crimen de Franks no se entendería sin conocer la relación profunda entre Leopold y Loeb. El médico William White afirmó que Loeb, con su sensación de inferioridad, había desarrollado ciertas tendencias antisociales que se caracterizaban por su inclinación hacia el delito. No estaría satisfecho si no se convertía en jefe de una banda, porque podía ser todo lo capaz que quisiera, pero si no tenía una audiencia que reconociera sus habilidades se sentiría frustrado. Loeb necesitaba una audiencia, y Leopold era su público. Leopold no hubiera aceptado matar a Franks si no se lo pedía Loeb, y este nunca

habría ido tan lejos como lo hizo si Leopold no le hubiese dado el empujón final.

—En su opinión —intervino el fiscal Robert Crowe—, la condición mental de Loeb el 21 de mayo, ¿era normal?

—Decididamente lo contrario. Todavía es un niño pequeño hablando con su oso de peluche —contestó White, que era presidente de la Asociación Americana de Psiquiatras y superintendente de un hospital psiquiátrico en Washington.

—Ahora, doctor, usted dijo que el joven Loeb no tenía un objetivo definido en la vida, pero había decidido ser un criminal maestro. Había logrado el éxito hasta que a su compañero se le cayeron los anteojos, ¿no es así?

—No sé si podemos hablar de algo así como de tener éxito. Hizo un triste lío de su vida, más allá de que fuera atrapado o no.

—Si no se hubieran encontrado esos anteojos y no hubieran confesado, ¿cree que estos muchachos habrían cometido otros delitos?

—Sospecho que probablemente lo hubieran hecho. No veo ninguna razón por la que no lo habrían llevado a cabo.

—Ahora, dígame, ¿quién es responsable del asesinato en este caso, el hombre emocional o el hombre intelectual?

—Bueno, no se puede dividir a un hombre de esa manera, en dos partes. Cuando el hombre actúa, actúa como un todo.

—¿Es usted capaz de decir, por su examen de Richard Loeb, si ese 21 de mayo de 1924 él conocía la diferencia entre el bien y el mal?

—Sabía intelectualmente que el asesinato estaba prohibido por la ley.

—¿Sabe si Nathan Leopold, por su examen, conocía o no la diferencia entre el bien y el mal ese día?

—Lo sabía intelectualmente, pero no estaba conforme con tal conocimiento.

—En su testimonio, usted dijo que Loeb era el maestro criminal de los dos. ¿Es el líder de los dos en este crimen?

—Es casi imposible separar a estas dos personalidades. El carácter del acto fue la consecuencia mucho más de la forma de pensar y sentir de Loeb que de Leopold. Pero la relación entre ellos se mantuvo en gran medida como resultado de la agilidad intelectual de Leopold.

El juicio duró poco más de un mes. La fiscalía presentó más de cien testigos que probaban, sin necesidad en opinión de muchos, todos los elementos del crimen. Sin necesidad porque la defensa no los contradecía, pues ya había declarado culpables a sus defendidos. Uno de los ayudantes del fiscal, Thomas Marshall, le señaló al tribunal que los precedentes legales en el Estado de Illinois permitían ejecutar a los menores de edad —técnicamente, Leopold y Loeb lo eran— y añadió que, si no eran ejecutados en ese momento, ningún jurado podría imponer en el futuro la pena de muerte en un caso similar a ese.

Darrow estaba rojo de furia. “Si en alguna ocasión me viera en la obligación de solicitar la pena de muerte, no lo haría con jactancia ni con odio ni con furia; lo haría con el inmenso pesar que se merece”, manifestó. Esa contestación se basaba en un punto central de su defensa: una sociedad tan llena de

odio no podía decidir el destino de dos adolescentes. “Nunca he visto un esfuerzo tan deliberado para convertir a los seres humanos de una comunidad en animales sedientos de venganza que intentan aprovecharse de cualquier cosa que se les ofrece para alimentar un odio irracional hacia estos dos jóvenes”, remató Darrow.

Otro de los testigos que presentó la defensa fue el doctor Bernard Glueck, un especialista en psicología criminal que trabajaba en la prisión de Sing Sing, en el Estado de Nueva York.

—¿Dijo Loeb quién fue el que dio el golpe en la cabeza de Robert Franks con el formón? —preguntó el codefensor Bachrach.

—Me contó todos los detalles del crimen, incluido el hecho de que fue él quien dio el golpe. Mi impresión es muy definitiva sobre que Loeb está sufriendo de una personalidad desordenada.

—¿Qué nos puede decir sobre Leopold?

—Me habló de su actitud hacia Loeb y de que se había puesto completamente en el papel de esclavo en relación con él. Me dijo: “Puedo ilustrarlo diciendo que me sentía menos que el polvo bajo sus pies”, citando uno de los poemas de Laurence Hope. Me habló de su abyecta devoción hacia Loeb, diciendo que estaba celoso de la comida y la bebida que Loeb tomaba, porque no podía acercarse tanto a él como lo hacían la comida y la bebida. Nathan F. Leopold, en mi opinión, es una personalidad definitivamente paranoide.

El fiscal Crowe insistió en que Nathan y Richard, a pesar de todas sus ventajas materiales heredadas y su favorable medio

ambiente, simplemente eran las ovejas negras de sus respectivas familias.

—No estoy de acuerdo —respondió Glueck—. No conozco el significado del término “oveja negra” en general.

El médico Archibald Church, llamado a continuación como testigo de la fiscalía, declaró que tras la observación personal no había visto evidencia de enfermedad mental en ninguno de los acusados. El doctor Harold D. Singer fue el siguiente testigo para el Estado; su conclusión fue que ni Loeb ni Leopold padecían una enfermedad mental y declaró, en respuesta a una pregunta, que una personalidad paranoica no era una enfermedad.

El último testigo especializado de la defensa fue William Healey, psiquiatra especialista en delincuencia juvenil. Mientras todos habían considerado que Richard Loeb era, por lo menos aparentemente, el motor que había impulsado el crimen, los psiquiatras de la defensa descubrieron que la personalidad de Leopold era más compleja y perversa. Cuando declaró, Healey afirmó: “Este crimen es el resultado del impulso de una mente enfermiza…, debido a la personalidad anormal de Leopold, cuyos sentimientos e ideas eran propios de un paranoico… Todo lo que quería hacer estaba bien, incluso raptar y asesinar. No daba cabida ni a la compasión ni a los sentimientos… Él está en lo cierto, y es el mundo el que está equivocado”.

El 22 de agosto de 1924, Clarence Darrow comenzó su resumen. Habían pasado unos minutos de las dos de la tarde. La atmósfera que se respiraba en la sala repleta del tribunal del sexto piso era muy tensa. Una inmensa multitud se agolpaba

tras las puertas, con el objeto de intentar entrar y escuchar el discurso de Darrow. Algunas mujeres se desmayaron por la aglomeración. La gente se empujaba, y varias personas fueron pisoteadas en el tumulto. Los oficiales y los *sheriffs* optaron, al final, por cerrar herméticamente las puertas. Darrow llevaba un traje arrugado, un chaleco y una corbata blanca. Cuando se puso de pie, su gesto era de cansancio. El discurso iba a durar más de once horas. Su declamación era dramática e intensa: "Cuando el público quiere un correctivo, cuando pide un castigo, solo piensa en uno, en la muerte. Cuando el público habla como un solo hombre, piensa solo en matar… He visto aquí a un tribunal ansioso de que se cumpliera la amenaza de colgar a estos dos chicos, en contra de la ciencia, de la experiencia y de los sentimientos más humanitarios de nuestra época". Darrow se paseaba entre las mesas de sus colegas, con el dedo gordo en el bolsillo del chaleco.

Quiso abordar la creencia generalizada de que ambas familias harían uso de su inmensa fortuna para salvar a sus hijos de la pena más cruel. Darrow afirmó, primero, que la riqueza de los padres no iba a servirles de nada en este caso y, en segundo lugar, que no habían sido económicos los motivos que impulsaron a los dos jóvenes a cometer el crimen, tal y como sostenía la acusación. El defensor arremetió: "Nunca he llevado un caso en el que el fiscal del Estado no dijera, de ese mismo caso, que era el más inexcusable, premeditado y a sangre fría que hubiera ocurrido nunca antes. Siempre dicen lo mismo. Aseguran que este fue un asesinato cruel, el peor de los que han ocurrido alguna vez, pero el pequeño Bobby apenas sufrió. No hay excusa para este crimen; si colgar a estos dos acusados le devolviese la vida, yo accedería, y creo

que sus padres también". La defensa no consideró el hecho de que Bobby Franks muriese tras un secuestro: "Ninguno de estos dos chicos necesitaba un céntimo, vástagos de familias adineradas, ¿iban a matar a este chico inofensivo para conseguir diez mil dólares? No era cuestión de dinero. Se trataba del acto sin sentido de unos chicos inmaduros y enfermos".

El discurso de Darrow se desarrollaba en una sala que se mantenía tranquila mientras el viejo abogado se movía de un lado a otro. El juez Caverly se inclinaba hacia delante, apoyando el mentón en una mano, y escuchaba atento el relato del abogado, que trataba de describir el viaje en auto —en el cual la víctima fue raptada y asesinada— como algo tan carente de sentido que solo podía ser obra de mentes enfermas. Durante todo ese largo discurso, Darrow se refirió siempre a Leopold y a Loeb, que entonces tenían 19 años, llamándolos "chicos" o "Dickie Loeb" y "Babe Leopold", para subrayar que no habían alcanzado aún la edad de la razón y la madurez. Hablaba de ellos afectuosamente, en un esfuerzo por suavizar la imagen que el público tenía de los dos. Incluso de vez en cuando los miraba con aire de tristeza y melancolía.

Continuó formulando una pregunta en voz alta y clara. ¿Por qué mataron al pequeño Bobby Franks? Después de un intervalo se escuchó su respuesta: "Ni por dinero ni por odio ni por despecho. Lo mataron porque en algún momento, en el proceso de su maduración, algo salió mal, y ahora estos desafortunados muchachos se sientan aquí odiados como proscriptos, despreciados por una comunidad que pide su sangre". Darrow se apoyó en el testimonio de los psiquiatras de la defensa para demostrar que Leopold y Loeb se guiaron

por un impulso incontrolable. Pero, aun más, quería que el juez Caverly aceptara los hechos del caso como pruebas evidentes de que los acusados sufrían una perturbación mental. "No hay nada normal en este caso, desde el principio hasta el final. No había nada normal desde el principio, cuando se fraguó todo en una mente enferma, hasta el día de hoy, en que esperan aquí, sentados, su condena… No estoy suplicando solo por estos chicos, sino por todos aquellos que les seguirán, aquellos que quizá no puedan ser tan bien defendidos como estos lo han sido, aquellos que pueden caer en la tempestad sin ayuda. Es en ellos en quienes estoy pensando, y por los que suplico a este tribunal que no retroceda a un pasado bárbaro y cruel". El abogado, que se veía cansado, habló del sistema penal inglés del siglo XIX, cuando cerca de doscientos crímenes, graves y menores, fueron castigados con la pena de muerte intentando de esta forma disuadir a los criminales. "¿Qué ocurrió? Nada", remató.

En el segundo día de su discurso, lunes 25 de agosto, el abogado exploró los ambientes en que se habían movido los acusados y los libros que les fascinaban. Habló de los infortunios de la riqueza. Insistió con la inadecuada institutriz que tuvo Loeb, una mujer enérgica que lo obligaba a estudiar sin dejarle tiempo para el ocio, fomentando el resentimiento en el joven. La ley de Illinois prohibía a los menores de edad leer historias de crímenes, por miedo a corromper sus mentes. Hasta entonces, Loeb nunca había dejado de leer historias de crímenes y novelas, todo el tiempo que no estaba bajo la mirada malsana, curiosa e inquisitiva de su extraña preceptora.

Darrow expuso a continuación la fijación de Leopold por el "superhombre" imaginado por el filósofo alemán Nietzsche. A

pesar de que los dos acusados eran brillantes en lo académico, a los ojos del público, Leopold era más serio, menos desenvuelto que Loeb y más perverso. “Su Señoría, he leído casi todo lo que Nietzsche escribió. Era un hombre de una inteligencia maravillosa, el filósofo más original del último siglo… Nathan Leopold no es el único chico que ha leído al pensador alemán, pero debe ser el único que ha resultado influido hasta tal extremo. Tenemos a un chico de 16 o 17 años que está obsesionado con esas doctrinas. No era un interés casual por la filosofía. Era su vida. Creía en un superhombre. Él y Dickie eran los superhombres. Continuamente hablaban del tema, del hombre que no tiene obligaciones con nadie”, dijo Darrow. La defensa describió a Leopold y Loeb como unos jóvenes aparentemente más libres, más privilegiados y con más suerte que otros menos ricos y menos inteligentes. Afirmó que nunca habían empezado a madurar realmente, a distinguir entre la realidad y la fantasía, porque todo lo tuvieron muy fácil y porque habían tenido la desgracia de encontrarse uno con otro. Agregó: “Ninguno de estos chicos habría hecho esto solo, sin contar con el otro. Fue la consecuencia de un plan y de una confabulación, de creerse cada uno de ellos un superhombre. De otro modo, no lo hubieran hecho… Nietzsche se volvió loco los últimos quince años de su vida. Su misma doctrina es una especie de locura, pero se enseña y se discute en nuestras clases; no es ningún secreto. Señoría, no es justo colgar a un chico de 19 años por la filosofía que le enseñaron en la universidad”.

El tercer y último día de su discurso ante el juez, los abogados, los acusados y los espectadores, Darrow volvió a la cuestión de la clemencia para los jóvenes y a lo que para él era

un mito: que la pena capital disuade a los asesinos potenciales. “Quizá todos los crímenes no tienen la misma causa, pero todos tienen alguna causa. Y en la actualidad se busca descubrir esa causa. Los científicos lo están estudiando, pero nosotros, los abogados, seguimos castigando y aplicando la pena capital, pensando que mediante el terror generalizado podemos acabar con el crimen. No sé hasta qué punto se puede decir que estos chicos son unos monstruos. Odio tener que decirlo en su presencia, pero ¿qué podemos esperar? Sé que Su Señoría sería clemente si atara una cuerda alrededor de sus cuellos y los dejase morir; sería clemente con ellos, pero no con la civilización y con aquellos que vienen detrás”, dijo Darrow.

Leopold y Loeb adoptaron una actitud indiferente durante todo el juicio, incluso cuando su defensor pugnaba por salvarles la vida. La descripción que de ellos hizo el fiscal—monstruos que deberían ser ahorcados— no alteró sus gélidas expresiones. En momentos de humor, los dos se reían sonoramente, y el relato de la muerte de Bobby Franks no pareció provocarles ninguna señal de remordimiento. Pero cuando Darrow empezó a hablar de la vergüenza que habían ocasionado a sus familias, Leopold se puso pálido y Loeb comenzó a llorar. Parecía que, por primera vez, se enfrentaban con el hecho de que habían destruido sus vidas y a sus familias. El abogado miró al juez Caverly y comenzó la parte final de su largo alegato. Admitió la fuerza de la opinión pública que aún pedía el mayor castigo para los dos chicos: “Lo realmente fácil y popular es colgar a mis clientes, lo sé… Los hombres y mujeres que no piensan aplaudirán. Los crueles y los inconscientes lo aprobarán. Será fácil hoy, pero en

Chicago, y en el resto de la Tierra, cada vez más padres, los hombres buenos y llenos de esperanza que se preocupan no solo por estos chicos, sino también por los suyos, no se alegrarán de la muerte de mis clientes. Ruego por sus vidas, apelo a la caridad y a la infinita clemencia que todos merecemos. Pido que superemos la crueldad con bondad, el odio con amor. Sé que el futuro está de mi parte".

La voz de Clarence Darrow ya no se escuchó. Un largo silencio de dos minutos siguió entonces. El juez Caverly lloraba. Cuando se repuso, le dio la palabra al fiscal Robert Crowe para que cerrara la acusación. Atacó con sarcasmo los argumentos de la defensa. Dirigiéndose a Leopold, Crowe dijo: "Ahora me pregunto, Nathan, si crees que hay un Dios o no". El fiscal habló durante dos días en contra de la versión que Darrow había dado de los hechos, con una furia que ya no se correspondía con lo que sentía el público. Darrow lo había logrado. Ya no todos pensaban que los dos acusados eran bestias salvajes que debían colgar de una horca. Crowe lo sabía y gritaba hasta quedarse sin voz y golpeaba el escritorio. Sostuvo que Leopold y Loeb eran unos asesinos despiadados, "tan poco merecedores de compasión y clemencia como lo es una pareja de serpientes de cascabel dispuestas a matar". Crowe despreció con ironía lo que llamó tonterías, fantasías y literatura. El caso era sencillo, dijo. Leopold sabía algo acerca de Loeb y lo chantajeó haciendo que se sometiera a sus deseos.

Durante meses planearon meticulosamente el asesinato, y ambos lo ejecutaron. Ninguno mostró remordimientos. El móvil era el dinero, diez mil dólares, exactamente, y pretender otra cosa resultaba una estupidez. El fiscal habló con desprecio

de la riqueza de los acusados y se refirió a Darrow como “una defensa de un millón de dólares”, a quien habían comprado por su avaricia y venalidad. También lo atacó por sus creencias, repitió una y otra vez que era un “ateo”, como sus clientes. “El exponente de una filosofía tan peligrosa como la de Leopold” y un “abogado pagado cuya profesión consistía en proteger a los asesinos del condado de Cook y preocuparse por su estado de salud antes de que salieran a cometer un asesinato”.

Era la actuación desesperada de un hombre frustrado que veía que el caso se le iba de las manos. No era Darrow el que estaba siendo juzgado. Crowe estaba molesto porque tenía el juicio del siglo en el bolsillo, con una gran cantidad de prueba en contra de los autores, confesos, por si faltaba algo, y no se le podía escapar, pero lo que menos pensaba era que Darrow le cambiaría el punto de vista del proceso. Coincidió con Crowe. Sí, son culpables, pero te desafío a que no lograrás que los ahorquen. Y con esa estrategia desarmó a Crowe. Era como David contra Goliat, con la diferencia de que, en lugar de utilizar una piedra, David utilizó la perspicacia y una rica oratoria, con pausas, emoción, cualidades que Crowe no tenía. Con su adversario, Crowe solo compartía la rudeza.

Por otro lado, Crowe había introducido en el juicio un elemento irritante: “Los padres de estos chicos tienen entre los dos una fortuna estimada en quince millones de dólares, y todo el mundo supone que estos millones impedirán que se dicte una sentencia de muerte”. Los amigos y enemigos de Darrow sospecharon que a él lo había convencido la perspectiva de unos fabulosos honorarios, pero en realidad le pidió a la Asociación de Abogados de Chicago que arbitrase y

propusiese una remuneración conveniente y aseguró que se sometería a su decisión. Los célebres psiquiatras que testificaron para la defensa cobraron una cantidad ya fijada, exactamente igual a la de los otros testigos, es decir, a los de la fiscalía. Las ganancias personales netas que Darrow obtuvo al final de un juicio de cuatro meses se elevaban a treinta mil dólares. Nadie dudaba de que habría realizado la misma enérgica defensa si sus clientes hubieran sido pobres.

El juez Caverly suspendió el juicio hasta septiembre. Era un solo juez el que tenía en sus manos la tarea de sopesar la justicia, la ley y la protección de la comunidad. En la prisión, Leopold y Loeb esperaban día tras día que les comunicaran si iban a vivir o a morir. Todos los periódicos de Chicago, al igual que muchos otros diarios de los Estados Unidos, publicaron el discurso completo de Darrow. Nunca hasta entonces se había otorgado tal tributo a un abogado. El alegato se publicó después y se convirtió en un *bestseller*. Pero el juicio no había finalizado.

Para evitar manifestaciones públicas, el juez excluiría de la sala a todos salvo a los acusados, sus familiares, sus abogados y la prensa. El 10 de septiembre de 1924, después de un juicio que durante meses había llamado tanto la atención del público, el juez Caverly entró en la sala a las 9:30 de la mañana y les preguntó a Leopold y a Loeb, que se sentaban a ambos lados de Clarence Darrow, si tenían algo que decir antes de escuchar la sentencia. Loeb negó con la cabeza. Leopold dijo: “No”. El juez anunció que era su deber explicar las razones de su decisión en vista del interés que suscitaba el caso. No había duda de la culpabilidad de los acusados. Las pruebas hubieran resultado abrumadoras aun sin las confesiones. “La

declaración de culpabilidad, por tanto, no es fundamental", dijo el juez, rechazando así el primer argumento de Darrow que pretendía que esto se considerara un atenuante. Se refirió luego a las pruebas de los médicos expertos sobre el estado mental de los acusados. La defensa no había dicho que estuvieran locos, y el juez afirmó que no creía que ese fuera el caso. El juez Caverly entendió que los test psicológicos eran una contribución valiosa a la criminología, pero que podían haber arrojado resultados similares en otros casos.

El juez reconoció que Leopold y Loeb no eran personas normales, pues si hubiesen sido personas normales, no habrían cometido el crimen. Pero no quiso aceptar la pretensión de Darrow de que su anormalidad era una circunstancia atenuante. Afirmó también que la cuestión sobre la responsabilidad última de las acciones humanas estaba fuera de la competencia del tribunal, cuya única misión consistía en aplicar la ley. "En este caso, los testimonios revelan un crimen de atrocidad singular. Es inexplicable en todos los sentidos, pero no por ello menos repulsivo e inhumano. Fue deliberadamente planeado y preparado durante un considerable período de tiempo. Y fue ejecutado con crueldad. Aseguró que no había pruebas de que la víctima hubiese sufrido abusos deshonestos, pero eso no hacía el crimen menos repulsivo. "El tribunal considera que ni en el acto mismo ni en su móvil o carencia de móvil ni en los antecedentes de los acusados puede encontrar circunstancias atenuantes", anunció el juez.

El fiscal parecía satisfecho, pues las palabras de Caverly se encaminaban hacia la pena de muerte. Los acusados parecían desalentados, y Darrow estaba sombrío. Caverly leyó los

estatutos y enumeró las penas. Entonces, el juez dijo: “Imponer la pena capital hubiera sido el camino más fácil. Pero, eligiendo el encarcelamiento en vez de la muerte, el tribunal actúa por consideración a la edad de los acusados”. Después argumentó que su decisión de no recurrir a la pena capital para “personas aún no maduras” se correspondía con el progreso de la ley criminal en el mundo y “con los dictados de la humanidad ilustrada”. Condenó a Leopold y a Loeb a cadena perpetua por asesinato y a 99 años por secuestro. Afirmó que con esta decisión no les estaba haciendo ningún favor: “Para los delincuentes, en particular del tipo que son, los años prolongados de confinamiento bien pueden ser la forma más severa de retribución y expiación”. El fiscal Crowe estaba aturdido por el cambio operado en el juez, Nathan Leopold y Richard Loeb fueron llevados a la penitenciaría del Estado en Joliet, Illinois.

El 28 de enero de 1936, Richard Loeb fue asesinado de 49 cuchilladas por el preso James Day, que lo atacó con una navaja en una pelea. Siete médicos trataron de salvarle la vida, pero fue inútil. Leopold se apresuró a ir al hospital de la prisión para estar junto a la cama de su viejo amigo mientras moría. “Lo cubrimos con una sábana, pero después la levanté y me quedé mirándolo largamente. Había sido mi mejor amigo y, por extraño que parezca, mi peor enemigo”, dijo Leopold.

Day afirmó que se resistía a las insinuaciones sexuales de Loeb, mientras que los funcionarios de la prisión lo calificaron de un ataque deliberado y no provocado. Day fue absuelto por un jurado.

Leopold logró mantenerse activo en prisión. Enseñó en la escuela de la penitenciaría, aprendió y dominó varios idiomas,

trabajó como técnico de rayos X en el hospital de la cárcel, reorganizó la biblioteca, se ofreció como voluntario para ser probado con una vacuna experimental contra la malaria y diseñó un nuevo sistema de educación en la prisión. En 1958, después de treinta y cuatro años de confinamiento, Leopold fue liberado cuando el comité de libertad condicional respondió de manera afirmativa una presentación de su abogado de entonces, Elmer Gertz. Para escapar de la publicidad que acompañó el lanzamiento de *Compulsion* (*Impulso criminal*), una película basada en el crimen de 1924, que Leopold y Gertz impugnaron en una demanda como una invasión a la privacidad, Leopold emigró a Puerto Rico.

Compulsion es una película de 1959 dirigida por Richard Fleischer. Está basada en la novela de 1956, del mismo nombre, de Meyer Levin, que construyó un relato ficticio del juicio. Los papeles principales fueron interpretados por Dean Stockwell y Bradford Dillman, y Orson Welles representó a Clarence Darrow. Meyer Levin fue a visitar a Leopold en prisión para pedir su colaboración. Nathan se negó y le advirtió a Meyer que tampoco estaba de acuerdo con un relato ficticio de lo ocurrido. Meyer no le hizo caso. La presentación judicial que hizo Leopold junto con Gertz no tuvo éxito para frenar el libro ni la película posterior, pues la Corte Suprema de Illinois no les dio la razón. Los jueces dijeron que, como Leopold había sido autor confeso, la novela y el film no podían dañar su reputación.

Establecido, entonces, en Puerto Rico, Leopold obtuvo una maestría, enseñó matemática y trabajó en hospitales y misiones de la Iglesia. Escribió un libro titulado *Los pájaros de Puerto Rico*. A pesar de decir en una entrevista de 1960 que

todavía estaba profundamente enamorado de Richard Loeb, se casó a los 53 años con Gertrude "Trudi" Feldman García de Quevedo. Aunque disfrutó de su libertad, Leopold estuvo sujeto a limitaciones, como no beber ni conducir, hasta 1963.

Leopold dijo que a menudo se preguntaba durante sus años en Puerto Rico en qué punto los treinta y cuatro años oscuros en prisión se equilibraron con el subsiguiente rayo de sol de libertad. Leopold murió luego de diez días de hospitalización el 30 de agosto de 1971, a los 66 años, de un ataque al corazón. Su último deseo fue donar su cuerpo a la Universidad de Puerto Rico. A la mañana siguiente a su fallecimiento le extirparon las córneas. Una le fue dada a un hombre, y la otra, a una mujer. En su casa quedaron los dos únicos cuadros que había colocado, uno con la imagen del abogado que le consiguió la libertad condicional, Elmer Gertz, y el otro con la de Richard Loeb.

CARTA A LA FAMILIA

Los acusados no testificaron ni dijeron nada en el juicio sobre lo que sentían acerca del crimen. Sin embargo, Loeb mostró los primeros síntomas de arrepentimiento por lo que le había hecho a su familia. En una carta remitida a sus padres desde la prisión había escrito:

Queridos mami y papi:

Todo esto es horrible. He pensado mil veces sobre ello y aún sigo sin entenderlo… Solo

estoy seguro de una cosa, el único culpable soy yo mismo.

En otra frase añadía que consideraba “providencial” que lo hubieran detenido, porque “no sabía hasta dónde habría podido llegar”. Loeb hablaba de otros posibles crímenes en el futuro, pero pasaba por alto el horror que ya había causado con la muerte de Bobby Franks.

FINALES

El juez Caverly, una vez finalizado el juicio, se sometió a un largo tratamiento para combatir el estrés, pero nunca se recuperó totalmente. Murió en 1939 a los 78 años.

El fiscal del Estado, Robert Crowe, fue reelegido en 1924, aunque más tarde sufrió algunos reveses políticos. Murió en 1928, convencido de que Leopold y Loeb deberían haber sido ejecutados.

Clarence Darrow continuó con su carrera de abogado, aunque dedicaba cada vez más tiempo a dar conferencias y a escribir. Decía que, cuando muriera, no le importaría ir al cielo o al infierno, pues tenía muchos amigos en ambos sitios. Murió el 13 de marzo de 1938, en su casa de Chicago, Illinois, de una enfermedad cardíaca pulmonar. Tenía 81 años.

El juicio del mono

George Rappleyea era sapo de otro pozo en el pueblo de Dayton, una comunidad pequeña e insulsa de alrededor de 1800 habitantes, localizada en las montañas Cumberland, al sudeste de Tennessee. Rappleyea era ingeniero químico y de minas, de 31 años, provenía de Nueva York y había crecido en la Tercera Avenida, donde, cuando era chico, ganaba algo de dinero como canillita en la estación del subte de Times Square. El periódico de Dayton, el *Chattanooga Times*, poco después de su llegada, lo llamó "un extraño en el sur". Rappleyea, de ascendencia francesa, era más bien bajo, de ojos marrones, usaba anteojos y tenía el cabello negro y tupido. Hablaba con un acento neoyorkino muy marcado. Su idea no era quedarse en Dayton, donde había ido a inspeccionar algunas minas de carbón. Sin embargo, algo ocurrió. Cuando inspeccionaba una granja, tuvo un inesperado encuentro con una víbora cabeza de

cobre, de esas que no tienen cascabeles, pero sacuden la cola varias veces antes de morder, y a Rappleyea lo mordió.

La enfermera que lo curó y cuidó su herida, Ova Corvin, pudo más que la víbora, la sequedad de Dayton, la falta de gracia de sus pobladores, el fundamentalismo religioso del lugar y sus tardes aburridísimas. En fin, pudo más que todo. Se enamoraron y se casaron, y George decidió quedarse en el lugar. Era 1922. Ova y George eran felices. A los dos les encantaba montar a caballo y galopar libres por las colinas que rodean Dayton. El hermano de Ova se encargaba de una tienda de comestibles local y ayudó a Rappleyea a conseguir un trabajo como gerente de Cumberland Coal & Iron Company, que estaba en quiebra. Supervisó que los hombres trabajaran en los hornos y se ocuparan de la maquinaria de minería para obtener chatarra y, de vez en cuando, extraer un poco de carbón.

Aunque nunca antes había ido a la iglesia metodista de Dayton, comenzó a hacerlo. “Lee tu Biblia todos los días”, escuchaba a cada rato. A pesar de que no era un hombre de fe, no quería aparentar indiferencia ante las costumbres locales. La época estaba marcada por una fuerte reivindicación de las enseñanzas de la Biblia. En las áreas rurales de los estados del sur y del Midwest se añoraban la tranquilidad y la vida sosegada que había antes de la Primera Guerra Mundial, y muchos se apoyaron en la fe en busca de estabilidad. Cualquier libro de ciencia era rechazado, en un período en el cual los fundamentalistas cristianos eran muy populares.

La controversia había quedado planteada entre la teoría de la evolución de Charles Darwin y la Biblia. Hasta había un proyecto de ley en la Cámara de Representantes de Tennessee

para prohibir cualquier enseñanza que no siguiera el precepto bíblico de que el hombre había sido creado por Dios, y que la Biblia debía interpretarse literalmente. El ministro Howard Byrd buscaba convencer a Rappleyea de que la teoría de la evolución no presentaba ningún conflicto con el cristianismo, justo en el momento en que era sancionada la Ley Butler. Byrd bautizó a Rappleyea y lo nombró superintendente de la escuela dominical de la iglesia metodista, pero no lo convenció de nada más.

En 1925, John Washington Butler, un granjero e integrante de la Cámara de Representantes de Tennessee, fiel de la Iglesia baptista primitiva, redactó un proyecto de ley que prohibía la enseñanza de la teoría de la evolución en las universidades, escuelas normales y todas las demás escuelas públicas sostenidas en todo o en parte por los fondos del Estado, y preveía incluso castigo para sus infracciones. El texto agregaba que sería ilegal "enseñar cualquier teoría que niegue la historia de la Creación Divina del hombre como enseña la Biblia, y enseñar en su lugar que el hombre desciende de un orden inferior de animales". Se establecían multas de 100 a 500 dólares para los infractores. Butler venía prometiendo que redactaría este proyecto desde 1922 en su campaña electoral para proteger a los escolares de las ideas evolucionistas publicadas por Charles Darwin. El proyecto de Butler fue aprobado por las dos cámaras de la Asamblea de Tennessee, por amplia mayoría. El 21 de marzo de 1925 quedó ratificada por el gobernador Austin Peay.

Rappleyea se determinó a pelear contra la nueva ley en el funeral de un chico de 6 años, hijo de uno de sus trabajadores de las minas, que había muerto en un accidente ferroviario. El

predicador, un fundamentalista cristiano, de pie junto al pequeño ataúd, dijo que el pobre niño estaba condenado a las "llamas del infierno" porque nunca había sido bautizado. Cuando terminó el servicio fúnebre, Rappleyea fue derecho al ministro y lo acusó de "torturar" a la ya angustiada madre del nene. El ministro respondió que no podía "mentir" por nadie, era su "deber predicar la palabra de Dios". Rappleyea se enfureció más. Le dijo al ministro: "Si tu conciencia no te deja pensar en nada que pueda traer un poco de consuelo a esa pobre criatura, ¡callate!".

Unos días más tarde escribió una carta dirigida al *Chattanooga Times*, con fuertes críticas a la nueva ley. Pero la oportunidad real de ir contra esa norma se presentó cuando en el mismo diario leyó, sentado en su oficina en el depósito de carbón, una noticia de la edición del 4 de mayo. Se informaba que el presidente de la Unión Estadounidense de Libertades Civiles (ACLU), en Nueva York, el profesor Charles Skinner, estaba buscando en Tennessee un maestro que estuviera dispuesto a aceptar sus servicios para desafiar esta ley en los tribunales. Rappleyea salió corriendo hacia la farmacia de Fred Robinson, el lugar de reunión favorito de los agitadores de la ciudad. Le preguntó a Robinson, que además era presidente de la junta escolar, si había leído el anuncio de la ACLU en el periódico matutino. No lo había visto. Entonces, el ingeniero lo puso al tanto y le describió su plan para desafiar la Ley Butler en Dayton. Necesitaría un maestro que enseñara la teoría de la evolución y que se ofreciera de voluntario para servir como acusado e ir preso. Apenas encontrara uno se comunicaría con la ACLU en Nueva York.

La idea de Rappleyea le pareció magnífica a la elite de Dayton. La mayoría, más que pensar en el desafío a una ley retrógrada, vio la posibilidad de convertir al tedioso Dayton en un pueblo vivaz, adonde afluirían los turistas, del que hablaría todo el país, y con eso se mejoraría notablemente la economía del lugar, quién sabe con qué nuevas ideas para proyectos económicos y sociales. Tenía que ser Dayton la primera en presentar a su profesor rebelde, pues les convenía a todos, incluso a los religiosos testarudos, que no lo serían tanto —pensaban— apenas advirtieran las ventajas que tendría la ciudad. El farmacéutico Robinson dijo que le gustaba el plan. El superintendente escolar Walter White, que no veía con tan malos ojos la Ley Butler, se mostró escéptico, pero aceptó la idea. El abogado local John Godsey se ofreció a defender al profesor que se designara como infractor. Sue y Herbert Hicks, los dos jóvenes abogados de la ciudad, acordaron ir a juicio. Sintiendo suficiente apoyo local para su proyecto, Rappleyea llamó a la ACLU, y la organización prometió cumplir con el compromiso anunciado. La cuestión era encontrar a quien mandar a la cárcel y juzgar.

Fred Robinson le pidió a un estudiante de secundaria, que estaba tomando un refresco fuera de la farmacia, que localizara y trajera a John Scopes, el maestro de ciencias generales, de 24 años, y además entrenador de fútbol de la escuela secundaria. Scopes estaba en una cancha de tenis cercana y conocía a todos los que se encontraban reunidos en lo de Robinson. Rappleyea comenzó a interrogarlo.

—John, hemos estado discutiendo y yo dije que nadie podía enseñar biología sin enseñar evolución.

—Así es —respondió Scopes—. El libro que utilizamos, aprobado por el Estado de Tennessee, es *Biología cívica,* de George Hunter, que incluye una unidad sobre el tema de la evolución. De hecho, aquí debe haber alguno.

En la farmacia de Robinson también se vendían libros de texto y, cuando se pusieron a buscar, encontraron un ejemplar del de Hunter. Scopes les contó que había usado el libro mientras reemplazaba al director, el maestro de biología titular de la escuela, durante su reciente enfermedad. "Entonces has estado violando la ley", sentenció Robinson. Le explicaron a Scopes cuál era la intención que tenían y le preguntaron si estaba dispuesto a presentarse como infractor de la Ley Butler. Scopes primero dudó y luego contestó que no tenía ningún problema en hacerlo.

Rappleyea anunció que se dictaría una orden de arresto contra Scopes y luego procedió a cablegrafiar a la ACLU en Nueva York. Unos días más tarde, después de recibir en un telegrama de respuesta la promesa de apoyo financiero de esa entidad, Rappleyea se encargó de obtener la orden de detención. Se hallaba en la farmacia de Robinson mostrando el mandamiento cuando vio a un ayudante del *sheriff* que caminaba por la calle frente a la farmacia. Se le acercó y le explicó que el maestro John Scopes era un infractor a la Ley Butler, le mostró la orden y le exigió que lo metiera preso. La maquinaria judicial comenzó a actuar.

Rappleyea quería confrontar a los fundamentalistas de su país con famosos personajes mundiales. Lo extraordinario de este juicio fue el enfrentamiento entre la ciencia y la palabra revelada de Dios, midiéndose frente a frente en banquillos opuestos en la sala de un tribunal de justicia, aunque el

ambiente que rodeó el debate fuese por momentos caótico, con notas de circo mediático y renovado interés religioso. Rappleyea pensaba a lo grande y lo primero que se le ocurrió fue interesar en el caso nada menos que a Herbert George Wells, el escritor inglés considerado —junto con Julio Verne— el padre de la ciencia ficción. H.G. Wells tenía una formación científica específica en biología. Rappleyea les dijo a los periodistas: "Estoy seguro de que, en aras de la ciencia, el señor Wells dará su consentimiento". Desde Londres, Wells descartó la idea diciendo: "Nunca he oído hablar de Dayton". Rappleyea también mencionó al filósofo John Dewey como posible candidato para defender a Scopes, pero fue otra idea que quedó en el camino. Sin embargo, otros abogados notables pronto se unieron para ofrecer sus servicios.

El mayor consenso para hacerse cargo de la defensa lo obtuvo el profesor de leyes John Randolph Neal, decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Tennessee. Había sido expulsado del decanato por su vigorosa defensa de la teoría de la evolución y estableció su propia escuela de derecho en Knoxville. El trabajo principal de Neal en el juicio de Scopes fue desafiar la constitucionalidad de la Ley Butler basándose en la Primera Enmienda, es decir, la libertad de expresión: era ilegal ponerle una mordaza a Darwin. La ley coartaba ese derecho al impedir que se difundieran las ideas de Darwin. Ese sería el planteo de la defensa.

También participó en la defensa Arthur Garfield Hays, un abogado de la ACLU de Nueva York, especialista en la defensa de los derechos civiles, y en Dayton actuó como una especie de director general del equipo de defensores. La actuación de estos reconocidos abogados quedó opacada por la

polémica incorporación del más histriónico y famoso de todos, Clarence Darrow, el mismo que un año antes les había salvado la vida a Nathan Leopold y Richard Loeb, los jóvenes que habían matado a un estudiante de 14 años para cometer el crimen perfecto.** Neal y Hays habían aceptado la colaboración de Darrow, que se convertiría en los hechos en el defensor principal del maestro Scopes. Para el viejo abogado fue un sueño hecho realidad. En su autobiografía, *The Story of My Life*, admitió que, tan pronto como se enteró de que William Jennings Bryan se había unido al equipo de la fiscalía, quiso ir de inmediato a defender al maestro de ciencias. Pensaba sinceramente que el fanatismo religioso —como lo llamaba— amenazaba la educación pública y el espíritu de investigación y escepticismo que sostenía a la civilización. Tan irresistible era su deseo de enfrentarse a Jennings Bryan que se sintió obligado "por primera, última y única vez en mi vida" a ofrecer sus servicios como voluntario en un caso.

Los líderes de la ACLU no estaban tan entusiasmados con la participación de Darrow y lo aceptaron en el equipo a regañadientes cuando John Scopes insistió en tenerlo como defensor. Scopes sabía que los funcionarios de la ACLU temían que Darrow convirtiera su juicio en "un carnaval". El maestro les dijo que, si de eso se trataba, sería el público el que armaría la comparsa, con Darrow o sin él. Scopes nunca lamentó su decisión y luego escribió que Darrow tenía "mayor influencia en mi vida que cualquier otro hombre que haya conocido, excepto mi padre". Rappleyea tampoco tenía mucha confianza en Darrow, es decir, sabía de su talento, pero el abogado era un agnóstico y acaso quisiera convertir el juicio en un ataque frontal contra la religión, y eso no le sería útil,

pues lo que pretendían en Dayton era, además de que ingresara dinero a la ciudad, promover un debate sobre si una visión moderna del cristianismo podría reconciliarse con la teoría de la evolución.

El cuarto defensor fue Dudley Field Malone, un hombre más político, que se desempeñaba como presidente del Colegio de Abogados de Nueva York.

Poco a poco, Dayton se fue llenando de políticos y abogados, predicadores, académicos, periodistas de todas partes, hasta de Hong Kong, y también de gente de circo. Las calles fueron tomando la apariencia de una feria pueblerina, con personas que armaron puestos callejeros para vender comida, recuerdos y, sobre todo, libros religiosos. Lo que se solía decir en las iglesias en ese momento estaba estampado, pero al lado de los tribunales: "Lean su Biblia todos los días". El periodista que mejor cubrió el caso, con su habitual cinismo, fue Henry Louis Mencken, del *Baltimore Sun*. Él mismo se describió como "absolutamente desprovisto de lo que se llama sentimiento religioso". A su criterio, los fundamentalistas pertenecían a las grandes masas de estadounidenses que ni apreciaban ni contribuían a lo mejor de la cultura de su país: "Ellos, como la mayoría de la gente, eran ignorantes, innobles y cobardes. Además, los fundamentalistas carecían de inteligencia para comprender sus propias locuras y supersticiones". Mencken se diferenciaba de otros críticos del fundamentalismo por su insistencia en que la ciencia y el cristianismo en general no podían reconciliarse. Un evento sobrenatural es tan inverosímil como otro —creía—, y una vez que se rechaza una parte de la Biblia, "la autoridad divina desaparece del todo".

Faltaba saber quién defendería la Biblia y a la mayoría ferviente de creyentes estadounidenses. El paladín de la Ley Butler no fue Butler, sino un hombre que había sido tres veces candidato a la presidencia de los Estados Unidos, William Jennings Bryan. Quería ser predicador en la iglesia bautista de su padre, pero cuando vio su primer bautismo y la inmersión completa en las aguas, abandonó la idea. Desde entonces le tuvo fobia al agua. Dejó la iglesia bautista para convertirse en presbiteriano a los 14 años. Veintidós años después pasó a ser la persona más joven nominada a la presidencia. Perdió contra el republicano William McKinley. Dos veces más, en 1900 y 1908, los demócratas nominaron a Bryan como su candidato a presidente, pero perdió ambas elecciones; en 1900, otra vez ante McKinley, y ocho años después, ante Howard Taft.

Los demócratas llegaron a la Casa Blanca en 1912 con Woodrow Wilson, y Bryan fue designado su secretario de Estado, pero renunció en desacuerdo con Wilson por la entrada de los Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, es decir que el abogado de la defensa, Malone, y Bryan se conocían desde hacía tiempo, pues habían trabajado juntos durante la presidencia de Woodrow Wilson, Malone como subsecretario y Bryan como secretario de Estado.

En ninguno de sus discursos dejó Bryan de hacer referencia a la religión. Para él, la política era “cristianismo aplicado”. No veía ninguna separación entre la política y la religión. En 1921, su nombre volvió a resonar cuando publicó un ataque completo a la teoría de la evolución en un panfleto titulado “La amenaza del darwinismo”. Argumentó que las personas “que adoran a los ancestros brutos” deberían “construir sus propias universidades y emplear a sus propios maestros”, en

lugar de utilizar las escuelas públicas para predicar su "doctrina atea". Y en una Convención Bautista le dijo a la multitud: "Cuando quiero leer ficción, no recurro a *Arabian Nights*, recurro a obras de biología; me gusta mi ficción salvaje". El 12 de mayo de 1925, cinco días después del arresto de John Scopes, Bryan recibió un telegrama de William Bell Riley en el que solicitaba su participación —en nombre de su Asociación Mundial de Fundamentos Cristianos— en el próximo juicio en Dayton.

Los fundamentalistas religiosos estaban encantados. La decisión de unirse a la fiscalía elevó los riesgos del juicio en la mente de muchos partidarios de la evolución. Por su parte, Henry Fairfield Osborn, presidente del Museo Americano de Historia Natural y tal vez el evolucionista más prominente de los Estados Unidos, declaró: "William Jennings Bryan es el hombre que debe ir a juicio, no John Thomas Scopes. Si el caso se presenta adecuadamente ante el jurado, Scopes será el verdadero demandante, y Bryan será el verdadero acusado". El reportero Mencken, que estaba en Dayton para cubrir el juicio, atacó a Bryan sin miramientos: "Una vez tuvo una pierna en la Casa Blanca y la nación tembló bajo sus rugidos. Ahora es un papa de hojalata en el cinturón de Coca-Cola y un hermano de pastores desamparados que trabajan a medias en tabernáculos de hierro galvanizado detrás los patios del ferrocarril… Es una tragedia, de hecho, comenzar la vida como un héroe y terminarla como un bufón".

Un clima carnavalesco se apoderó de Dayton a pocos días del comienzo del juicio, en el verano de 1925. Había carteles por todas las calles de la pequeña ciudad, la mayoría a favor de la Ley Butler y de Bryan. Se instalaron puestos de refrescos, lo

que el público buscaba con desesperación. Los chimpancés —que según se dice fueron llevados a la ciudad para ejemplificar quiénes eran los rivales de las Sagradas Escrituras— actuaron en un espectáculo paralelo en Main Street. Los miembros de la Anti-Evolution League vendieron copias del libro de Thomas Theodore Martin, de Mississippi, *Hell and the High Schools* (Infierno y las escuelas secundarias), en el que proponía —para terminar con el "paganismo escolástico"— que se cortara todo apoyo financiero a las escuelas en las que se enseñaba la evolución humana, con el argumento de que la junta de maestros era soberana y ni el presidente de la nación podía darles órdenes sobre qué enseñar o sobre el maestro a emplear. Martin llegó a arrinconar al periodista Mencken y a preguntarle a los gritos si ya se había convertido o no. Iba predicando por las calles de Dayton, antes y durante el juicio.

Casi mil personas, trescientas de las cuales estaban de pie, se amontonaron en el Palacio de Justicia del Condado de Rhea el viernes 10 de julio de 1925, durante el primer día de juicio. El juez John T. Raulston, que presidía el juicio de Scopes, había propuesto trasladarlo a una carpa con capacidad para veinte mil personas, pero luego desistió porque significaba atrasar demasiado el comienzo del proceso. Y él estaba muy ansioso por ver el triunfo de Dios sobre los paganos. También asistieron locutores listos para enviar a los oyentes la primera transmisión de un juicio por radio en vivo.

El juez Raulston, un cristiano conservador que, además, buscaba publicidad, tenía a dos policías a sus costados con dos enormes abanicos y la orden de agitarlos para mantener la circulación del aire. El proceso se abrió, a pesar de las objeciones de Darrow, con una oración. Rápidamente se

seleccionó un jurado de doce hombres, incluidos diez agricultores de mediana edad, y once asistentes que iban con regularidad a la iglesia. El juicio se aplazó hasta el lunes. El domingo, Jennings Bryan pronunció el sermón en la iglesia metodista de Dayton. Aprovechó la ocasión para atacar la estrategia defensiva en el caso Scopes mientras el juez Raulston y toda su familia escuchaban con atención en sus asientos de primera fila.

En el primer día del juicio, la defensa mostró cuál era su finalidad, es decir, presentó una moción para anular la acusación por razones constitucionales, estatales y federales. Scopes era una excusa para plantear esa cuestión que para ellos era de suma importancia, porque la Ley Butler —o cualquier otra que prohibiera la enseñanza de la evolución humana— violaba la Primera Enmienda, que garantiza la libertad de expresión. Se sabía que el juez Raulston era parcial y, en consecuencia, negó la moción de la defensa. Las declaraciones de apertura describieron el juicio como una lucha entre el bien y el mal o la verdad y la ignorancia. Bryan afirmó: “Si la evolución gana, el cristianismo desaparece”. Darrow argumentó: “Scopes no está siendo juzgado; la civilización está siendo juzgada”, y agregó que la fiscalía estaba “abriendo las puertas para un reinado de intolerancia como en la Edad Media”.

La fiscalía comenzó su caso pidiendo al juez que tomara nota judicial del *Libro del Génesis* y así se hizo. Luego probó lo que era evidente, es decir que John Scopes admitió haber enseñado sobre la evolución utilizando el libro *Biología cívica*, de George Hunter. El fiscal jefe Tom Stewart luego llamó a testificar a siete estudiantes de la clase de Scopes, que

afirmaron que él les dijo que el hombre y todos los demás mamíferos habían evolucionado a partir de un organismo unicelular. Darrow interrogó, sarcástico, al estudiante de primer año Howard Morgan: "Bueno, ¿te dijo algo más que fuera perverso?". Y el chico respondió, en su inocencia: "No, no que yo pueda recordar". La fiscalía declaró entonces que "cualquier maestro en el Estado que enseñara *Biología*... de Hunter estaba violando la ley". La presentación de pruebas había concluido para la fiscalía. El delito lo consideraba ya probado.

La idea de Bryan, en contra de todo derecho de defensa, era que el juicio terminara allí mismo, entonces él podría colocar su rúbrica con un discurso que había estado preparando durante siete semanas. El juicio era tan especial que la defensa pretendía que a su cliente lo declararan culpable, y así podría apelar a un tribunal superior para discutir la constitucionalidad de la Ley Butler. Lo podía hacer llamando a Scopes a declarar. Con que dijera la verdad sería suficiente para demostrar que la fiscalía tenía razón, pues el maestro había enseñado la evolución humana. Pero no lo llamó a declarar porque la verdad en este caso lo hubiera perjudicado. Scopes no había dado clases el día que figuraba en la denuncia. Entonces, Darrow echó mano de los especialistas que había convocado.

El jueves 16 de julio, la defensa llamó a su primer testigo, el doctor Maynard Metcalf, un zoólogo de la Universidad Johns Hopkins. La fiscalía lo objetó diciendo que no tenía nada que ver con la culpabilidad o inocencia de Scopes. El juez decidió escuchar parte del testimonio del doctor Metcalf sobre la teoría de la evolución. Al finalizar, Bryan se burló de él. Dijo que los evolucionistas consideraban al hombre un descendiente "ni

siquiera de los monos estadounidenses, sino de los monos del Viejo Mundo". Dudley Malone le respondió que la posición de la fiscalía se debía a la ignorancia.

La sesión se levantó, y al día siguiente, Raulston declaró inadmisible el testimonio pericial de la defensa. Los vítores en la sala fueron atronadores. El juez y el público estaban con la fiscalía, de hecho, siempre estuvieron con Jennings Bryan. Los registros del juicio señalan que, ante cada procedimiento judicial, objeción o comentario encarado por la fiscalía, el numeroso público de la sala colocaba su rúbrica con un ruidoso "Amén", hasta que el propio juez debió pedir que se moderaran esas manifestaciones.

La decisión de Raulston enfureció a Darrow. Dijo que no podía entender por qué "toda sugerencia de la acusación debe ser objeto de una pérdida de tiempo interminable, y una mera sugerencia de cualquier cosa que sea perfectamente competente de nuestra parte debe ser rechazada de inmediato". Raulston le dijo a Darrow: "Espero que no tenga la intención de cuestionar las decisiones de la corte". Darrow le respondió: "Bueno, su señoría tiene derecho a la esperanza". Raulston, furioso, le contestó: "Tengo derecho a hacer otra cosa". El entrevero se tensó al punto que Darrow estuvo a un tris del desacato, pero al final el abogado se disculpó por su comentario, y defensor y juez se dieron la mano. Lamentablemente no hay una fotografía que haya retratado ese momento surrealista. Superado el incidente, el problema para la defensa subsistía, no podía presentar a los testigos que había propuesto.

En el séptimo día del juicio, Raulston preguntó a la defensa si tenía más pruebas. Lo que siguió fue lo que *The New York*

Times describió como “la escena de la corte más asombrosa en la historia anglosajona”. El defensor Arthur Garfield Hays pidió que William Jennings Bryan fuera llamado al estrado como experto en la Biblia. Bryan asintió descartando las preocupaciones de sus colegas de la acusación, tomó asiento en el banquillo de los testigos. Esta jugada, la idea de examinar a Bryan, fue una táctica que, según John Scopes, había sido discutida al menos dos días antes, cuando se le negó a la defensa el derecho a llamar a sus propios expertos para que testificaran. A propuesta de Darrow, podrían usar a Bryan para exponer sus puntos de una manera que pudiera llamar la atención del país. Entendieron que Bryan podría encontrar irresistible el desafío de testificar, y acertaron.

Darrow, sin saco y con sus tiradores característicos, comenzó el interrogatorio con preguntas sencillas.

—Ha dedicado su vida a un estudio considerable de la Biblia, ¿no es así, señor Bryan?

—Sí, lo he hecho. He estudiado la Biblia durante unos cincuenta años.

—¿Dice usted que todo en la Biblia debe ser interpretado literalmente?

—Creo que todo lo que dice la Biblia debería ser aceptado tal como allí se dice…

Darrow continuó con una serie de preguntas para socavar una interpretación literal de la Biblia. Le preguntó a Bryan sobre la ballena que se tragó a Jonás; sobre Josué que hizo que el sol se detuviera; la tentación de Adán en el jardín del Edén y la creación según el Génesis. Bryan comenzaba a tener más

dificultades para responder. Darrow le preguntó, también, sobre el diluvio como se describe en el Génesis.

—Cuando lee que Jonás se tragó la ballena, que la ballena se tragó a Jonás, disculpe, por favor, ¿cómo lo interpreta literalmente?

—Cuando leí que un pez grande se tragó a Jonás, no dice ballena … Ese es mi recuerdo. Un pez grande, y lo creo, y creo en un Dios que puede hacer una ballena y puede hacer a un hombre y hacer a ambos lo que le plazca.

—Ahora, dice, el pez grande se tragó a Jonás, y él permaneció allí cuánto tiempo, tres días, y luego lo arrojó a la tierra. ¿Cree que el pez grande fue hecho para tragarse a Jonás?

—No estoy dispuesto a decir eso; la Biblia simplemente dice que se hizo.

—¿No sabe si se trataba de un pescado ordinario o si estaba hecho para ese propósito?

—Puede adivinar. Ustedes los evolucionistas suponen…

—¿No está preparado para decir si ese pez fue hecho especialmente para tragarse a un hombre o no?

—La Biblia no lo dice, así que no estoy preparado para decirlo.

—Pero ¿cree que Él los hizo, que Él hizo un pez así y que era lo suficientemente grande como para tragar a Jonás?

—Sí, señor. Permítanme agregar: un milagro es tan fácil de creer como otro.

—¿Tan difícil de creer?

—Es difícil de creer para usted, pero fácil para mí. Un milagro es algo que se realiza más allá de lo que el hombre puede realizar. Cuando se entra en el reino de los milagros, es tan fácil creer en el milagro de Jonás como en cualquier otro milagro de la Biblia.

—¿Es perfectamente fácil creer que Jonás se tragó la ballena?

—Si la Biblia lo dice… la Biblia no hace declaraciones tan extremas como lo hacen los evolucionistas…

—La Biblia dice que Josué ordenó al sol que se detuviera con el propósito de alargar el día, ¿no es así? ¿Y usted lo cree?

—Yo sí.

—¿Cree que en ese momento el sol giraba alrededor de la Tierra?

—No, creo que la Tierra gira alrededor del sol.

—¿Cree que los hombres que lo escribieron pensaron que se podía alargar el día o que se podía parar el sol?

—No sé lo que pensaron.

—¿No lo sabe?

—Creo que escribieron el hecho sin expresar sus propios pensamientos.

—¿Puede responder mi pregunta directamente? Si el día se alargó deteniendo la Tierra o el sol, ¿debe haber sido la Tierra?

—Bueno, debería decirlo.

—Ahora, señor Bryan, ¿alguna vez se ha preguntado qué le habría pasado a la Tierra si se hubiera detenido?

—No.

—¿No lo ha hecho?

—No; el Dios en el que creo podría haberse encargado de eso, señor Darrow.

—Ya veo. ¿Alguna vez se ha preguntado qué le sucedería naturalmente a la Tierra si se quedara quieta de repente?

—No.

—¿No sabía que se habría convertido en masa fundida de materia?

—Usted testifica de eso cuando suba al estrado, le daré una oportunidad.

—¿No lo cree?

—Me gustaría escuchar el testimonio de un experto sobre eso.

—¿Nunca ha investigado ese tema?

—No creo que nunca me hayan hecho la pregunta.

—¿O alguna vez lo pensó?

—He estado demasiado ocupado pensando que pensé cosas que eran más importantes que eso.

—¿Cree que la historia del diluvio es una interpretación literal?

—Sí, señor.

—¿Cuándo fue ese diluvio?

—No intentaría fijar la fecha. La fecha está fija, como ya se sugirió…

—¿Cerca del 4004 a.C.?

—Esa ha sido la estimación de un hombre, que se acepta hoy. No diría que sea exacto.

—¿Esa estimación está impresa en la Biblia?

—Todo el mundo sabe, al menos creo que la mayoría de la gente sabe, esa fue la estimación que se dio.

—Pero ¿qué cree que dice la Biblia misma? ¿No sabe cómo se llegó?

—Nunca hice un cálculo.

—¿Un cálculo a partir de qué?

—No podría decirlo.

—¿De las generaciones del hombre?

—No quisiera decir eso.

—¿Qué opina?

—No pienso en cosas en las que no pienso.

—¿Piensa en las cosas en las que piensa?

—Ah… Bueno, a veces —en la sala hubo risas, y los policías llamaron al orden. Intervino entonces el fiscal jefe, Tom Stewart.

—Señoría, él es perfectamente capaz de ocuparse de esto, pero no estamos obteniendo pruebas. Esta no es una prueba competente.

—Estos señores no han tenido mucha oportunidad… no vinieron aquí para juzgar este caso. Vinieron —sostuvo Jennings Bryan— para probar la religión revelada. Estoy aquí

para defenderla y pueden hacerme cualquier pregunta que les plazca.

—Está bien —respondió el juez, y hubo aplausos en la sala.

—¿Sabe algo sobre cuántas personas había en Egipto hace 3500 años, o cuántas personas había en China hace 5000 años? —quiso saber Darrow.

—No.

—¿Alguna vez ha intentado averiguarlo?

—No, señor. Es el primer hombre del que he oído hablar que se ha interesado por esto. —En la sala, todos rieron.

—Señor. Bryan, ¿soy el primer hombre del que ha oído hablar que se ha interesado por la era de las sociedades humanas y el hombre primitivo?

—Es el primer hombre al que escuché hablar del número de personas en esos diferentes períodos.

—¿Dónde ha vivido toda su vida?

—No cerca de usted. —Estallaron risas y aplausos.

—¿Ni cerca de nadie de aprendizaje?

—Oh, no asuma que lo sabe todo.

—¿Sabe que hay miles de libros en nuestras bibliotecas sobre todos esos temas sobre los que le he estado preguntando?

—No podría decirlo, pero tomaré su palabra…

—¿Tiene idea de cuántos años tiene la Tierra?

—No.

—¿Cree que la Tierra se hizo en seis días?

—No seis días de veinticuatro horas.

—¿No lo dice?

—No, señor…

El juez interrumpió en este momento y le preguntó al defensor si había terminado. Darrow respondió que quería hacerle algunas preguntas más sobre la creación. El tribunal le permitió que continuara, pero le advirtió que fuera breve.

—Señor Bryan, ¿cree que la primera mujer fue Eva?

—Sí.

—¿Cree que ella fue hecha literalmente de la costilla de Adán?

—Yo sí.

—¿Alguna vez descubrió dónde consiguió Caín a su esposa?

—No, señor. Dejo que los agnósticos lo hagan.

—¿Había otras personas en la Tierra en ese momento?

—No puedo decirlo.

—No se registraron otros, pero Caín consiguió una esposa.

—Eso es lo que dice la Biblia.

—No sabe de dónde vino ella. Está bien. ¿Significa algo para usted la afirmación: "La mañana y la tarde fueron el primer día" y "La mañana y la tarde fueron el segundo día"?

—No creo que necesariamente signifique un día de veinticuatro horas.

—¿No es así?

—No.

—¿Qué considera que es?

—No he intentado explicarlo —tomó la Biblia, la examinó —. El cuarto versículo del segundo capítulo dice: "Estas son las generaciones de los cielos y de la Tierra, cuando fueron creadas el día en que el Señor Dios hizo la Tierra y los cielos". La palabra "día" allí, en el capítulo siguiente, se usa para describir un período. No veo que haya necesidad de interpretar las palabras "la tarde y la mañana" en el sentido, necesariamente, de un día de veinticuatro horas… "el día en que el Señor hizo los cielos y la Tierra".

—Entonces, cuando la Biblia dice, por ejemplo: "y Dios llamó a la expansión cielo. Y fue la tarde y la mañana el día segundo", ¿eso no significa necesariamente veinticuatro horas?

—No creo que necesariamente lo haga.

—¿Cree que esos no fueron días literales?

—No creo que fueran jornadas de veinticuatro horas.

—¿Qué opina al respecto?

—Esa es mi opinión. No sé si mi opinión sobre este tema es mejor que la de quienes piensan que sí.

—¿No cree eso?

—No. Pero creo que sería tan fácil para la clase de Dios en el que creemos hacer la Tierra en seis días como en seis años o en seis millones de años o en seiscientos millones de años. No creo que sea importante si creemos en uno o en el otro.

—¿Cree que esos fueron días literales?

—Mi impresión es que fueron períodos, pero no intentaría argumentar en contra de nadie que quisiera creer en días literales.

—Leeré de la Biblia: "Y el Señor Dios dijo a la serpiente, por cuanto hiciste esto, maldita serás entre todas las bestias y entre todos los animales del campo; sobre tu vientre andarás y polvo comerás todos los días de tu vida". ¿Cree que es por eso que la serpiente se ve obligada a gatear sobre su vientre?

—Yo creo eso.

—¿Tiene idea de cómo fue la serpiente antes de esa hora?

—No, señor.

—¿Sabe si caminaba sobre su cola o no?

—No, señor. No tengo forma de saberlo. —Hubo risas en la sala.

Jennings Bryan se dirigió al juez en ese momento.

—El único propósito que tiene el señor Darrow es insultar a la Biblia, pero responderé su pregunta. Voy a responder todo de una vez, y no tengo ninguna objeción en el mundo, quiero que el mundo sepa que este hombre, que no cree en un Dios, está tratando de utilizar un tribunal de Tennessee para insultarlo…

Darrow se opuso a esa manifestación. El tribunal levantó la sesión hasta las nueve de la mañana del día siguiente. La prensa informó que el enfrentamiento entre Bryan y Darrow fue una derrota para Bryan. El juicio estaba casi terminado. Darrow pidió al jurado que emitiera un veredicto de

culpabilidad para que el caso pudiera ser apelado ante la Corte Suprema de Tennessee. Y el jurado cumplió con el pedido del defensor. El juez Raulston multó a John Scopes con cien dólares.

El 26 de julio de 1925, seis días después de finalizado el juicio, William Jennings Bryan estaba todavía en Dayton. Después de comer un almuerzo abundante, se acostó a dormir una siesta y murió mientras dormía. Clarence Darrow estaba de excursión cuando le avisaron de la muerte de Bryan. Los periodistas le sugirieron que Bryan murió porque el juicio le había roto el corazón. Darrow respondió: “Corazón roto, nada; murió de un estómago roto”. En voz más alta agregó: “Su muerte es una gran pérdida para el pueblo estadounidense”.

El 14 de enero de 1927, la Corte Suprema de Tennessee revocó la decisión del tribunal de Dayton por un tecnicismo, no por motivos constitucionales como el equipo de la defensa pretendía. Según la Corte, la multa debería haber sido fijada por el jurado, no por Raulston. Sin embargo, en lugar de devolver el caso para que se tomaran más medidas, la Corte Suprema de Tennessee lo desestimó. El tribunal comentó: “No se gana nada prolongando la vida de este extraño caso”.

Es válido especular que tanto a Scopes como a todos sus defensores les habría encantado saber aquello que reveló el 21 de julio de 2000 el científico Craig Venter, del proyecto Genoma Humano. Afirmó que la evolución ya es una certeza porque probaron que en el hombre hay vestigios de estructuras genéticas de especies anteriores.

John Scopes, ese tímido maestro que se prestó a ser enjuiciado para que se derogara una ley absurda y atrasada,

enseñó ciencia toda su vida. La Ley Butler nunca más se aplicó después del "juicio del mono" en Dayton; sin embargo, fue abolida recién el 18 de mayo de 1967. Había estado en vigor durante cuarenta y dos años. Tres años y cinco meses después de la cancelación de esa ley, Scopes murió a los 70 años. Fue enterrado en Luisana según el rito católico, por voluntad de su esposa y de sus dos hijos.

HUNTER Y SU LIBRO

El libro *Biología cívica,* de George Hunter, es un texto terrible. En él, su autor defiende la eugenesia y la segregación. Realizó una clasificación de las razas humanas colocando a la raza blanca como la más avanzada.

En la actualidad existen sobre la Tierra cinco razas o variedades de hombres, cada una muy diferente de la otra en instintos, costumbres sociales y, hasta cierto punto, en estructura. Estas son la del tipo etíope o negro, originario de África; la malaya o morena, de las islas del Pacífico; la del indio americano; la mongol o amarilla, incluidos los nativos de China, Japón y los esquimales, y finalmente, la ubicada en lo más alto de todas, la de los caucásicos, representados por los habitantes blancos civilizados de Europa y América.

Acerca de la eugenesia, Hunter —que escribió o colaboró en veinte libros de pedagogía o biología— enseña:

Eugenesia. Cuando las personas se casan, hay ciertas cosas que tanto el individuo como la raza deben exigir. El más importante de ellos es la ausencia de enfermedades bacterianas que podrían transmitirse a la descendencia. La tuberculosis, la sífilis, esa terrible enfermedad que paraliza y mata a cientos de miles de niños inocentes, la epilepsia y la debilidad mental son impedimentos que no solo es injusto sino criminal pasar a la posteridad. La ciencia de nacer bien se llama eugenesia.

Los Jukes. Se han realizado estudios en una serie de familias diferentes en este país, en las cuales los defectos mentales y morales estaban presentes en uno o ambos de los padres originales. La familia Jukes es un ejemplo notorio. La primera madre es conocida como “Margaret, la madre de los criminales”. En setenta y cinco años, la progenie de la generación original le ha costado al estado de Nueva York más de un millón y cuarto de dólares, además de dedicar al cuidado de prisiones y asilos considerablemente más de un centenar de débiles mentales, alcohólicos, inmorales o criminales. Otro caso estudiado recientemente es el de la familia Kallikak. Esta familia se remonta a la Guerra de la Revolución, cuando un joven soldado llamado Martin Kallikak sedujo a una chica débil mental. Tuvo un hijo de mente débil de quien ha habido hasta el presente 480 descendientes. De estos, 33 eran sexualmente inmorales, 24 borrachos confirmados, 3 epilépticos y 143 débiles mentales.

El hombre que inició esta terrible línea de inmoralidad y debilidad mental se casó más tarde con una chica cuáquera normal. De esta pareja ha venido una línea de 496 descendientes, sin casos de debilidad mental. ¡La evidencia y la moral hablan por sí mismas!

El parasitismo y su costo para la sociedad. Cientos de familias como las descriptas anteriormente existen hoy en día, propagando enfermedades, inmoralidad y crimen a todas partes de este país. El costo para la sociedad de estas familias es muy severo. Así como ciertos animales o plantas se vuelven parásitos de otras plantas o animales, estas familias se han vuelto parásitas de la sociedad. No solo hacen daño a otros corrompiendo, robando o propagando enfermedades, sino que en realidad están protegidas y cuidadas por el Estado con dinero público. En gran parte para ellas existen la casa de pobres y el asilo. Quitan de la sociedad, pero no dan nada a cambio. Son verdaderos parásitos.

El remedio. Si esas personas fueran animales inferiores, probablemente las mataríamos para evitar que se reproduzcan. La humanidad no lo permitirá, pero tenemos el remedio de separar sexos en manicomios u otros lugares y de diversas formas previniendo los matrimonios mixtos y las posibilidades de perpetuar una raza tan baja y degenerada. En Europa se han probado con éxito

remedios de este tipo y ahora están teniendo éxito en este país.

¡Qué problema el libro de Hunter! Tal vez el equipo de la defensa de John Scopes no lo leyera completo. Al público solo le preocupaba que incluyera la teoría de la evolución. O acaso sí lo leyeran concienzudamente y estuvieran de acuerdo con sus enseñanzas. No podemos saberlo. Lo cierto es que la cuestión en el "juicio del mono" tuvo límites bien definidos: demostrar que la ciencia, de acuerdo con los principios de la Constitución de los Estados Unidos, no debe ser acallada.

Casi cien años después se debería agregar que ese espantoso libro no debía ser prohibido a pesar de las barbaridades que enseñaba, según el pensamiento "científico" de su época, pues esos dislates debían y deben ser rechazados desde la ciencia misma. Como sea, este tema no se abordó en el juicio. Menos mal.***

UNA POLÉMICA QUE AÚN CONTINÚA

La disputa entre creacionistas y evolucionistas que se vivió en Tennessee con "el juicio del mono" tuvo un nuevo capítulo en 1968. El estado de Arkansas también tenía, desde 1928, una ley que prohibía enseñar la teoría de la evolución de Darwin, pero se había aplicado. Una profesora de biología, Susan

Epperson, dio la oportunidad para el enfrentamiento. En una escuela de Little Rock se atrevió a desafiar la ley usando un libro de texto que incluía las enseñanzas de Darwin. Las autoridades educativas del estado decidieron echarla. Y Epperson fue a la Justicia en busca de amparo. El caso llegó en 1968 a la Corte Suprema de los Estados Unidos, que finalmente le dio la razón a la profesora: “La prohibición de la teoría de Darwin fue producto del fundamentalismo religioso de los años veinte. Arkansas tiene derecho a determinar los contenidos de la enseñanza en las escuelas públicas. Pero eso no le da derecho a prohibir una teoría científica. Hacerlo es violar la Primera Enmienda de la Constitución (libertad de expresión)”. Es decir que, en otro estado, Arkansas, y recién cuarenta y tres años después del juicio de Dayton, en Tennessee, la Corte del país, en un lapso que se diría bíblico, le dio la razón a la postura de la defensa de Scopes, reiterada décadas después por la profesora Epperson.

Sin embargo, la polémica no terminó. En 1999, el estado de Kansas decidió suprimir de los programas de las escuelas públicas cualquier mención a la teoría del Big Bang sobre la creación del universo, la edad de la Tierra y la teoría darwinista. En Alabama y Oklahoma, los libros de texto dicen que la evolución es una “teoría controvertida”. Al enterarse de estos retrocesos, la antropóloga Eugenie Scott aseguró que los

científicos deberían oponerse porque, si no, más gente tendrá la idea equivocada de que “la evolución es científicamente débil”.

En 2017, Michael Lubell, portavoz de la American Physical Society, declaró, a propósito de la llegada de Donald Trump a la presidencia de los Estados Unidos: “Trump es el primer presidente que tenemos en contra de la ciencia”. Su vicepresidente, Mike Pence, ex congresista y ex gobernador de Indiana, es un defensor del creacionismo y un negacionista de la teoría de la evolución. En 2002 pronunció un discurso ante la Cámara de Representantes de su estado en contra de la teoría de Darwin. Los dos ya han dejado el gobierno de los Estados Unidos, pero la división entre los partidarios de la idea de un Dios creador y los defensores de la teoría de la evolución humana desde especies inferiores continúa en los Estados Unidos, sobre todo en los estados del sur y el centro del país.

** Véase el capítulo “Friedrich Nietzsche y el amor de dos jóvenes”.

*** Véase el capítulo “Carrie”.

De Barlow a Bülow

Poco antes de las dos de la mañana del 4 de mayo de 1957, el médico David Price, un patólogo forense que trabajaba para la Policía, fue llamado a la casa de Elizabeth y Kenneth Barlow, en un suburbio residencial de Bradford, en Yorkshire, Inglaterra. Lo que había ocurrido —se decía— era que Kenneth había encontrado a su esposa inconsciente en el baño, alrededor de las once y veinte del día 3 de mayo, y había llamado a su propio médico, quien —luego de revisarla— le dio la desgraciada noticia de que estaba muerta.

Kenneth, un enfermero registrado de 38 años, estaba desempleado. Se había casado con Elizabeth once meses antes y, según todas las apariencias, vivía feliz con ella y con su hijo de 10 años, que había tenido de su primer matrimonio. Su primera esposa había muerto de repente a los 33 años, y los médicos no habían podido determinar con certeza la causa de

la muerte. Ese mismo año, 1956, Kenneth se casó con Elizabeth.

Acerca de lo ocurrido entre el 3 y el 4 de mayo de 1957, Kenneth contó que Elizabeth había tomado el té alrededor de las cinco de la tarde del día de su muerte. Poco después anunció que estaba cansada y se fue al dormitorio. Cuando Kenneth fue a acostarse, alrededor de las nueve y media de la noche, descubrió que Elizabeth había vomitado en la cama. Dijo que juntos cambiaron las sábanas. No informó si hablaron acerca de la probable causa de las náuseas de su mujer. Ella se puso un pijama, pero se lo quitó porque —según dijo— sentía demasiado calor y entonces decidió darse un baño. Kenneth se acostó alrededor de las diez menos cuarto de la noche con el sonido del agua que corría en la bañera. Se despertó minutos después, cerca de las once y veinte, y Elizabeth no había regresado a la cama. Cuando entró en el baño la encontró sumergida bajo el agua. Trató de sacarla, pero no tuvo la fuerza para hacerlo. Sin embargo, mantuvo su cabeza por encima del agua hasta que toda el agua salió de la bañera. Probó reanimarla con respiración artificial "presionando su abdomen", ya que no pudo levantarla del baño, pero el procedimiento de salvataje no tuvo éxito. Desesperado corrió a la puerta de sus vecinos, al lado de la suya, que tenían un teléfono, y les pidió que llamaran a un médico.

Diez minutos después llegó el médico familiar y, según declaró, encontró a Elizabeth en la bañera vacía en una posición que simulaba un sueño natural. No la tocó más allá de asegurarse de que estaba muerta. Con una muerte tan inesperada, sintió la necesidad de llamar a la policía, que a su vez llamó al doctor Price, quien estaba de guardia como

patólogo forense del Ministerio del Interior. Su trabajo principal era el de patólogo consultor en el cercano Hospital Beckett, en Barnsley.

Price nunca creyó que Elizabeth hubiera muerto de forma natural. Había un par de motivos que lo hacían dudar. Primero, la muerte por ahogamiento en un baño doméstico de una mujer de 32 años, sana, es un acontecimiento muy raro. En segundo lugar, pero aun más revelador, los 110 mililitros de agua que quedaron en la cavidad donde la curva del brazo de Elizabeth lindaba con el costado de la bañera. Eso hizo que la historia de Kenneth, de que había tratado de resucitarla, fuera difícil de aceptar y, en consecuencia, su relato de los hechos se convirtió en algo muy dudoso.

Mientras tanto, la policía había registrado la casa y no había descubierto nada más que dos fundas de almohadas manchadas de vómito en el lavabo del baño, un pijama empapado de sudor en el dormitorio y un par de jeringas usadas en la cocina. Price realizó la autopsia de Elizabeth en la morgue local a las 17:45 del 4 de mayo, solo tres horas y media después de ver el cuerpo de la mujer por primera vez y pasadas seis horas de su muerte. Observó que sus pupilas estaban muy dilatadas y que tenía espuma manchada de sangre en la nariz, la boca y la garganta. Las muestras de sus pulmones, cuando se examinaron bajo el microscopio, estaban congestionadas y húmedas. También revelaron retención de líquidos y pequeñas hemorragias, confirmando el diagnóstico inicial de muerte por ahogamiento.

Aparte de eso, no encontró anomalías, pero observó que Elizabeth tenía ocho semanas de embarazo. Además, Price tomó la precaución de recolectar sangre de varios lugares

diferentes del cuerpo, así como un poco de orina de la vejiga para enviar al laboratorio de toxicología, en caso de que hubiera sido envenenada. El bioquímico no encontró ninguno de los venenos comunes o sustancias que causan abortos en ninguna de las muestras que examinó. Sin embargo, Price y sus colegas de la Policía seguían convencidos de que Elizabeth había quedado inconsciente antes de ahogarse y consideraron la posibilidad de que le hubieran inyectado insulina. Esto explicaría su sudoración excesiva y las pupilas dilatadas antes de morir. Tal vez un ataque de hipoglucemia, una deficiencia de azúcar en la sangre. Es lo contrario a la diabetes, convencionalmente tratada con insulina para rebajar el nivel de azúcar en la sangre. La administración de insulina a una persona normal puede causarle hipoglucemia y, en casos extremos, la muerte por choque insulínico. Por el momento, esta situación en el caso de Elizabeth era meramente hipotética.

Cuatro días después, el 8 de mayo, se tomó la decisión de volver a examinar el cuerpo de Elizabeth más a fondo y bajo una luz brillante. En esta ocasión, con la ayuda de una lupa, se identificaron dos sitios con rastros de inyección con aguja hipodérmica en cada nalga. Price los retiró, con los tejidos circundantes, y los almacenó en un refrigerador hasta que pudo encontrar a un científico con la experiencia y las instalaciones apropiadas para realizar una prueba de insulina. Los métodos disponibles en ese momento no eran los adecuados para un estudio de esa naturaleza y solo podían ser realizados por un puñado de laboratorios especializados. Se basaron en encontrar la dosis que causaba convulsiones

hipoglucémicas en ratones y comparar la muestra con otras estandarizadas que contenían cantidades conocidas de insulina.

Gurd, el médico de los laboratorios de investigación de la compañía farmacéutica Boots —uno de los tres fabricantes británicos de insulina en ese momento—, se comprometió a realizar la prueba. Sin embargo, Gurd no tenía muchas esperanzas de éxito. Pensó que la técnica podría no ser lo suficientemente sensible para detectar la pequeña cantidad de insulina que se encontraría en los tejidos de alguien que había recibido una inyección de tal hormona. Sin embargo, el médico encontró cantidades de insulina medibles con facilidad en extractos de los tejidos extraídos de las nalgas de Elizabeth. Para hacer una comparación, Price había extraído tejidos de otros cadáveres, que el doctor Gurd trató de la misma manera. Como esperaba, no encontró rastros de insulina en ellos. Por lo tanto, los hallazgos en Elizabeth fueron claramente anormales y muy sospechosos. El 5 de julio, dos meses después de su muerte, Gurd informó que de tres muestras separadas de las nalgas de Elizabeth había podido recuperar un total aproximado de 84 unidades de insulina, suficiente para mantener en funcionamiento a dos pacientes diabéticos insulinodependientes durante todo un día. Elizabeth no tenía diabetes ni le habían recetado insulina. Además, esa concentración de 84 unidades en las nalgas sugería una cantidad mucho mayor de unidades en el resto del cuerpo.

Si bien los policías iban con cautela, sabían que su hombre era Kenneth. Con las pruebas médicas realizadas lo interrogaron el 26 de julio y no salió ileso. Terminó aceptando que había inyectado a Elizabeth, pero no insulina. Dijo que, con su permiso y colaboración, le había inyectado

ergometrina, un fármaco que se utiliza legítimamente en obstetricia al final de un parto, pero cuando lo empleaban no profesionales de lo que se trataba era de inducir un aborto, una maniobra claramente ilegal. No sabía que esta posibilidad ya había sido considerada —y descartada— por el examen toxicológico realizado de inmediato al cuerpo de Elizabeth después de su muerte y, más tarde, por el examen de las agujas y jeringas encontradas en la cocina.

Entre el momento en que Kenneth Barlow fue acusado de asesinar a Elizabeth y la fecha en que su caso llegó a los tribunales, se puso a disposición un método nuevo, mucho más sensible y preciso para medir la insulina en los fluidos corporales. El único exponente de esa técnica en Gran Bretaña en ese entonces era el médico Peter Wright, del Guy's Hospital de Londres, que colaboraba en la investigación de pacientes no diabéticos con hipoglucemia y síntomas neurológicos. Wright examinó las muestras de las nalgas de Elizabeth, y sus resultados confirmaron los de Gurd. Utilizó cuatro técnicas diferentes. A partir de ese momento, ya no sería posible sostener el mito de que la insulina es el arma perfecta porque no se puede detectar después de la muerte.

Los resultados científicos dejaban poco margen de duda acerca de que a Elizabeth se le había inyectado insulina. La fiscalía procedió al juicio contra Kenneth y reconoció que algunas personas se inyectan insulina deliberadamente por una variedad de razones, incluido el suicidio. No obstante, como es difícil para cualquiera inyectarse en las nalgas, era obvio que alguien más lo había hecho y que esa persona era Kenneth Barlow. Antes de comenzar el juicio se supo que, a principios de año, Kenneth le había contado a un compañero del hospital

donde trabajaba el accidente que había sufrido su esposa en el mes de septiembre del año anterior. Según afirmó, en esa ocasión la había encontrado colapsada en un baño caliente y la había rescatado sacándola de allí. Se supo que también se había jactado durante dos años ante sus compañeros de que sería fácil matar a alguien con insulina, ya que era indetectable en el cuerpo después de la muerte.

No parecía haber ningún motivo para matar a su esposa, salvo que él no quería que ella tuviera un hijo. Kenneth negó con vehemencia el cargo de asesinato, pero en el proceso —que se realizó en la corte de la ciudad de Leeds en diciembre de 1957— no pudo explicar la insulina encontrada en el cuerpo de Elizabeth, aparte de sugerir que se la había administrado ella misma. La ausencia de viales de insulina y de esta sustancia en las dos jeringas que se habían encontrado y la improbabilidad de que Elizabeth se hubiera inyectado a sí misma derrumbaban el argumento de Kenneth. El jurado lo declaró culpable, y el juez Diplock lo condenó a prisión perpetua el 13 de diciembre de 1957. Cuando veintiséis años después fue liberado de prisión, en 1984, todavía mantenía su inocencia.

Aunque en general se describa como el primer caso de asesinato por insulina que llega a una condena, Elizabeth Barlow no murió de una sobredosis de insulina, pero esta sustancia jugó un papel crucial en su muerte. La cantidad inyectada en ella fue suficiente para dejarla inconsciente, y nunca se sabrá si habría muerto o no por esa causa si Kenneth hubiera tenido más paciencia. Es probable que él hubiera esperado que ella muriera más rápido y por eso tomó la decisión de ahogarla, lo cual hizo. Si la hubiera dejado en su

cama, bien podría haber muerto por la mañana o al menos haber sufrido un daño cerebral irreversible, y toda la insulina que él había inyectado habría sido absorbida por su torrente sanguíneo, se habría destruido. Entonces no habría una pista segura que los patólogos y toxicólogos pudieran encontrar y no habría existido ningún caso en su contra.

Cuando se desarrolló el proceso contra Barlow, un abogado residente en Londres —quien once años antes se había recibido en Cambridge— seguía el caso como la mayoría, con apasionamiento, por la circunstancia de que era la primera vez que se ventilaba un asunto de homicidio que posiblemente se hubiera cometido provocando una hipoglucemia por la administración criminal de insulina, aunque luego se determinaría que la impaciencia de Barlow, porque su esposa no moría, lo apuró a ahogarla en la bañera.

Este abogado se llamaba Claus Cecil Borberg, había nacido en Copenhague en 1926 y era hijo de Joanna y Svend Borberg. Sus padres se divorciaron cuando él tenía 4 años. Su padre, crítico de teatro, fue arrestado en Dinamarca como colaborador nazi cuando terminó la Segunda Guerra Mundial. Fue condenado a cuatro años de prisión y puesto en libertad tras una apelación luego de haber cumplido dieciocho meses; murió un año después. Durante los primeros años de la guerra, el joven Claus fue sacado de Dinamarca a través de Suecia y enviado a Gran Bretaña para vivir con su madre, que había establecido su residencia allí. Adoptó el nombre de su abuelo materno, Frits Bülow, ex ministro de Justicia danés. Más tarde se añadió el “von”, que por lo general solo utilizan los miembros de familias nobles, aunque él sostuvo tiempo

después que el "von" se lo había puesto por pedido de su mujer, para aclarar que él no era el pedante.

Un año después de recibirse de abogado, en 1947, se fue a París durante doce meses a estudiar en la École des Sciences Politiques. Regresó a Londres y trabajó en un banco antes de ingresar en el estudio jurídico de Quintin Hogg, un destacado abogado y político que se convertiría en el barón Hailsham de St. Marylebone. Durante este tiempo, Von Bülow, un hombre de trato agradable, encantador y apuesto, con porte militar, se convirtió en una figura social muy visible en Londres mientras vivía con su madre en un elegante departamento en Belgrave Square. A principios de la década de 1960 fue contratado como asistente administrativo por el magnate petrolero J. Paul Getty, uno de los hombres más ricos del mundo, quien había trasladado sus negocios a Londres. Con Getty estuvo hasta 1968.

Martha Sharp Crawford von Auersperg —conocida como Sunny por su carácter alegre—, una hermosa mujer de la alta sociedad estadounidense, era heredera de una fortuna de casi ochenta millones de dólares. Su padre, George Crawford, fue el fundador de Columbia Gas & Electric Company. Se había casado con el príncipe Alfred von Auersperg de Austria, con quien tuvo a Alexander von Auersperg, o Alex, y a la princesa Annie-Laurie von Auersperg Kneissl, conocida como Ala. El matrimonio duró hasta 1965, un año antes de que Sunny conociera a Claus Bülow. Se casaron enseguida. Ella y Claus von Bülow —a quien ya le había hecho adosar a su apellido el famoso "von" de la nobleza porque ella no quería perder el suyo, acostumbrada a usarlo con su primer marido— se instalaron en un lujoso apartamento de la Quinta Avenida de

Nueva York. La pareja tuvo una hija, Cosima von Bülow Pavoncelli, nacida en 1967. Él dejó de trabajar con Getty y con cualquier otro, y ella comenzó a buscar una propiedad frente al mar en Newport, donde su madre, Annie-Laurie Crawford Aitken, y su padrastro, Russell Aitken, tenían una finca.

Compró Clarendon Court, una mansión georgiana de poco más de cuatro hectáreas con vista al mar, que había sido utilizada como la casa del personaje interpretado por Grace Kelly en la película *High Society,* de 1956. No era un secreto para la Kelly ni para Sunny que en la década de 1950 las compararan permanentemente, por su belleza y sus innumerables pretendientes, aunque Sunny era mucho más divertida que Grace… en público.

La vida del matrimonio era de fiestas, gastos, lujos, barbitúricos y más barbitúricos, hasta que, en 1978, Claus conoció a Alexandra Isles, otra integrante de la alta sociedad y actriz. Tal vez Sunny lo supiera o tal vez no, acaso lo intuyera por los comentarios sarcásticos que le hacía su marido sobre su figura, lo que la llevaba a deprimirse y a beber y consumir pastillas para adelgazar. El sarcasmo era una característica de Claus, pero jamás hasta ese momento lo había utilizado con su mujer, de quien se preocupaba cada vez menos, a quien veía cada vez menos durante el día, con quien se aburría cada vez más, salvo en los momentos en que la mortificaba con sus invectivas. Con ella se comportaba como un hijo de puta.

La historia de Sunny ya no se contaba con alegría, porque ese júbilo y entusiasmo que siempre la distinguieron se iban apagando; ahora hablar de ella era referirse a sus problemas de salud, que cada vez se hicieron más notorios, un drama de depresión y sufrimiento que se avizoraba con final incierto.

Una inesperada y extraña hipoglucemia la dejó en coma el 27 de diciembre de 1979. La noche anterior, ella estaba débil, no coordinaba y tuvo que ser ayudada a llegar a su dormitorio por su hijo Alex. La criada personal de Sunny, la alemana Maria Schallhammer escuchó, poco después de las nueve y media de la mañana, cómo la señora Bülow gemía en su dormitorio. Al entrar intentó sin éxito despertarla. Alarmada, le pidió a Claus que llamara a un médico, pero él se negó afirmando que solo estaba durmiendo.

Ya antes de este episodio, Maria venía observando que Von Bülow no reaccionaba con rapidez ante el extraño y preocupante comportamiento de su esposa, que estaba decaída, apática, desanimada, y ella misma no podía explicárselo cuando se alejaba por momentos del alcohol y de las pastillas. Hubo temporadas en las que dormía todo el día, sin fuerzas ni voluntad para dejar la cama. El 27 de diciembre de 1979, Claus recién llamó a un médico a las dos de la tarde, pero no lo encontró. Entonces no hizo nada más, y el doctor le devolvió la llamada una hora más tarde.

Según María, Claus von Bülow le describió al médico algunos síntomas falsos de su esposa. Por ejemplo, le dijo que Sunny tenía un problema con el alcohol, que había bebido la noche anterior y que se había levantado de la cama a la mañana. Mentiras. A las seis de la tarde, el estado de su mujer era mucho más grave. Volvió a llamar al doctor y entonces sí le dijo la verdad. Cuando el médico llegó, Sunny vomitó, comenzó a jadear y tuvo un paro cardíaco. El profesional pudo salvarle la vida, Sunny entró en coma y la trasladaron al Hospital de Newport. Los análisis de sangre indicaron que su nivel de azúcar era inusualmente bajo. Ella recobró la

conciencia, se recuperó, y el 2 de enero de 1980 le dieron el alta con un diagnóstico de "bronconeumonía", paro cardiorrespiratorio por aspiración masiva de contenido gástrico e hipoglucemia de causa desconocida. La sombra de Barlow sobrevolaba la mansión, pero en esa ocasión se alejó… por un tiempo.

Alexandra, la amante de Claus, ya le había dado un ultimátum: se separaba de Sunny o no la vería nunca más. Pero Claus estaba en un dilema, ya que un divorcio lo privaría de los catorce millones de dólares que su esposa le había asignado en su testamento y lo dejaría con una renta anual de ciento veinte mil dólares de un fideicomiso que había establecido antes del matrimonio, es decir, el dinero que gastaba en poco tiempo. ¿De qué valía el "von" con ciento veinte mil dólares al año? Tal vez para algún sarcasmo.

En febrero de 1980, Maria Schallhammer encontró un gran bolso de viaje de color negro mientras limpiaba el vestidor de la habitación de Claus en el departamento de Nueva York. Adentro halló una bolsa negra más pequeña, la sacó, la abrió y vio tres viales, uno con píldoras, otro con polvo y el último con un líquido. Después volvió a colocar la bolsa negra dentro del bolso de viaje más grande. Semanas después fue a ver si estaba ese bolso de viaje de su patrón y lo encontró en el mismo lugar. También estaba esa otra bolsa más chica, y examinó de nuevo su contenido. Decidió no comentárselo a nadie.

En noviembre de ese año, Maria encontró la bolsa negra pequeña, pero estaba dentro de un bolso de lona blanca en una silla del dormitorio de Von Bülow. Otra vez vio los tres viales, pero en ese momento había, además, dos o tres agujas, una

jeringa y un frasco pequeño con la etiqueta “insulina”. Llamó a Alex a la habitación y le mostró su descubrimiento. “¿Para qué insulina si mamá no es diabética?”, fue lo primero que él dijo. El 19 de diciembre, el matrimonio y su hija Cosima fueron de Nueva York a su casa de Newport. Por entonces, Maria volvió a ver la bolsa negra dentro del bolso de lona blanca, y en su interior estaban las mismas cosas que cuando la revisó en noviembre. Colocó todo en el automóvil familiar que iba a Newport, en Rhode Island.

La noche del 20 de diciembre, el chofer llevó a Sunny, Alex y Cosima al cine. Al regresar, Alex acompañó a su mamá al dormitorio, conversaron un rato; luego, ella se dirigió al baño y él, a la biblioteca. Poco después, Martha “Sunny” von Bülow se reunió con Alex en la biblioteca y continuaron su charla. En algún momento, Claus entró y le preguntó a su mujer si necesitaba algo, y ella le respondió que le trajera un poco se sopa. Así lo hizo. Alex notó, después de una hora de conversar con su madre, que ella mostraba síntomas de debilidad y que ya no coordinaba lo que decía. Él pensó: “No otra vez”, pues recordaba lo ocurrido cuando Sunny entró en coma en 1979. La mujer quiso ponerse de pie, pero no pudo, y su hijo la ayudó a llegar al dormitorio. Mientras todo eso ocurría, su marido no estaba, es decir, se mostraba indiferente a la vida familiar. Claus von Bülow parecía no dar importancia a los síntomas de su esposa. Alex dejó al matrimonio a solas en el dormitorio. Advirtió la marcada dependencia de Sunny respecto de su esposo. Ella se había convertido en una mujer melancólica, preocupada por su línea y la tersura de su piel, dominada completamente por Claus, que la había convertido de manera insólita en un ser inseguro.

Alex se despertó el 21 de diciembre cerca de las once de la mañana; había comenzado a vestirse para ir a desayunar cuando desde su ventana vio que su padrastro llegaba caminando desde la costa. Se encontraron en el comedor, y Alex le preguntó si su madre ya se había levantado. Claus pareció sorprenderse de que su mujer pudiera estar aún en la cama, fue hacia el dormitorio y, unos quince minutos después, regresó al comedor y llamó discretamente a Alex; ambos fueron hacia la habitación. Claus estaba serio, pero no parecía alterado. Al entrar, los dos fueron hasta el baño y allí estaba Sunny tirada en el suelo, inconsciente. Claus puso un dedo en la nariz de su mujer y determinó que aún respiraba, luego abandonó el lugar con el propósito de llamar a un médico o a una ambulancia.

Martha "Sunny" von Bülow fue llevada al Hospital de Newport y al día siguiente la trasladaron al Peter Bent Brigham de Boston. Allí estuvo tres semanas, y entre Alex y Claus se alternaban para viajar y acompañarla. En una ocasión, cuando le tocaba ir a Claus, Alex fue hasta Clarendon Court, la mansión de Newport, directo al armario de aquel, pero esta vez no halló nada. La bolsa negra no estaba. Entre el 27 y el 28 de diciembre volvió a Newport, pero esta vez se encontró con una sorpresa: el armario estaba cerrado con llave. En cuanto a Sunny, fue llevada de Boston al Hospital Presbiterano de Columbia, en Nueva York. No salía del coma. No saldría nunca del coma. Mientras, su marido frecuentaba las fiestas de la alta sociedad y era venerado en esos ambientes, en los que jamás dejó de destacarse por su porte, su elegancia, sus modales de hombre de mundo.

¿Hipoglucemia? Era una posibilidad. Muy bajo nivel de azúcar en la sangre, como había ocurrido con Elizabeth Barlow hacía veintitrés años en Londres. El autor Oliver Cyriac aseguró que en el equipo de abogados del estudio que atendió la defensa de Kenneth Barlow, el marido de Elizabeth, estaba Von Bülow, pero este dato no ha sido confirmado. ¿Quién le dio la insulina y los sedantes a Sunny en 1979 y en 1980? Alex discutió sus sospechas con su abuela, la señora Aitken, con su hermana Ala y con Maria, la empleada. Cuando se retiró Maria, la familia habló de la posibilidad de contratar a un abogado para investigar las causas que provocaron los dos estados de coma de Sunny. Pidieron consejo al asesor financiero de la familia, Morris Gurley, quien les sugirió que hablaran del asunto con el ex fiscal de distrito de Manhattan, Richard Kuh. Ya en enero de 1981, Alex y Ala se reunieron con Kuh.

Desde entonces, los tres se reunieron seis veces más. Lo que trascendió luego fue que Kuh aceptó el encargo de hacer una investigación privada por cuatrocientos mil dólares. Descubrieron que Claus tenía una aventura y que, si Sunny moría, se quedaría con su amante y con los millones que heredaría.

Lo primero que decidieron fue que Alex volviera a la mansión de Newport a buscar la bolsa negra, pero esta vez iría con el investigador privado Edwin Lambert, un conocido de Kuh. También contrataron a un cerrajero por si encontraban clausurado el armario. Los tres llegaron a Clarendon Court y fueron al estudio de Claus. Alex pudo conseguir un juego de llaves del escritorio. De ese manojo, el cerrajero identificó la correspondiente al armario. Cuando lo abrieron, despidieron al

cerrajero. Antes de revisar el armario hicieron lo propio con el estudio y el baño de Von Bülow, pero no hallaron nada, salvo un frasco en el escritorio con una etiqueta en francés que Alex interpretó que era Valium.

Al fin fueron al armario. Alex revisó algunas indumentarias de Claus y al palmear los bolsillos descubrió en uno de ellos un frasco igual al que había en el escritorio. También en el armario encontraron una caja de metal que contenía una pequeña bolsa negra que según Alex era similar a la que había visto antes. Adentro había un frasco con diferentes tipos de píldoras y otro frasco más con un líquido azul. En la bolsa negra también había dos paquetes de ampollas en envases de plástico, una jeringa y tres agujas hipodérmicas, una de las cuales estaba sin protección. En el interior de la caja de metal, al lado de la bolsa negra, encontraron una pequeña caja de cartón con la etiqueta “lidocaína”, que contenía una ampolla y una jeringa. ¿Para qué Claus von Bülow guardaba todo esto?

De la habitación de su madre, Alex sacó pastillas de varios recipientes y un frasco de Inderal de la mesita de luz, un medicamento usado para tratar la presión arterial alta, la migraña, el dolor de pecho, los trastornos del ritmo cardíaco y otras afecciones circulatorias. Cuando consideraron que la inspección estaba cumplida, pusieron todos los hallazgos en la bolsa negra, menos la lidocaína que Alex puso aparte porque no entraba en la bolsa, y se llevaron todo a Nueva York. Una cuestión importante era saber si cada frasco o recipiente contenía lo que realmente decía su etiqueta y, además, qué sustancias eran las que estaban en los recipientes sin rótulo.

Primero llevaron el material al departamento de Ala y luego al del hermano de Kuh, que era médico. Después, Alex lo

llevó otra vez a lo de Ala y lo colocó en su caja fuerte. Días más tarde, Alex sacó algunas sustancias y se las entregó al médico de la familia, Richard Stock. La aguja hipodérmica sin sellar, una muestra de líquido azul y otra de polvo blanco moteado de uno de los viales franceses de Valium fueron enviadas por Stock para su análisis al Laboratorio de Biociencia en Great Neck, Long Island. El director de este laboratorio, Ronald Gambardella, enjuagó la aguja en una solución salina y dividió el lavado resultante en dos partes. Una muestra la envió al médico George Nitis, uno de los directores del Laboratorio de Biociencias en Columbia, Maryland, a fin de que le hiciera una prueba para determinar la presencia de insulina. La otra muestra la mandó al Laboratorio Médico de Boston para realizar pruebas químicas con el propósito de conocer la identidad de otras drogas. También envió a Boston el polvo blanco y el líquido azul. El médico Nitis, de Maryland, aseguró que las pruebas en su laboratorio revelaron la presencia de insulina en el lavado de agujas.

La sombra de Barlow cubría de nuevo el caso Von Bülow. El bioquímico Vijay Aggarwal, del Boston Medical Lab, comunicó que el lavado que recibió contenía amobarbital y diazepam; el polvo contenía amobarbital, y el líquido, amobarbital y diazepam. El amobarbital es un barbitúrico que se usa principalmente como sedante (en una época se lo utilizó como suero de la verdad porque disminuye las inhibiciones).

El 13 de mayo de 1981, la familia llevó la bolsa negra y su contenido al teniente John Reise de la Policía Estatal de Rhode Island, asimismo las sustancias encontradas, menos las muestras, la aguja hipodérmica y las píldoras de la habitación de Sunny. El teniente y el detective Joseph Miranda

prepararon un informe en el que constaba que recibieron esos elementos y los colocaron en la sala de pruebas. El 20 de marzo de 1981, la policía sacó algunas de esas sustancias y las mandó al departamento de toxicología para su análisis. Eran cinco píldoras, una ampolla de vidrio transparente con el nombre "papaveretum" —una preparación que contiene una mezcla de clorhidrato de morfina, clorhidrato de papaverina y clorhidrato de codeína, que se usaba para la sedación preoperatoria—, un vial de Valium de dos miligramos que contenía un polvo blanco, un envase de píldoras de tapa blanca y base ámbar, que se cree que tenía Valium y posibles barbitúricos desconocidos. También una ampolla de vidrio transparente con tapa amarilla y un tapón interior azul con el nombre de "lidocaína". Al día siguiente se mandó una pastilla azul probablemente de Valium.

Lo que hizo la policía fue ampliar la investigación de la familia. En conjunto, todas estas evidencias dieron base a la acusación contra Claus von Bülow. En uno de los escándalos legales más sensacionales, los fiscales de Rhode Island expusieron el caso a un gran jurado que presentó una acusación formal y, en julio de 1981, Von Bülow fue acusado de dos cargos de intento de asesinato, por el incidente de 1979 y el de 1980, que aún mantenía a Sunny en coma. La prensa se apresuró a llamarlo "el juicio del siglo".

Cosima von Bülow Pavoncelli, la hija de Claus y Sunny, se mantuvo junto a su papá y siempre sostuvo su inocencia. En febrero de 1982, Von Bülow fue arrestado. La motivación para matar a su mujer era la herencia de Sunny, hipótesis reforzada por la relación que él mantenía con Alexandra Isles. En el juicio, Von Bülow debió escuchar a su amante declarar en su

contra. Isles confirmó que en marzo de 1979 le había dado un ultimátum a su amante para que se divorciara antes de finalizar ese año. Isles relató que Von Bülow la llamó y le dijo: "Después de la Navidad seré un hombre libre y llegaré a un acuerdo sobre mi divorcio". Eso fue poco antes de que Sunny estuviera en coma por primera vez.

En el juicio, Von Bülow no miró nunca a Alexandra Isles. Mientras ella hablaba, él anotaba en una libreta amarilla. Luego, con engreimiento, explicó al jurado que había discutido el divorcio con su esposa, pero que el punto de conflicto no era que él se acostara con otra mujer, pues Sunny le dijo que a ella no le importaba que lo hiciera mientras mantuviera la aventura en secreto y no la humillara, y agregó que el principal tema de discusión con su esposa no era una mujer, sino su deseo de retomar el trabajo, a lo que ella se oponía. Obviamente negó todo intento de asesinar a Sunny, pero recurrió a una táctica que no fue bien recibida por el jurado: atacó a su esposa, destacó que no le hacía caso cuando le pedía moderación con el alcohol y con las pastillas que ella consumía desde antes de conocerlo. De todas formas, la principal evidencia era que su mujer tenía un nivel bajo de azúcar en sangre y un nivel alto de insulina. Las pruebas para determinar la presencia de insulina no se repitieron. Había una gran evidencia del uso excesivo de sedantes, vitaminas y otras drogas por parte de Sunny.

El endocrinólogo de Harvard, George Cahill, testificó que estaba convencido de que el daño cerebral de la víctima había sido causado por la inyección de insulina. Resultó suficiente. La conclusión de la fiscalía fue que el acusado había utilizado la insulina para matar a su esposa. En el juicio, realizado en

Newport, Rhode Island, Von Bülow fue declarado culpable y sentenciado a treinta años de prisión. Enseguida, un numeroso grupo de espectadores —que no pertenecían a las clases medias estadounidenses— gritó: "*Free Claus, free Claus*" (libertad para Claus), y él respondió alzando los brazos y poniendo hacia arriba los pulgares de sus manos en señal de triunfo. La pelea no termina hasta que termina, y aún faltaba toda la segunda parte.

Von Bülow contrató a un profesor de leyes de Harvard, con fama de idealista, llamado Alan Dershowitz, para presentar su apelación. Tenía un par de argumentos fuertes en cuanto al procedimiento: la bolsa negra con la insulina y otros barbitúricos se halló sin una orden judicial de registro; la información que sirvió de evidencia en el primer juicio no se había puesto a disposición de la defensa para su control y refutación, y se habían enviado a analizar pruebas sin hacer el registro correspondiente, por ejemplo en relación con la jeringa y las muestras de laboratorio que habían dado como resultado la presencia de insulina, retenidas por los hijastros del acusado hasta el momento del juicio.

La familia realizó una investigación privada que ni la Policía ni el juez debieron haber aceptado. Con estos argumentos, el juez Thomas H. Needham del Tribunal Supremo de Rhode Island declaró nulo el primer juicio y ordenó realizar otro, en el que la sartén por el mango la tendría la defensa; las pruebas anteriores quedaban al margen, y Dershowitz podría decir que era muy dudoso que su cliente le hubiera suministrado insulina a su esposa para matarla.

La campaña de Dershowitz para buscar la absolución de Von Bülow consistió en crear un mundo jurídico paralelo al

del primer juicio, es decir, introdujo incertidumbre acerca de las sustancias encontradas, en especial la insulina, y planteó que el coma de Sunny pudo deberse a otras causas que nada tenían que ver con una intención homicida del marido, sino hasta con la propia determinación de la millonaria de suicidarse, cansada de una vida que la aburría y la encerraba en el pequeño mundo de su cuarto, amistades que la visitaban, salidas de compras y nada más. Esta explicación alternativa era una mera especulación de Dershowitz. Pero, como la fiscalía ya no podía usar la prueba de la insulina por orden del Tribunal Superior de Rhoe Island, aquella explicación le venía como anillo al dedo para echarle la culpa de su estado a la propia Sunny, sin necesidad de tener que probarlo.

Era extraño que una mujer que había sido la reina de los salones más distinguidos de Europa y de los Estados Unidos de improviso se abandonara y, sobre todo, se deteriorara de esa forma. Fuera verosímil o no, al defensor de Claus poco le importaba. Apuntaba a crear la duda, y eso le sobraba para beneficiar a su cliente. Dershowitz era un abogado especializado en debates en los que estuviesen en juego garantías constitucionales, y aquí había una de mucho interés: el pleno derecho de toda persona a defenderse de una acusación; este principio se resquebrajaba si el sospechoso no podía analizar toda la prueba. Algunos de sus estudiantes le reprocharon que tomara esa defensa. Jim Cramer —que se convertiría en un conocido personaje de la televisión por su programa *Mad Money*, sobre finanzas— trabajó como asistente de investigación para Dershowitz, a pesar de que creía que Von Bülow era “sumamente culpable”. Con los años, Cramer insistió en el tema y agregó que el propio Dershowitz

no creía en la inocencia de su cliente, pero que era mucho el dinero que había en juego.

En las primeras semanas de ese segundo debate, la jueza Corinne P. Grande impidió que declararan los testigos clave de la acusación, que habían sido importantes para condenar a Von Bülow en su primer juicio. El fiscal general adjunto Henry Gemma se negó a comentar si las resoluciones de la jueza Grande perjudicaban su caso, pero lo perjudicaron. Solo dijo a la prensa: "Se admitieron ciertas pruebas en el primer juicio que no están siendo admitidas y recibidas en este juicio". En otras palabras, su postura era que Von Bülow podía revisar ahora todas las pruebas de la fiscalía que quisiera, pero reclamaba que se las dejaran usar. La jueza había dicho que no, con lo cual el fiscal se quedó sin evidencias. La insulina, por arte del papeleo y de decisiones polémicas, había desaparecido de los estrados judiciales. ¿Cómo haría entonces para demostrar que Von Bülow era culpable? Con las manos atadas, todo estaba servido para que se luciera Dershowitz.

El abogado idealista y su equipo presentaron la prueba de que Sunny se sobremedicaba, incluyendo los testimonios de Truman Capote, de Joanne Carson —la segunda esposa del famoso presentador de televisión Johnny Carson— y de más de diez amigos de Sunny. La defensa llamó a declarar a nueve médicos, quienes dijeron que los dos comas no fueron causados por insulina, sino por una combinación de drogas no inyectadas directamente sino ingeridas, el alcohol y las condiciones crónicas de salud previas de Sunny. Eran nueve opiniones destacadas que introducían una duda. Otros expertos declararon que la aguja hipodérmica estaba contaminada con insulina solo en el exterior, por lo que habría sido sumergida

en esa sustancia, pero no inyectada. ¡¿Quién podría haber hecho eso?!; ¿Qué rara circunstancia habría influido para que una aguja fuera mojada y no inyectada?

En este segundo juicio los roles se invirtieron; la defensa estaba bien preparada, y la acusación, bastante floja. ¿Algún imprevisto impidió inyectar esa aguja? ¿Cómo y por qué Von Bülow tenía tantas sustancias en su poder? Sedantes, hipnóticos, lidocaína, insulina. Aun aceptando que la insulina no hubiera sido inyectada, ¿qué hacía con ella en su armario? La fiscalía no realizó ninguna de estas preguntas en el segundo juicio, y el fiscal Gemma no tuvo forma de introducir las pruebas de los médicos que sí habían encontrado insulina. Los análisis de Ronald Gambardella, de Long Island, habían consistido en lavar la aguja sin sellar y obtener dos muestras, que dieron la presencia de la hormona en cuestión. No hubo caso. Gambardella, George Nitis, de Maryland, y Aggarwal, de Boston, no podían ser llamados a testificar y sus estudios no podían presentarse porque la jueza Grande tenía pavor de que le anularan este segundo juicio, a pesar de que la defensa en ese momento sí tenía tiempo suficiente para examinar las pruebas.

La jueza también impidió el testimonio del médico personal de Sunny, Richard J. Stock. En el primer juicio, Stock había dicho en un testimonio dramático que sospechaba que el primer coma de la señora había sido causado por inyecciones de insulina y tenía la impresión de que su esposo era el responsable. La jueza no permitió que se refiriera a ese punto otra vez. Tampoco dejó que el doctor Gerhard Meier sostuviera, como en el primer juicio, que él también sospechaba que las inyecciones de insulina habían sido la

causa del primer coma. Meier, médico del Hospital de Newport, también trató a Sunny por su segundo coma.

De esta forma, Dershowitz la tenía muy fácil. Remarcó que, tres semanas antes del coma final, Sunny había ingerido al menos setenta y tres comprimidos de aspirina, una cantidad que solo podía autoadministrarse y que indicaba su estado mental posterior. Parecía que bastaba con su sola afirmación, porque no había constancia de la ingesta de setenta y tres aspirinas. ¿De dónde sacó esa circunstancia y esa cifra? ¿En qué examen de laboratorio se basaba? Cada argumento del defensor no podía ser rebatido. Nadie defendió a Martha Crawford von Bülow en este segundo juicio. La idea que Dershowitz dejó flotando fue que hasta la propia Sunny pudo haberse inyectado la insulina. Pero ¿no era que según sus propios médicos la aguja en cuestión no había sido inyectada? Dershowitz se reveló de manera inesperada como un abogado de medianía, contradictorio y, por momentos, grotesco. ¿Es que acaso Sunny sabía que aplicándose insulina podía morir? ¿Todo este batido de barbitúricos los tomaba a espaldas de su marido? ¿Claus no se dio cuenta de nada ni de los cambios psicológicos y físicos de su mujer? Por otra parte, al revés del planteo de Dershowitz, Sunny no parecía tener motivos para desear la muerte, siendo —como era— atractiva, objeto de admiración, relativamente joven y extraordinariamente rica. Además, hacía muy poco se había hecho un *lifting*.

El médico Cahill se mostró dubitativo con relación a su testimonio en el primero de los juicios. Dershowitz le hizo preguntas capciosas hasta llegar a colocarlo donde él quería y conseguir que dejara de lado su opinión sobre el caso, basada en su propia experiencia, para llevarlo a un terreno general. Es

decir, Cahill terminó afirmando que la insulina podría haber sido la explicación más razonable para la causa del coma de Martha von Bülow en un noventa por ciento, pero que "ni él ni nadie más podría estar ciento por ciento seguro de ello". La réplica debería haber sido: "¿Para usted fue la insulina la causa del coma en este caso?". Y la respuesta habría sido positiva. Pero el fiscal Gemma se calló la boca y también sepultó otro interrogante esencial: ¿por qué Von Bülow tenía una bolsa negra, escondida en diferentes lugares, con drogas ilegales? La afirmación de Dershowitz acerca de que el matrimonio tenía acceso al vestidor constituyó un paso en falso que no le hizo honor a su inteligencia.

En junio de 1985, Claus von Bülow fue absuelto. Declaró: "Este fue un caso médico. No se trató nunca de un crimen". Los miembros del jurado del primer juicio quedaron asombrados e indignados por el resultado. "Estoy completamente disgustada", dijo Winifred Shaw, una de los miembros del primer jurado, al *Providence Journal*. "El sistema… no lo sé, simplemente no lo creo. Este jurado no pudo ver la evidencia que nosotros vimos. Hubo muchas cosas que se reprimieron. No pudieron ver todo", reiteró.

Los Von Auersperg nunca estuvieron satisfechos con este resultado y aclararon que estaban convencidos de que Claus había intentado matar a su esposa. Su familia estaba muy molesta porque Cosima von Bülow había elegido ponerse del lado de su padre. Ya en 1981, la madre de Sunny, Annie-Laurie Aitken, la desheredó. En julio de 1985, diez días después de que Claus fuera absuelto, Ala y Alexander presentaron una demanda civil contra él y en nombre de su madre por cincuenta y seis millones de dólares. El 24 de

diciembre de 1987, esta demanda se resolvió cuando Claus consintió el divorcio, renunciando a todos los reclamos por su fortuna estimada de veinticinco a cuarenta millones de dólares. Luego se fue a Londres. A cambio de esa renuncia, Cosima fue reintegrada en el testamento de su abuela y recibió treinta millones de dólares.

Sunny fue alimentada por vía intravenosa durante su largo período vegetativo. En 2002, su cumpleaños número setenta fue celebrado en la clínica de Nueva York donde había estado hospitalizada desde 1980. Una peluquera y una esteticista prestaron sus servicios, y un pianista tocó Chopin para ella. Sunny permaneció veintiocho años en coma, hasta que, el 6 de diciembre de 2008, un paro cardíaco le produjo la muerte, en el hogar de ancianos Mary Manning Walsh de la ciudad de Nueva York. Tenía 76 años. El funeral se realizó el 14 de enero de 2009 en la iglesia presbiteriana de Brick en Nueva York, la misma donde los Von Bülow se habían casado. Sunny fue enterrada en el Cementerio de la iglesia Saint Mary's, en Portsmouth, Rhode Island, no lejos de su propiedad.

El abogado Alan Dershowitz decía en su juventud: "Creer en la inocencia de mi cliente no es un factor relevante para decidir qué casos tomar, sino que me preocupa más el proceso que determina la culpabilidad o la inocencia de mis clientes". Sus detractores sostienen que sus palabras son una confesión de que lo que menos le interesa es la justicia del caso y que él tiene la habilidad suficiente para manipular cualquier proceso hacia un lado o hacia otro. Un cínico. Son sus estudiantes de entonces, y no solo Jim Cramer, los que aseguraron que no quería tomar el caso Von Bülow porque decía que él no defendía culpables. Cuando Von Bülow lo llamó por teléfono,

primero creyó que era una broma y luego se mantuvo reacio hasta que se encontró con el condenado cara a cara y hablaron de la estrategia legal y de los honorarios.

Luego de la absolución escribió el libro *Reversal of Fortune. Inside the Von Bülow Case*. La película de 1990, *Reversal of Fortune* (*El misterio Von Bülow* o *Mi secreto me condena*), dirigida por Barbet Schroeder y protagonizada por Glenn Close, como Sunny, y Jeremy Irons, como Claus, se basó en ese libro. Tal vez muchos de sus alumnos se hayan desilusionado con el soñador, romántico y desinteresado profesor Alan Dershowitz. El caso Von Bülow fue un formidable trampolín para él. Con los años se haría más rico, más famoso y más controvertido. Defendió a personajes como O. J. Simpson, en un juicio en el que se distanció de sus colegas defensores por sus actitudes deshonestas; Jeffrey Epstein, el violador y pedófilo, y hasta Donald Trump, el ex presidente, cuando enfrentó el proceso de *impeachment* en 2020.

Después de su absolución, Claus von Bülow siguió siendo una figura bienvenida en muchos eventos sociales de Manhattan, noches de estreno en Broadway y reuniones sociales y artísticas en Londres. El sábado 25 de mayo de 2019 murió a los 92 años en su mansión londinense.

¿Fue Sunny asesinada? En los dos juicios quedó claro que la insulina la había dejado en coma hasta su muerte. Solo su riqueza le permitió sobrevivir como un cadáver durante más de dos décadas, mientras los cuidados médicos devoraban gran parte su enorme fortuna. Si se utiliza el mismo porcentaje que le planteó Dershowitz al endocrinólogo Cahill, hay un diez por ciento de posibilidades de que no le hayan causado una

hipoglucemia y un noventa por ciento de que sí se la hayan causado.

¿La mató su marido? Solo se puede afirmar que primero un jurado dijo que sí y después otro jurado dijo que no. ¿Qué deja el caso? Lo que buscó Kenneth Barlow sin suerte: el crimen perfecto. Ambos casos tienen los mismos elementos, pruebas discutibles, silencio, dinero, lagunas y ambivalencias. Si es verdad que en su juventud Von Bülow siguió el caso Barlow, habrá aprendido que hay un par de elementos más que el enfermero no tenía: flema y paciencia.

El extraño caso del desmemoriado

Un vagabundo de unos 45 años se metió en el cementerio judío de Turín con la intención de hallar algo para robar. Era el 10 de marzo de 1926. No sabía qué iba a llevarse. Podría ser algo de metal o una maceta no muy pesada. Sus ojos quedaron fijos en un jarrón de cobre que podía valer lo suficiente para pagarse el almuerzo. El pordiosero estaba hecho. Despacio se encaminó hacia la salida, aferrando su precioso botín que vendería lo antes posible. ¿Qué estaba pasando! ¡No podía ser! Una fuerza sobrenatural a sus espaldas lo aferró del cuello como si fuese una tenaza y en un santiamén le quitó el jarrón que había robado. El cielo lo castigaba, pensó. Pero ¡qué cielo ni qué cielo! ¡Era el cuidador del cementerio que lo había visto hacía rato y lo había pescado justo cuando estaba por escapar! Lo arrastró como si fuese un chico hasta el portón de entrada y avisó a los carabineros, que lo arrestaron de inmediato. Se trataba de un hombre de contextura robusta, barba canosa y

desordenada, como sus cabellos, que hablaba con frases inconexas, sin sentido, lo que hacía pensar que tenía un desequilibrio mental.

—¿Cómo se llama? —le gritó uno de los dos carabineros.

—¿Quién?

—¡Usted!

—Ah, yo no sé quién soy yo… Ese es mi problema. De ahí venía… Pero no sé de dónde… No sé quién soy.

—Si te hacés el gracioso conmigo, ¡te vas a llevar unos cuantos golpes que te van a dejar peor de como estás ahora!

—Le juro, comandante. No memoria. No sé nombre ni dónde está mi casa ni nada. Voy por las calles porque no sé dónde estoy. No sé qué hacer. Ojalá pudiera darle un nombre. Más bien usted me debería dar un nombre a mí, porque no tengo.

Se expresaba con dificultad, estaba confundido, acaso no supiera ni siquiera en qué ciudad estaba, decía que no recordaba nada y, sobre todo, que no podía explicar su presencia en el cementerio de noche. Pero había un dato que los policías retuvieron. El pordiosero hablaba en dialecto piamontés. El desmemoriado les dijo: "*Monsú, ch'am ruvina nen. Ch'am fasa l'piasí 'd lasseme and é*". O sea: "Señores, no me arruinen. Por favor, déjenme ir".

Los carabineros se miraron y alzaron los hombros casi al mismo tiempo. Lo llevaron al cuartel y le explicaron el caso al comisario. Este habló con el hombre, que se expresó de la misma forma en que lo había hecho con los policías en el cementerio. El comisario decidió que no era asunto de la

Policía vérselas con ese loco, olvidadizo, vivo o lo que fuera, y decidió internarlo en el asilo de Collegno, a ocho kilómetros de Turín, donde ingresó con el número de interno 44170. A lo mejor, los psiquiatras podrían recuperar su memoria, si era verdad que la había perdido, y luego se vería…

El 6 de febrero de 1927, casi un año después de que lo detuvieran en el cementerio, el semanario *La Domenica del Corriere* publicó, en la columna "¿Quién lo ha visto?" —antepasado de un famoso programa de la televisión italiana actual llamado de la misma manera—, la foto del hombre sin memoria que seguía hospitalizado en Collegno. ¿Por qué publicaron la fotografía? Fue una iniciativa de los médicos del manicomio a causa del excelente comportamiento de este extraño paciente y por su alto nivel de educación. Los psiquiatras estaban asombrados y conmovidos. Querían ayudarlo a recuperar su identidad. En otras circunstancias se hubiera quedado en Collegno hasta su muerte, pero este hombre era distinto.

Resultó que la aparición de la foto causó una sacudida en una mujer. Cuando hojeaba la revista, Renzo Canella, de Verona, creyó reconocer a su hermano en el hombre de la fotografía, el profesor filosofía Giulio Canella, que fue dado por desaparecido en combate en diciembre de 1916, durante la Primera Guerra Mundial. Renzo visitó el manicomio y se encontró con el desmemoriado. Aunque en un primer momento declaró no haber reconocido a su hermano, pues había algunas marcas físicas que Giulio tenía y que el desmemoriado no; al volver a Verona, Renzo dudó, recordó algunos gestos de aquel hombre, el parecido físico con su hermano, y esta vez afirmó que en realidad no podía estar

seguro de que aquel hombre fuera o no su hermano desaparecido.

A partir de esa primera duda, el tema de la identidad y del reconocimiento se volvieron también una cuestión en la cual el deseo de recuperar a un ser querido y negar su desaparición pasó a jugar un papel central entre los familiares y amigos del profesor Canella. Después de la visita, el desmemoriado le escribió una carta a Renzo que permitía advertir que había algo extraño en la forma en que intentaba "querer ser" el profesor Giulio Canella.

Él quería recordar, "sentía" que lo unía al visitante un sentimiento de amor filial, pero lamentablemente no podía recordar nada. Sin embargo, la carta causó el efecto esperado en Renzo y en su familia, y así se sucedieron varias visitas de amigos y personas que habían conocido a Giulio para intentar descubrir si se trataba o no del profesor desaparecido. La sucesión de encuentros no fue concluyente. Algunos amigos creyeron reconocer al profesor, aunque otros dudaron. El desmemoriado aparentaba recordar "estratégicamente" algunas cosas, aunque continuaba olvidando muchas otras.

El filósofo Giulio Canella había nacido en la ciudad de Padua en 1881. Había sido director de la Scuola Magistrale de Verona. En 1909 había fundado una revista de filosofía católica junto con el padre Agostino Gemelli, el sacerdote que luego fundó la Universidad Católica y dio su nombre a un hospital en Roma. Cuatro años después, Giulio se había casado con la muy joven Giulia Concetta Canella, su prima, hija de un propietario muy rico de grandes posesiones en Brasil. Habían tenido dos hijos, llamados Rita y Giuseppe. En 1916, el periódico *Corriere del Mattino* informaba que el profesor de

filosofía Giulio Canella había sido llamado al frente de batalla con el grado de capitán. En medio de la Primera Guerra Mundial, en la batalla de Nižepole, en Macedonia, contra el ejército búlgaro, el capitán Canella fue visto por última vez mientras los enemigos lo tomaban prisionero. Más tarde no se supo nada de él, se había convertido en uno de los muchos desaparecidos.

Desde ese día, su esposa había vivido con la esperanza de volver a abrazarlo y, ahora, ese momento parecía haber llegado. El punto culminante del reconocimiento ocurrió con la visita de la señora Giulia Canella. De acuerdo con los médicos, ella llegó al manicomio de Collegno y después de algunas dudas iniciales abrazó al desmemoriado o interno 44170 y lloró en sus brazos, reconociendo al fin a su marido extraviado hacía once años. De inmediato, con lágrimas en los ojos, la mujer confirmó que se trataba de su esposo. Por otro lado, el hombre sin memoria ni siquiera se dio cuenta de la presencia de Giulia en el primer encuentro, es decir que no la reconoció como su esposa ni como una conocida ni como nada ni tenía un vago recuerdo de ella. Prácticamente la ignoró a pesar de los abrazos de ella, y no mantuvieron ninguna conversación.

En el segundo encuentro aseguró que la señora le parecía lejanamente conocida. Giulia no sabía qué hacer; primero, él no la reconocía para nada, y después, un poco. La tercera vez que se encontraron en Collegno fue todo. El desmemoriado se acercó a ella y la abrazó diciéndole que finalmente la había reconocido. Al fin, después de tantos años, el hombre que había perdido la memoria la recuperó no sin esfuerzo. De un loco de manicomio, que con seguridad terminaría allí sus días,

a recuperar su identidad de caballero, profesor de filosofía y jefe de una familia que experimentaba el milagro de un reencuentro que parecía imposible. Giulia, poco a poco, lo ayudó a reconstruir su pasado, y el 1º de marzo de 1927, cuando el hombre ya había sido identificado de manera oficial como Giulio Canella, pudo llevarlo a casa. La noticia de ese reencuentro extraordinario terminó con grandes testimonios de los involucrados en *La Stampa*, el periódico piamontés.

Apenas seis días después, a la comisaría de Turín llegó una carta anónima. El comisario la abrió con desgano, pero en cuanto comenzó a leer, sus ojos se agrandaron y se quedó con la boca abierta. Esa carta decía que el olvidadizo de Collegno no era Giulio Canella sino un tal Mario Bruneri, nacido en Turín en 1886. Bruneri había trabajado como impresor antes de convertirse en un militante anarquista sin hogar. Desde 1922 —como averiguaron los policías al examinar sus archivos— era buscado porque tenía dos condenas, una por fraude y otra por lesiones, e incluso con anterioridad había estado en prisión por delitos similares. El expediente policial decía mucho sobre este Bruneri; por ejemplo, las últimas noticias que se tuvieron sobre él provenían de las ciudades de Pavia y de Milán; también se lo había visto con una mujer, originaria de la ciudad de Brescia, con antecedentes por delitos contra la propiedad y además por conducta inmoral. ¿Una prostituta?

El comisario ordenó a sus hombres que fueran a Verona y llevaran de regreso de inmediato al desmemoriado, aunque la familia Canella se opusiera. Quería enfrentarlo con Rosa Negro, la mujer de Mario Martino Bruneri. El hombre de la memoria perdida —pero que se suponía que la había

reencontrado como Giulio Canella— llegó a Turín el 9 de marzo y, ese mismo día, en la comisaría se enfrentó con Rosa. La mujer, dando gracias al cielo, lo reconoció de inmediato como su marido. El desmemoriado dejaba de ser Giulio Canella para pasar a ser Mario Bruneri, tipógrafo anarquista de pésimos antecedentes. No solo Rosa lo reconoció como su marido, sino también su hijo Giuseppe, de 14 años, que lo había visto por última vez cuando apenas tenía 9. Tampoco tenían dudas sus dos hermanas y su hermano de que se trataba de Mario Bruneri. Hasta lo reconoció como Mario Bruneri su propia amante, Camilla Ghidini, alias Milly.

Seis personas que no titubearon, no dudaron, tenían la plena certeza de que Mario Bruneri había reaparecido en sus vidas. El comisario estaba satisfecho, y la familia Bruneri, también. El único que no estaba contento era el desmemoriado. Frente a todos los Bruneri, e incluso frente a su amante, que no dejaba de sonreírle, negó rotundamente haberlos visto alguna vez. Desde ese momento, el tema se convirtió en un extraño caso. ¿Quién era el pordiosero que robaba en el cementerio, el filósofo Canella o el tipógrafo Bruneri? Dos familias que no se conocían en absoluto lo reconocieron como propio, es decir, como su pariente, pero el tipo no podía tener dos identidades al mismo tiempo. ¿Era Canella o era Bruneri? Si era Canella, tenía 45 años. Si era Bruneri, 40. Ahora, todos los periódicos de Italia se ocuparon del asunto y el país se dividió, quienes apostaban que era Canella y quienes sostenían que era Bruneri.

Los Canella seguían convencidos de que el hombre era su pariente, en especial Giulia, que se desesperaba por demostrar que se trataba de su marido —a quien había esperado sin perder las esperanzas, aunque le dijeran que había muerto en la

guerra— y acusaba a los Bruneri de mentir por interés, por querer ganar dinero con este asunto. Había un método para terminar con este extraño caso, recurrir a la comparación de las huellas dactilares. La policía de Turín tomó las huellas del desmemoriado, que podía ser Canella o Bruneri, y las comparó con las fichas dactiloscópicas archivadas de Bruneri, tomadas en ocasión de su primera detención. La duda quedó resuelta. El desmemoriado del manicomio de Collegno era… Mario Bruneri.

Las huellas dactilares tomadas por la policía correspondían ciento por ciento al anarquista. Pero no todo terminó allí. Además, del estudio de la morfología del rostro surgió más información, pues una cuidadosa verificación del perfil izquierdo del olvidadizo comparado con la fotografía del profesor Canella, proporcionada por su esposa, permitió establecer que entre los dos había una diferencia notable. Asimismo, mediante la técnica del estudio de los pabellones auriculares, muy innovadora para la época, los criminalistas establecieron que existían diecisiete puntos diferentes entre la fotografía de Canella y el desmemoriado. El estudio de la aurícula, debido a su compleja morfología en extremo caracterizada —por ejemplo, por el tipo de hélice, antihélice, trago, cuenca, lóbulo— y la circunstancia de que no cambiaba con los años, se convirtió en un análisis de gran utilidad realizado por Ugo Sorrentino, de la Escuela de Policía Científica de Roma. Entre las orejas de ambos, las discrepancias eran notables, además de que existían diferencias reales en la forma y la apertura de los párpados, en el lóbulo de la nariz y en la posición de las fosas nasales.

Para Sorrentino, el hombre sin memoria no era el profesor Canella. A pesar de estas pruebas, nadie quería que el caso se resolviera solo con ellas. Una familia y la otra, además del público, reclamaban más exámenes. Así que, mientras tanto, quien había sido el profesor de filosofía Giulio Canella, pero que luego había sido el tipógrafo Bruneri, volvió como el hombre sin memoria al manicomio de Collegno. Las investigaciones continuaban.

Giulia Canella estaba furiosa y creía que los carabineros querían perjudicarla y favorecer a los Bruneri, aunque no daba una razón para ello. Estaba en contra de la decisión de enviar a "su marido" de nuevo al manicomio, como si fuese un loco de capirote. En una persona del común su oposición no hubiese tenido mayor efecto, pero la señora Canella tenía mucho dinero y contrató como defensor a uno de los abogados más importantes de su época, Francesco Carnelutti, maestro de derecho civil, penal y procesal. Pero la señora no descuidó el costado político y también contrató como codefensor a Roberto Farinacci, uno de los principales exponentes del partido fascista, que estaba en el poder en ese momento. Giulia jugaba todas sus fichas, si no era con la ley y el derecho, sería a los garrotazos, pero ella se quedaría con el desmemoriado; es decir, estaba convencida, ya no era el desmemoriado, sino su marido, y se llamaba Giulio Canella.

El tribunal de Turín decidió, el 23 de diciembre, liberar del manicomio al olvidadizo al considerar que la prueba de la identificación indicaba que se trataba de Mario Bruneri y no de Giulio Canella. La que no lo quería era su mujer, Rosa Negro. Por supuesto que para ella era su marido, pero uno que le había dado muchos dolores de cabeza y que estaba

convencida de que aún se los daría si se lo entregaban. Tenía con el olvidadizo un trato más bien frío, porque no se olvidaba de las infidelidades del pasado y porque siempre le había causado molestias. ¿De qué iba a vivir ella con ese otro peso en su casa, reaparecido sin un centavo, sin trabajo, sin nada y, encima, con algunos años de cárcel pendientes de cumplimiento por viejos robos y estafas que no habían prescripto? Pero su comportamiento hacia el hombre sin memoria cambió cuando se dio cuenta de la obstinada voluntad de Canella. El escritor Leonardo Sciascia, que sobre este caso escribió *El teatro de la memoria*, apuntó: "Contra la señora Canella, contra la riqueza, el espíritu de posesión se destila en la señora Rosa Negro".

El desmemoriado tenía algo para decir, pero jamás lo haría, sino que lo actuaría. Él era Bruneri y se reencontró consigo mismo a su pesar aquella noche que fue detenido robando en el cementerio. Jamás diría que era Bruneri porque, si lo hacía, iría a prisión por delitos que aún debía pagar. Es de imaginar su sorpresa cuando lo confundieron con un rico profesor de filosofía. Con la identidad del profesor Canella podría tener una vida sin sobresaltos de ningún tipo, con una mujer que lo amaba y haría lo imposible para que se quedara a su lado. Él no quería ser quien era. Quería ser Canella. Era sencillo elegir entre las dos alternativas que se le presentaban: tener una familia adinerada o una vida de preso.

En 1928 se abrió un juicio en Florencia debido a que los ánimos estaban muy calientes en Turín. Dos viejos colaboradores del hombre perdido en la guerra —es decir, de Canella—, el padre Gemelli, cofundador de la revista filosófica, y el conde Giuseppe della Torre, afirmaron que, sin

lugar a dudas, el desmemoriado no era Giulio Canella. Giulia quería derribar las paredes de los tribunales y acusó a Gemelli y a Della Torre —que se habían presentado al juicio sin que nadie los hubiera llamado a declarar, para esclarecer de manera desinteresada el caso— de haber hecho estas declaraciones solo por sus intereses personales. No obstante, precisamente por esos dos testimonios, el tribunal reconoció que el olvidadizo era en realidad Mario Bruneri. La señora Canella, mostrando de modo sorpresivo su vientre de embarazada, insistió: "Es mi marido, sé lo que estoy diciendo". La familia Canella presentó de inmediato un recurso de apelación, pero fue denegado. El hombre sin memoria, que hasta ese momento seguía viviendo con la señora Giulia como si fuera su esposo, fue encarcelado durante unos meses como Bruneri; sin embargo, no cumplió plenamente los dos años restantes de las penas que le habían impuesto.

Tan pronto como quedó libre, regresó con Giulia. Tuvieron una hija, Elisa, y luego otros dos hijos, Camillo y Maria. Si el hombre olvidadizo no era considerado legalmente el padre de los dos hijos que tuvo Giulia antes de la guerra, no podría reconocer ni siquiera a los tres últimos por haber nacido fuera del matrimonio. Para evitar escándalos, Francesco Canella, el padre de Giulia, trasladó a toda la familia a Río de Janeiro. Gracias a la legislación brasileña, más flexible, el olvidadizo se convirtió legalmente en Julio Canella. Aprendió portugués y comenzó a colaborar con los periódicos locales, realizó conferencias sobre filosofía y envió algunas reflexiones teológicas al papa Pío XI, quien le respondió llamándolo "el ilustre doctor Giulio Canella". La única persona que creía y

quería creer a ciegas fue Giulia Canella, independientemente de la evidencia en contra. Para ella, la ilusión se vivía como certeza y eligió el autoengaño. “Sé que mi Giulio es mi Giulio: el resto no cuenta. Desde que lo reconocí, nunca he dudado y nunca dudaré. Sobre todo, después de haber vivido en intimidad con él, mi marido. Es el físico quien me dice esto, pero sobre todo es su personalidad moral e intelectual. Soy firme y estoy lista para luchar hasta la victoria”, dijo ella.

La señora Canella estaba decidida, se dejó guiar por la intuición y no mostró nunca signos de ceder a pesar de las evidencias de la doble impostura, la suya y la del hombre olvidadizo que se esforzó en dejar de ser Bruneri para sumergirse de lleno en la vida del profesor Canella. Rosa Negro perdió a su marido, que nunca quiso estar con ella ni tampoco ser Bruneri.

Mientras, en Roma, en 1930, el Tribunal Supremo autorizó la reapertura del caso a petición de los defensores de la Canella. El desmemoriado debía ser declarado Canella por la Justicia. Pero el Tribunal de Apelación de Florencia confirmó al año siguiente el veredicto: era Bruneri. Los papeles volvieron a la Corte Suprema, que llegó a la peor de las situaciones, quedó bloqueada porque siete jueces decían que debía darse curso a la apelación de los Canella y los otros siete pensaban que no. Mariano D’Amelio, presidente de la Corte, se dirigió al poderoso ministro de Justicia fascista Alfredo Rocco para preguntarle qué hacer en esta embarazosa situación. El ministro, furioso, decidió que había que darle un final definitivo al penoso asunto del desmemoriado de Collegno. “¡Basta de payasadas!”, se le oyó decir. Ordenó al presidente del Tribunal de Casación que tomara una decisión.

De esta manera, el día de Navidad de 1931, D'Amelio rechazó definitivamente la solicitud de Canella. El olvidadizo era Bruneri en Italia y Canella en Brasil. Desde el momento en que el desmemoriado pasó a ser el profesor Canella, Mario Bruneri desapareció por completo. La primera paradoja es que quien siempre permaneció desaparecido en toda esta historia fue el verdadero Canella, que nunca pudo escapar de aquella batalla contra los búlgaros, en 1916. El otro Canella —Bruneri haciéndose pasar por Canella— murió en Río de Janeiro el 12 de diciembre de 1941. La segunda paradoja es que, sin Bruneri, Canella no se hubiera hecho conocido y jamás hubiera "resucitado".

En 1946, la familia de Canella pidió otro juicio con base en la nueva ley que anulaba las sentencias dictadas en la era fascista. Pero la solicitud fue rechazada porque Bruneri no estaba por ningún lado. Tenía el mejor escondite, la identidad de otra persona. Todo era muy curioso. Giulia quería que se admitiera la identidad de su marido como Giulio Canella para que reconociera a sus hijos y se normalizara la situación de toda la familia, pero para eso era necesario declarar que la persona que había aparecido en el cementerio de Turín en 1926, el desmemoriado, no era Bruneri, sino Canella, para lo cual habría que volver a examinar a Bruneri, pero este no estaba por ninguna parte, se había esfumado, pues había existido como Canella. Giulia, junto con sus nietos, continuó el pedido de que se reconociera la aparición de su marido. En 1977 afirmó otra vez que nunca tuvo dudas sobre la identidad de su esposo, al igual que los hijos y nietos. Ese año, ella murió.

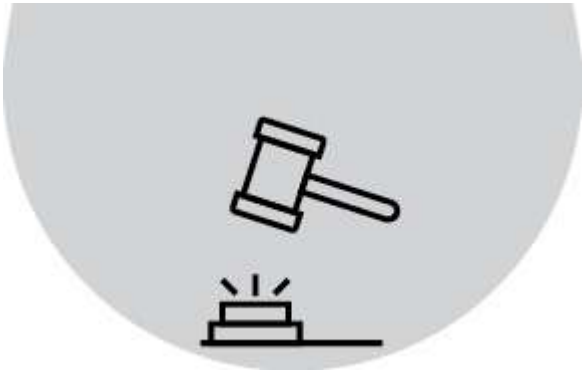
El 9 de julio de 2014, en el programa de televisión *¿Quién lo ha visto?*, de Rai 3 (Rai Tre), se informó sobre los resultados del análisis de ADN realizado por la genetista Marina Baldi a los descendientes vivos de Canella, Julio y Francesco, hijos de Giuseppe Canella, el hijo del profesor Canella, concebido antes de ir a la guerra, y el hijo que el desmemoriado y Giulia tuvieron en Brasil, Camillo. El resultado del examen fue concluyente: "No descienden del mismo hombre".

PIRANDELLO, SCIASCIA Y GRETA GARBO

Basado en esta historia, en 1929, Luigi Pirandello escribió la obra *Come tu mi vuoi*, estrenada al año siguiente en Milán. Pasaron décadas hasta que, después de ver la puesta en escena de Susan Sontag en Turín, en 1979, y de releer la pieza de Pirandello, el autor Leonardo Sciascia decidió escribir *El teatro de la memoria*, publicado en 1981, volviendo sobre el caso de *Lo smemorato di Collegno*. En la obra, escribe Sciascia: "Pirandello asume la defensa de la señora Giulia Canella: la única persona que, en todo este *affaire*, merecía realmente ser defendida. Aquella que había creído, que había querido creer, contra todas las pruebas".

Varias películas se han hecho basadas en esta historia. *As You Desire Me* (*Como tú me deseas*), interpretada por Greta Garbo, en 1932. Y dos italianas con el mismo título: *Lo smemorato di*

Collegno, la primera interpretada por Angelo Musco en 1936, y la segunda por el actor cómico Antonio de Curtis, Totò, en 1962.



Carrie

Hemos podido ver más de una vez que el bienestar público puede exigir la vida de nuestros mejores ciudadanos. Sería extraño que no pudiera exigir las de aquellos que drenan la fuerza del Estado… Es mejor para todo el mundo que en vez de esperar a ejecutar por sus crímenes a una descendencia degenerada, o de permitir que mueran de hambre por imbecilidad, la sociedad pueda evitar que aquellos que manifiestamente son inapropiados puedan reproducir la calaña. El principio que defiende la vacunación obligatoria es lo suficientemente amplio como para cubrir la ligadura de las trompas de Falopio. Tres generaciones de imbéciles son suficientes.

Voto por la mayoría del juez Oliver Wendell Holmes emitido en la sentencia del 2 de mayo de 1927 en el caso Buck versus Bell, en respaldo a la esterilización eugenésica obligatoria según el Acta de Esterilización Forzada del estado de Virginia.

Clarence Garland, sobrino de John y Alice Dobbs, violó a Carrie Buck, de 16 años. La chica había nacido en

Charlottesville el 2 de julio de 1906. Fue criada por sus padres adoptivos, la familia Dobbs, desde que tenía 3 años. En 1920, las autoridades sanitarias del estado de Virginia consideraron que la madre biológica de Carrie, Emma Adeline Harlowe Buck, era una "idiota de bajo grado" y promiscua por tener hijos fuera del matrimonio y la enviaron a la Colonia Estatal de Virginia para Epilépticos y Deficientes Mentales en Madison Heights, cerca de Lynchburg. La señora Emma era una mujer casada, blanca y pobre. Cuando su hija quedó embarazada a causa de la violación, su familia adoptiva, para ocultar el agravio sexual de su sobrino contra la joven, dijo que el embarazo era producto de la promiscuidad y, en consecuencia, de la debilidad mental de Carrie.

El matrimonio Dobbs pidió a un tribunal de Charlottesville que se ocupara del asunto, y el 23 de enero de 1924 enviaron a Carrie con otra familia adoptiva hasta el nacimiento de su bebé, que ocurrió el 28 de marzo de 1924, una niña a la que llamaron Vivian Alice Elaine Buck.

Antes de este nacimiento, la Asamblea General del estado aprobó la esterilización obligatoria de todas las personas que el estado consideraba no aptas genéticamente para la procreación. Esta era la concreción de una política que se puso en marcha en 1890, basada en el auge de la eugenesia como movimiento político influyente y en el perfeccionamiento de operaciones seguras y sencillas: la vasectomía en los varones y la salpingectomía —extracción de las trompas de Falopio— en las mujeres, en lugar de la castración y otras formas de mutilación que la sociedad no aceptaba.

Cuando Carrie tuvo a su beba, se la quitaron de los brazos y se la dieron a la familia Dobbs. A Carrie la llevaron contra su

voluntad a la Colonia Estatal de Virginia para Epilépticos y Deficientes Mentales, junto con su madre. La genética en estas cuestiones no tenía nada que ver. Se le colocaba el frac médico a situaciones sociales que las malas políticas provocaban. Eran, en fin, prejuicios. La pobreza no gustaba. Los hijos fuera del matrimonio no gustaban en una época de fundamentalismo cristiano. Las bases científicas para determinar quiénes eran genéticamente "defectuosos" eran falsas, recurrir a la herencia no tenía fundamento científico alguno, pero si un equívoco es repetido por un millón de personas, se convierte en una certeza casi absoluta.

El 10 de septiembre, la junta de la colonia psiquiátrica donde Carrie estaba recluida aprobó una lista de dieciséis candidatos recomendados por el superintendente Albert Sidney Priddy para ser esterilizados. En esa lista estaba incluida Carrie Buck. Sin embargo, antes de realizar las cirugías, Priddy, un firme partidario de la esterilización, pero también un administrador cauteloso y metódico, decidió probar la constitucionalidad de la ley en los tribunales. Para hacer eso, presentó todas las órdenes de esterilización excepto la de Carrie. En combinación con Priddy, el tutor designado por el estado para Carrie, Robert G. Shelton, apeló la orden de esterilización de la joven ante el Tribunal de Circuito del Condado de Amherst. Priddy contrató a Aubrey Strode, quien había redactado la Ley de Esterilización, para que defendiera la postura de la colonia.

Irving P. Whitehead, un abogado experimentado, ex miembro de la junta de la colonia y partidario de la esterilización, acordó defender a Buck. El 18 de noviembre de 1924, el juez Bennett T. Gordon escuchó el testimonio en el

caso Buck vs. Priddy. Strode comenzó llamando al estrado a una enfermera de Charlottesville, tres maestros, el superintendente de un orfanato del condado de Albemarle, un empleado de la oficina de asistencia social y un hombre que decía ser el cuñado del padre biológico —que ya había muerto — de Buck. Solo dos de los testigos habían conocido a Carrie Buck, y apenas uno de ellos había interactuado recientemente con ella. Una trabajadora social dijo que Carrie Buck era "obviamente débil mental" y que su bebé tenía "un aspecto que no es del todo normal".

Strode llamó luego a varios testigos expertos que testificaron sobre la controvertida ciencia de la eugenesia. El doctor Joseph Spencer DeJarnette, superintendente del Western Lunatic Asylum, explicó que "la debilidad mental es hereditaria". Cuando el abogado de Buck le preguntó si alguna vez se había "remontado a lo largo de las líneas de la herencia para averiguar cuál fue el comienzo de la cosa", respondió: "No, señor. Adán, creo, estaba un poco fuera de sí en algunas cosas". Arthur H. Estabrook, un investigador de la eugenesia que había pasado solo un día entrevistando y fotografiando a Carrie, su madre y su hija, concluyó que probablemente todos fueran el producto de "una cepa defectuosa". Por último, Priddy testificó que Carrie era la candidata perfecta para la esterilización. Ella provenía de una familia de personas débiles mentales —dijo— y, en ausencia de la cirugía, sería probable que diera a luz a "idiotas de grado medio" como ella.

Esos niños, incluida su hija, Vivian Buck, serían una carga para el estado al requerir atención institucional. Pero con la cirugía —dijo Priddy—, Buck podría ser liberada en la sociedad y, con un poco de supervisión, trabajar e incluso

casarse, todo sin el peligro de volver a reproducirse. El historiador legal Paul A. Lombardo ha señalado que Whitehead no interrogó de manera agresiva a ninguno de los testigos. Se limitó a testificar él mismo a favor de la esterilización. Cuando Strode, defensor de la Colonia Estatal de Virginia para Epilépticos y Deficientes Mentales, terminó su caso, pobre por otro lado, Whitehead, el "defensor" de la chica, no llamó a un solo testigo. "Un espectador razonablemente podría haber llegado a la conclusión de que había dos abogados trabajando para el doctor Priddy, el director de la colonia, y ninguno para Carrie Buck", escribió Lombardo en su historia del caso, *Three Generations, No Imbeciles*, de 2008.

Priddy murió el 13 de enero de 1925 y fue reemplazado por John Hendren Bell. Al mes siguiente, el juez Gordon falló a favor de la colonia en el caso que entonces ya se llamaba "Buck vs. Bell". La sentencia escrita, emitida el 13 de abril de 1925, aseguró que Carrie Buck era débil mental y según las leyes de la herencia era la probable madre potencial de una "descendencia socialmente inadecuada"; como tal, debería esterilizarse. Una de las secciones de la sentencia es contundente y resolutiva.

> Carrie Buck padece una forma hereditaria de debilidad mental; que dicha Carrie Buck fue debidamente procesada por Albert S. Priddy, superintendente, ante la Junta Directiva Especial de la Colonia Estatal para Epilépticos y Deficientes Mentales, en estricto cumplimiento con todos los requisitos y disposiciones de dicha ley, aprobada el 29 de marzo de 1924, y la Corte ha encontrado además como hechos sobre la evidencia aducida que la mencionada Carrie Buck es deficiente mental y por las leyes de la herencia es la probable madre potencial de una descendencia socialmente inadecuada, que puede ser esterilizada sexualmente sin detrimento para ella… Su esterilización

> favorecerá su bienestar y el de la sociedad. Se considera y ordena por el Tribunal que… el 10 de septiembre… se realice por el doctor. J. H. Bell, un médico competente y capaz, la operación de salpingectomía en dicha Carrie Buck, sea y por la presente se afirma dicha orden. Y se ordena… que realice en no menos de 90 días a partir de la fecha de esta orden, la operación de salpingectomía en dicha Carrie Buck.

El caso fue remitido a la Corte Suprema de Apelaciones de Virginia.

La orden de esterilizar a Carrie Buck se fundó en la creencia de que las anomalías genéticas eran una causa importante de varios problemas sociales, desde la poca inteligencia y la falta de movimiento hasta la promiscuidad, la prostitución y otros delitos más graves. A principios de siglo XIX, el medio primo de Charles Darwin, Francis Galton, lanzó un movimiento en Inglaterra basado en la idea de que los humanos podían criarse de manera similar a las plantas y los animales. Galton acuñó el término "eugenesia", que significa "bien nacido", en 1883. Científicos, médicos y partidarios de la eugenesia aficionados se embarcaron en ambiciosos proyectos de recopilación de datos, diseñados para probar sus teorías.

Grandes estudios estadísticos de poblaciones institucionales y genealogías familiares pretendían demostrar que las enfermedades mentales y las tendencias delictivas eran heredadas. En un largo artículo de la revista literaria y cultural *The Atlantic Monthly*, en abril de 1875, Oliver Wendell Holmes Sr., médico y poeta, argumentó que "se puede demostrar que el crimen corre por la sangre". Oliver Wendell Holmes Sr. fue el padre de quien con el mismo nombre fuera el juez de la Suprema Corte de los Estados Unidos que definió el caso de Carrie Buck. Los eugenistas —partidarios de la

eugenesia— creían que los afroamericanos, los indios americanos, la gente pobre, los delincuentes, las prostitutas y los alcohólicos tenían genes inferiores, una teoría que daba credibilidad científica a las suposiciones generalizadas sobre la supremacía blanca. Pero muchos científicos y sociólogos reconocieron que los vínculos entre el crimen y la herencia todavía no estaban suficientemente respaldados por pruebas. Aun así, dieciséis estados se movieron con rapidez para aprobar leyes de esterilización.

La Eugenics Record Office fue la organización más exitosa del movimiento eugenésico estadounidense, respaldada por los gobiernos estatales. La presidía Harry Laughlin, quien dedicó gran parte de su vida a publicitar, escribir y hacer política a favor de la esterilización eugenésica. Creía que de esta manera en solo dos generaciones se podría eliminar a los "elementos indeseables" o no valiosos de la sociedad. En 1922, por ejemplo, defendía la promulgación de una ley modelo al respecto. Esta propuesta se convirtió en el prototipo de la mayor parte de las leyes dictadas en ese sentido en los Estados Unidos, aunque pocos estados aceptaron todas las propuestas de Laughlin, pues este incluía entre los indeseables y poco valiosos, o sea, entre los que también debían esterilizarse, a los sordos, a los ciegos, a los huérfanos, a los holgazanes, a las personas sin hogar y a los vagabundos. Estas sugerencias de Laughlin tuvieron mejor recepción en la Alemania nazi, pues su acta modelo inspiró los viles Erbgesundheitsgerichten (EGG) o juzgados de salud hereditaria, que antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial resolvieron la esterilización de 375.000 personas y de casi 4000 más por su ceguera y sordera.

La cuestión central en el caso de Carrie Buck y su hija era la herencia, que constituía la fuerza motriz que movía la eugenesia. Porque si la deficiencia mental era el efecto de la malnutrición, y no de unos genes defectuosos, ¿cómo podía justificarse la esterilización? Para que la eugenesia forzada se sostuviera eran necesarios "genes anormales". Si una comida adecuada, una buena crianza, un cuidado médico apropiado y una educación podían convertir a la hija de Carrie en una ciudadana digna, ¿cómo podía justificarse que el estado de Virginia le quitara las trompas de Falopio a su mamá contra su voluntad? Por eso, el caso Carrie Buck fue tan importante para los que sostenían la eugenesia forzada.

El 12 de noviembre de 1925, la Corte Suprema de Apelaciones de Virginia confirmó el fallo del Tribunal de Circuito del Condado de Amherst en el caso Buck vs. Bell. La Corte Suprema de los Estados Unidos aceptó tratarlo para su revisión en septiembre de 1926. En su extenso y detallado informe, Aubrey Strode, en representación siempre de la Colonia Estatal de Virginia para Epilépticos y Deficientes Mentales, presentó tres argumentos principales, anticipándose a las antiguas objeciones de quienes se oponían a la esterilización eugenésica: 1) la ley de Virginia no imponía un castigo cruel e inusual; 2) la ley otorgaba a los reclusos el debido proceso legal, y 3) representaba un ejercicio válido del poder policial, derivado de la obligación estatal de proteger la salud y seguridad de la población.

Strode enfatizó que, para Carrie Buck, la esterilización sería un procedimiento indoloro que beneficiaría su calidad de vida y al mismo tiempo beneficiaría a la sociedad en general. Además, a Buck se le dio un aviso razonable del

procedimiento, se le nombró un tutor y se le otorgó el derecho de apelar. Por su parte, el escrito del defensor Whitehead era menos de la mitad de largo que el de Strode. Admitió que Carrie Buck era débil de mente mientras insinuaba lo mismo sobre su hija. Y, en lugar de defenderla, la perjudicó.

Laughlin, encarnizado adepto a esta práctica, no era parte en el expediente, pero realizó una declaración y un breve trabajo que les dio a todos los tribunales que intervinieron en este asunto, incluyendo la Corte Suprema.

En ellos reiteraba que Emma Buck, la mamá de Carrie, tenía una edad mental de 7 años y medio, y Carrie, de 9. Estos valores correspondían, según los criterios de esa época, a personas imbéciles, justo la palabra que utilizaría el juez Wendell Holmes en su argumento, que resumía el de la mayoría. Es decir que los jueces de la Corte dieron importancia a los señalamientos de Laughlin.

La Corte Suprema escuchó los argumentos orales en el caso Buck vs. Bell el 22 de abril de 1927 y luego, el 2 de mayo, emitió una decisión de 8 a 1, que confirmaba la orden de esterilizar a Carrie Buck y declaraba constitucional la ley que la autorizaba. El juez asociado Pierce Butler discrepó, pero no escribió su disidencia. La opinión mayoritaria, escrita por Oliver Wendell Holmes Jr., tenía solo cinco párrafos. “Hemos visto más de una vez que el bienestar público puede llamar a los mejores ciudadanos”, escribió Holmes. Y continuó: “Sería extraño que no se pudiera recurrir a los que ya minan la fuerza del Estado para estos sacrificios menores, a menudo no percibidos como tales por los interesados, para evitar que nos inunde la incompetencia. Es mejor para todo el mundo que, en lugar de esperar a ejecutar a los hijos degenerados por un

delito o dejarlos morir de hambre por su imbecilidad, la sociedad pueda evitar a aquellos que son manifiestamente incapaces de continuar con su especie". Refiriéndose al hecho de que varios tribunales habían encontrado que Emma Buck, su hija Carrie Buck y su nieta Vivian Buck eran débiles mentales, Holmes concluyó: "Tres generaciones de imbéciles son suficientes".

El 19 de octubre de 1927, John H. Bell, el superintendente de la colonia, realizó una salpingectomía para esterilizar a Carrie Buck. Fue liberada de la institución un mes después. Holmes, acerca de su fallo, aseguró luego: "Sentí que me aproximaba al principio de una reforma real". La decisión en el caso Buck vs. Bell fue ampliamente aclamada en la prensa. *The Daily Progress*, de Charlottesville, calificó la opinión de Holmes de "un clásico genuino" y elogió sus "tendencias progresistas", mientras que la revista *Time* describió a los oponentes de la eugenesia como "sentimentalistas". En la década siguiente, siete estados y Puerto Rico promulgaron estatutos de esterilización por primera vez, y otros revisaron la suya para asemejarla a la ley de Virginia aprobada por los tribunales.

En Inglaterra, donde había comenzado el movimiento eugenésico, las leyes de esterilización nunca se establecieron. "No digo que la ley no deba, en algún momento futuro, extenderse más ampliamente. Solo digo que nuestro conocimiento científico en la actualidad no es adecuado para este propósito y que es muy peligroso cuando una comunidad permite que sus reproches morales se disfracen de ciencia, como sin duda ha sucedido en varios estados de América", escribió el filósofo Bertrand Russell en 1929, en *Marriage and*

Morals (*Matrimonio y moral*). El papa Pío XI, en una encíclica fechada el 31 de diciembre de 1930, también se opuso a quienes "anteponen la eugenesia a los objetivos de un orden superior".

La eugenesia había sido popular en Alemania antes de la Segunda Guerra Mundial, y en los Juicios de Núremberg, entre 1945 y 1946, los fiscales apuntaron a esterilizaciones realizadas en campos de concentración "bajo la apariencia de investigación científica". Varios acusados nazis citaron la decisión en el caso de Buck vs. Bell y al juez Wendell Holmes en su propia defensa, reproduciendo sus palabras y las de los médicos partidarios de la eugenesia forzada en los Estados Unidos.

La decisión adoptada por la Corte Suprema en el caso Buck vs. Bell nunca fue revisada ni revocada. En Skinner vs. Oklahoma, de 1942, la Corte Suprema prohibió la esterilización como medida punitiva, algo que la ley de Virginia ya había tenido cuidado de repudiar. Virginia finalmente derogó su Ley de Esterilización en 1974. El 29 de diciembre de 1980, la Unión Estadounidense por las Libertades Civiles demandó a la Escuela y Hospital de Capacitación de Lynchburg —antes la Colonia Estatal de Virginia para Epilépticos y Deficientes Mentales— en nombre de los hombres y las mujeres que habían sido esterilizados allí. En el caso Poe vs. Lynchburg Training School and Hospital (1981), el Tribunal para el Distrito Oeste de Virginia dictaminó que, si bien las esterilizaciones habían sido legales, había motivos para creer que no siempre se había seguido el procedimiento correcto. Posteriormente, los demandantes llegaron a un acuerdo extrajudicial con el Estado, que acordó

intentar localizar a todas las personas vivas que habían sido esterilizadas, informarles las consecuencias de la operación y brindarles asesoramiento y tratamiento médico. Desde entonces, los historiadores han encontrado evidencia de que ni Carrie Buck ni su hija padecían alguna enfermedad mental y que la esterilización realizada por Bell se basó en un diagnóstico falso.

La hija de Carrie fue siempre el personaje de este desgarrador caso. La supuesta imbecilidad de Emma y de Carrie —ha dicho el científico Steven Jay Gould— pudo haber sido una lamentable coincidencia, pero el diagnóstico de una deficiencia similar en Vivian, que realizó una trabajadora social de la Cruz Roja a la que le decían "miss Wilhelm", a los siete meses de vida, fue el triunfo de Laughlin y llevó a Wendell Holmes a pronunciar su terrible frase sobre las tres generaciones de imbéciles. Y así quedó el caso durante cincuenta años. "Tres generaciones de imbéciles."

En 1980, el médico Ray Nelson, director del Hospital Lynchburg, donde había sido esterilizada Carrie, investigó en los archivos de este establecimiento y descubrió que se habían realizado más de cuatro mil esterilizaciones, la última en 1972. Encontró a Carrie, viva, en buen estado, cerca de Charlottesville, y a su hermana Doris, esterilizada con engaños porque le dijeron que iban a practicarle una operación de apendicitis. Con el paso de los años, Doris se sintió frustrada porque durante toda su vida deseó ser madre por sobre todas las cosas y recién de anciana supo que jamás hubiera podido lograrlo. El descubrimiento de Carrie y de Doris provocó que médicos y periodistas fueran a visitarlas. Y entonces quedó en evidencia lo que unos pocos expertos supieron en aquellos

remotos años veinte: Carrie y su hermana Doris eran mujeres con una inteligencia normal. El abogado Paul Lombardo, que investigó el caso, afirmó que cuando conoció a Carrie se encontró con una mujer que leía el diario todas las mañanas, que se reunía con una amiga que había tenido instrucción para que la ayudara con los crucigramas. Era una mujer pobre, sin gracia social, despierta, vivaz, muy lejos de cualquier anomalía mental.

Allí surgieron la historia de su violación, llevada a cabo por el sobrino de su familia adoptiva, y la miserable trampa que le tendieron, al acusarla de promiscua para encubrir a un delincuente sexual. Se la sacó del medio para que tuviera a su hija. Su caso jamás tuvo que ver con problemas mentales. Las palabras en cada uno de los juicios y la frase final de Holmes muestran el desprecio de algunos de los que han tenido una crianza cómoda y han sido bien cuidados con respecto a los pobres. Nadie tuvo en cuenta a Emma ni a Carrie ni mucho menos a Vivian. Por ejemplo, Harry Laughlin empezaba a escribir sobre los Buck y decía: “Estas personas pertenecen a la clase inútil, ignorante y carente de valor de los blancos antisociales del sur”. ¿Cuál es la palabra que denota deficiencia mental en ellas? Ninguna, están fundadas en el odio.

Poco se sabe de Emma Buck, pero no hay razones para suponer que fuese diferente a su hija Carrie, es decir, una mujer perfectamente normal. Su supuesta desviación era social. No había recibido educación. Tuvo relaciones con distintos hombres. Y todo esto era lo que al juez Holmes y a los otros eugenistas les caía muy mal; en otras palabras, Emma tenía una personalidad que no gustaba. Sin embargo, ello no

los autorizaba a tratarla de demente y a sacarla del medio recluyéndola en una institución mental.

Carrie Buck se casó dos veces, murió en un hogar de ancianos en Waynesboro el 28 de enero de 1983 y está enterrada en el cementerio Oakwood en Charlottesville, cerca de la tumba de Vivian, su única hija. El 2 de mayo de 2002, cuando se cumplieron setenta y cinco años de la decisión que autorizó su esterilización, el entonces gobernador de Virginia, Mark Warner, se disculpó por el programa de eugenesia de su estado en el pasado y lo calificó como "un esfuerzo vergonzoso en el que el gobierno estatal nunca debería haber estado involucrado".

Vivian Buck, la hija de Carrie, fue adoptada por la familia Dobbs, la misma que había criado y luego despreciado a Carrie. La enviaron a la escuela, donde se desempeñó como una buena estudiante desde 1930 a 1932, un mes antes de su muerte. Tenía un comportamiento excelente y un nivel educativo adecuado con un notable avance en sus estudios de un año a otro, según su boletín de calificaciones. A finales de junio de 1932, Vivian enfermó de sarampión, desarrolló una infección intestinal secundaria y murió poco después. Fue enterrada el 3 de julio de 1932 como Vivian Alice Elaine Dobbs.

No es el caso borrar las palabras del juez Oliver Wendell Holmes pues forman parte de la historia, de su espíritu altanero y prejuicioso y de su impiadoso veredicto. Lo correcto y verdadero sería decir que Holmes dio un fallo injusto porque no había ningún imbécil, ni uno solo, en las tres generaciones de Buck.

ANTECEDENTE

Ocho años antes del caso de Carrie Buck, en el estado de Virginia ya se esterilizaba a las personas declaradas débiles mentales, que en su mayoría eran pobres sin deficiencia alguna. Una ley de 1916 ya lo permitía. La familia Mallory era pobre y numerosa. George y Willie Mallory tuvieron doce hijos, nueve de los cuales sobrevivieron. George trabajaba a menudo fuera de la ciudad y dejaba a Willie en casa con los niños durante largos períodos de tiempo.

En una de sus largas ausencias, toda su familia fue detenida. Willie y dos de sus hijas fueron declaradas con rapidez como débiles mentales. De inmediato, y sin seguir ninguna de las normas de la ley de 1916, Willie Mallory y una de sus hijas fueron esterilizadas y luego liberadas. La otra chica quedó recluida durante meses por la sola voluntad del médico Albert Priddy, entusiasta de la eugenesia y líder de la Colonia Estatal de Virginia para Epilépticos y Deficientes Mentales.

George Mallory demandó a la Colonia por la suma de cinco mil dólares por privación ilegal de la libertad y por el daño ocasionado a su familia. No ganó la demanda porque un jurado entendió que Priddy había esterilizado a su mujer y a una de sus hijas “por razones médicas”. Sin embargo, logró que obligaran al médico a liberar a su otra hija.

El caso Mallory no detuvo a los seguidores de la eugenesia, pues en 1924 lograrían que se sancionara la ley que permitiría la esterilización de Carrie Buck.

DE SESENTA A SETENTA MIL

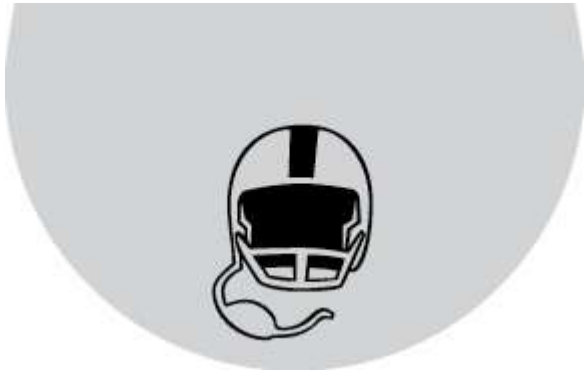
Amparadas bajo el “Acta de Esterilización Forzada de Virginia”, se realizaron entre siete mil y ocho mil esterilizaciones forzadas en ese estado. La de Lewis Reynolds fue una de ellas. Lo esterilizaron cuando tenía 13 años, a principios de la década de 1940. Fue mucho después de su esterilización, al intentar infructuosamente que su mujer se embarazara, cuando supo que había sido esterilizado. “En ese entonces estaba en la Marina y uno de los doctores me lo comentó”, recuerda Reynolds. Su hermano se lo confirmó y le contó la forma: había estado internado en Lynchburg tras ser diagnosticado como “epiléptico”. Sin siquiera sospecharlo, Reynolds había formado parte del programa de eugenesia, pero su caso no fue esterilización forzada sino silenciada. Recién en 2015, el estrado de Virginia reconoció que había vulnerado sus derechos y le ofreció una compensación económica de veinticinco mil dólares.

“No hay información ni cifras exactas. No se sabe cuántos hombres y cuántas mujeres fueron esterilizados, y el estado de Virginia todavía se

niega a entregar la lista amparado en la privacidad de los pacientes", sostuvo Mark Bold, abogado y presidente de Christian Law Institute, organización que representa a las víctimas. Virginia fue una de las pioneras, pero no la única. Sesenta a setenta mil estadounidenses en más de 27 estados fueron esterilizados en los primeros decenios del siglo XX, según informó Edwin Black, autor de *Guerra contra los débiles*, una investigación sobre la eugenesia en Norteamérica: "Este horroroso programa nació en los Estados Unidos y fue trasplantado a la Alemania nazi luego de la Primera Guerra Mundial". Este tipo de legislación estuvo vigente en los Estados Unidos hasta 1974.

Virginia es el segundo estado en aprobar compensaciones para víctimas del programa de eugenesia. El primero fue Carolina del Norte, en 2013, que pagó cincuenta mil dólares a cada víctima. Si bien ni veinticinco mil ni cincuenta mil dólares devuelven la posibilidad de tener descendencia, el triunfo para las víctimas va más allá del monto. "No tiene que ver con el dinero, sino con que el Estado les reconozca a estas personas, que alguna vez catalogó como 'inadecuadas' o 'indeseables', su calidad de ciudadanos valiosos", explica Bold.

El principio que al fin ha prevalecido establece que no es el rol del gobierno ni está en su jurisdicción decidir quién es y quién no es valioso para la sociedad.



Barranca abajo

El mediodía del lunes 13 de junio de 1994, un camino lleno de charcos de sangre conducía a dos cuerpos acuchillados con tal brutalidad que las caras eran irreconocibles. Se los identificó como Nicole Brown, de 37 años, y Ron Goldman, de 26. Los encontraron en el patio de entrada del condominio donde ella vivía, en Bundy Drive, en el área de Brentwood, Los Ángeles. Se supo enseguida que Goldman era amigo de Nicole y que se habían conocido hacía seis semanas. Él trabajaba como camarero en Mezzaluna Trattoria y, el domingo 12, los Brown fueron a cenar allí, temprano. Luego, desde la casa de Nicole llamaron al local porque su mamá había perdido unos anteojos de sol y pensaban que se los había olvidado en ese lugar. Los encontraron, y Ron iría a su casa a entregárselos.

La entrada principal del condominio estaba abierta. Los vecinos escucharon los ladridos del perro de Nicole desde las

diez y cuarto hasta casi las once de la noche. Un paseador de perros que vivía cerca vio a la mascota que ladraba en la calle. Tenía sus patas ensangrentadas. Los dos hijos de la mujer, Sydney, de 8 años, y Justin, de 5, estaban durmiendo en el piso de arriba y no se habían dado cuenta de nada.

Nicole estaba boca abajo, descalza, al pie de la escalera que llevaba a su departamento. La cabeza, el vestido y las piernas estaban cubiertos de sangre, pero las plantas de los pies estaban limpias. Había sido apuñalada varias veces en la cabeza, parte de la cara y el cuello y, además, tenía heridas, cortes de defensa en las manos, aunque no muchos, es decir que casi no pudo protegerse. Los forenses concluyeron que ella fue la primera en ser atacada y que era el objetivo principal del asesino. Este luego atacó a Ron, cuyo cadáver estaba cerca. Lo apuñalaron en el cuerpo y en el cuello; también tenía pocas heridas de defensa en las manos. Llegaron a la conclusión de que mientras el homicida lo estrangulaba con una mano, con la otra lo apuñalaba. Cerca de su cuerpo había una gorra azul, un guante de cuero para la mano izquierda y el sobre con los anteojos que iba a devolver. Determinaron que el criminal volvió sobre el cuerpo de Nicole después de liquidar a Ron.

Tenía un gran golpe en la parte superior de la espalda que la colocó boca abajo, le tiró del cabello para levantarle la cabeza y le cortó la garganta abriéndole una herida tan profunda y ancha que se podía ver la laringe. La cabeza apenas se mantenía unida al cuerpo. El asesino también le hizo una incisión en la nuca que llegó hasta una de las vértebras. Nicole era la ex mujer de O. J. Simpson, el famoso ex jugador de fútbol americano. Se habían separado dos años antes, pero la

relación no era buena desde que ella, antes del divorcio, lo denunciara por violencia doméstica. Simpson presentaba una herida profunda en la mano que no había podido explicar, y su vehículo tenía rastros de sangre. En la escena del crimen se veía muy clara la huella de un zapato de la marca italiana Bruno Magli, talle 12, como los que usaba O. J. De ellos solo se habían vendido 299 pares en los Estados Unidos, y Sam Poser, un asesor de calzado para famosos, confirmó que le había vendido a O. J. Simpson unos de esa marca. La policía quería hablar con Simpson. Los oficiales fueron hasta su mansión para comunicarle lo que había ocurrido. Nadie les respondió. Un agente saltó uno de los muros y en el patio trasero encontró la camioneta Bronco con manchas de sangre en una de sus puertas y el otro guante ensangrentado que completaba el par. La policía quería hablar con O. J. no para informarle lo que había pasado, pues aparecía como el principal sospechoso y único acusado.

Cuando descubrieron los cuerpos de Nicole y de Ron, faltaban veintiséis días para el 9 de julio de 1994, el cumpleaños 47 de Orenthal James Simpson, una de las figuras más populares de los Estados Unidos. A O. J. le decían “The Juice” cuando jugaba, una palabra a la que le daban el sentido de energía. Se inició en los Buffalo Bills, donde jugó muchos años, y luego en los San Francisco 49ers. Cuando abandonó el deporte, se convirtió en comentarista de televisión en las transmisiones de los partidos de la Liga Nacional de Fútbol Americano (NFL). Se dedicó a la actuación, participó en varias películas y hasta creó su productora, Orenthal Production, que hacía realizaciones para la televisión.

Estaba seguro de que en su cumpleaños estarían los dos hijos que tuvo con su primera mujer, Marguerite Whitley. En verdad tuvieron tres, pero el más chico, Aaren Lashone, se ahogó en la piscina de la familia en 1979, un mes antes de su segundo cumpleaños. Ese mismo año, la pareja se divorció. El 2 de febrero de 1985, Simpson se casó con la rubia Nicole Brown, y el matrimonio tuvo dos hijos, Sydney Brooke, que nació en octubre de ese año, y Justin Ryan, en 1988. Al año siguiente del nacimiento de Justin, O. J. fue acusado por Nicole de agresión; ella describió episodios de violencia en los cuales Simpson la había golpeado, pateado y lanzado contra las paredes de la casa como si fuera un rival de los Cardinals; la había amenazado con un arma, en su casa y en la calle, y había abusado de ella. Nicole llevaba un diario donde anotaba todos estos ataques —no menos de sesenta mientras estuvieron juntos— que le dejaban moretones y marcas que buscaba disimular, muchas veces sin lograrlo.

"Sacá de mi puta casa tu culo gordo y mentiroso" era uno de los insultos de O. J., según escribió Nicole en su diario. También se leía: "Me dejó moretones en los brazos y en la espalda". Escribió que él le dijo: "Tengo un arma en mi mano, así que te vas de acá". Nicole cuenta que al volver de una fiesta le dio tal paliza que le rompió el vestido y las medias azules. Cuando fueron al hospital, él dijo que se había caído de la bicicleta. La primera vez que la golpeó —escribió la mujer — fue en la calle, en la Quinta Avenida de Nueva York, y siguió golpeándola en el hotel, mientras llamaba a la casa de la familia de Nicole e insultaba a su suegra diciéndole que era una puta.

O. J. Simpson fue declarado culpable y condenado a permanecer separado de su mujer y a pasarle dinero para la manutención de sus hijos. Nicole y su famoso marido se divorciaron en 1992.

Dos años después de la separación y de aquellas denuncias por maltrato doméstico, su mujer apareció apuñalada, al igual que su amigo Goldman, el muchacho que estuvo en el lugar equivocado en el momento equivocado. ¿Dónde estaba Simpson? La policía no lo localizaba, y el tipo no aparecía por ningún lado. El doble crimen ya se había difundido por todos los medios y provocó una excitación pocas veces vista, al menos hasta ese momento, en los Estados Unidos. Los abogados de O. J., en una situación inexplicable, lograron que el Departamento de Policía de Los Ángeles permitiera que el acusado se entregara cuando quisiera, y él quiso hacerlo a las once de la mañana del 17 de junio. Era insólito y fue una de las primeras escenas de lo que se convertiría en el caso penal y judicial más bufonesco de toda la historia estadounidense.

¿Qué tenía que hacer Simpson durante cuatro días antes de entregarse? ¿Por qué la policía accedió a un pedido que marcaba una diferencia inaceptable entre Simpson y todos los demás ciudadanos? El cargo de doble homicidio significaba que no tendría fianza y, si llegaban a declararlo culpable, le correspondería la pena de muerte. Es decir que, para que no alterara pruebas y no se escapara —¡todos confiaban en la palabra del ídolo!—, se debió salir a buscarlo de inmediato. Más de mil reporteros lo esperaron en la comisaría, pero el 17 de junio no apareció. Les tomó el pelo a todos. Simpson tenía muy incorporada la creencia de que su figura de estrella popular le daba ventajas sobre los demás en todo sentido.

A las dos de la tarde, el Departamento de Policía de Los Ángeles emitió un boletín recomendando su captura. Y a las cinco, Robert Kardashian, un amigo de O. J. y uno de sus abogados defensores —que siempre había trabajado en cuestiones civiles y no tenía ni idea de los asuntos criminales —, leyó una carta incoherente de Simpson a los medios de comunicación. Era otra tomadura de pelo, tanto fue así que en ella Simpson mandó saludos a veinticuatro amigos. Después decía —esta parte dictada por sus abogados—: "Primero, todos entienden que no tengo nada que ver con el asesinato de Nicole… No sientan pena por mí. He tenido una gran vida". Sus abogados o él mismo pasaban por alto una circunstancia fundamental: no bastaba con aquello de "todos entienden" que él no tenía nada que ver con el crimen de su ex esposa. Se trataba de probar y de refutar las pruebas que ya tenía la policía en su contra, no de que todo el mundo diera por cierta su inocencia porque lo decía O. J. Simpson. Pero hubo muchos que entendieron lo que O. J. quería que entendieran. El ídolo había hablado y era palabra santa.

Para colmo, Kardashian —cuya función en verdad nunca fue legal, sino de amigo de Simpson, el que le ponía el hombro para consolarlo por las injusticias que estaban cometiendo con él— dejó trascender que bien leída la nota era de suicidio. Acaso haya sido por ese final: "He tenido una gran vida", que también podía interpretarse como: "Para qué voy a matarla y arruinar la gran vida que tengo". No tenía la apariencia de una última comunicación antes de quitarse la vida. Pero ¡todo el mundo quería a O. J. Simpson! ¡A ver si todavía le pasaba algo! Según otro de sus abogados —tenía una legión—, Robert Shapiro —también presente en la conferencia de

prensa donde Kardashian leyó la nota—, los psiquiatras de Simpson estuvieron de acuerdo con la interpretación de que se trataba de un aviso suicida. Era palmario que "los psiquiatras de Simpson" iban a estar de acuerdo con cualquier cosa que lo beneficiara y que dijeran que esa nota tenía las características de una despedida de este mundo lo colocaba en el insólito lugar de víctima, el que más le convenía, cuando ya la mayoría se había olvidado de los asesinatos de Nicole y de Goldman.

En televisión, el abogado, con gran caradurismo, apeló a Simpson para que se rindiera, como si los periodistas no supieran que su ocultamiento era un acuerdo con sus letrados. Shapiro y Kardashian sabían muy bien que O. J. no se entregaría por el momento, porque habían hablado con él, cosa que se mantuvo oculta para sostener la obra de teatro que se estaba desarrollando. Era una enorme puesta en escena para desviar la atención. Todo el mundo jugaba el juego de: "¡Encuentre usted a O. J. Simpson!". ¡Sea más veloz que el hombre que más yardas corrió en la NFL!". En el condado de Orange, en su mayoría suburbano, ubicado en el área metropolitana de Los Ángeles, un automovilista vio a Simpson en la camioneta Ford Bronco blanca con otra persona, el dueño del vehículo, su amigo A. C. Cowlings, y llamó a la policía.

Si Simpson tenía pensado "suicidarse", lo haría al lado de un amigo. Eran las 18:20. Ese fue el comienzo de la que se convertiría en la persecución más controlada de la historia policial del estado, que parecía más bien un acompañamiento que otra cosa. La policía rastreó las llamadas realizadas por Simpson desde su teléfono celular. A las 18:45, un oficial vio la Ford Bronco camino al norte por la Interestatal 405. Cuando el oficial se acercó a la camioneta, Cowlings gritó que

Simpson estaba en el vehículo y que tenía una pistola en la cabeza. El oficial retrocedió, pero lo siguió a 56 kilómetros por hora. Ya participaban hasta veinte patrulleros del seguimiento. Durante algún tiempo, un helicóptero del Servicio de Noticias de Los Ángeles, piloteado por Bob Tur y contratado por KCBS, tuvo cobertura exclusiva, pero más de veinte helicópteros se unieron a la caravana encabezada por la camioneta de O. J. La estación de radio KNX también proporcionó cobertura en vivo de la persecución a baja velocidad.

El locutor deportivo Pete Arbogast y el productor de la estación, Oran Sampson, se comunicaron con el ex entrenador John McKay para que saliera al aire y alentara a Simpson a detener de una vez el vehículo. Las imágenes llegaron a todo el mundo. ¡Una persecución mundial! Las redacciones en la Argentina se paralizaron observando lo que —decían— era la caza de un ex deportista muy famoso en los Estados Unidos, pero que aquí no lo conocía nadie porque el fútbol americano tiene poquísimos adeptos en el país. Todo parecía ridículo, la caza en cámara lenta, el despliegue, que parecía digno del acoso de gánsteres, el tono dramático de los comentaristas estadounidenses. Había quienes se preguntaban, allí y en otras partes, por qué lo perseguían. ¡Estaba acusado de asesinar a puñaladas a su ex mujer y a un muchacho! Pero no, la cuestión era que O. J. no hiciera ninguna locura, cuando las había hecho todas.

¿Ese amigo que iba en la camioneta estaba ayudándolo a escapar cuando fueron descubiertos? Al final, ese entrenador McKay estuvo de acuerdo en hablar con la ex estrella y le pidió a Simpson que se detuviera y se entregara en lugar de

suicidarse. Respondió a las súplicas de McKay y de otros amigos, diciendo que solamente iría con Nicole. La pregunta era desde cuándo O. J. Simpson había perdido toda vergüenza. Las tres grandes cadenas de televisión, CNN y los medios de comunicación locales interrumpieron la programación regular, de 95 millones de televidentes en todo el país. NBC continuó la cobertura del Juego 5 de las Finales de la NBA entre los New York Knicks y los Houston Rockets, pero el juego apareció en una pequeña caja en la esquina de la pantalla, mientras Tom Brokaw, el presentador, cubría la persecución. Los picos de audiencia estaban por las nubes. Miles de espectadores y curiosos llenaron los puentes a lo largo de la procesión esperando ver la Ford Bronco blanca. En un ambiente de fiesta y despreocupación, como si O. J. Simpson les hubiera dado a los estadounidenses un día feriado, algunos le agradecían esos felices momentos con carteles que lo impulsaban a escapar. Ellos y los millones que vieron la persecución por televisión se sintieron parte de una "experiencia emocional común". Simpson había logrado unir al pueblo estadounidense, incluso a los Dallas Cowboys con los 49ers y a los Vikings de Minnesota con los Green Bay Packers, aunque no se sabía bien si para favorecer a un sospechoso de un doble crimen o para ver en vivo y en directo cómo se pegaba un tiro en la cabeza. Todo el mundo especulaba, hasta los periodistas que se dedicaban a cubrir novedades de la política y de la economía. Ahora la cuestión era verlo como si fuese John Wayne parapetándose en alguna parte de la camioneta y disparándoles a los policías que estaban de paseo detrás de él. Lo que ocurría era mejor que ver una buena película en el cine o en casa. Todos se involucraron con el caso, aunque la mayoría no supiera cuál era, sino que al

ídolo lo perseguía la policía. Cualquier cosa que hubiera hecho, pensaban muchos, ya no importaba: "¡Yo estoy con O. J.!".

Simpson exigió que se le permitiera hablar con su madre antes de rendirse. Más de uno pensó que iba a hablar por teléfono con su madre, pero quería hacerlo personalmente. Bueno, ya no habría suicidio ni tiroteo. El paseo había estado bueno, pero ya era suficiente, pues esa cosquilla en el estómago y el calor en el rostro que aparecía en los policías por estar haciendo el ridículo tal vez empezara a incomodarlos. La persecución finalizó a las ocho de la noche. ¿Dónde terminó? Simpson hizo lo que quiso con la policía. Los llevó hasta su casa de Brentwood, a ochenta kilómetros. Allí, su hijo Jason salió corriendo para recibirlo. Después de permanecer en la camioneta durante unos 45 minutos más, se le permitió a Simpson entrar en la casa, donde lo esperaba su mamá, con quien habló durante una hora mientras una multitud de policías esperaba afuera. Bebió un vaso de jugo de naranja. Los periodistas se mataban de risa. Entonces llegó el abogado Shapiro, otro caradura como Simpson, y unos minutos después O. J. se rindió finalmente a la grotesca policía. En la Bronco, la policía encontró 8000 dólares en efectivo, una muda de ropa, una Magnum .357 cargada, un pasaporte, fotografías familiares y una barba chivita y bigote falsos. Es decir, nunca pensó en suicidarse, sino en escapar, pero nadie reparó en ello ni se sintió estafado.

El 20 de junio, Simpson fue procesado y se declaró inocente de ambos asesinatos. Hubo un problema mayúsculo con el gran jurado, que determinaría si había "causa probable" para enviar a juicio a un sospechoso que se declaraba inocente. El

primer gran jurado del caso Simpson tuvo que ser destituido porque el acoso de la prensa fue tal que ya se dudaba de su imparcialidad. La fiscalía tenía problemas por todos lados. Jill Shively, una residente de Brentwood, contó que había visto a Simpson alejarse a toda velocidad con la camioneta Bronco del área de la casa de Nicole la noche de los asesinatos y que en su huida casi había chocado con un Nissan en el cruce de Bundy y San Vicente Boulevard. Era un testimonio muy valioso para la fiscalía. Lo mismo ocurría con la declaración ante el gran jurado de José Camacho, un vendedor de cuchillos que afirmó que le había vendido a Simpson uno de fabricación alemana de 38 centímetros, similar al arma usada en los homicidios, y que la venta se había producido tres semanas antes de los asesinatos.

Se podría decir que con estas dos pruebas testimoniales, la acusación era contundente… si se hubieran usado en el futuro juicio. Pues no. Shively y Camacho fueron descartados por la fiscalía; nunca declararon en el juicio porque vendieron sus declaraciones a la prensa. Shively había hablado en un programa de televisión por la suma de 5000 dólares, y Camacho vendió la suya al *National Enquirer* por 12.500 dólares. Un juicio grotesco se iba perfilando.

Después de una audiencia judicial de una semana, la jueza del Tribunal Superior de California, Kathleen Kennedy-Powell, dictaminó el 7 de julio que había pruebas suficientes para llevar a Simpson a juicio por los asesinatos. Por supuesto, la prensa lo tituló como “el juicio del siglo” cuando lo apropiado hubiese sido llamarlo “el *show* del siglo”, por la cobertura de los medios que, decían por entonces, despertaba el interés diario de unos cien millones de personas.

Frente al tribunal, ya el 29 de julio, se le leyeron a Simpson los cargos por segunda vez. La práctica judicial establece que al terminar de escuchar de qué se lo acusa, el sospechoso solo debe declarar cómo se considera con las simples palabras "culpable" o "no culpable". Simpson, que hasta entonces se había llevado todos los procedimientos por delante, no dejó de hacerlo en ese momento. Contestó: "Absolutamente, un ciento por ciento, no culpable". El desarrollo del juicio no se haría en Santa Mónica, donde ocurrieron los crímenes, sino en los tribunales del centro de Los Ángeles. La decisión la tomó el Tribunal Superior de Los Ángeles a causa de los daños que el edificio de Justicia de Santa Mónica había sufrido en el terremoto de 1994. La resolución tenía efecto en la composición del jurado porque en el centro se encontraban las clases más populares, había más latinos, afroamericanos y obreros que no solían darles demasiada importancia a las pruebas de ADN y, sobre todo, amaban a sus ídolos populares más allá de toda duda razonable. Esta fue una de las grandes desventajas que permitió la acusación.

Como investigador jefe fue designado un detective de Los Ángeles, Tom Lange. En 1995, el juicio penal de O. J. Simpson se desarrolló a lo largo de 134 días de testimonios televisados. La fiscalía decidió no pedir la pena de muerte y, en cambio, buscó la prisión perpetua. La exposición televisiva convirtió en celebridades a muchas de las figuras del proceso —incluido el juez Lance Ito—, que comenzaron a comportarse como actores de cine, y el propio juicio parecía una telenovela en la que no quedaba claro quién juzgaba a quién ni quién estaba al mando. La cobertura de los medios en sí misma fue en ocasiones controvertida e influyente. La cuestión de

permitir o no las cámaras de video en la sala del tribunal fue una de las primeras cuestiones que tuvo que decidir Ito, y finalmente dictaminó que la cobertura con cámaras en vivo estaba justificada. Ito sería luego criticado, por otros jueces y abogados penalistas, por esta decisión, y en el largo juicio pareció que el propio juez y otros personajes del caso habían sido condicionados en ciertos momentos por la presencia de los medios de comunicación y por la exagerada publicidad del debate.

Marcia Clark, una fiscal adjunta de 40 años, fue designada como fiscal principal. Iba a ser su vigésimo primer juicio por asesinato durante sus trece años en la oficina del fiscal del distrito, pero ninguno con las cuotas de ordinariez, subestimación por los procedimientos legales y perfidia que aparecieron en este. El fiscal Christopher A. Darden, un abogado afroamericano con amplia experiencia en juicios por asesinato, se convirtió en el adjunto de Clark. Simpson quería que todo terminara lo antes posible. Para él se trataba de una pérdida de tiempo. Era como si dijera: “Bueno, ustedes doce, déjenme libre de una vez por todas que tengo cosas que hacer”.

En octubre de 1994, el juez Ito comenzó a entrevistar a 304 posibles miembros del jurado, cada uno de los cuales tenía que completar un cuestionario de 75 páginas. El 3 de noviembre ya estaban elegidos doce miembros del jurado y también sus doce suplentes. La fiscalía salió claramente desfavorecida, pues no parecía un jurado equilibrado. Cubierto y televisado por Court TV con una única cámara y en parte por otros medios de comunicación por cable, el juicio comenzó el 25 de enero de 1995. El fiscal Christopher Darden aseguró que Simpson había

matado a su ex esposa en un ataque de celos y abrió su caso con una llamada al 911 que Nicole Brown Simpson había hecho el 1º de enero de 1989. En esa comunicación, ella expresaba su temor de que Simpson la lastimara y se escuchaba de fondo cómo el ex deportista le gritaba. La fiscalía también presentó a decenas de especialistas en toma de huellas dactilares, ADN, análisis de sangre y huellas de zapatos, todo ello con el propósito de ubicar a Simpson en la escena del crimen. También mostró evidencia de que él tenía antecedentes de abusar físicamente de Nicole.

El abogado de O. J., Alan Dershowitz, argumentó que solo una pequeña fracción de las mujeres abusadas por sus compañeros es asesinada. Fue un comentario absurdo, porque una estadística general no tenía ninguna pertinencia en un caso concreto de homicidio, además de que en esa "pequeña fracción" —Dershowitz no dio la fuente de su información— podía estar incluida Nicole. Este tipo de comentarios fuera de lugar se reiteró infinidad de veces. Ya con el juicio en desarrollo, hubo interrupciones continuas, objeciones a cada rato —tanto de la defensa como de la fiscalía— y permanentes "conferencias" de las partes con el juez, fuera del alcance del oído del jurado, para decidir si tal o cual prueba se presentaba o no. Si bien la defensa de Simpson fue caricaturesca, la fiscalía hizo todo lo posible para que el juicio fuese una comedia.

Simpson tenía en su defensa un "Dream Team", a juzgar por la fama de los abogados que había contratado. Lee Bailey, Shapiro, Dershowitz, Robert Kardashian, Gerald Uelmen —el decano de Derecho de la Universidad de Santa Clara—, Carl E. Douglas y Johnnie Cochran. Los abogados especializados

en evidencia de ADN, Barry Scheck y Peter Neufeld, fueron empleados para desacreditar esa prueba de la fiscalía y argumentaron que Simpson fue víctima de fraude policial y de lo que denominaron "procedimientos internos descuidados" que contaminaron la evidencia de ADN. La defensa también argumentó que el detective Mark Fuhrman había colocado pruebas en la escena del crimen. Introdujo la duda sobre este punto, pero no fue por este motivo que Fuhrman les resultó de utilidad.

La fiscalía expuso el siguiente caso: Simpson condujo hasta la casa de Nicole Brown la noche del 12 de junio con la intención de matarla. Nicole, después de acostar a sus dos hijos, mientras se preparaba para irse a la cama, abrió la entrada principal de su casa después de responder a un golpe en la puerta o de escuchar un ruido afuera. Fue entonces cuando Simpson la atrapó antes de que pudiera gritar y la acuchilló. La evidencia del forense del condado de Los Ángeles sugirió que Ron Goldman llegó a la puerta principal de la casa en algún momento durante el asalto, es decir, en el momento menos oportuno para salvar su vida, pero Simpson no podía dejar testigos y también lo acuchilló repetidamente en el cuello y el pecho. O. J. volvió con Nicole para cortarle la carótida. El popular astro del deporte dejó un "rastro de sangre" desde el condominio hasta el callejón de atrás. Un testigo vio salir a toda velocidad una camioneta como la de Simpson de la casa de Nicole a eso de las 22:35.

Según la fiscalía, O. J. fue visto por última vez en público a las 21:36 de esa noche, cuando regresó a la puerta principal de su casa con Brian "Kato" Kaelin, un actor y amigo de la familia que había vivido con Nicole hasta que él le ofreció que

viviera en la casa de huéspedes, en la mansión de Simpson. El acusado reapareció a las 22:54, es decir, una hora y dieciocho minutos después, cuando salió de su casa en Rockingham Drive para subir a una limusina que había contratado con el propósito de que lo llevara al aeropuerto internacional de Los Ángeles para volar hacia Chicago. Tanto la defensa como la fiscalía acordaron que los asesinatos ocurrieron entre las 22:15 y las 22:40 de aquella noche. La fiscalía subrayó que Simpson condujo su Bronco blanca hacia y desde la escena del crimen, un trayecto de cinco minutos. Según la declaración de Allan Park, el conductor de la limusina que fue a buscar a Simpson a la casa, y que debió esperarlo, al pasar por la puerta no vio la camioneta blanca de O. J. Es decir que no lo vio para nada, porque estuvo fijándose en los números de las casas hasta ubicar la de Simpson, y la camioneta no estaba.

La fiscal Marcia Clark presentó pruebas para demostrar que a la mañana siguiente la camioneta estaba justo al lado del número de la casa, o sea que el chofer de la limusina seguramente habría notado el vehículo de O. J. de haber estado allí la noche anterior. Park estacionó primero en la calle Ashford y luego fue hasta la entrada de la casa de Rockingham, pero vio que la entrada era demasiado estrecha y volvió a la calle Ashford. A eso de las 22:40 tocó el intercomunicador, pero nadie le respondió. La fiscalía señaló que, en ese momento, Simpson había terminado de matar a Nicole y a Ron. Park advirtió que la casa de Simpson estaba a oscuras, entonces trató de ubicar a su jefe, Dale St. John, para conseguir el número de teléfono de la casa de Simpson.

Aproximadamente a las 22:50, Kato Kaelin escuchó tres golpes contra la pared exterior de su casa de huéspedes. Kaelin

caminó hacia el frente de la propiedad, donde vio la limusina de Allan Park fuera de la puerta de Ashford. Al mismo tiempo que Park observó a Kaelin venir de la parte trasera de la propiedad hacia el frente, también vio a "un hombre negro alto", de la altura y complexión de Simpson, entrar por la puerta principal de la casa. Simpson finalmente respondió a la llamada de Park y le dijo que se había quedado dormido y que pronto estaría en la puerta principal. Tanto Kaelin como Park lo ayudaron a poner su equipaje en el baúl de la limusina. Kaelin y Park comentaron en sus testimonios que Simpson parecía agitado. Con esta relación de hechos y testimonios, la fiscalía sostenía que O. J. Simpson no se encontraba en su casa cuando asesinaron a su ex mujer y al camarero, sino que estaba en lo de Nicole cometiendo los crímenes. La defensa se apuró a presentar al empleado del aeropuerto que registró a Simpson en el avión y a una asistente de vuelo, quienes dijeron que se lo veía y actuaba perfectamente normal.

La afirmación inicial de Simpson de que estaba dormido en el momento de los homicidios fue reemplazada por una serie de historias diferentes. Según el defensor Johnnie Cochran, Simpson nunca había salido de su casa esa noche y estaba solo haciendo el equipaje para viajar a Chicago. Cochran afirmó que Simpson salió por la puerta trasera para golpear algunas pelotas de golf en el arenero de los niños, y una, o más, pegó los tres golpes fuertes en la pared del *bungalow* de Kaelin. Incluso presentó a una potencial testigo de coartada, Rosa López, el ama de llaves de un vecino, que testificó que había visto la camioneta de Simpson estacionada fuera de su casa en el momento de los asesinatos. Pero este testimonio fue desarmado con un intenso interrogatorio de Marcia Clark, y la

señora López se vio obligada a admitir que no podía estar segura de la hora exacta en que vio la Bronco blanca de Simpson fuera de su casa. La señora López, que hablaba español, fue interrogada en inglés sin la presencia de un intérprete. Todo este episodio representa apenas una muestra de lo que fue el juicio: un defensor que miente y prepara a una testigo, y una declaración que se desarma de la peor manera, hablando en idiomas diferentes.

La defensa trató de alegar que Simpson no podía ser físicamente capaz de llevar a cabo los asesinatos, ya que Ronald Goldman era un joven en forma que luchó con ferocidad contra su agresor. O. J. era un ex jugador de fútbol de 46 años con artritis crónica, que le había dejado cicatrices en las rodillas por viejas lesiones en el juego. Entonces, la fiscal Clark presentó un video de ejercicios que Simpson había hecho dos años antes y que mostraba que no era un hombre débil, al contrario. La fiscalía también llamó a la hermana de Nicole, Denise, quien sostuvo entre sollozos que en muchas ocasiones, en la década de 1980, presenció cómo Simpson levantaba a su esposa y la arrojaba contra una pared, y luego la echaba a empujones de la casa después de una discusión. Durante su testimonio, la defensa no paraba de objetar casi todo, y más de una vez pidió acercarse al juez Ito, junto con la fiscalía, para conferenciar en voz baja sobre una declaración que no veían la manera de desacreditar. ¿Quién dirigía el juicio? No estaba claro.

La fiscalía se remontó a lo ocurrido la noche del 12 de junio en el restaurante Mezzaluna. La gerente del local, Karen Lee Crawford, confirmó que Nicole cenó allí ese domingo y que, a las 21:37, la madre de Nicole llamó preguntando si se había

olvidado allí sus anteojos negros. La propia gerente fue quien los encontró y los colocó en un sobre blanco, y declaró que Ron Goldman ya terminaba su turno e iría a entregárselos, calculaba que a las 21:50. El vecino de Nicole, Pablo Fenives, aseguró que escuchó un "ladrido muy característico" y el "lamento quejumbroso" de un perro a eso de las 22:15, mientras estaba en su casa mirando las noticias de las de las diez de la noche en su televisor. Otra vecina, Eva Stein, reveló que escuchó un ladrido muy fuerte y persistente también a las 22:15 y que lo recordaba porque le impidió volver a dormirse.

Steven Schwab contó que mientras paseaba a su perro aquella noche cerca de la casa de Nicole, ya a las 22:30, vio a un perro de raza Akita que corría de un lado a otro, errante, muy agitado, que arrastraba su correa y tenía las patas con sangre; logró acercarse al animal y al examinarlo se dio cuenta de que no estaba lastimado. Schwab contó que le dio el perro a otro vecino amigo suyo, Sukru Boztepe, quien finalmente se lo llevó a su casa, pero el animal se agitó aún más. Boztepe sacó a pasear al perro a las once de la noche y el propio animal tiró de la correa en dirección a la casa de Nicole. Así descubrió el cadáver de la mujer y entonces salió a la calle e hizo señas a una patrulla que pasaba. El oficial Robert Riske fue el primero en ingresar a la escena del crimen.

Durante el juicio se resolvió realizar una inspección en la casa de Nicole. El domingo 12 de febrero de 1995, todos los participantes fueron hacia Brentwood. El juez Ito, los jurados, los fiscales y los defensores inspeccionaron la escena del crimen durante dos horas y recorrieron a lo largo de otras tres horas la propiedad de Simpson en Rockingham. La casa de O. J. había sido acondicionada convenientemente: se sacaron

objetos valiosos y cuadros de desnudos sin que la fiscalía se diera cuenta de la maniobra. ¿Y Simpson? Estaba en un auto de la policía sin identificación, no tenía las esposas colocadas y era vigilado por un grupo de agentes. Esto ocurrió mientras los demás examinaban la casa de Nicole. Cuando se trasladaron a la mansión de O. J., la fiscalía permitió que saliera del automóvil y entrara en su casa.

El policía Ron Phillips dijo en el juicio que cuando habló con Simpson, que estaba en Chicago, y le contó sobre el asesinato de su ex esposa, por su voz lo notó conmocionado y molesto. Le extrañó que no le preguntara cómo había muerto. Mientras la fiscalía presentaba evidencias, la defensa preparaba guiones cinematográficos, especulaba sin ninguna base e imaginaba cosas. Esto era lo que más le gustaba al público —y, se puede suponer, al jurado también—, lo que alimentaba la novela, el misterio, diferentes cursos de acción, finales a gusto de cada cual, muchas alternativas. Había un asunto que tal vez explicara esas maniobras del "Dream Team": Simpson no tenía coartada. El detective Tom Lange se refirió a la escena del crimen, a los pies descalzos de Nicole, a que Ron Goldman prácticamente se dio de frente con una acción que se estaba desarrollando, es decir, con el asesino agrediendo a Nicole, al principio a golpes.

Al interrogar al detective, el abogado Cochran propuso dos hipótesis sobre lo que habría sucedido en la escena del crimen. Eso fue exactamente lo que ocurrió durante todo el juicio: un testigo hablaba de situaciones concretas y verosímiles según las evidencias que surgían de la escena, y el abogado le respondía con "dos hipótesis". Primero sugirió que uno o más —y ahí se detuvo, o sea, no dijo si "una o más personas", si

eran blancos, afroamericanos, latinos, orientales, alguna mujer, un homosexual— traficantes de drogas —¿cuál era la prueba de ello?, ¿de dónde surgía que los traficantes de drogas tenían algo que ver con Nicole?— se encontraron con Nicole Simpson mientras buscaban a su amiga e invitada, Faye Resnick, una adicta admitida a la cocaína —¿y entonces se confundieron o la mataron enojados porque no estaba la Resnick?—. Nada había sido probado, solo estaba en la imaginación del abogado.

Marcia Clark debió haber objetado permanentemente porque el defensor hablaba según su imaginación. En la segunda hipótesis, Cochran sugirió que "un asesino o asesinos" —¿blanco o blancos, afroamericano o afroamericanos, oriental u orientales, mujer o mujeres?— siguió —¿siguieron?— a Goldman a la casa de South Bundy para matarlo —¿por qué?—. Costaba creer que abogados, que según los medios estadounidenses tenían prestigio, le propusieran al jurado y a la audiencia juegos mentales en un asunto tan serio. Marcia Clark no defendió al muchacho y tampoco dejó en evidencia que estaban escuchando las elucubraciones de un guionista de cine. La defensa levantó la puntería cuando se analizaron las pruebas de ADN. Se tomaron para el análisis comparativo las muestras de huellas ensangrentadas que se alejaban de los cuerpos y las de la puerta trasera del condominio, ¡donde Simpson habría ido a realizar unos tiritos de golf!

Las pruebas iniciales no descartaron a Simpson como sospechoso. En pruebas más precisas se encontraron coincidencias entre la sangre de Simpson y las muestras de sangre tomadas de las huellas tanto de la escena como de la

puerta. El criminalista de la Policía, Dennis Fung, dijo en el juicio que esta evidencia de ADN puso a Simpson en la casa de Nicole Brown en el momento de los asesinatos. El interrogatorio por la defensa de Barry Scheck a Fung duró ocho días completos, pues la única función de Scheck en el juicio era cuestionar esa prueba de ADN. El médico Robin Cotton, de Cellmark Diagnostics, un laboratorio que hacía comparaciones de ADN, testificó durante seis días. Las preguntas se reiteraban, se daban vuelta, se volvían tan técnicas que los expertos debían explicar biología elemental para que se entendiera de qué se estaba hablando. Pero la defensa tuvo su rédito, que no se lo dio una cuestión científica. Se habían analizado muestras de sangre en dos laboratorios separados, cada uno de los cuales realizaba pruebas diferentes, y ambos coincidieron en implicar a Simpson. Pero durante el interrogatorio de Fung y los otros científicos se supo que la perito policial Andrea Mazzola —quien había recogido algunas muestras de sangre de Simpson para compararlas con la evidencia de la escena del crimen— era una aprendiz que había llevado el frasco de sangre de Simpson en el bolsillo de su bata de laboratorio durante casi un día antes de entregarlo.

Y respecto de la confiabilidad de las pruebas de ADN de Cellmark, la defensa sacó a relucir dos fallas que había tenido el laboratorio en 1988 y 1989, errores que se encontraron durante las pruebas de control de calidad y que no se habían reiterado desde entonces. Marcia Clark no estaba dispuesta a que le discutieran las pruebas de ADN —acaso la principal evidencia de la fiscalía contra Simpson— sin presentar pelea o sin defender los resultados obtenidos, por más que le dijeran que los técnicos policiales habían sido torpes en la

recolección, custodia y conservación de las muestras de sangre y que, en consecuencia, no se podía confiar en los resultados del ADN. La fiscalía argumentó que habían puesto las pruebas de ADN a disposición de la defensa; por ende, si los abogados defensores no estaban de acuerdo con las pruebas de la fiscalía, podrían haber realizado sus comparaciones utilizando las mismas muestras. Era una posición débil porque lo que la defensa objetaba era la calidad de las muestras por defectos en la recolección y conservación, lo cual significaba que era imposible que utilizara las mismas muestras, cuya calidad estaba criticando, para hacer contrapruebas. La defensa no aceptó la oferta de la fiscalía.

Marcia Clark tenía un cuadro de situación preparado. El ADN de Simpson estaba presente en gotas de sangre cerca de las víctimas. Que no fueran de Simpson era una posibilidad en nueve mil setecientos millones. El ADN de O. J. se halló en un rastro de gotas de sangre que se alejaban de las víctimas hacia la puerta trasera y también en la puerta misma. Que no fueran del acusado era una posibilidad en doscientas. Los ADN de Simpson, Goldman y Brown se encontraron en la sangre del exterior de la puerta y dentro de la camioneta Bronco. La probabilidad de error era de una en veintiún millones. El ADN de Simpson estaba en las gotas de sangre que iban desde el área donde estaba estacionada su Bronco en su casa en Rockingham hasta la entrada de la puerta principal. Los ADN de Simpson, Brown y Goldman fueron hallados en un guante ensangrentado que estaba detrás de la casa. Los ADN de Simpson y Brown estaban en la sangre de un par de medias en el dormitorio de Simpson. Podía haber un error, pero en seis mil ochocientos millones de posibilidades.

Marcia seguía adelante como una locomotora. Negó con énfasis que los errores cometidos por Fung y Mazzola influyeran en los resultados, porque la mayoría de las pruebas de ADN no se realizó en el laboratorio de criminalística de la Policía de Los Ángeles, sino en dos laboratorios independientes. Por eso rechazó el argumento de la defensa, que decía que todo el ADN se había perdido por degradación. Clark dijo que eso no se lo podía creer nadie. La fiscal fue por más y descartó que también hubiera contaminación en el laboratorio policial, porque de ser así, se obtendría una mezcla del ADN del "verdadero asesino" y del ADN de Simpson, cuando los resultados fueron que el único ADN hallado fue el de O. J. Su exposición fue contundente, pero, al parecer, el jurado no entendió nada.

Susan Brockbank, criminalista de la Policía y experta en fibras capilares, y Doug Deedrick, agente especial del FBI y experto en fibras, revelaron que las fibras del guante que se encontró en la casa de Simpson coinciden microscópicamente con las del que se halló en la escena del crimen, lo que demuestra que era la pareja del otro. Las víctimas, los dos guantes y el gorro azul que llevaba el asesino tenían un cabello similar al de Simpson. El cabello de la gorra estaba incrustado en las costuras, o sea que se encontró en ese lugar porque la gorra fue usada por el criminal en repetidas ocasiones. Se encontraron fibras de ropa de algodón azul oscuro en Nicole y en Ron. Simpson usó una camisa de color azul ese día, pero al abrir la puerta de la limusina, que fue a buscarlo a la noche para llevarlo al aeropuerto, ya no la tenía puesta y era obvio por qué: no iba a viajar con la misma ropa que vestía cuando cometió los crímenes. Esa camisa nunca se encontró. Sí se

halló cabello que podría haber sido de Goldman en Nicole, y fibras de ropa de Nicole en Goldman. Esta transferencia de fibras sostenía la teoría de que fue el asesino quien transportó las fibras, pues Simpson primero mató a Nicole, luego a Goldman y después volvió donde Nicole para cortarle el cuello. El cabello "que sería de Nicole", que estaba en el guante de la casa de Simpson, respaldaba también la afirmación de que el asesino había agarrado a Brown por el pelo para degollarla. El guante encontrado en la casa del ex deportista tenía fibras de pelo y de ropa que coincidían con las de Simpson, Brown y Goldman, así como fibras de una camioneta Ford Bronco y del perro Akita de Brown. El 16 de mayo, Gary Sims, un criminalista del Departamento de Justicia de California, dijo que en el guante encontrado en la casa de Simpson se halló sangre "que sería de Goldman".

Los exámenes comparativos de ADN fueron el centro de un enfrentamiento encarnizado entre la fiscalía y la defensa, con muchas reuniones en privado con el juez, que el jurado no escuchó, y lo mismo pasó con el guante de cuero oscuro que apareció en la escena del crimen y con su par, que se encontró cerca de la casa de huéspedes de Kato Kaelin, detrás de la propiedad de Simpson en Rockingham Drive. Nicole le había comprado a O. J. dos pares de ese tipo de guantes en 1990. Ambos guantes encontrados en el caso, según la fiscalía, contenían evidencia de ADN de Simpson, Brown y Goldman, y el guante de la casa de Simpson también contenía un largo mechón de cabello rubio similar al de Brown. Si alguien hubiera querido involucrarlo en un crimen que no cometió, para qué separaría los guantes y dejaría uno en el lugar de los homicidios y el otro en la casa de O. J.

Había una cuestión previa: ¿eran del acusado? Por supuesto, pero la defensa usó todo su "arte" para ponerlo en duda. El 15 de junio de 1995, el defensor Johnnie Cochran hizo una jugada, le dijo al fiscal asistente Christopher Darden que le pidiera a Simpson que se pusiera el guante de cuero que se encontró en la escena del crimen. La fiscalía ya había decidido no pedírselo porque el guante estaba empapado con sangre de Simpson, Brown y Goldman, y había sido congelado y descongelado varias veces para realizar pruebas científicas. Marcia Clark y los otros aconsejaron a Darden que no le pidiera a Simpson que se probara el guante, sino que argumentara por medio de expertos que en mejores condiciones el guante le quedaría. Esta era una táctica que favorecería a la acusación, y la defensa no estaba dispuesta a hacerle caso.

Darden, de manera inexplicable, decidió que Simpson se probara el guante. A O. J. le costó colocarse el guante, y Marcia Clark soltó en ese momento que estaba actuando. La defensa le respondió que no podía actuar el tamaño de sus dedos. Cochran hizo una broma: "Si no encaja, hay que absolver". El jurado se rio. El 22 de junio de 1995, el fiscal Darden volvió sobre el tema del guante y la mano de Simpson, asesorado por sus compañeros para salir del error que había cometido permitiendo que O. J. se lo probara. Le dijo al juez que Simpson "tiene artritis y analizamos la medicación que toma y parte de ella es antiinflamatoria, y nos dijeron que no ha tomado la sustancia durante mucho tiempo, lo que le causó hinchazón en las articulaciones e inflamación en las manos". Era cierto, pero las risas del jurado frente a la ocurrencia de

Cochran ya habían provocado su efecto en ellos: “Si no encaja, hay que absolver”.

El experto en zapatos del FBI, William Bodziak, identificó las huellas ensangrentadas como hechas por un par de zapatos Bruno Magli, extremadamente raros, y las huellas coincidían con el número de calzado de Simpson. En el juicio, los defensores habían dicho que la fiscalía no tenía pruebas de que Simpson hubiera comprado esos zapatos; sin embargo, un fotógrafo independiente afirmó haber encontrado una fotografía que había tomado de O. J. en 1993 en la que se lo veía usando un par de zapatos de esa marca en un evento público, que luego se publicó en el *National Enquirer*. La defensa afirmó que la fotografía había sido manipulada, pero no lo probó.

Toda la construcción de testimonios y evidencias que había realizado la acusación tambaleó, y a la larga caería, cuando declaró el policía Mark Fuhrman. Los Ángeles era una ciudad en la cual los enfrentamientos entre negros y policías eran históricos. Había estudios de abogados —de hecho, el de Cochran— que se habían especializado en abusos policiales. El Departamento Central era acusado de racista y violento con la comunidad negra. Marcia Clark debió haber pedido las fichas de cada uno de los policías que actuaron en este caso. Pero no lo hizo, y apareció Mark Fuhrman. Y así le fue, a pesar de todo su trabajo previo. Para la defensa fue maná del cielo.

En 1983, el detective Fuhrman había sido entrevistado por el médico Ira Brent. El policía había realizado un reclamo por discapacidad a causa de estrés laboral. Fuhrman le confió a Brent que golpeó a sospechosos, y desde entonces se convirtió

en un hombre salvaje. Al año siguiente, Fuhrman detuvo a un joven negro llamado Jarvis Bowers por cruzar la calle de forma imprudente, le puso una mano en el cuello estrangulándolo y lo amenazó de muerte. Esto sucedió frente a una sala de cine en un área predominantemente blanca con varios testigos. Este incidente le costó a Fuhrman el sueldo de un día. La fiscal Marcia Clark no sabía nada de eso. En marzo de 1995, Fuhrman testificó en el juicio contra O. J. Simpson. Sostuvo que la noche de los crímenes de Nicole y de Ron, él conducía hacia la casa de Simpson para interrogarlo y, como nadie le contestaba los llamados a la puerta, escaló una de las paredes y encontró marcas de sangre en la pared. También halló un guante de cuero negro en las instalaciones cerca de la ubicación del *bungalow* de Kailen.

La defensa lo tenía servido en bandeja, pues un policía con antecedentes de racista, que entra en la casa de un negro buscado por asesinato y dice que encontró evidencia, era un festín. Y lo fue. La defensa le preguntó más a Fuhrman por sus antecedentes que por lo que hizo la noche de los crímenes. El policía negó que fuera racista o que hubiera usado la palabra "negro" (*nigger*) para describir a los negros en los diez años anteriores. Pero unos meses después, la defensa reprodujo cintas de audio de Fuhrman usando repetidamente esa palabra —cuarenta y una veces en total—. Es decir que de juzgar a Simpson por matar a su mujer y a un amigo se pasó a juzgar a Fuhrman. Además, ese detective había insultado a una capitana de policía, Margaret "Peggy" York, que había sido su superior, pero que resultaba ser en ese momento la esposa del juez Lance Ito. La cinta había sido realizada en 1986 por una joven guionista de Carolina del Norte llamada Laura

McKinny. Había entrevistado a Fuhrman para un guion que estaba desarrollando sobre agentes de policía.

Las cintas de Fuhrman se convirtieron en la mejor prueba de la defensa. A un policía que odiaba a los negros y había actuado en el caso y aportado evidencia no se le podía creer una palabra, y si no se le podía creer a ese policía racista, por qué había que creerles a los demás. ¿Y esa era la clase de testigos que tenía la fiscalía? La defensa también alegó que Fuhrman pudo haber colocado el guante en la casa de Simpson después de sacarlo de la escena del crimen, y que el análisis que encontró que el cabello podría ser de Brown no era confiable. La fiscalía estaba en un dilema, y Marcia Clark se dio cuenta de que su caso se desmoronaba por culpa de un mal policía cuya intervención, aunque hubiese sido mínima, se lo había tirado abajo. La primera vez que fue interrogado, Fuhrman respondió "no" cuando la defensa le preguntó si había colocado alguna evidencia en la casa de Simpson. La siguiente vez que prestó declaración, Fuhrman estaba acompañado por su abogado. Cuando fue interrogado por otro de los defensores de Simpson, Gerald Uelmen, Fuhrman invocó la Quinta Enmienda contra la autoincriminación para evitar más interrogatorios después de que su integridad fuera cuestionada. Resultó el golpe de gracia, pues el jurado solo entendió que Fuhrman no quería responder porque había actuado para incriminar a Simpson.

El juicio estaba a punto de naufragar porque, para colmo, se vio involucrada la esposa del juez. Ito declaró públicamente: "Quiero a mi mujer y me hieren las críticas hacia ella y creo que es razonable asumir que esto podría tener un efecto (en el caso)". Ya con esa declaración era suficiente para que el juicio

se declarara nulo. Eso lo entendió la fiscal Clark, que le pidió al juez que se apartara del juicio para llegar a la nulidad. Existía la posibilidad de que la mujer del juez debiera declarar, y si eso ocurría, Ito debería salir del caso sí o sí. La ley de California prohibía a un juez presidir un caso si él o su cónyuge conocían hechos relacionados con el proceso. La nulidad hubiera sido lo correcto, opinaban los juristas. Pero eso no sucedió y, en otro movimiento muy raro, la propia fiscal Clark retiró su petición de que Ito se inhibiera de continuar con el juicio. Ella sabía mejor que nadie que no iba a ganar el caso a pesar de tener todas las pruebas contra Simpson, y encima le había aparecido una manzana podrida.

A esa altura, el proceso estaba muy maltratado. Había infinidad de reuniones en la oficina del juez, en las cuales las partes luchaban tanto o más que en público para decidir qué prueba debía considerar el jurado y cuál no. Un jurado que estaba tan magullado como el juicio. Al inicio, Ito los había secuestrado en un hotel para que no tuvieran influencia de los medios, circunstancia imposible con toda la prensa del país detrás del caso. Luego fue diezmado porque el juez aceptó, sin considerar demasiado, todos los pedidos de expulsión de sus miembros que realizó la defensa, hasta el extremo de que solamente quedaban dos suplentes. En otras palabras, durante el juicio, los defensores se armaron de un jurado adicto sacando del medio a todo aquel que sospechaban que podía dudar de la inocencia de Simpson. Hasta el equipo de abogados le tendió una trampa a Francine Florio-Bunten, una mujer blanca, joven, que tomaba muchas notas de lo que ocurría en la sala.

Las mujeres afroamericanas del jurado no la querían, la acusaban falsamente hasta de pisarlos a propósito cuando iban a tomar asiento, por ejemplo, dando pie a que se pensara que era racista. Lo peor fue una falsa carta de una supuesta agente literaria que hicieron llegar al despacho del juez Ito, en la que se le proponía a Francine escribir un libro a favor de la fiscalía. Todo era mentira, lo más probable era que hubiera sido redactada por los defensores. Además, Ito tenía espías en el propio jurado que le informaban sobre actitudes y pensamientos de los demás —este juez debió haber sido echado de la magistratura luego de este juicio, pero eso no ocurrió—. Le informaron que "algo de eso había" acerca de la intención de la testigo Florio-Bunten de escribir un libro. Era otra mentira. Ito, la expulsó a pedido de la defensa y contra la opinión de la fiscalía. Un hecho vergonzoso que no se les cobró a los abogados de Simpson.

Cuando llegó el momento de las conclusiones finales, Marcia Clark, que expuso en primer lugar, se dirigió al jurado y comenzó afirmando que Fuhrman era un racista, pero que esto no debería restar valor a las pruebas que demostraban la culpabilidad de Simpson. Por su parte, el fiscal Darden descartó la idea de que los policías podrían haber querido incriminar a Simpson. Preguntó por qué, si la Policía de Los Ángeles estaba en contra de Simpson, habían ido a su casa ocho veces por llamadas de su mujer acerca de violencia doméstica y no lo habían arrestado antes de citarlo por abuso en 1989, y por qué, luego, esperaron cinco días para arrestarlo por los asesinatos de 1994.

Durante las palabras finales de la defensa, Cochran comparó a Fuhrman —de quien se había probado que repetidamente se

había referido a los afroamericanos como “negros”, que en los Estados Unidos es un término insultante y despectivo, y se había jactado de golpear a los jóvenes afroamericanos en su rol de oficial de policía— con Adolf Hitler, una comparación que luego fue criticada por su colega Robert Shapiro. Cochran llamó al policía “racista genocida”, un perjuro, “la peor pesadilla de Estados Unidos y la personificación del mal”. Dedicó todo su tiempo a criticar a la Policía de Los Ángeles e hizo hincapié en las pruebas recogidas por Fuhrman, a las que calificó de falsas, descubiertas por un racista.

Crecieron los temores de que estallaran disturbios raciales en Los Ángeles y el resto del país si Simpson era condenado, similares a los de 1992 tras la absolución de cuatro agentes de policía que golpearon al automovilista negro Rodney King, hecho que fue filmado.

Después de once meses de juicio, el jurado, compuesto por diez mujeres —nueve de ellas afroamericanas— y dos hombres, solamente revisó el testimonio del chofer de la limusina que había ido a buscar a Simpson la noche de los crímenes para llevarlo al aeropuerto. Todo el trabajo de tantas semanas quedó reducido a un solo testimonio. No hubo debate sobre el guante, las fibras, el ADN, sobre nada más. Todo parecía bastante claro en apenas cuatro horas de deliberación. A las tres de la tarde del 2 de octubre de 1995, el jurado ya tenía el veredicto de no culpable, pero el juez Ito, acaso para evitar críticas, retrasó su anuncio hasta las diez de la mañana del día siguiente. Cuando todo hubo terminado, el jurado número nueve miró a O. J. y con una sonrisa levantó el puño. Se llamaba Lionel Cryer, de 44 años. *The New York Times* informó que Cryer era un ex miembro del Partido Pantera

Negra, nacionalista revolucionario. Inexplicablemente, los fiscales lo habían dejado en el jurado.

REACCIONES

Algunos miembros del jurado, una vez finalizado el juicio, aseguraron a la prensa que creían que Simpson probablemente había cometido los asesinatos, pero que la fiscalía no pudo probar su caso. Tres de ellos publicaron un libro llamado *Madam Foreman*, en el que describieron cómo los errores de la policía, y no la cuestión racial, llevaron a su veredicto, y que consideraron al fiscal Darden un negro simbólico asignado al caso por la oficina del fiscal para congraciarse con los afroamericanos. Una jugada que no les gustó en absoluto.

Los críticos del veredicto sostienen que el tiempo de deliberación fue excesivamente corto en comparación con la duración del juicio, y que el jurado —compuesto en su mayoría por personas con escasa educación escolar— no había comprendido la evidencia científica. El defensor Robert Shapiro escribió también un libro, *The Search for Justice*, en el que critica, entre otros de sus colegas, a Johnnie Cochran por convertir la cuestión racial en la pieza fundamental de la estrategia de la defensa. Shapiro no creía que Simpson hubiera sido incriminado por la Policía de Los Ángeles por razones raciales, pero creía que el

veredicto era correcto porque había dudas razonables. Shapiro escribió esa conclusión con pleno conocimiento de las maniobras para acomodar un jurado a su gusto, lo cual no mencionó, y sabiendo que, si no hubiera sido por la aparición de un policía racista, nunca hubiera aparecido ninguna duda y habrían perdido el juicio.

El ex fiscal de distrito de Los Ángeles, Vincent Bugliosi, que había llevado con éxito la acusación contra Charles Manson y su clan, también escribió un libro titulado *Indignación. Las cinco razones por las que O. J. Simpson se salvó con el asesinato.* Bugliosi fue muy crítico con Marcia Clark y con Darden. Les echó la culpa, entre otras cosas, por no presentar la nota que Simpson había escrito antes de intentar huir. Bugliosi sostuvo que la nota "apestaba" a culpa y que el jurado debería haberla visto. También señaló que nunca se informó al jurado sobre los artículos encontrados en el vehículo de O. J.: una muda de ropa, una gran cantidad de dinero en efectivo, un pasaporte y un kit de disfraces, que demostraba claramente que la ex estrella de fútbol intentaba huir.

Bugliosi también dijo que los fiscales deberían haber entrado en más detalles sobre el abuso de Simpson contra su esposa. Que debería haber quedado claro para el jurado, en su mayoría afroamericano, que Simpson tuvo poco impacto en la comunidad negra y que no había hecho nada

para ayudar a los negros menos afortunados que él. Bugliosi señaló que los fiscales obviamente entendieron que la raza de Simpson no tenía nada que ver con los asesinatos; por lo tanto, una vez que la defensa “abrió la puerta” para tratar de presentar falsamente a Simpson como un líder de la comunidad negra y dar a entender que podría haber sido incriminado por la fiscalía en su afán de buscar a un sospechoso, la fiscalía debería haber presentado la evidencia en contrario para confrontar en el terreno que la defensa proponía y así lograr que el jurado abriera los ojos y quedara claro que no era una cuestión racial, sino de pruebas objetivas.

El juez Lance Ito también fue reprobado por permitir que el juicio se convirtiera en un circo mediático. Ito consintió en que los procedimientos judiciales se prolongaran de manera innecesaria, así como dio lugar para que tanto los abogados de la acusación como los defensores se salieran de control al discutir entre sí sobre la presentación de las pruebas. Lo que quedó claro con ello fue que el proceso no estaba bajo el control de nadie, y que ese juez no estaba a la altura de las circunstancias. Ito permitió una excursión del jurado a la casa de O. J. Simpson después de que la defensa la preparara para dar la mejor de las impresiones, por ejemplo, reemplazando una pintura de desnudo artístico de la novia de Simpson en ese momento con una

reproducción de la pintura de Norman Rockwell de Ruby Bridges escoltada a la escuela en la lucha contra la segregación en Little Rock, Arkansas. Ito también fue criticado por la forma en que se manejó al jurado, que contaba con sus soplones entre sus miembros, y cediendo a la presión del equipo de la defensa para que destituyera a varios que no le gustaban.

LA CONDENA

En dos juicios civiles realizados en febrero de 1997 en Santa Mónica, un mismo jurado compuesto por seis hombres y seis mujeres blancos declaró por unanimidad a O. J. Simpson responsable de la muerte de Ronald Goldman y Nicole Brown. En consecuencia, debe compensar esas muertes con dinero. “Nadie puede matar a dos personas y no tener que pagar nada por ello”, declaró en su discurso final el abogado Daniel Petrocelli, que representó al demandante Fred Goldman, el padre de Ronald. En el primer juicio civil se determinó que Simpson debía pagar 8.500.000 dólares a la familia Goldman en concepto de indemnización. La familia de Nicole no realizó el reclamo. Pero, una semana después, el mismo jurado resolvió que Simpson tenía que pagar también 25.000.000 de dólares en concepto de multa a los herederos de su ex esposa Nicole y de Ronald. Es decir, en total 33.500.000 de

dólares. Solo podía quedarse con la pensión que cobraba de la NFL.

El veredicto se dio treinta y un meses después de ocurrido el asesinato de Nicole y de Ronald. Según la Constitución de los Estados Unidos, nadie puede ser juzgado dos veces ni recibir penas diversas por un mismo delito, pero hasta ahora se ha considerado que la vía civil no violaba este principio, y a ella recurrieron las familias de las víctimas. Hay diferencias entre un juicio penal y un juicio civil. En el primer caso, O. J. Simpson pudo acogerse a su derecho constitucional de no declarar en su contra. En lo civil no, por lo que tuvo que testificar, y al hacerlo incurrió en contradicciones.

Durante el juicio civil, O. J. fue interrogado en varias ocasiones. En todas presentó un alto grado de tranquilidad y convicción. Pero sus argumentaciones fueron a veces ridículas. El abogado Petrocelli lo interrogó mostrándole una de las fotografías del cuerpo acuchillado de su mujer. Simpson, entonces, mostró su dimensión aterradora y mentirosa.

—¿Ve esos moretones en su cara? —le preguntó Petrocelli, exhibiendo la foto de Nicole.

—No.

—¿No ve nada?

—No, quiero decir, veo esta cosa del ojo.

—¿No cree que esta imagen refleja hematomas, lesiones o marcas en la cara de Nicole?

—No, no lo creo.

—¿Qué cree que esto refleja?

—Refleja hacer una película que estamos haciendo, y estamos haciendo maquillaje.

SI LO HICE

El 13 de marzo de 2007, un tribunal impidió que Simpson recibiera una compensación adicional por el contrato de un libro y una entrevista televisiva. Ordenó incluso que se subastaran los derechos del libro. En agosto de 2007, un juez de quiebras de Florida otorgó estos derechos a la familia Goldman. El libro pasó a llamarse *If I Did It: Confessions of the Killer* (Si lo hice: confesiones de un asesino), con la palabra *If* (si) en tamaño reducido para que pareciera que el título era *I Did It: Confessions of the Killer* (Lo hice: confesiones de un asesino). Con motivo de la promoción del libro, que se publicó ese mismo año, O. J. Simpson realizó un espeluznante e "hipotético" relato del doble asesinato. Bajo el pretexto de estar contando una versión "supuesta" de los hechos, relató cómo agarró un cuchillo mientras discutía con su ex esposa. En la entrevista, la periodista Judith Regan inquirió, como "hipótesis", que le dijera qué pudo haber pasado. Simpson admitió que en algún momento tomó un

cuchillo para atacar a un hombre que estaba fuera de la casa de Nicole. “Mientras las cosas se calentaban, solo recuerdo que Nicole cayó y se lastimó. Este sujeto hizo una cosa de karate, y yo dije: ‘Bueno, ¿crees que puedes patear mi trasero?’. Recuerdo haber agarrado el cuchillo…”, afirmó en primera persona. En este momento, Simpson dijo que no podía ir más allá, pero la entrevistadora lo convenció de que siguiera hablando. “Y para ser honesto, después de eso no recuerdo, excepto que estoy ahí parado y hay todo tipo de cosas alrededor. Sangre y todo eso”, dijo.

UN LADRÓN DE PACOTILLA

Una banda de seis ladrones liderada por O. J. Simpson entró en una habitación del hotel casino Palace Station y se llevó recuerdos deportivos a punta de pistola. Estos objetos le habían pertenecido y habían sido subastados. Fue en septiembre de 2007. Cuando la policía lo interrogó, admitió haber tomado los artículos y dijo que le habían sido robados, pero negó haber entrado en la habitación del hotel y también negó que él o cualquier otra persona llevara un arma. Quedó en libertad tras ser interrogado, pero dos días después lo arrestaron sin derecho a fianza. Junto con otros tres hombres, Simpson fue acusado de múltiples delitos a propósito de ese caso, que incluyeron conspiración criminal, secuestro, asalto, robo y uso

de un arma. La fianza se fijó en 125.000 dólares, y se estipuló que Simpson no tendría contacto con los coacusados y que entregaría su pasaporte.

A fines de octubre de 2007, los tres cómplices de Simpson habían negociado con la fiscalía del condado de Clark, en Nevada. Walter Alexander y Charles H. Cashmore aceptaron declararse culpables a cambio de que les quitaran delitos y de dar testimonio contra Simpson y los demás. El cómplice Michael McClinton le dijo al juez de Las Vegas que testificaría contra Simpson y que en efecto usaron armas en el robo. El 5 de diciembre de 2008, Simpson fue sentenciado a un total de treinta y tres años de prisión con posibilidad de libertad condicional en unos nueve años. En 2017, a los 70 años, Simpson quedó en libertad condicional y salió de la cárcel de Lovelock.

Bonus I
Una muchacha llamada Geli

Faltaba una letra, la “d”. Nadie en su sano juicio hubiese terminado la carta con una palabra a medio escribir. La “d” ausente era el final de *und*, en alemán, que significa “y”. La carta estaba incompleta. Como si al autor lo hubiesen incomodado con alguna interrupción. Decía: “Cuando vaya a Viena, espero que pronto iremos juntos a Sommering y…”. La escritura era normal y las últimas letras, la “u” y la “n”, de *und*, fueron escritas con líneas finas y pulso sereno, como el resto. El perfume de quien había escrito seguía flotando en la habitación. Era de noche. El cuerpo de Geli Raubal, una atractiva chica de 23 años, alta, de cabello castaño oscuro y ondulado, había caído al lado del pequeño escritorio donde redactaba la carta, ubicado en uno de los dormitorios del amplio piso de Prinzregentenplatz, en Múnich. Por ese viaje a Viena que quería realizar, ella había discutido a los gritos unas

horas antes, durante el almuerzo, con su tío Alfie o Alf, como lo llamaba cariñosamente. Para los demás, él era Adolf Hitler. La pistola de su tío, una Walther 6.35, estaba cerca y de esa arma había salido el disparo. Una bala le había atravesado el pecho. Era el 19 de septiembre de 1931.

Ocho años antes, en la noche entre el 8 y el 9 de noviembre de 1923, Hitler, de 34 años y con un revólver en mano, junto con un grupo de seguidores, irrumpió en un mitin político que se celebraba en la Bürgerbräukeller, una de las cervecerías más grandes de Múnich. Habló a los asistentes de la concurrida cervecería sobre la "revolución social" que le devolvería a Alemania la gloria que había perdido tras la Primera Guerra Mundial. Se suponía que al menos 2000 nazis tomarían el control de los edificios gubernamentales y marcharían al día siguiente como símbolo de la toma de Múnich. Pero la policía los enfrentó. El tiroteo duró dos horas y dejó 20 muertos entre policías y nazis. Hitler escapó a la casa de su amigo Ernst Hanfstaengl y permaneció oculto por dos días, antes de que los gendarmes lo ubicaran y lo detuvieran. El frustrado golpe se llamó el "Beer Hall Putsch" o golpe de la cervecería. Hitler fue a juicio y le dieron nueve meses de cárcel. En ese lapso escribió el primer volumen de *Mein Kampf*. Apenas salió libre comenzó a planear su regreso a la política. Convocó a su hermanastra Angela Raubal y a su sobrina de 17 años, Geli, para que fueran con él como sus amas de llaves a su retiro de montaña, en Berchtesgaden. En ese momento, 1925, Hitler pronto comenzó a fijarse en Geli de una manera que iba mucho más allá de lo paternal.

Un periodista, Konrad Heiden, lo describió como un hombre que paseaba a su chica por bucólicos pueblos de

montaña, cabalgando por el campo de vez en cuando y mostrándole cómo el "tío Alf" podía hechizar a las masas. El tío Alf se estaba enamorando. Les pidió a Geli y a su madre que se mudaran a Múnich. Instaló a la joven en un edificio de departamentos junto al suyo, dejando que Angela se ocupara de la limpieza. Desfiló con Geli del brazo y la acompañó a cafés y cines. Pronto, otros empezaron a notar su fascinación romántica. Un líder del partido de Württemberg, llamado Munder, se quejó de que Hitler estaba "siendo desviado excesivamente, por la compañía de su sobrina, de sus deberes políticos". Hitler lo despidió.

Ernst Franz Sedgwick Hanfstaengl, a quien le decían Putzi, amigo personal de Hitler, recordaba que Geli "tuvo el efecto de hacer que se comportara como un hombre enamorado… Él se quedó junto a ella, codo a codo… en una imitación muy plausible del enamoramiento adolescente". Hanfstaengl dijo que una vez observó a Hitler y Geli en la ópera, lo vio "burlándose de ella como un chico", y luego, cuando notó que Hanfstaengl lo observaba, Hitler rápidamente "cambió la expresión de su rostro". En 1929 sucedió algo que modificó la naturaleza de su relación. Su fortuna política y personal volvieron a crecer con rapidez, Hitler compró un departamento de lujo de nueve habitaciones en un edificio en la elegante calle Prinzregentenplatz de Múnich, no lejos de la ópera. Envió a la madre de Geli a ocuparse de Berchtesgaden y se mudó con Geli. Mantenían dormitorios separados, pero en el mismo piso. Fuera de ese departamento, Geli parecía deleitarse con la atención que le atraía su papel como consorte de Hitler. Y el poder que sabía que tenía sobre él.

No era la primera mujer de su vida, pero Geli fue especial apenas la conoció. Antes y después, las relaciones amorosas de Hitler habían sido al menos extrañas. Distantes, sin emoción, artificiales. Así ocurrió con la actriz Renate Müller, con Maria "Mimi" Reiter, con Helene Hanfstaengl, con Henriette Hoffmann y hasta con Eva Braun, que se convertiría en su esposa en los últimos instantes de sus vidas en el búnker de Berlín, en 1945. Pero Geli… En 1931 se había convertido en una muchacha simpática, de llamativos rasgos, vivaz, coqueta y frívola. Tenía su encanto. Hitler se paseaba con ella por todo Múnich, la llevaba a la ópera, la adulaba en público, le compraba personalmente ropa, la exhibía. Y Geli comenzó a aburrirse una enormidad, como con las clases de música que le pagaba su tío.

Ella fue la única que rompió con un molde que Hitler cumplía y hacía cumplir a rajatabla a las mujeres: jamás debían ser protagonistas y, en las escasas oportunidades en que les permitía concurrir a alguna reunión de camaradas, a alguna cervecería, debían participar de manera modesta y no pontificar o contradecir a Hitler. Sin embargo, Geli era el centro de atención cada vez que su tío la llevaba al Café Neumaier o al Café Heck, de Múnich. Todas las licencias y todas las banalidades le estaban permitidas. Él se mostraba encantado, y sus partidarios más cercanos lo veían como un adolescente enamorado a pesar de que le llevaba diecinueve años. De hecho, los biógrafos del dictador nazi aseguran que solo dependió emocionalmente de dos mujeres, su madre y Geli Raubal. Pero las cosas no eran tan sencillas para Geli. Hitler era insufrible. La celaba hasta la enfermedad, no la dejaba salir del departamento de Prinzregentenplatz sin su

permiso, controlaba sus viajes y en su mayoría no los autorizaba.

Geli tuvo un *affaire* con Emil Maurice, chofer y guardaespaldas de Hitler. “Era una princesa, la gente en la calle se daba vuelta para mirarla”, declaró Emil. Cuando el Führer se enteró, le hizo una escena tal al joven que este pensó que le iba a pegar un tiro. No fue así. Lo despidió. Luego contrató a Elsa Bruckmann para que hiciera de dama de compañía de Geli. Debía salir siempre con ella y jamás regresar tarde. Todo estaba controlado y dirigido. “Mi tío es un monstruo. Nadie puede imaginar lo que exige de mí”, confesó Geli. Ella quería libertad, y su tío le imponía una vida asfixiante. A pesar de que quería a Geli como un loco, este matiz de la personalidad del dictador se mantuvo inalterable con las siete mujeres que tuvieron relaciones amorosas con él; seis de las cuales se suicidaron o lo intentaron, incluso la última de ellas, Eva Braun.

En 1931, los funcionarios de Justicia de Baviera —provincia a la que pertenece la ciudad de Múnich— ya eran todos nacionalsocialistas. Enseguida se habló de que Geli se había matado manipulando o jugando con el arma de Hitler, según la versión que hicieron circular los propios nazis. Los funcionarios del partido, presuntamente, persuadieron al comprensivo ministro de Justicia bávaro, Franz Gürtner, de que anulara una investigación de la fiscalía; el cuerpo recibió solo una autopsia superficial; la Policía emitió un pronunciamiento apresurado de suicidio y permitió que el cuerpo fuera llevado por las escaleras traseras y enviado a Viena para ser enterrado antes de que aparecieran los primeros

informes de la muerte de Geli y las primeras preguntas en los periódicos del lunes por la mañana.

Sin embargo, cuando el primer informe escandaloso salió a la calle en el *Münchener Post* —el principal periódico antinazi de la ciudad—, el propio Hitler tenía motivos para temer que su carrera política, que se disparaba, corriera peligro. ¿Una suicida que se dispara en el pecho? Puede ser. Todo puede ser. Los sacerdotes vieneses no creyeron la historia nazi y permitieron que Geli fuese enterrada en suelo consagrado, circunstancia que les estaba prohibida a los suicidas. Para el momento en que ocurrió la muerte, dicen que Hitler tenía una coartada: estaba en un hotel de Núremberg para una reunión política. ¿Era la palabra de sus secuaces? El mismo 19 de septiembre afirmaron, los mismos seguidores, que Hitler volvió a Múnich y lo hizo tan rápido que la policía lo detuvo unos instantes por exceso de velocidad. Sus hombres más cercanos contaron que al conocer la noticia se puso histérico y luego cayó en una gran depresión.

Se recluyó en la cabaña que su amigo y editor Adolf Müller tenía sobre el lago Tegernsee. Lo más probable era que de esa forma eludiera a la prensa, aunque sus fieles lugartenientes dijeran que estaba deprimido como nunca antes. La historia que circuló entre los allegados fue que el líder del partido hablaba de dejar la política, y hasta contaron que Rudolf Hess, uno de sus hombres más cercanos, se apresuró a quitarle de la mano una pistola con la que pensaba matarse.

¿Si este episodio fue verídico, qué hubiese sido de la historia si Hess no llegaba a tiempo? Hermann Göring, en los juicios de Núremberg, hizo un comentario sobre este episodio de la vida de Hitler: “La muerte de Geli tuvo un efecto tan

devastador en Hitler que lo hizo… cambió su relación con todas las demás personas". Y no explicó más.

El escándalo sacudió al partido. En una semana habría elecciones municipales en Múnich y un titular del periódico *Die Fanfare*, se atrevió a decir: "El partido [nazi] está gobernado por homosexuales y solteros empedernidos". La vida privada de Hitler con Geli, decía el periódico, adquirió "formas que obviamente la joven no pudo soportar". El *Münchener Post* señalaba que Geli tenía la nariz rota y otros golpes en el cuerpo. Pero nada figuraba en la autopsia ni fue mencionado por las dos mujeres que levantaron el cadáver.

Hitler escribió y envió al *Münchener Post* una inesperada nota de aclaración que por las leyes de prensa se debió publicar en su totalidad.

> No es cierto que estuviese teniendo peleas una y otra vez con mi sobrina [Geli] Raubal y que tuvimos una pelea sustancial el viernes o en cualquier momento antes de eso.
>
> No es cierto que estuviera decididamente en contra de que fuera a Viena. Nunca estuve en contra de su viaje planeado a Viena.
>
> No es cierto que se comprometiera en Viena o que yo estuviera en contra de un compromiso. Es cierto que mi sobrina estaba atormentada por la preocupación de que aún no estaba en condiciones para su aparición pública. Quería ir a Viena para que un profesor de canto le revisara la voz una vez más.
>
> No es cierto que salí de mi departamento el 18 de septiembre después de una feroz pelea. No hubo algarabía ni emoción cuando salí de mi departamento ese día.

A la luz de la historia, parece imposible que Hitler haya escrito, para que se publicara, una carta de este tenor, con

explicaciones completamente defensivas cuando nadie lo había acusado de nada.

Las sospechas comenzaron a crecer. Otto Strasser, enemigo político de Hitler, lo trató de sádico y pervertido. Contó que obligaba a su sobrina a desnudarse y a colocarse en cuclillas sobre su cara, entonces se excitaba y le ordenaba que orinara sobre su cuerpo para alcanzar el orgasmo. También dijo que un comando de las SS fue el que eliminó a Geli porque estaba embarazada de un joven artista judío. Además, su tío tenía miedo de que ella lo abandonara y comenzara a hablar de sus relaciones íntimas. Y tal vez de su embarazo. Todo se ocultó.

Si las palabras de Strasser podían estar manchadas de animosidad, las de Angela, la mamá de Geli, subrayaron el misterio. Según les contó a oficiales estadounidenses luego de la guerra, su hija quería casarse con un violinista judío, y tanto ella como Hitler se lo prohibieron terminantemente. Hubo quien pensó que el ansiado viaje a Viena del que hablaba la última carta era para ver a ese novio. Otros dijeron que estaba embarazada del muchacho de origen judío y que su intención era ir a abortar. ¿Cambió Angela a ese "muchacho de origen judío" por su medio hermano?

Un año y medio después de la muerte de Geli Raubal, el periodista Fritz Gerlich, dueño de *Der Gerade Weg*, anunció que revelaría en su diario quién había ordenado la muerte de Geli. Pero, en marzo de 1933, un escuadrón de tropas de asalto de las SA, otro grupo militarizado del partido nazi, entró en su despacho, destruyó los archivos y le dio una paliza. Lo mandaron al campo de concentración de Dachau. Un mes después, George Bell, uno de los principales informantes de Gerlich, fue asesinado. Lo mismo ocurrió con Gerlich, pero el

30 de junio de 1934, en la llamada “Noche de los cuchillos largos”, cuando el líder nazi desató asesinatos por todas partes para deshacerse de las SA.

Tal vez Geli, desesperanzada, se haya suicidado para escapar de la presión psicológica que ejercía su tío. O acaso él la mató o la mandó matar. Como ha dicho Emil Fackenheim, uno de los filósofos judíos contemporáneos más respetados: “No le darás a Hitler ninguna victoria póstuma. ¿Por qué darle una exoneración póstuma de cualquier muerte sin hacer todo lo posible para responsabilizarlo?”.

A la época de la muerte de Geli, lo seguro es que los temores de los suyos sobre el futuro político de su jefe y de su partido se disiparon pronto. En las elecciones de Múnich de 1931, los nazis salieron segundos muy cerca de los socialdemócratas. Y, en 1933, Hitler fue canciller del Reich. La muerte de Geli Raubal quedó olvidada, sepultada por millones de otras muertes que vinieron después.

Bonus II
Saartjie

Era una sirvienta de unos granjeros neerlandeses de apellido Cezar que se establecieron cerca de Ciudad del Cabo. No se conoce con precisión si era hotentote o bosquimana, pueblos de baja estatura, emparentados estrechamente, procedentes de África del sur. Los bosquimanos eran cazadores y los hotentotes, un pueblo de pastores que criaba ganado vacuno. En la actualidad, los antropólogos ya no usan esos nombres, sino que los designan como khoisan a los dos pueblos. La bautizaron con el nombre de Saartjie Baartman. Saartjie significa “pequeña Sara” en afrikáans, una lengua germánica derivada del neerlandés hablada por los colonos en África (se pronuncia saarchi). Se cree que nació en 1789.

Su padre fue asesinado mientras pastoreaba animales. Entonces, una familia neerlandesa de Ciudad del Cabo se

apropió de Saartjie; para su desgracia, se dedicaban al tráfico de esclavos, actividad que convertía en ricos terratenientes a estos miserables y en miserables a los habitantes de la región. Decían sus "patrones" que Saartjie era una mujer libre, pero vivía como una esclava. Primero vivió con el jefe de la organización de comerciantes de personas, un tal Peter Cezar, que se la entregó a un neerlandés cuyo nombre no ha sido registrado, con quien vivió poco tiempo, hasta que la tomó el hermano de Cezar, Hendrick, que vivía en las afueras de Ciudad del Cabo, con los esclavos de la familia. Saartjie probablemente tuvo dos hijos, que murieron en la infancia, y una relación con un soldado neerlandés llamado Hendrik van Jong, que terminó cuando su regimiento se mudó a otro lugar.

William Dunlop, un cirujano militar escocés que trabajó en Ciudad del Cabo fue quien le dio la idea a Hendrick Cezar, muy preocupado por proveer especímenes a los "zoológicos humanos" que proliferaban en Europa en el siglo XIX. Acaso Dunlop tuviera una comisión, el caso es que le sugirió a Hendrick que Saartjie viajara a Inglaterra para ganar dinero actuando en espectáculos, o sea, exhibiéndola, aunque a ella se lo propusieron como un trabajo. Saartjie se negó con firmeza, pero al final cedió con una condición, que la acompañara su patrón, Hendrick Cezar. Ahora era él quien no quería ir, pero aceptó porque estaba lleno de deudas. Hendrick aseguró que haría a Saartjie una mujer rica y convenció hasta al gobernador de El Cabo, lord Caledon, de que la dejara partir.

El quid de la cuestión para comprender esta historia está en la pregunta: ¿cómo se divertían los europeos de principios del siglo XIX? Lo exótico atraía. Las teorías antropológicas consideraban subhumanos a los blancos con malformaciones y

también a los representantes normales de ciertas razas. La exhibición de personas insólitas en las ferias se convirtió en un gran negocio, tanto en los salones de la alta sociedad como en las kermeses callejeras. Y los supuestos salvajes procedentes de lejanas tierras constituían una de las principales atracciones en este tipo de exhibiciones Tal vez haya sido el propio Hendrick Cezar quien le puso a Saartjie el sobrenombre de "Venus Hotentote".

No es posible saber, en resumen, si Saartjie viajó por su voluntad o fue obligada. Tal vez aquello de que la acompañara su patrón haya sido una mentira. Saartjie tenía una situación que no le permitía imponer ningún tipo de condición. Era una esclava. Pero ya estaba en Londres y, como se acostumbraba, para exhibirla la colocaron en una jaula sobre una plataforma a un metro sobre el nivel del suelo. Un guardia le ordenó que saliera de la jaula. Fue presentada como una bestia salvaje y le ordenaban moverse hacia atrás y hacia adelante, y salir de la jaula y entrar, como si fuera un animal en lugar de un ser humano. En la escala racista, los bosquimanos y los hotentotes compartían con los aborígenes australianos el último puesto de la tabla, apenas por encima de los chimpancés y los orangutanes.

La joven estaba dotada de glúteos muy desarrollados, característica que se destacaba en un cuerpo que medía poco más de un metro cuarenta de altura. En su tierra, eso no era nada fuera de lo común, pues lo mismo ocurría con otras mujeres de idéntico origen, pero en Europa provocaba, más que curiosidad, una malsana atracción. Su peculiaridad física, llamada esteatopigia, es decir, la predisposición a acumular grasa en los glúteos, era y sigue siendo una característica

común entre mujeres de múltiples grupos étnicos africanos, incluso en el hotentote, al que pertenecía Saartjie. Ella ocultó al público su segunda peculiaridad, la macroninfia, el tamaño significativo de los labios de su vulva, que sobresalían unos ocho centímetros. Saartjie Baartman atrajo a una multitud de espectadores e hizo que sus explotadores ganaran fortunas.

En Londres vivía en Duke Street, en el barrio de St. James, la parte más cara de la ciudad. El grupo estaba formado por Saartjie, Hendrick Cezar, Alexander Dunlop y dos niños africanos traídos ilegalmente por Dunlop desde Ciudad del Cabo. Al llegar a Londres, Dunlop consiguió un contrato para exponer al grupo en el salón egipcio de Piccadilly Circus el 24 de noviembre de 1810. La chica fue la atracción, y Cezar, el presentador de la velada. Pero la exposición generó un gran escándalo porque solo unos años antes, en 1807, se había aprobado la Ley de Comercio de Esclavos que convirtió en ilegal la compra y venta de seres humanos. El asunto terminó en la Corte, donde los jueces trataron de averiguar si Saartjie había actuado por voluntad propia o si había sido forzada. Las crónicas no permiten saberlo, aunque lo probable es que haya aceptado una orden de su patrón —la de viajar a Europa—, que los esclavos no estaban en condiciones de rehusar. Después de tres horas de interrogatorio, los jueces quedaron satisfechos al definir a Saartjie como una mujer libre, actuando de acuerdo con su voluntad y recibiendo la mitad de la tarifa total. La publicidad dada por el caso judicial aumentó la popularidad de Saartjie y sus obligadas actuaciones, y la mujer fue exhibida en una feria en Limerick, Irlanda, en 1812, y luego en Bury St. Edmunds en Suffolk. El 1º de diciembre de 1811, Baartman fue bautizada en la catedral de Manchester y

también se casó el mismo día, aunque no se sabe quién fue el novio.

De los años que van de 1812 a 1814 no queda mucho registrado, pero se sabe que, alrededor de septiembre de 1814, Saartjie fue llevada a Francia bajo la protección de Henry Taylor, quien al notar su potencial la ofreció a varios emprendedores.

Taylor vendió a Saartjie a un adiestrador de animales, un tal Réaux, quien la maltrató y la exhibió durante unos quince meses en el Palais Royal de París. Fue visitada por algunos naturalistas franceses; entre ellos, Georges Cuvier, el mayor anatomista de Francia y encargado principal de la colección de animales del Muséum National d'Histoire Naturelle, y se realizaron numerosas pinturas científicas en el Jardin du Roi, donde fue examinada en marzo de 1815. Frédéric Cuvier, el hermano menor de Georges, informó: "La niña se vio obligada a desvestirse y ser retratada desnuda". En realidad, Saartjie no se quedó completamente desnuda, aunque parecía que lo estuviera, pues usaba un pequeño delantal que ocultaba sus genitales, lo que le permitía mantener un mínimo de modestia en honor a su cultura. Incluso cuando le ofrecieron dinero para quitarle el velo, Saartjie nunca se desnudó por completo.

En París, los científicos ya no la trataron ni siquiera como esclava. Le pusieron una correa alrededor del cuello. Cuvier, que había estudiado mucho a las mujeres, señaló en su monografía que ella era inteligente, con una excelente memoria, en especial para los rostros. Además de su lengua materna, hablaba con fluidez el neerlandés, un inglés aceptable y un poco de francés. Describió los hombros y la espalda como "elegantes", los brazos "delgados", las manos y los pies

como “encantadores” y “agraciados”. Agregó que sabía bailar según las tradiciones de su tierra y tenía una personalidad viva. A pesar de estas notas sobre su inteligencia, Cuvier dio luego una interpretación de acuerdo con sus teorías sobre la evolución racial, señalando lo que para él eran “rasgos simiescos obvios”. Pensó que sus pequeñas orejas eran similares a las de un orangután, y otros desatinos por el estilo que en su época eran descripciones científicas indudables.

Cuando el interés de los parisinos se agotó, al parecer Saartjie empezó a beber en exceso y a mantenerse mediante la prostitución. Luego de meses en condiciones de vida inhumanas, Saartjie murió el 29 de diciembre de 1815. Tenía 26 años, y la causa del deceso no se conoce exactamente; pudo ser la viruela, pero tal vez la mujer haya contraído sífilis o neumonía. Geoffroy Saint-Hilaire pidió que se conservara el cadáver, por tratarse de un espécimen singular y por su interés científico. Las autoridades aceptaron, y el cuerpo se llevó al Muséum National d’Histoire Naturelle, donde Cuvier hizo la autopsia y publicó un estudio detallado de la anatomía de Saartjie. También se realizó un molde de yeso de su cuerpo. Este molde, su esqueleto, su cerebro y sus genitales fueron trasladados en conjunto al museo y estuvieron allí expuestos durante un siglo y medio.

El estudio del cerebro de Saartjie Baartman tiene un lugar particular en la historia de la infamia. El tamaño del cerebro es proporcional a la masa corporal, lo que explica que los hombres tengan, como media, cerebros más grandes que los de las mujeres. El cerebro de Saartjie, mujer y de pequeña talla, fue usado por Friedrich Tiedemann y Edward Spitzka para apoyar sus conclusiones sobre la inteligencia y el origen

étnico, con claros componentes racistas, intercalando el cerebro de Baartman —señalado de mujer bosquimana— como algo intermedio entre el de un gorila y el de un gran científico europeo. Lo que querían decir quedaba bien claro, acorde con la concepción racista y sexista de la época: los africanos tienen menos capacidades cerebrales que los hombres europeos. Podían justificarse la esclavitud, el colonialismo o la desigualdad porque, según esas ideas, los africanos tenían cerebros "intermedios" entre los de un ser civilizado y un animal salvaje.

Los restos de Saartjie Baartman estuvieron en el Muséum National d'Histoire Naturelle hasta finales del siglo XX. El cráneo fue robado en 1827, pero devuelto de forma anónima pocos meses después. Cuando se fundó el Musée de l'Homme en 1937, sus restos fueron trasladados allí y estuvieron expuestos hasta 1974. Según decía el director del museo, André Langaney, la reproducción de yeso del cuerpo de Saartjie tuvo que ser retirada porque excitaba a los visitantes —una de las guías del museo fue acosada sexualmente frente a ella, y la réplica era tocada y asediada por hombres que llegaban a masturbarse junto a ella—. En marzo de 1994, la réplica se exhibió por un breve tiempo y por última vez en el Musée d'Orsay.

En 1978, Diana Ferrus, también de ascendencia khoisan, escribió un poema llamado "He venido a llevarte a casa" mediante el cual promovía un movimiento para que los restos de Saartjie volvieran a su lugar de nacimiento. El caso ganó una atención aun mayor cuando el prestigioso biólogo Stephen Jay Gould, uno de los mayores divulgadores científicos y ex presidente de la Academia de Ciencias de los Estados Unidos,

escribió “La Venus Hotentote”, uno de los capítulos de su libro *La sonrisa del flamenco*.

Tras su liberación y elección como nuevo presidente de Sudáfrica, Nelson Mandela pidió oficialmente a François Mitterrand y luego a Jacques Chirac la devolución de los restos de Saartjie, algo que generó debates en la Asamblea Nacional francesa. Un senador, Nicolas About, leyó el poema de Ferrus traducido y argumentó que, según la Ley de Bioética de 1994, el cuerpo humano, sus elementos y sus productos no podían ser objeto de derechos de propiedad. Finalmente, la asamblea accedió bajo el acuerdo de “hacer justicia a Saartjie, que fue objeto durante su vida, e incluso después, como africana y como mujer, de las ofensas resultantes de esos males tan duraderos: el colonialismo, el sexismo y el racismo”. Sus huesos, genitales y cerebro fueron repatriados el 6 de mayo de 2002 en un ataúd blanco envuelto con telas africanas y enterrados el 9 de agosto en Vegaderingskop, una colina que se eleva en la zona donde había nacido.

HE VENIDO A LLEVARTE A CASA

He venido a llevarte a casa. ¡Casa!

¿Recuerdas el veld*,*

los pastizales exuberantes bajo los grandes robles?

El aire es fresco allá y el sol no quema.

He hecho tu cama al pie de la colina,

tus cobijas están cubiertas de buchu y menta,

las proteas reposan en amarillo y blanco

y el agua en el riachuelo suelta risas de cancioncitas

mientras renguea pasando por las piedritas.

He venido a arrancarte a la fuerza.

A la fuerza de los ojos saltones del monstruo hecho por el hombre,

quien vive en la oscuridad con sus muletas de imperialismo,

quien disecciona tu cuerpo parte por parte,

quien compara tu alma con aquella de Satán

y se declara a sí mismo el dios definitivo.

He venido a calmar tu corazón pesado,

ofrezco mi pecho a tu alma cansada.

Cubriré tu cara con las palmas de mis manos.

Correré mis labios sobre las líneas de tu cuello,

deleitaré mis ojos con la belleza tuya

y te cantaré

porque he venido a traerte paz.

He venido a llevarte a casa

donde las montañas antiguas gritan tu nombre.

He hecho tu cama al pie de la colina,

tus cobijas están cubiertas de buchu y menta,

las proteas reposan en amarillo y blanco.

He venido a llevarte a casa

te cantaré

porque tú me has traído paz,

porque tú me has traído paz.

¿Quién fue el sangriento asesino escocés que inspiró la historia de Dr. Jekyll y Mr. Hyde? ¿Cómo hizo un famoso anatomista británico para asesinar y además vender los cadáveres de sus víctimas? ¿Cómo se las ingenió Ann Cotton para matar a cuatro maridos, once hijos y dos amantes sin levantar sospechas? El primer juicio "del siglo" lo protagonizó una joven supermodelo. En Alemania levantaron la única estatua en el mundo para homenajear a un ladrón. En Francia un hombre vendió dos veces la torre Eiffel y se animó a estafar a Al Capone. Y en 1910 se desató una inusual carrera de transatlánticos para atrapar a un asesino.

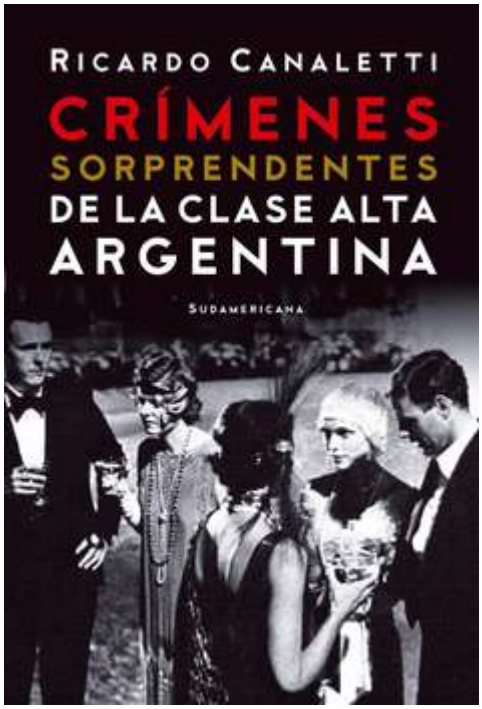
Ricardo Canaletti investiga crímenes que ya pocos recuerdan, recrea las costumbres de la época, indaga la personalidad de víctimas y victimarios, reconstruye juicios antológicos. Pero también recupera historias que todos queremos volver a leer: Jack el Destripador, Landrú, Carrie Buck, Dreyfus o el juicio a O. J. Simpson.

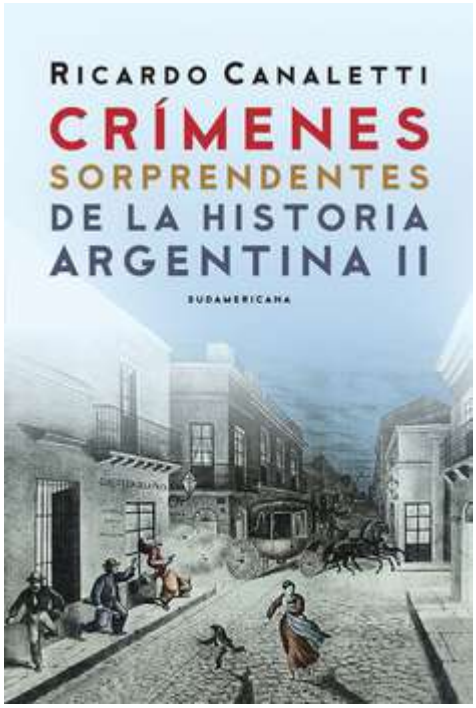
Los casos que componen *La muerte es lo de menos* se convirtieron para siempre en leyendas y vivirán en los rincones más profundos de tu mente después de que hayas leído la última página.

RICARDO CANALETTI

Es periodista. Ingresó en el diario Clarín en 1986, donde fue editor jefe entre 1991 y 2008. Desde entonces hasta la actualidad conduce programas de televisión y radio. Cubrió los casos criminales más importantes de los últimos veinticinco años como cronista o editor responsable. Bajo el sello Sudamericana publicó los exitosos *Crímenes sorprendentes de gangsters* (2022), *Crímenes sorprendentes de asesinos en serie* (2021), *Crímenes sorprendentes en el Vaticano* (2021), *Crímenes sorprendentes de la clase alta argentina* (2019), *El vengador del hampa* (2017) y *Crímenes sorprendentes de la historia argentina I* (2014) y *II* (2016).

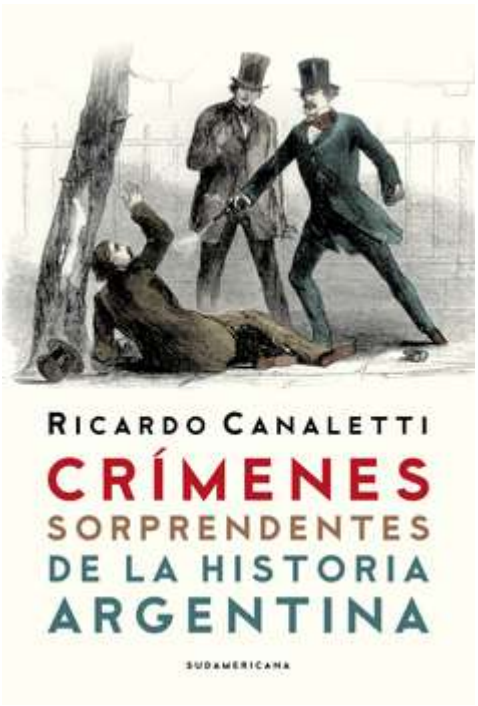
© Alejandra López

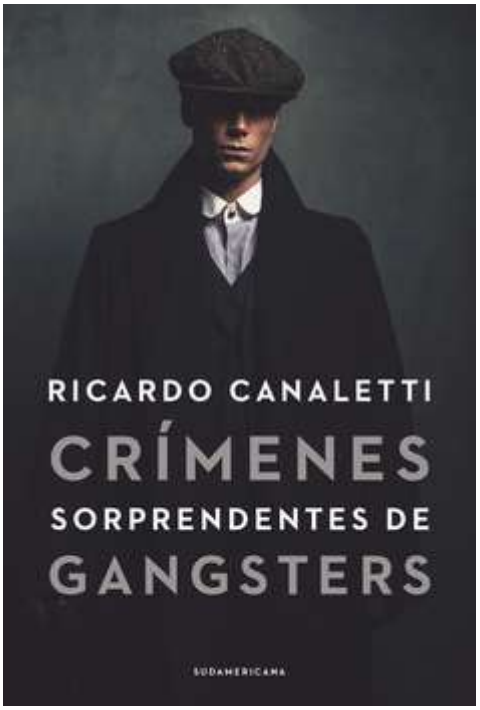

RICARDO CANALETTI
CRÍMENES
SORPRENDENTES
DE LA CLASE ALTA
ARGENTINA
SUDAMERICANA


RICARDO CANALETTI
CRÍMENES
SORPRENDENTES
DE LA HISTORIA
ARGENTINA II
SUDAMERICANA

RICARDO CANALETTI
CRÍMENES
SORPRENDENTES
DE ASESINOS
EN SERIE
SUDAMERICANA

RICARDO CANALETTI
BASADO EN UN CASO REAL
EL VENGADOR
DEL HAMPA





Otros títulos del autor en penguinlibros.com

Canaletti, Ricardo

La muerte es lo de menos / Ricardo Canaletti. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sudamericana, 2022.

(Ensayo)

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-07-6828-3

1. Investigación Periodística. I. Título.

CDD 070

Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: diciembre de 2022

© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-07-6828-3

Conversión a formato digital: Libresque

Facebook: penguinlibrosar

Twitter: penguinlibrosar

Instagram: penguinlibrosar

Índice

La muerte es lo de menos
Carrera de transatlánticos
    Finales
    Una carta de despedida
La chica del columpio de terciopelo rojo
    Dos películas
Cascabelitos
Se acostó con su hijo para “curarlo”
    Savage grace
El hombre que prestaba a su mujer
    Repercusiones
El mayor escándalo sexual de Hollywood
Dreyfus
    Una derrota catastrófica
Sacco y Vanzetti
    Rosina
    Pánico rojo
    Nicola y Bartolomeo
El verdadero Dr. Jekyll y Mr. Hyde
El poeta asesino

Algunas reflexiones
Friedrich Nietzsche y el amor de dos jóvenes
Carta a la familia
Finales
El juicio del mono
Hunter y su libro
Una polémica que aún continúa
De Barlow a Bülow
El extraño caso del desmemoriado
Pirandello, Sciascia y Greta Garbo
Carrie
Antecedente
De sesenta a setenta mil
Barranca abajo
Reacciones
La condena
Si lo hice
Un ladrón de pacotilla
Bonus I Una muchacha llamada Geli
Bonus II. Saartjie
He venido a llevarte a casa
Sobre este libro
Sobre el autor
Otros títulos del autor
Créditos